Jesús: Nuestro Sumo Pontífice

Un estudio de la excelencia y superioridad del sacerdocio de Cristo a favor de los creyentes

Basado en la epístola a los Hebreos

Por:

Julio César Benítez



Para el Miami International Seminary MINTS

Medellín, 2012

Autor: *Julio César Benítez*

Email: *jcbbenitez@hotmail.com*

Impreso en los talleres del Centro de Publicaciones Biblos

Medellín, 2012

Fundación Instituto Bíblico Reformado de Colombia IBRC
www.ibrcvirtual.org
Iglesia Bautista Reformada "La Gracia de Dios" en Medellín
www.caractercristiano.org
Foro bíblico
http://forobiblico.blogspot.com/

Tabla de Contenido

Guia de estudio

Introducción

Lección Uno. Jesús. Quien completa la revelación y superior a los ángeles

Lección Dos. Jesús. Superior a Moisés

Lección Tres. Jesús. Nuestro sumo sacerdote superior a Aarón

Lección Cuatro. Exhortaciones contra la apostasía

Lección Cinco. Aferrándonos a las promesas inmutables de Dios, El orden de Melquisedec

Lección Seis. La grandeza de Melquisedec y la necesidad de establecer un nuevo orden sacerdotal

Lección Siete. La superioridad del nuevo orden sacerdotal

Lección Ocho. La superioridad del santuario celestial

Bibliografía

Repuestas a las preguntas

Biografía

Guía de estudio

Objetivo: Estudiar, a la luz de la epístola a los Hebreos, el glorioso ministerio de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote, el cual intercede por su pueblo de manera eficaz para preservarlos en la poderosa y eterna salvación que les ha dado por medio de su muerte en cruz.

Requisitos para la aprobación de la asignatura:

- ✓ Asistencia a la conferencia introductoria y las 4 clases. 10% (los estudiantes a distancia escribirán un resumen semanal de una página en reemplazo de la asistencia)
- ✓ Tareas semanales. 25%. Los estudiantes responderán los cuestionarios semanales.
- ✓ Trabajo especial 30%. El estudiante preparará un trabajo especial escrito en el cual presente de manera resumida los principales argumentos de la carta a los hebreos, y el resto de las Escrituras, para demostrar la superioridad de Cristo sobre el sistema religioso judío, los sacerdotes de otras religiones, el sacerdocio católico romano y el Papa. Además, ahondará en razones bíblicas para rechazar la necesidad de sacerdotes especiales en el día de hoy
- ✓ Evaluación final. 20%
- ✓ Exposición y presentación de la misma en Power Point. 15%. El estudiante preparará una exposición de 10 minutos sobre alguno de los estudios presentados en el libro. Los estudiantes en la modalidad virtual subirán dicha exposición en presentaciones de Power Point.

Responsabilidades semanales

Semana 1: Leer los contenidos de las lecciones 1 y 2. Presentar los trabajos respectivos

Semana 2: Leer los contenidos de las lecciones 3 y 4. Presentar los trabajos respectivos

Semana 3: Leer los contenidos de las lecciones 5 y 6. Presentar los trabajos respectivos

Semana 4: Leer los contenidos de las lecciones 7 y 8. Presentar los trabajos respectivos

Introducción

Los creyentes hemos sido tomados por la gracia electiva de Dios de en medio de un mundo perdido y oscuro y hemos sido trasladados al reino de la luz admirable. Ahora estamos unidos a Cristo y formamos un nuevo pueblo, una nueva nación sin barreras o límites geográficos; todos los creyentes conformamos el pueblo de Dios y esperamos la consumación de la redención para gozar para siempre de la presencia de nuestro creador y redentor.

Somos el pueblo más dichoso del mundo y conformamos el reino más espléndido que haya existido jamás. Como pueblo o nación tenemos un Rey que gobierna con justicia y llena su reinado con sublime paz, proveyendo para todos sus súbditos la vida espiritual que los mantendrá para siempre unidos a él.

También somos el pueblo más dichoso porque tenemos un Profeta que nos revela de manera clara, precisa y completa a Dios el Padre. Él no sólo nos da la Palabra de Dios, sino que ES la Palabra de Dios. Él es la imagen perfecta del Dios Soberano.

Pero somos el pueblo más dichoso porque también tenemos un Sumo Pontífice o Sumo Sacerdote que intercede por nosotros para acercarnos con confianza al Trono de la Gracia. A través de este Pontífice podemos adorar verdaderamente a Dios y él toma nuestras oraciones para perfeccionarlas y presentarlas ante el que está sentado en el Trono alto y sublime.

Lo sorprendente es que tanto el Rey, como el Profeta, como el Sumo Pontífice son una sola persona. ¡Qué maravilla! Esto es algo que nunca se había escuchado mencionar. ¡Si, Jesús es nuestro Rey, Profeta y Sumo Sacerdote!

En el presente estudio analizaremos a la luz de la epístola a los Hebreos el oficio de Sumo Sacerdote de Jesús, obrando siempre en favor de su pueblo.

Aprovechemos este estudio al máximo y gocémonos al ver a nuestro Salvador, obrando como nuestro eficaz sacerdote.

Julio César Benítez

Medellín, mayo de 2012

LA DOCTRINA DEL OFICIO DE CRISTO COMO SACERDOTE

A modo de introducción y con el ánimo de motivar a los estudiantes a revisar con ánimo pronto el tema del sumo sacerdocio de Cristo, transcribo lo que dice Wayne Grudem al respecto en su teología sistemática:[1]

En el Antiguo Testamento, los sacerdotes eran nombrados por Dios para ofrecer sacrificios. También ofrecían oraciones y alabanzas a Dios en nombre del pueblo. Mediante su ministerio «santificaban» al pueblo o le hacían aceptable para acercarse a la presencia de Dios, si bien es cierto que de una forma limitada en el período del Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento Jesús se convirtió en nuestro sumo sacerdote. Este tema lo encontramos ampliamente desarrollado en la carta a los Hebreos, donde encontramos a Jesús funcionando como sacerdote en dos maneras.

1. Jesús ofreció ***un*** *sacrificio perfecto por* el *pecado. El sacrificio que Jesús ofreció por los pecados no fue la sangre de los animales como los toros o machos cabríos: «Ya que es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados» (He 10:4). En su lugar, Jesús se ofreció a sí mismo en sacrificio: «Si así*
fuera, Cristo habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Al contrario, ahora, al final de los tiempos, se ha presentado una sola vez y para siempre a fin de acabar con el pecado mediante el sacrificio de sí mismo» (He 9:26).

Fue un sacrificio completo y definitivo, que nunca habrá que repetirse, tema en el que con frecuencia se hace hincapié en el libro de Hebreos (vea 7:27; 9:12, 24-28; 10:1-2,10,12,14; 13:12). Por tanto, Jesús cumplió todas las expectativas que fueron prefiguradas, no solo por los sacrificios del Antiguo Testamento, sino también por medio de la vida y acciones de los sacerdotes que los ofrecían: él fue a la vez el sacrificio y el sacerdote que ofrecía el sacrificio. Jesús es ahora el «gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos» (He 4:14) y el que se ha presentado «ante Dios en favor nuestro» (He 9:24), puesto que él ha ofrecido un sacrificio que acaba para
siempre con la necesidad de otros sacrificios.

2. Jesús continuamente nos lleva cerca de Dios. Los sacerdotes del Antiguo Testamento no solo ofrecían sacrificios, sino que también en una forma representativa entraban a la presencia de Dios en fechas determinadas a favor del pueblo. Pero Jesús hace mucho más que eso. Como nuestro perfecto sumo sacerdote, nos lleva continuamente a la presencia de Dios de forma que ya no tenemos necesidad de un templo como el de Jerusalén, ni de un sacerdocio especial que esté entre Dios y nosotros. Y Jesús no entra a la parte interior (el lugar santísimo) de un templo terrenal en Jerusalén, sino que ha ido a lo que es equivalente al lugar santísimo en el cielo, a la misma presencia de Dios en el cielo (He 9:24). Por tanto, tenemos la esperanza que le seguiremos allí: «Tenemos como firme y segura ancla del alma una esperanza que penetra hasta detrás de la cortina del santuario, hasta donde Jesús, el precursor, entró por nosotros, llegando a ser sumo sacerdote para siempre» (He. 6:19-20). Esto quiere decir que tenemos un privilegio mucho más grande que el que tuvieron los creyentes que vivieron en los tiempos del templo del Antiguo Testamento. Ellos ni siquiera podían entrar al primer cuarto en el templo, el lugar santo, porque solo los sacerdotes podían entrar allí. y solo el sumo sacerdote podía entrar al cuarto más interior del templo, es decir, al lugar santísimo, y solo podía hacerlo una vez al año (He 9:1-7). Cuando Jesús ofreció un sacrificio perfecto por los pecados, la cortina o velo del templo que cerraba el lugar santísimo se rasgó de arriba abajo (Le 23:45), indicando de esa forma simbólica en la tierra que el camino de acceso a Dios en el cielo había quedado abierto mediante la muerte de Jesús el Cristo. Por tanto, el autor de Hebreos puede exhortar de esta manera tan asombrosa a todos los creyentes:

Así que, hermanos, mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo, por el camino nuevo y vivo que él nos ha abierto a través de la cortina, es decir, a través de su cuerpo; y *tenemos además un gran sacerdote* al *frente de la familia de Dios. Acerquémonos, pues, a Dios con corazón sincero y con la plena seguridad que da lafe. (He 10:19-22) Jesús abrió para nosotros el camino de acceso a Dios de manera que podamos continuamente acercamos a la misma presencia de Dios sin temor, con «plena libertad » y con la «plena seguridad que da la fe».*

3. Como sumo sacerdote, Jesús ora continuamente por nosotros. Otra de las funciones sacerdotales en el Antiguo Testamento era la de orar a favor del pueblo. El autor de Hebreos nos dice que Jesús también cumple con esta función: «Por esto también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya

que vive siempre para interceder por ellos» (He 7:25). Pablo afirma lo mismo cuando dice que Cristo Jesús «está a la derecha de Dios e intercede por nosotros» (Ro 8:34).

Algunos han argumentado que esta actividad de intercesión como sumo sacerdote es solo el acto de permanecer en la presencia del Padre como un recordatorio continuo de que él ya ha pagado el castigo por todos nuestros pecados. Según este punto de vista, Jesús no hace en realidad oraciones específicas a Dios el Padre sobre necesidades individuales en nuestra vida, y que «intercede» solo en el sentido de permanecer en la presencia de Dios como nuestro sumo sacerdote que nos representa. Sin embargo, este punto de vista no parece coincidir con el vocabulario que se usa en Romanos 8:34 y Hebreos 7:25. En ambos casos, la palabra intercede traduce el término griego entygcano. La palabra no parece indicar simplemente «estar ante alguien representando a otra persona», sino que tiene claramente el sentido de hacer peticiones o solicitudes específicas delante de alguien. Por ejemplo, Festo usa la palabra para decirle a Agripa: «Aquí tienen a este hombre. Todo el pueblo judío me ha presentado una demanda contra él» (Hch 25:24). Pablo también la usa en cuanto a Elías cuando «acusó a Israel delante de Dios» (Ro 11 :2). En ambos casos las peticiones son muy específicas, no solo representaciones generales: Podemos concluir, entonces, que tanto Pablo como el autor de Hebreos están diciendo que Jesús vive continuamente en la presencia de Dios para hacer peticiones específicas y para llevar a Dios peticiones específicas a nuestro favor. Esta es una función de Jesús, como Dios-hombre, para la que está singularmente calificado. Aunque Dios se cuida de todas nuestras necesidades en respuesta a su observación directa (Mt 6:8), no obstante, a Dios le ha placido en sus relaciones con la raza

humana, actuar más bien en respuesta a la oración, porque, al parecer, él es glorificado mediante la fe que se muestra por medio de la oración. Son especialmente agradables para él las oraciones de hombres y mujeres creados a su imagen y semejanza.

En Cristo, a un hombre verdadero y perfecto, que ora por nosotros y de ese modo Dios es glorificado continuamente mediante la oración. Así nuestra condición humana se eleva a una posición exaltada: «Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 T. 2:5). Pero solo en su naturaleza humana Jesús no podía ser, por supuesto, un sumo sacerdote así para todo su pueblo en todo el mundo. Él no podía oír las oraciones de personas que estaban lejos, no podía escuchar las oraciones que eran solo dichas en la mente de las personas. Él no podía oír todas las peticiones simultáneamente (porque en el mundo en cualquier momento determinado hay millones de personas que están orando a Jesús). Por tanto, a fin de ser el sumo sacerdote perfecto que intercede por nosotros, él tiene que ser Dios además de hombre. Él tiene que ser uno que en su naturaleza divina puede conocer todas las cosas y llevarlas a la vez a la presencia del Padre. Con todo, debido a que se hizo hombre y continúa siendo un hombre, tiene el derecho de representarnos ante Dios y puede expresar su petición desde la perspectiva del sumo sacerdote compasivo que conoce por experiencia lo que nosotros estamos pasando.

Por tanto, Jesús es la única persona en todo el universo que puede por toda la eternidad ser un sumo sacerdote celestial que es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, exaltado para siempre sobre los cielos. El pensamiento de que Jesús está continuamente orando a nuestro favor debe darnos gran aliento. Él siempre ora por nosotros conforme a la voluntad del Padre, de manera que podamos saber que sus peticiones son concedidas. Berkhof dice: Es un pensamiento consolador saber que Cristo está orando por nosotros, incluso cuando somos negligentes en nuestra vida de oración; que está presentando al Padre aquellas necesidades espirituales que no estaban presentes en nuestra mente y que a menudo olvidamos incluir en nuestras oraciones; y que ora por nuestra protección en contra de peligros de los que no estamos conscientes, y en contra de enemigos que nos amenazan, aun cuando nosotros no nos demos cuenta. Está orando que nuestra fe no cese y que salgamos al final vencedores.'

Lección Uno

Capítulo 1 de Hebreos. Introducción a la carta

Un bosquejo que nos permite tener un panorama amplio de la carta a los hebreos nos es presentado por Simón Kistemaker:[1]

1:1-4	1. Introducción
1:5 – 2:18	2. Jesús es superior a los ángeles
3:1 – 4:13	3. Jesús es más grande que Moisés
4:14 – 7:28	4. Jesús es el gran Sumo Sacerdote
8:1 – 10:18	5. Jesús es el Mediador de un nuevo pacto
10:19 – 12:29	6. La obra de Jesús es aplicada por el creyente
13:1 – 25	7. Conclusión

1. Resumen del capítulo

(v. 1) El autor de la epístola introduce el tema de su primer sermón presentando el carácter finalizador o perfeccionador de Jesús. Él es el fin de la revelación, porque los profetas hablaron de él. (Luc. 24:27; Juan 1:45; Juan 5:46;) Jesús completa la revelación Sagrada, pues él es el verbo de Dios (Juan 1:1) y solo él puede mostrarnos quién es Dios.

(v. 2) Este Jesús es el autorizado para completar y perfeccionar la revelación divina porque él mismo es heredero de todas las cosas hechas por Dios, ya que a través de él Dios hizo el universo. (Juan 1:3).

(v. 3-4) Jesús es presentado por el autor de Hebreos como:

El resplandor de la gloria de Dios

La imagen misma de la sustancia divina

El sustentador de todas las cosas a través de la palabra de su poder

El que purifica a los pecadores por el sacrificio de sí mismo

El que está sentado a la diestra de la Majestad divina

El que es superior a los ángeles porque tiene un nombre mejor que él de ellos

Desde el versículo 5 y hasta el versículo 14 el predicador muestra la superioridad de Jesús sobre los ángeles:

(v.5) El padre solo reconoce a Jesús como Hijo engendrado

(v.6) El Padre ordena a todos que adoren al hijo, cuando lo introduce al mundo

(v.7) De los ángeles solo se dice que son espíritus y llama de fuego

(v.8-9) El padre habla del Hijo como Dios mismo sentado en un trono eterno. Y su gobierno (cetro) se caracteriza por la equidad, el amor a la justicia y el odio a la maldad. El resultado es que este Jesús fue ungido con óleo de alegría, por encima de sus compañeros.

(v.10) Jesús es llamado Señor, y él participó en la creación de la tierra y los cielos, ellos vinieron a ser como resultado de la obra de sus manos.

(v.11-12) Jesús es inmutable, permanece para siempre, en oposición a la creación que perecerá, se envejecerá, la cual será envuelta y mudada pero los años de Jesús no tienen fin.

(v.13) Ningún ángel ha recibido promesas tan grandes como las que el Padre dio a Jesús, pues le dijo que se sentara a su diestra hasta que pusiera a sus enemigos por estrado o tarima donde subir sus pies.

(v.14) Los ángeles son inferiores a Jesús porque ellos tienen como función, no reinar sobre un trono, sino servir o ministrar a los herederos de la salvación.

2. Dificultades del capítulo

(v.1) Si Hebreos es una epístola ¿Por qué no empieza con los habituales saludos de la época? La carta a los Hebreos presenta características especiales. Inicia como un sermón, pero termina como una carta. Es probable que Hebreos no comienza con los saludos habituales mencionando a los destinatarios[1] porque esta carta estaba dirigida a la iglesia universal, a la iglesia de todos los lugares y épocas.

Tampoco se menciona el nombre del autor, siguiendo la costumbre de la época de omitir el nombre del escritor, tal vez como un asunto de modestia.

Siendo que el enfoque principal de la carta es mostrar la superioridad y la centralidad de Jesús, el autor no quiso que los lectores se enfocaran en él o en los detalles de los destinatarios.

(v.1) ¿Cuáles son las otras maneras por las que Dios habló a los padres? ¿Fueron estas maneras infalibles, seguras?

El autor nos dice en un lenguaje elegante que Dios es el autor, el originador de la revelación.

Esta revelación fue dada antiguamente a través de diferentes modos: Adán escuchaba la voz de Dios al “fresco del día” (Gén. 3:8), Noé escuchó la voz de Dios (Gén. 6:13), Abraham

recibió visiones y visitas del Señor , Jacob recibió sueños, lo mismo José, Dios habló cara a cara con Moisés. Los profetas después de Moisés y hasta Malaquías, escribieron, por inspiración del Espíritu Santo, cánticos o salmos, oraciones, historias, proverbios y profecías. Ellos investigaron con diligencia lo que el Espíritu Santo les revelaba (1 Pedro 1:10-12).

Así que esta revelación dada de muchas maneras a los antiguos fue segura e infalible, pues era resultado de la acción del Espíritu Santo.

(v.2) Si Dios nos habla hoy por medio de Jesucristo entonces ¿Ya no hay palabras proféticas? ¿En qué sentido es Jesús heredero? ¿Qué significa la expresión *por quien asimismo hizo el universo*?

El autor de Hebreos presenta la continuidad y unidad de la revelación divina, esta sigue del Antiguo al Nuevo Testamento, siempre en constante progresión. Pero a pesar de esta continuidad, hay un contraste, puesto que en el pasado el Señor hablaba a través de los profetas, y ahora nos habla por Jesús, su Hijo.

La redacción de este pasaje da a entender que en Jesús llegó la revelación final y completa.[1] La progresión había llegado a su punto final. Después de Cristo no hay progresión, porque el objetivo final de toda la profecía en el Antiguo Testamento era Cristo (Luc. 24:25, 27, 44; Jn. 1:45; 5:39; 11:51; Mt. 5:17). Todos los profetas hablaron de Cristo. Al inicio esta revelación era como un capullo, pero en la medida que avanzaba el tiempo Dios daba más revelación y la flor empezaba a mostrarse poco a poco, hasta que cumplido el tiempo vino Cristo y la flor se abrió completamente. Es la misma flor, es decir, es una sola revelación. Su punto culmen es Cristo.

Esto significa que el ministerio profético como fuente de revelación haya su plenitud en Cristo. Los apóstoles y escritores del Nuevo Testamento hablaron de Cristo, la profecía cumplida. Ellos no escribieron o dijeron algo diferente de Cristo, pues él es el cumplimiento de las profecías. Los hagiógrafos del Nuevo Testamento no fueron más allá de Cristo, sino que interpretaron y expusieron el Antiguo Testamento para mostrar que el objetivo final de la revelación había llegado.

Los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento también fueron inspirados por el Espíritu Santo, de manera que todo lo que escribieron fue sin error (Mat. 10:19-20; Jn. 16:12-15). Pero toda su profecía ya no era una progresión, es decir, no como en el caso de los profetas del Antiguo Testamento que iban dando avances de lo que el Espíritu revelaba sobre Cristo, sino que ahora ellos se enfocan solamente en Cristo encarnado, el cumplimiento y punto final de la profecía. En cierto sentido los profetas del Nuevo Testamento no tienen "profecía nueva o progresiva", solo se limitan a declarar la completa comprensión que tienen de lo revelado en el Antiguo Testamento, ahora entendido y aclarado por la presencia de la Palabra encarnada, es decir, de Jesús.

Esto puede verificarse claramente por las Escrituras.

> Hechos 1:8. La promesa de Jesús para sus discípulos es que él enviará al Espíritu Santo, el cual les dará poder (dinamita) para ser testigos de Cristo. El contenido de su predicación o profecía será solamente Cristo.
>
> Hechos 2. El día de Pentecostés el Espíritu desciende con poder sobre la iglesia, en cumplimiento de la promesa de Jesús. Muchos de los creyentes reciben la capacidad de hablar en idiomas desconocidos para ellos, lo cual puede ser considerado como profecía. ¿Cuál era el contenido de su profecía? Las maravillas de Dios. Y ¿Cuáles eran estas maravillas de Dios que contaban estos nuevos profetas? Podemos saber su contenido basándonos en la profecía de Pedro (Hch. 2:14-37). Ellos hablaban de Cristo. En el versículo 8 Jesús había dicho que el Espíritu les daría poder para hablar de él ante todos, y eso es lo que hacen en esta oportunidad. El resultado de esta profecía es que más de tres mil personas tienen un encuentro con el Señor y son añadidos a la iglesia.

Cuando el apóstol Pablo da ciertos principios reguladores del culto en la Iglesia de Corinto, les exhorta y reprende porque estaban dando preeminencia al don de hablar en lenguas, el cual era muy espectacular, pero descuidaban el don de la profecía. El ejercicio de este don convencería a los oyentes, les mostraría lo oculto de sus corazones, conduciendo al oyente a postrarse ante el Señor, reconociendo que él está en medio de la congregación. Ahora, no es difícil pensar en el contenido de esta profecía que produciría convicción en los oyentes, su contenido es Cristo. No un Cristo en sombras, como lo presentaban los autores del Antiguo Testamento, sino un Cristo completamente revelado.

Por lo tanto, en la iglesia no hay profetas en el mismo sentido del Antiguo Testamento, puesto que después de Cristo no hay más progresión en la revelación, porque ¿Qué necesitamos además de Cristo? Nada. Ningún profeta podrá darnos algo más valioso que Cristo. Él es nuestro deleite y gozo, es nuestra esperanza segura y nuestro Eterno Salvador. Nuestros ojos se recrean contemplándolo solo a él.

Ahora, ¿en qué sentido es Jesús heredero de todo? Siendo que Jesús, en sentido estricto, es el único Hijo eterno, engendrado eternamente por el Padre, entonces solo él tiene derecho a recibir toda la herencia de Dios Padre. Nosotros los creyentes somos hijos adoptados y los ángeles son hijos creados.

La herencia que recibe el Hijo es lo mismo que él creó, al principio, junto con el Padre y el Espíritu Santo. Jesús recibe como herencia todo el cosmos, la tierra, las estrellas y todo lo que ha sido creado, porque él mismo las creó (Col. 1:16; Juan 1:3).

No es posible entender todo el sentido de la frase “por quien asimismo”, pero lo que el autor quiere remarcar es “la majestad del Hijo de Dios”, que estuvo presente en la creación

y que es el Señor Soberano de todas las cosas creadas. Él es Dios".[1]

(v.3) ¿Si Jesús es el resplandor de la gloria del Padre, entonces es Jesús inferior al Padre?

La palabra griega usada para resplandor en este pasaje es *apaugasma*,[2] la cual puede significar reflejo o resplandor. El reflejo es algo pasivo, es decir, como en el caso de la luna, ella solo refleja la luz proveniente del sol, no tiene luz propia. Pero el resplandor es algo activo, es decir, es la fuente de la luz, la efulgencia, la radiación.[3]

Jesús es el resplandor, en sentido activo, de la gloria de Dios, pues él mismo es luz, y por lo tanto fuente de luz (Juan 8:12). Ahora, siendo que Jesús, la divinidad encarnada, viene en sujeción al Padre a cumplir su voluntad, es el reflejo de su gloria, es el reflejo de la gloria del Padre. Su perfecta humanidad refleja la santidad y la gloria del Padre.

Por lo tanto "*el resplandor del Hijo es, por consiguiente, una extensión de la gloria de Dios*".[4]

La palabra usada para imagen es *hipostasis*, la cual se refiere no a la esencia o el ser del Padre, sino a su persona. Jesús es la imagen o la impronta del Padre. Tanto el Padre como el Hijo comparten la misma esencia, pero Jesús acuña y refleja en su humanidad perfecta la persona del Padre, por eso Jesús dijo: "*... el que me ha visto a mí, ha visto al Padre*" (Juan 14:9). Solamente a través de Cristo podemos conocer al Padre. Jesús nos hace visible la gloria invisible del padre (Col. 1:15).

La frase "*imagen misma de su sustancia*"[5] hace referencia a las antiguas monedas que acuñaban los imperios con la imagen del emperador o Rey.[6] Esas monedas representaban al monarca, por eso Jesús dijo "dad al César lo que es de César" refiriéndose a la moneda acuñada con su imagen. Jesús es la estampa del Padre. Aunque esto pueda confundir a algunos, al llevarles a pensar que Jesús es inferior al Padre, aunque debemos observar que al autor de la carta no está interesado en tocar ese tema en este momento, él solo quiere mostrarnos que el Mesías encarnado, el hombre perfecto, es la imagen del Padre. Entendemos que en su esencia divina, Jesús es de la misma sustancia del Padre, pero en su humanidad perfecta es la imagen del Padre.

Esto también nos muestra que Jesús es una persona distinta al Padre.

(v. 3) ¿En qué sentido Jesús sustenta todas las cosas?

En esta introducción el escritor resalta que Jesús no solo es el creador de todo lo que existe, sino que él preserva la creación con su poder: "*Y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder*".

El sentido que tiene en el idioma original es que Jesús lleva todas las cosas sobre sí para conducirlas a su destino final.[7]

Jesús solo con su palabra crea todas las cosas y con su palabra[1] sostiene lo que existe, tal es su poder. Esto quedó demostrado con la escena de la sanación del criado del centurión: "*...solamente di la palabra y mi criado sanará*" (Mt. 8:8). Jesús dijo la Palabra y la restauración del cuerpo se dio inmediatamente. Jesús habló y las cosas fueron hechas, Jesús habla y preserva la creación.

Sin la actividad sostenedora de Jesús "todas las cosas quedarían reducidas a nada instantáneamente".[2]

(v. 3) ¿Qué significa el hecho de sentarse a la diestra de la Majestad en las alturas?

"*...habiendo efectuado la purificación[3] de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.*"

Hebreos presenta la superioridad de Jesús sobre el sistema sacerdotal y ritual del Antiguo Testamento. Los sacerdotes debían ofrecer sacrificios constantes por ellos mismos y por el pueblo. Pero la superioridad de Jesús se resalta por el hecho de que él purificó para siempre a su pueblo, no por ofrenda ajena, sino por la ofrenda de sí mismo. Él fue a la vez el sacerdote y la ofrenda.

En Hebreos 10:12 también se afirma esta verdad: "*pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios"*. Así que aquí, purificación, hace referencia no a la actual purificación del pueblo de Dios, la cual es obrada por medio de la palabra (Ef. 5:26), sino a la expiación, de la cual brotan la purificación y el perdón (1 Juan 1:9).[4]

Entonces, luego de haber hecho su obra perfecta, subió a las alturas y se sentó a la diestra de la Majestad. El término Majestad, para referirse a Dios, es muy común entre los judíos.

Así que Jesús está sentado a la diestra de Dios, pero esto no debe entenderse en sentido literal sino simbólico, significa que a Jesús se la concedido un lugar de privilegio, un lugar especial de honra, junto con el Padre. El Hijo volvió a asumir su dignidad y gloria originales (Jn. 17:5).

Significa que "*el Hijo tiene toda autoridad para gobernar su reino que abarca toda la tierra, y que es entronizado por sobre todos los poderes espirituales "en los lugares celestiales."*[5]

Los creyentes de la era apostólica, así como los reformadores del siglo XVI no entendieron que Dios tenga un trono físico y una diestra material donde se siente Jesús. El apóstol Pablo también habla de la autoridad suprema de Cristo cuando afirma: "*subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo*" (Ef. 4:10).

El hecho de que Jesús, como sumo sacerdote, se encuentre sentado, es un contraste con la

posición de los sacerdotes aarónicos, los cuales debían conservarse en pie, puesto que sus sacrificios no cesaban, pero el sacrificio de Cristo fue hecho una vez para siempre, como sumo sacerdote no necesita estar en pie, todo ha sido cumplido.

(v. 4) ¿En qué sentido Jesús ha sido hecho superior a los ángeles?

"*hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos*"

Jesús es superior a los ángeles por el nombre de Hijo que Dios le ha dado, él es el Hijo eterno, el eternamente engendrado por Dios. En su relación con la Trinidad, de la segunda persona se dice que es engendrada mas no creada. El nombre que heredó eternamente es el de Hijo.

Aunque a los ángeles también se les llama hijos (Job 1:6; 38:7), el título Hijo de Dios, por excelencia, es solo para Jesús, puesto que "él fue un Hijo dotado de poder superior y autoridad."[1] Aunque los ángeles son superiores a los hombres y están más cerca de Dios que el resto de las criaturas, no obstante el Hijo es superior a todos ellos, los cuales son llamados en la Biblia como mensajeros (Sal. 104:4) o espíritus ministradores (Heb. 1:14). Los ángeles no son herederos, sino servidores de los que serán herederos de la salvación.

Cuando dice que Jesús hereda el nombre, no significa que él no lo haya tenido antes, pues, en su etapa de humillación ya se le llamaba Hijo (5:8), incluso el versículo 2 nos deja ver que este Hijo hizo el Universo, así que el título le corresponde desde siempre. Ahora, Jesús hereda el título superior de Hijo, así como heredó lo que él había hecho antes, la creación. Es algo que le pertenece desde siempre por la decisión del Padre.

3. Enseñanzas del capítulo

3.1. Acerca de Dios

3.1.1. La gloria de Dios es tan deslumbrante que ella se mantiene invisible a los ojos de los hombres, pero a través de Cristo podemos contemplar sin temor alguno esta gloria irresistible.

3.2. Acerca de Cristo

3.2.1. Jesús es superior a los profetas del Antiguo Testamento. Los judíos reclamaban tener en su historia religiosa a los más grandes profetas, pero el autor de Hebreos en el versículo 2 presenta a Jesús, el Hijo, como la profecía superior, puesto que él mismo en persona es la revelación plena de Dios. Además, los profetas del Antiguo Testamento hablaron de Cristo, apuntaban al Hijo de Dios.

3.2.2. Jesús es superior a los profetas del Antiguo Testamento porque a través de él y solo él, Dios hizo todo lo que existe, por lo tanto, solo Jesús tiene el derecho de ser heredero de todas las cosas, solo Jesús es Señor de la historia, incluyendo la historia judía.

3.2.3. Jesús es superior a los profetas del Antiguo Testamento porque él y solo él es el resplandor de la gloria del Padre. Su perfecta santidad, su perfecta humanidad son una extensión de la gloria del Padre, aunque Jesús mismo es fuente y origen de luz gloriosa.

3.2.4. Si queremos ver al Padre debemos hacerlo solamente a través de Cristo, quien es la imagen visible del Dios invisible.

3.2.5. Jesús es el Verbo o la palabra de Dios (Juan 1:1, 14). Su Palabra es poderosa para crear de la nada. Es poderosa para convertirnos en nuevas criaturas, para limpiarnos de toda maldad y hacernos aceptables ante el Padre Santo.

3.2.6. "El reino de le pertenece a Cristo y Dios le ha dado "el nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, en los cielos y en la tierra y bajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:9-11).[1]

3.2.7. Podemos resumir las enseñanzas de Cristo en esta sección de Hebreos con las palabras de F. F. Bruce: "*Por lo tanto la grandeza del Hijo de Dios recibe siete confirmaciones... Él es el* ***profeta*** *a través del cual Dios ha hablado su palabra final a los hombres, es el* ***sacerdote*** *que ha llevado a cabo una tarea perfecta de purificación de los pecados de su pueblo; es el* ***rey*** *que se sienta entronizado en el lugar de honor principal, al lado de la Majestad en las alturas.*"[2] Aquí se encuentran en acción los tres oficios de Cristo.

3.3. Acerca de la apostasía

3.4. Acerca de la superioridad de la fe cristiana

4. Aplicaciones prácticas

4.1.1. La doctrina de Cristo debe ser recibida con reverencia y únicamente ella, y solamente ella debe ser la satisfacción de nuestra alma (Calvino).[3]

4.1.2. Al ver a nuestro Sumo Sacerdote real purificar para sí a un pueblo a través de la ofrenda de su propia vida nuestros corazones deben ser elevados a la más sublime adoración, como dijera F. F. Bruce: "*La gracia que ha provisto un remedio para la contaminación del pecado, por medio de una vida ofrecida gratuitamente a Dios por nosotros, requiere un sentido de deuda personal que la contemplación de la actividad divina sobre la escala cósmica nunca podría provocar."*[4]

El placer de mi alma[5]

Quien podrá con su presencia impartirme bendición

Solo Cristo y su clemencia pueden dar consolación.

Solo Cristo satisface mi transido corazón;

Es el lirio de los valles y la Rosa de Sarón

Su amor no se limita, es su gracia sin igual;

Su merced es infinita, mas profunda que mi mal

Redención sublime y santa, imposible de explicar;

Que su sangre sacrosanta mi alma pudo rescatar.

Cristo suple en abundancia toda mi necesidad;

Ser de él, es mi ganancia, Inefable es su bondad.

Jesús es superior a los ángeles

1:5 – 1:14

1. Resumen del pasaje

El autor de Hebreos presenta un contraste entre Jesús y los ángeles. Para ello usa abundantes citas de los Salmos, especialmente del salterio, ya que este era muy conocido por los judíos y los nuevos cristianos. La gente memorizaba y conocía muy bien estos salmos. Así que el autor usa los salmos más conocidos para mostrar la divinidad de Jesús.

De Jesús dice que tiene los siguientes reconocimientos divinos:

Hijo engendrado por el Padre Eterno (5)

Dios es su Padre (5)

Todos los ángeles le deben adoración (6)

Al Hijo se le reconoce como Dios mismo gobernando en su Trono (8)

Habiendo amado la justicia y aborrecido la maldad ha sido ungido por Dios mismo con aceite de alegría más que a sus compañeros (9)

Se le reconoce como Señor (*Adonai*)

Como el creador de los cielos y la tierra (10)

- El Hijo es eterno e inmutable (11-12)
- Está sentado a la diestra de Dios Padre hasta que él derrote a todos sus enemigos

Mientras que los ángeles:

Son comparados con el viento, mensajeros del Señor (7)

Son comparados con llamas de fuego (7)

Son llamados espíritus servidores de los herederos de la salvación (14)

Los ángeles no tienen el reconocimiento divino de Jesús. El Hijo es superior en todo a los ángeles.

Los judíos pensaban que su religión era superior al cristianismo porque su Ley y la revelación fue dada a través de ángeles (Heb. 2:2), pero la verdad es bastante distinta, porque la revelación del cristianismo no fue traída por ángeles, sino por alguien superior a ellos, por Dios mismo, el Dios encarnado y engendrado eternamente: Jesús.

2. Dificultades del pasaje

¿En qué sentido a los ángeles no se les llama hijos? (5).

"*Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.*"

Aunque en Job 1:6; 2:1 y 38:7 a los ángeles se les llama hijos de Dios, ellos reciben esta designación de manera general, no particular. Es decir, a ningún ángel de manera particular se le llama hijo de Dios, sino a todos en su conjunto. Siendo creados por Dios, entonces se les llama hijos de Dios. Pero el sentido más claro es que a ningún ángel se le ha dado el reconocimiento de Hijo de Dios que aparece en este pasaje, es decir, como engendrado por el Padre, gobernando en el mismo Trono con el Padre, creando todas las cosas. Los ángeles no tienen estas cualidades que solo corresponden a la divinidad, por eso ninguno de ellos ha sido llamado, en toda su amplitud, Hijo de Dios.

Ninguno de los ángeles pudo dirigirse a Dios como Padre, solo Jesús pudo hacerlo con toda autoridad. Esto ofendió mucho a los judíos, que Jesús considerara de manera especial a Dios su Padre. Ningún ser creado podía reclamar este derecho, solo el hijo eterno de Dios (Juan 5:18).

¿A qué se refiere el hecho de que Jesús haya sido engendrado por Dios? ¿Esto es lo mismo que ser creado? (5) (Salmo 2) La generación eterna.

Cuando el autor dice "hoy" no se está refiriendo al día calendario en el cual escribía, sino que hace referencia al tiempo de Jesús en la tierra. Algunos creen que este "hoy" se refiere a la exaltación o coronación de Cristo, luego de su ascensión. Aunque también es probable que haga referencia a un suceso anterior al tiempo en general.

Este pasaje no indica que Jesús sea inferior al Padre, ni creado, pues el Hijo es considerado Hijo desde la eternidad. El Salmo 2 fue escrito mucho antes del nacimiento de Cristo.

La segunda persona cumple el rol de Hijo dentro de la Santísima Trinidad, pero este es un rol eterno. Él no es Hijo desde el momento en que se encarnó, sino que siempre ha sido el Hijo de Dios.

La frase dice "engendrado". Aunque no podemos entender los profundos misterios de la Trinidad, sabemos por la Biblia que la segunda persona fue engendrada por el Padre, desde siempre. Por eso Jesús es también reconocido como Dios.

El pasaje de Juan 5:18 nos muestra que los judíos entendían que si alguien se consideraba

en sentido especial Hijo de Dios, es porque procedía directamente de la esencia divina y entonces debía ser reconocido como Dios mismo. Jesús es llamado Hijo, engendrado de la esencia divina.

El Credo de Nicea (Concilio de Nicea en el 325 D.C.) afirma así lo siguiente de Jesucristo:

Creo en un solo Dios Padre Todopoderso, Creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles e invisibles;
Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios,
Engendrado del Padre antes de todos los siglos,
Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de Dios verdadero,
Engendrado, no hecho, consubstancial con el Padre;
Por el cual todas las cosas fueron hechas,
El cual por amor a nosotros y por nuestra salud descendió del cielo,
Y tomando nuestra carne de la virgen María, por el Espíritu Santo, fue hecho hombre,
Y fue crucificado por nosotros bajo el poder de Poncio Pilatos,
Padeció, y fue sepultado;
Y al tercer dia resucitó sugún las Escrituras,
Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre.
Y vendrá otra vez con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos;
Y su reino no tendrá fin.

El credo de Atanasio (siglo IV) resume este misterio así:

Todo el que quiera salvarse, debe ante todo mantener la Fe Universal. El que no guardare ésta Fe íntegra y pura, sin duda perecerá eternamente. Y la Fe Universal es ésta: que adoramos a un solo Dios en Trinidad, y Trinidad en Unidad, sin confundir las Personas, ni dividir la Sustancia. Porque es una la Persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; mas la Divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu es toda una, igual la Gloria, coeterna la Majestad. Así como es el Padre, así el Hijo, así el Espíritu Santo. Increado es el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Incomprensible es el Padre, incomprensible el Hijo, incomprensible el Espíritu Santo. Eterno es el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno; como también no son tres incomprensibles, ni tres increados, sino un solo increado y un solo incomprensible. Asimismo, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Y sin embargo, no son tres Dioses, sino un solo Dios. Así también, Señor es el Padre, Señor es el Hijo, Señor es el Espíritu Santo. Y sin embargo, no son tres Señores, sino un solo Señor. Porque así como la verdad cristiana nos obliga a reconocer que cada una de las Personas de por sí es Dios y Señor, así la religión Cristiana nos prohíbe decir que hay tres Dioses o tres Señores. El Padre por nadie es hecho, ni creado, ni engendrado. El Hijo es sólo del Padre, no hecho, ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente. Hay, pues, un Padre, no tres

Padres; un Hijo, no tres Hijos; un Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos. Y en ésta Trinidad nadie es primero ni postrero, ni nadie mayor ni menor; sino que todas las tres Personas son coeternas juntamente y coiguales.

En la Biblia al Hijo se le reconoce como el primogénito o unigénito[1] de Dios. Lo cual demuestra la eterna generación del Hijo, quien es Dios mismo (Juan 1:14, 18; 3:16, 18; Col. 1:15; Heb. 11:17; 1 Juan 4:9).

Es Hijo unigénito (*monogenes*) porque solo él es de la misma sustancia del Padre, nadie más. Solo él es la imagen del Dios vivo (2 Cor. 4:4; Col. 1:15).[2]

Jesús es engendrado eternamente por el Padre, y no creado, porque en el eterno presente de Dios, la segunda persona es engendrada. Esto lo demuestran pasajes en los cuales se habla de la igualdad del Hijo con el Padre y la pre-existencia de Cristo. (Miq. 5:2; Juan 1:14, 18; 3:16; 5:17, 18, 30, 36; Hech. 13:33; Juan 17:5; Col. 1:16; Heb. 1:3).

Ahora, no estamos diciendo que Dios genera su propia esencia. El Hijo es generado eternamente.

Creo que hay una forma más sencilla de explicar esto, aunque no pretendo entender el misterio de la Trinidad.

La esencia divina es una sola, es eterna, vive en un eterno presente.

Eternamente la segunda persona de la Trinidad, voluntariamente, se sometió al Padre para cumplir su voluntad perfecta de salvar a un pueblo para sí.

El Salmo 2, aunque en su sentido primario es una promesa para Salomón el hijo de David, no obstante en él no se dio el cumplimiento perfecto y cabal, sino que esto se cumple perfectamente en la simiente de David, en el Mesías, en Jesús. Pero este Salmo también refleja el pacto eterno entre las personas de la Trinidad.

El Padre le dice a la segunda persona que le pida por herencia las naciones, las gentes que él quiere para sí. El hijo le pide a Dios esta gente, que en la Biblia son llamados los elegidos (Rom. 8:33; 1 Cor. 1:27,28; Efesios 1:4; 2 Tim. 2:10; 1 Ped. 1:2).

Ahora, para Dios darle esta gente al Hijo es necesario que él muera por ellos, pues se encuentran en una situación de muerte espiritual y receptores de la justa y santa ira de Dios. Es necesario que la segunda persona de la Trinidad entre en un estado de humillación, tome carne para sí y se vuelva como uno de ellos, pero sin pecado. Todo esto se encuentra tipificado por los sacrificios y las leyes del Antiguo Testamento.

El Hijo se compromete con el Padre a morir por los hijos que Dios le ha dado. Él vendrá a la tierra a cumplir con el propósito del Padre. La segunda persona de la Trinidad se somete voluntariamente a la Primera persona para cumplir su propósito de salvación. La segunda

persona hará todo lo que el Padre ha determinado, fue enviado por el Padre (Juan 4:34; 17:4), vivirá para glorificar al Padre (Juan 17:1, 4), hará la voluntad del Padre (Juan 4:34; 5:30; 8:28), vendrá en nombre del Padre (Juan 5:43) hablará las palabras del Padre(Juan 14:10) y hará sus obras (Juan 14:10; 5:19).

Aunque la segunda es igual en poder y eternidad con la primera, voluntariamente se somete. Ahora, ¿Cuándo se dio esto? En la eternidad. El plan redentor se dio en la eternidad. Dios no improvisó en Edén cuando el hombre pecó. Sus planes son eternos. Siendo que eternamente la segunda persona se sometió a la primera para cumplir su voluntad y salvar a un pueblo para sí, entonces, eternamente la segunda persona asumió su rol de Hijo obediente. Por eso el Hijo es eternamente engendrado por el Padre, mas no creado.

La sustancia del Hijo engendrado eternamente es igual a la del Padre, pues, "*porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al hijo el tener vida en sí mismo*" (Juan 5:26).

El Dr. Luis Berkhof define así la eterna generación del Hijo: "*Es aquel acto necesario y eterno de la primera persona de la Trinidad, por medio del cual, dentro del Ser divino está la base para una segunda subsistencia personal semejante a la misma del Padre, y pone a esta segunda persona en posesión de la completa esencia divina, sin ninguna división, enajenación o cambio."*[1]

¿En qué momento introdujo el Padre al Primogénito y ordenó a los ángeles adorarlo? (v.6) Deut. 32:43

Hay dificultades con la traducción de este texto desde el griego. Algunos lo traduce: *"Y una vez más, cuando Dios trae a su primogénito al mundo"*, mientras creen que se debe traducir "*Pero cuando Dios traiga nuevamente al primogénito al mundo.*"[2]

La segunda traducción haría referencia a la segunda venida de Cristo. Mientras que la primera hace mención al nacimiento de Jesús.

Siendo que el autor aún no ha ahondado en el tema de la primera venida de Cristo, me parece que no tiene en mente, de manera primaria, la segunda venida.

No obstante, las Sagradas Escrituras nos presentan a los ángeles adorando a Jesús en sus dos venidas:

En Lucas 2:13 una multitud de ángeles alabó al Señor cuando Cristo nació.

En Mateo 24:31 el Señor dice que los ángeles tocarán trompetas cuando el Hijo de Dios regrese al final del tiempo.

Los ángeles fueron creados por el Hijo, por quien Dios hizo todo lo que existe. De allí que

los ángeles deban adoración a Jesús.

¿Porqué al autor de Hebreos dice que Moisés escribió en su cántico "*adórenle todos los ángeles de Dios"*, si cuando vamos a Deuteronomio 32:43 no aparece esa declaración?

Recordemos que el autor de Hebreos está usando la versión Septuaginta o griega del Antiguo Testamento, no la hebrea.

Al parecer en la versión griega y en los pergaminos del Mar Muerto se encuentra la adición mencionada.

La versión hebrea se lee así: "*Alabad, naciones, a su pueblo, porque él vengará la sangre de sus siervos; y tomará venganza de sus enemigos, y hará expiación por la tierra de su pueblo.*"

La versión griega se lee así: *"Regocijaos, oh naciones, con su pueblo, y adórenle todos los ángeles, porque él vengará la sangre de sus siervos.*"

El autor de Hebreos, inspirado por el Espíritu Santo, acepta esta añadidura en la versión griega como autorizada por Dios.

De todas maneras, otro texto en el Antiguo Testamento reafirma esta declaración. La encontramos en el Salmo 97:7. La versión hebrea dice: "*Adoradle todos los dioses*", y la versión griega dice: "*Adoradle, todos vosotros sus ángeles.*"

Cuando leemos el cántico de Moisés en Deuteronomio 32, vemos que el que recibe adoración es Dios, pero el autor de Hebreos transfiere esta adoración al Hijo, reconociendo así la divinidad de Cristo.

Este libro da un golpe mortal a los que niegan, rechazan o tienen dudas de la divinidad de Jesucristo.

v.7 ¿Acaso los ángeles no son espíritus?

La traducción más cercana al griego es propuesta por Kistemaker: "*El hace a sus ángeles vientos.*"[1] El salmo 104 es usado por el autor para mostrar que los ángeles, aunque están muy cercanos a Dios, no obstante son sus servidores y le obedecen en todo. Ellos como el viento o como los relámpagos, creados por Dios, y dispuestos a obedecer su voluntad.

Los ángeles salen presurosos de la presencia de Dios para cumplir su voluntad, y aunque pueden ser fuertes como el más huracanado y destructor viento, o tener la capacidad de consumir o destruir del rayo o el fuego, no obstante, son humildes servidores delante de la presencia del Señor.

Los predicadores también podemos ser como un viento fuerte o como fuego, cuando exponemos las Sagradas Escrituras.

v. 8 y 9. El autor de Hebreos está usando el Salmo 45:6-7 para hablar de la superioridad de Cristo, pero ¿No es una contradicción que Dios le diga al Hijo Tu Trono oh Dios, acaso no es Dios Padre el que está sentado en el Trono?

Aunque el Salmo 45 fue usado por los judíos para cantarlo o recitarlo en las bodas de los reyes, los rabinos eran conscientes que este Salmo tendría su cabal cumplimiento en el Mesías, pues, solo él podía encajar en todas las descripciones mencionadas en él.

Es por eso que la traducción aramea en el Targum Jonatán[1] dice en el Salmo 45:2: "*Vuestra belleza, oh Rey Mesías, es mayor que la de los hijos de los* hombres".

Tanto el Salmo como Hebreos están enfatizando la divinidad del Mesías. Él es de la misma esencia que el Padre, por lo tanto el Mesías está sentado en el Trono como Dios. A Jesús se le presenta sentado a la diestra del Trono de Dios, lo cual significa que él también gobierna con el Padre, porque el Padre y el Hijo comparten la misma esencia divina. No hay contradicción. Hablar del Hijo como Dios y del Padre como Dios no indica que haya dos dioses, sino que son dos personas, distintas, pero al mismo tiempo unidas en la divinidad. Es un misterio, pero lo aceptamos por fe.

El cetro de justicia significa que el Señor gobierna con autoridad real. El cetro se usa para invitar a alguien a acercarse al Trono o para ordenar silencio. El Hijo gobierna con justicia. Por eso Jesús dijo que sus seguidores deben buscar primeramente el reino de Dios y su justicia (Mat. 6:33).

El óleo de alegría hace referencia, no al bautismo de Jesús, sino a su gobierno justo. Al aplicar su justicia la alegría y el gozo le llenan, y esto se constituye en su unción.

Los compañeros del Hijo no son los ángeles sino sus seguidores, los que comparten "*el llamamiento celestial*" (Heb. 3:1). Sus seguidores participan de la unción del santísimo (1 Juan 2:20, 27). "Es más probable que la referencia sea a los "muchos hijos" del cap. 2:10, a quienes el Hijo primogénito no se avergüenza de llamarlos hermanos (cap. 2:11) y que son designados en el capítulo 3:14 como los *metocoi* del mesías (la misma palabra griega que aquí se traduce *compañeros*.).[2]

Los versículos 10, 11 y 12, resaltan la divinidad de Jesús. El autor toma la oración del Salmo 102:25-27, en la cual el salmista termina reconociendo la inmutabilidad de Dios frente a la transitoriedad de la tierra y los cielos.

V. 14 Los ángeles se gozan en obedecer al Señor sirviendo a los elegidos.[3] Este pasaje no habla del ángel de la guarda, sino que muestra como los ángeles son enviados por Dios para el bienestar de los santos.

Enseñanzas

Los ángeles no tienen parte en la herencia de Dios, de la cual Cristo es heredero. Pero nosotros somos coherederos con Cristo de las promesas divinas. (Rom. 8:17)

Si los ángeles rinden adoración al Hijo, cuanto más gozoso debiera ser para el hombre redimido postrarse y adorar constantemente al autor de nuestra salvación.

Nunca debiera haber en nosotros dudas respecto a la divinidad de Jesús. El y solo él es el Hijo de Dios, porque él toma parte en la esencia divina.

Aunque los ángeles sean superiores en fuerza y conocimiento a nosotros, nunca debemos adorarles ni dirigirnos a ellos buscando ayuda, nuestras oraciones deben ser solo al Padre en el nombre de su Hijo eterno, quien enviará respuesta y ayuda, servicio que los ángeles están dispuestos a hacer, en obediencia única a la divinidad.

Jesús es superior a los ángeles (continuación)

Capítulo 2:1-18

Introducción

El autor de Hebreos, luego de mostrar a través de muchos pasajes del Antiguo Testamento que Jesús es superior a los profetas y a los ángeles, quien está gobernando a la diestra del Padre y es el único que puede recibir el título oficial de Hijo de Dios, siendo Dios mismo y Señor del universo, a través de quién nos ha sido dado la revelación final de Dios, pasa a dar una exhortación a los lectores.

En esta exhortación el autor les conduce a una conclusión parentética obvia: Si la Ley dada a través de los profetas antiguos y de los ángeles fue firme de manera que los que violaron esta Ley recibieron el justo castigo que ella misma pregonaba, y siendo que ahora tenemos una revelación profética final, a través de Aquel que es superior a Moisés, los profetas y los ángeles, entonces debiéramos prestar mucho más atención a la revelación que nos da

Cristo, pues, corremos el riesgo de deslizarnos.

El autor consideraría este descuido de desatender la revelación que Dios nos da a través de Cristo, como descuidar nuestra salvación. Esta salvación hace referencia al Evangelio que nos fue anunciado por Jesucristo y fue confirmado por los apóstoles y el resto de discípulos. Los cuales fueron acreditados como testigos fieles por las señales milagrosas, milagros y prodigios que el Espíritu Santo hizo en medio de ellos conforme a su soberana voluntad.

Luego el autor retoma la superioridad de Jesús sobre los ángeles y continúa con sus argumentos. Desde el versículo 5 y hasta el 8 presenta a Jesús coronado de gloria y honra gobernando sobre todas las cosas, aunque todavía no logramos percibir de manera clara el gobierno de Cristo sobre todas las cosas.

En los versículos 9b y 10 presenta al sustentador de toda la creación siendo perfeccionado por los sufrimientos, que según la Ley debió cumplir, para poder llevar muchos hijos a la gloria, es decir, para darles salvación.

En los versículos 11, 12 y 13 presenta a Jesús como el que santifica, y tanto él como los santificados son de uno, por lo tanto Jesús y los santificados son hermanos, y aunque debiera ser vergonzoso para el Hijo-Dios llamar hermanos a hombres pecadores, no obstante, por la salvación ofrecida y la santificación efectuada esto se hace posible.

Los versículos 14 al 18 presentan a Jesús como el Dios que se hizo carne para identificarse así con el hombre y ser su salvador. Jesús, al morir venció a Satanás, quien tenía el imperio de la muerte, librando así a estos hombres de la servidumbre temerosa que resultaba del poder de la muerte y de Satanás.

Pero el Hijo de Dios no ayudó a los ángeles, sino a los hombres de la fe, los descendientes de Abraham, por lo tanto Jesús, el Dios hecho hombre, es el mejor sumo sacerdote en favor del hombre, ya que siendo Dios Todopoderoso se hizo como uno de ellos, siendo tentado como el resto de humanos, pero muriendo y expiando los pecados del pueblo. Por lo tanto este Jesús se ha constituido en el mejor sacerdote que puede interceder por los creyentes delante del Padre, y está dispuesto a socorrernos en nuestras tentaciones.

2. Dificultades

En el versículo 1, qué significa deslizarse. ¿Es perder la salvación?

La palabra griega usada para deslizarse (παραρρυωμεν) significa literalmente correr o pasar a la deriva, deslizarse, extraviarse. Es posible que haga referencia *a la imagen del barco que debe mantener su rumbo fijo para no perder la meta.*[1]

Los miembros de la iglesia receptora estaban en gran peligro de deslizarse de la fe, de

desviarse del rumbo puesto por el evangelio. De andar a la deriva doctrinal si continuaban prestando atención a los argumentos de los judíos que les insistían para que abandonaran a Cristo y regresaran a la fe judía.

Es probable que algunos miembros de esta iglesia estaban considerando seriamente en regresar a su antigua fe, lo cual demostraría que no habían confiado plena y totalmente en Cristo, sino que su fe era vana (1 Timoteo 6:3-4), que no eran salvos (Heb. 10:39) y que no vivían para agradar a Dios (Heb. 10:38).

Algunos hermanos creen que este pasaje habla de la posibilidad de que un verdadero creyente se aparte de la fe y deje de ser salvo. En el versículo 3 analizaremos la imposibilidad de que un salvo deje de serlo, pero este pasaje de Hebreos es una seria advertencia para que todos los que nos consideramos cristianos seamos diligentes en verificar que sí estamos en la fe correcta, y que somos de los que perseveran en esa fe. Una marca del verdadero creyente consiste en esta perseverancia.

Pero todo el tiempo estamos siendo tentados para dejar de mirar a Cristo, el autor y consumador de la fe. Todo el tiempo Satanás, el mundo y nuestra carne, nos intentan atrapar en sus distracciones para alejar nuestra mirada del Hijo de Dios, lo cual, siempre que lo hacemos, implica grandes pérdidas para el creyente. No perderá su salvación, pero sí dejará de crecer y dar testimonio de su fe.

Santiago, en su carta universal o católica, muestra la verdadera fe contrastada con la falsa fe. Hoy día, gracias al decisionismo regeneracional enseñado y practicado en los modernos métodos de evangelización no bíblicos, muchas personas creen que son salvas siempre salvas simplemente porque hicieron una oración de arrepentimiento o una profesión de fe. Pero la verdad es que muchos podrán hacer una oración, incluso acompañada con llanto, pero si en su corazón no hay regeneración, su fe y su oración será vana.

Santiago dice en el capítulo 1, versículo 25 que el verdadero creyente mira atentamente en la perfecta Ley de la libertad, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra. Persevera en ella. Si no persevera entonces es hallado falso.

El apóstol también nos deja ver que la marca del verdadero creyente es mantenerse por siempre guardando la palabra del Evangelio de Cristo (1 Juan 2:3), sino permanece en ella, sino que se aparta y enseña y cree la falsa doctrina, entonces el tal no era de los nuestros, es decir, no era un verdadero creyente (1 Juan 2:19).

El Señor Jesús en sus cartas a las siete iglesias les advierte sobre la posibilidad de que una iglesia, con el paso del tiempo se deslice de la fe y termine siendo como las sinagogas de Satanás. (Iglesia de Pérgamo Apoc. 2:14-17). En su mensaje a la Iglesia de Sardis nos deja ver que dentro de la membrecía de una iglesia encontraremos a personas que verdaderamente han conocido al Señor y le honran (Apoc. 3:4-5) y otras que están muertas

(3:1-3).

¿Cuál fue la palabra dicha por medio de ángeles? v. 2

La palabra dicha por medio de ángeles se refiere a la Ley.

El Antiguo Testamento (Éxodo, Levítico o Deuteronomio) no hacen mención alguna de los ángeles en la dación de la Ley. Aunque Moisés en la bendición final que da al pueblo de Israel antes de morir dice que en el Sinaí, el Monte donde Dios dio la Ley, vino entre diez millares de santos, refiriéndose a los ángeles, con la Ley de fuego a su mano derecha.

Pero en la tradición judía, y en el Nuevo Testamento se hace mención de la instrumentalidad de los ángeles.

Pablo en Gálatas 3:19 dice que la Ley fue ordenada por medio de ángeles en manos de un mediador.

La Ley era obligatoria, no porque fue traída a través de ángeles, sino porque detrás de ella se encontraba Dios. Por eso, toda desobediencia a la Ley recibió su justa retribución. Mientras que el evangelio, el cual también viene de la mano de Dios, fue proclamado por el Hijo mismo de Dios.

El antiguo Testamento evidencia con numerosos ejemplos que toda violación y desobediencia recibió su justo castigo.

En el versículo 3 ¿En qué sentido podemos descuidar nuestra salvación? ¿Eso es lo mismo que perder la salvación? ¿Hace referencia este pasaje a gente verdaderamente salva o gente que estaba conociendo el Evangelio?

La palabra salvación (σωτηρίας)[1] usada en este pasaje hace referencia al evangelio de liberación que predicó Cristo, como luego dice en la segunda parte del versículo 3: "*La cual* (hablando de la salvación), *habiendo sino anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron* (los apóstoles)".

Esto implica que el autor realmente está advirtiendo a los miembros de la iglesia receptora del serio peligro que acarrea descuidar o desatender el mensaje de liberación o salvación que predicó el Hijo, el cual es superior a los ángeles que mediaron en la dación de la Ley, el cual es superior a los profetas. Descuidar este mensaje de salvación implica rechazar a Dios mismo, quien lo confirmó con señales, milagros y prodigios obrados por el Espíritu Santo. Y por lo tanto, la verdad implícita, es que si los que desatendieron la Ley santa recibieron la justa retribución a su descarrío, mas castigo recibirá aquel que rechaza el mensaje Salvador de Jesús.

La pregunta que surge es la siguiente ¿Podrá un verdadero creyente rechazar el mensaje de Salvación, luego de haber creído?

No creo que el autor esté tratando de enseñar eso en este pasaje. Él está advirtiendo a los judíos convertidos al cristianismo, que si ellos rechazan el mensaje del Evangelio proclamado por Jesús, están en serio peligro, pues, precisamente este es el mensaje proclamado por Moisés a través de ángeles, que el hombre es incapaz de cumplir con las altas exigencias de la santidad de Dios, y por lo tanto se requiere la mediación de un sumo sacerdote que sea puro y él mismo sea la ofrenda. Este mensaje ha sido cumplido en la persona de Jesús, cuyo nombre significa salvación. Rechazar a Jesús, es rechazar la salvación.

No hay otro camino (Juan 14:6).

La carta está dirigida a una iglesia local. Cada congregación es exhortada a mantenerse firme en la doctrina bíblica correcta, pues, si consciente en su seno errores conocidos, pronto toda su doctrina se degenerará hasta convertirse, como pasó con las sinagogas judías, en sinagoga de Satanás (las cartas de Jesús a las Iglesias en Apocalipsis advierten ese peligro). El Señor quitará su candelero si una iglesia local degenera de manera creciente y decadente su doctrina.

Lo mismo estaba pasando con los Gálatas. Ellos querían tener al Salvador y también las ceremonias de la Ley. Pero el apóstol Pablo les muestra lo absurdo de esto. No podemos ser practicantes de las ceremonias de la fe judaica y del cristianismo a la vez. Pues, las ceremonias, como luego nos lo explicará el autor de Hebreos, apuntaban al gran cumplimiento de lo que ellas significan, es decir, a Cristo. Venido el Mesías entonces debemos estar atentos en escuchar y hacer lo que él nos viene a decir.

Otros pasajes en las Sagradas Escrituras nos advierten respecto al descuidar la doctrina de Cristo, la doctrina salvadora, pues, las consecuencias serán funestas:

Jesús exhorta a sus discípulos para que se guarden de seguir la falsa doctrina de los fariseos y los saduceos (Mat. 16:12)

Pablo en Romanos 6:17 establece la diferencia entre los que escuchan la doctrina y los que obedecen la doctrina. Muchos miembros de las iglesias profesan y confiesan la doctrina, pero no la obedecen.

Romanos 16:17 habla de algunos miembros de las iglesias que causan división y tropiezo en contra de la doctrina. Estos deben ser expulsados de la iglesia local y los demás se deben apartar de ellos, obviamente porque hay un peligro muy serio en permitir que las iglesias acepten postulados doctrinados falsos.

Ahora, la salvación no consiste solamente en ser librado del infierno y ser trasladado al cielo, la salvación también implica la formación de Cristo en nosotros, la madurez espiritual que vamos alcanzando a través de los dones y los medios de gracia establecidos por Cristo. El apóstol Pablo en Efesios 4:14 dice que la verdadera iglesia es edificada por

las enseñanzas apostólicas y la labor de los pastores, precisamente para que no seamos como niños fluctuantes llevados por doquiera de todo viento de doctrina por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error. Esto es lo que al autor de Hebreos quiere conseguir en esta iglesia local, que sean edificados con las enseñanzas apostólicas de manera que no fluctúen en la fe depositada en Cristo.

La seguridad de la salvación eterna es una doctrina enseñada en las Escrituras, por eso no creemos que al autor de Hebreos esté hablando de la posible pérdida de la salvación. Escuchemos lo que la iglesia evangélica histórica ha creído al respecto.

Primero demos una revisión a los Cánones de Dort, refutando los errores de aquellos que creen que los verdaderos salvos puedan perder su salvación:

REPROBACION DE LOS ERRORES

Habiendo declarado la doctrina ortodoxa, el Sínodo rechaza los errores de aquellos:

L- Que enseñan: que la perseverancia de los verdaderos creyentes no es fruto de la elección, o un don de Dios adquirido por la muerte de Cristo; si no una condición del Nuevo Pacto, que el hombre, para su (como dicen ellos) elección decisiva y justificación, debe cumplir por su libre voluntad..

Pues la Sagrada Escritura atestigua que la perseverancia se sigue de la elección, y es dada a los elegidos en virtud de la muerte, resurrección e intercesión de Cristo: Los escogidos sí !o han alcanzado, y los demás fueron endurecidos (Rom. 11:7). Y asimismo: El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él rodar las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? (Rom. 8:32-35).

II.- Que enseñan: que Dios ciertamente provee al hombre creyente de fuerzas suficientes para perseverar, y está dispuesto a conservarlas en él si éste cumple con su deber; pero aunque sea así que todas las cosas que son necesarias para perseverar en la fe y las que Dios quiere usar para guardar la fe, hayan sido dispuestas, aun entonces dependerá siempre del querer de la voluntad el que ésta persevere o no.

Pues este sentir adolece de un pelagianismo manifiesto; y mientras éste pretende hacer libres a los hombres, los torna de este modo en ladrones del honor de Dios; además, está en contra de la constante unanimidad de la enseñanza evangélica, la cual quita al hombre todo motivo de glorificación propia y atribuye la alabanza de este beneficio únicamente a la gracia de Dios; y por último va contra el Apóstol, que declara: Dios... os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo (1 Cor. 1:8).

III.- Que enseñan: «que los verdaderos creyentes y renacidos no sólo pueden perder total y definitivamente la fe justificante, la gracia y la salvación, sino que de hecho caen con

frecuencia de las mismas y se pierden eternamente».

Pues esta opinión desvirtúa la gracia, la justificación, el nuevo nacimiento y la protección permanente de Cristo, en oposición con las palabras expresas del apóstol Pablo: que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira (Rom. 5:8,9); y en contra del Apóstol Juan: Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nací do de Dios (1 Jn. 3:9); y también en contra de las palabras de Jesucristo: Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie lar arrebatará de mi mano. Mi Padre que me lar dio, es mayor que todos, y nadie lar puede arrebatar de la mano de mi Padre (Jn. 10:28,29).

IV.- Que enseñan: «que los verdaderos creyentes y renacidos pueden cometer el pecado de muerte, o sea, el pecado contra el Espíritu Santos.

Porque el apóstol Juan mismo, una vez que habló en el capítulo cinco de su primera carta, versículos 16 y 17, de aquellos que pecan de muerte, prohibiendo orar por ellos, agrega enseguida, en el versículo 18: Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios no practica el pecado (entiéndase: tal género de pecado), pues Aquél que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca (1 Jn. 5:18).

V.- Que enseñan: «que en esta vida no se puede tener seguridad de la perseverancia futura, sin una revelación especial».

Pues por esta doctrina se quita en esta vida el firme consuelo de los verdaderos creyentes, y se vuelve a introducir en la Iglesia la duda en que viven los partidarios del papado; en tanto la Sagrada Escritura deduce a cada paso esta seguridad, no de una revelación especial ni extraordinaria, sino de las características propias de los hijos de Dios, y de las promesas firmísimas de Dios. Así, especialmente, el apóstol Pablo: Ninguna otra coca creada nos podrá reparar de! amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Rom. 8:39); y Juan: el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado (1 Jn. 3:24).

VI.- Que enseñan: «que la doctrina de la seguridad o certeza de la perseverancia y de la salvación es por su propia índole y naturaleza una comodidad para la carne, y perjudicial para la piedad, para las buenas costumbres, para la oración y para otros ejercicios santos; pero que por el contrario, es de elogiar el dudar de ellas.

Pues éstos demuestran que no conocen el poder de la gracia divina y la acción del Espíritu Santo y contradicen al apóstol Juan, que en su primera epístola enseña expresamente lo contrario: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquél que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como é! es (1 Jn. 3:2,3). Además, éstos son refutados por los ejemplos de los santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, quienes, aunque estuvieron seguros de su perseverancia y salvación, perseveraron sin embargo en las oraciones y otros ejercicios de

piedad.

VII.- Que enseñan: «que la fe de aquellos que solamente creen por algún tiempo no difiere de la fe justificante y salvífica, sino sólo en la duración».

Pues Cristo mismo, en Mateo 13:20, y en Lucas 8:13 y siguientes, además de esto establece claramente una triple diferencia entre aquellos que sólo creen por un cierto tiempo, y los creyentes verdaderos, cuando dice que aquellos reciben la simiente en tierra pedregosa, mas éstos en tierra buena, o sea, en buen corazón; que aquellos no tienen raíces, pero éstos poseen raíces firmes; que aquellos no llevan fruto, pero éstos los producen constantemente en cantidad diversa.

VIII.- Que enseñan: que no es un absurdo que el hombre, habiendo perdido su primera regeneración, sea de nuevo, y aun muchas veces, regenerado».

Pues éstos, con tal doctrina, niegan la incorruptibilidad de la simiente de Dios por la que somos renacidos, y se oponen al testimonio del apóstol Pedro, que dice: siendo renacidos, no de cimiente corruptible, sino de incorruptible (1 Pe. 1:23).

IX.- Que enseñan: que Cristo en ninguna parte rogó que los creyentes perseverasen infaliblemente en la fe.

Pues contradicen a Cristo mismo, que dice: Yo he rogado por ti (Pedro), que tu fe no falte (Lc.22:32), y al evangelista Juan, que da testimonio de que Cristo no sólo por los apóstoles, sino también por todos aquellos que habrían de creer por su palabra, oró así: Padre Santo, guárdalos en tu nombre; y: no ruego que los quites del mundo, sino que los libres del mal (Jn. 17:11,15).

De la misma manera, una de las confesiones más históricas de los bautistas declara:

1. Aquellos a quienes Dios ha aceptado en el Amado, y ha llamado eficazmente y santificado por su Espíritu, y a quienes ha dado la preciosa fe de sus elegidos, no pueden caer ni total ni definitivamente del estado de gracia, sino que ciertamente perseverarán en él hasta el fin, y serán salvos por toda la eternidad, puesto que los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables, por lo que Él continúa engendrando y nutriendo en ellos la fe, el arrepentimiento, el amor, el gozo, la esperanza y todas las virtudes del Espíritu para inmortalidad;' y aunque surjan y les azoten muchas tormentas e inundaciones, nunca podrán, sin embargo, arrancarles del fundamento y la roca a que por la fe están aferrados; a pesar de que, por medio de la incredulidad y las tentaciones de Satanás, la visión perceptible de la luz y el amor de Dios puede nublárseles y oscurecérseles por un tiempo,2 Él, sin embargo, es aún el mismo, y ellos serán guardados, sin duda alguna, por el poder de Dios para salvación, en la que gozarán de su posesión adquirida, al estar ellos esculpidos en las palmas de sus manos y sus nombres escritos en el libro de la vida desde toda la eternidad.3

1. in. 10:28,29; Fil. 1:6; 2 Ti. 2:19; 2 P.1:5-10; 1 Jn. 2:19 2. Sal. 89:31,32; 1 Co. 11:32;

2 Ti. 4:7 3. Sal. 102:27; Mal. 3:6; Ef. 1:14; 1 P. 1:5; Ap. 13:8

Ahora, esta seguridad eterna o esta perseverancia eterna, es solo posesión de los que verdaderamente han nacido de nuevo, no es para todo aquel que se llame cristiano. Al respecto, la confesión Bautista de 1689 declara:

3. Esta seguridad infalible no pertenece a la esencia de la fe hasta tal punto que un verdadero creyente no pueda esperar mucho tiempo y luchar con muchas dificultades antes de ser partícipe de tal seguridad;' sin embargo, siendo capacitado por el Espíritu para conocer las cosas que le son dadas gratuitamente por Dios, puede alcanzarla,2 sin una revelación extraordinaria, por el uso adecuado de los medios; y por eso es el deber de cada uno ser diligente para hacer firme su llamamiento y elección; para que así su corazón se ensanche en la paz y en el gozo en el Espíritu Santo, en amor y gratitud a Dios, y en fuerza y alegría en los deberes de la obediencia, que son los frutos propios de esta seguridad: así está de lejos esta seguridad de inducir a los hombres a la disolución.3

1. Hch. 16:30-34; 1 Jn. 5:13 2. Ro. 8:l5,16;l Co. 2:12;Gá.4:4-6 con 3:2; l Jn.4:13;Ef.3:17-19;He. 6:11,12; 2 P. 1:5-11 3. 2 P 1:10; Sal. 119:32; Ro. 15:13; Neh. 8:10; 1 Jn. 4:19,16; Ro.6:1,2,11-13; 14:17; Tit. 2:11-14; Ef. 5:18

4. La seguridad de la salvación de los verdaderos creyentes puede ser, de diversas maneras, zarandeada, disminuida e interrumpida; como por la negligencia en conservarla,' por caer en algún pecado especial que hiera la conciencia y contriste al Espíritu,2 por alguna tentación repentina o vehemente,3 por retirarles Dios la luz de su rostro, permitiendo, aun a los que le temen, que caminen en tinieblas, y no tengan luz;4 sin embargo, nunca quedan destituidos de la simiente de Dios, y de la vida de fe, de aquel amor de Cristo y de los hermanos, de aquella sinceridad de corazón y conciencia del deber, por los cuales, mediante la operación del Espíritu, esta seguridad puede ser revivida con el tiempo; y por los cuales, mientras tanto, los verdaderos creyentes son preservados de caer en total desesperación.5

1. He. 6:ll,12;2P. 1:5-11 2. Sal. 51:8,12,14; Ef. 4:30 3. Sal. 30:7; 31:22; 77:7,8; 116:11 4. Is. 50:10 5. 1 Jn. 3:9; Lc. 22:32; Ro. 8:15,16; Gá. 4:5; Sal. 42:5,11

¿Qué son estas señales, prodigios, diversos milagros y repartimientos del Espíritu que confirman el Evangelio traído por Jesucristo?

El autor dice que el mensaje de Salvación predicado por Jesús no lo escuchó él mismo ni los destinatarios de la carta. No obstante, muchos hermanos si oyeron directamente a Jesús, y ellos nos lo han confirmado.

Ahora, ¿cómo sabemos que esta palabra dicha por los discípulos realmente fue lo que dijo Jesús? Lo sabemos porque así como en el Sinaí, cuando Dios dio la Ley, hubo muchos actos milagrosos, de la misma manera Dios obró actos milagrosos respaldando la predicación de los apóstoles.

Las primeras décadas de la predicación cristiana estuvieron caracterizadas por la abundancia de señales milagrosas, a través de las cuales Dios refrendaba el mensaje de los

apóstoles.

Recordemos que Jesús había dicho a los 11 que él les daría señales, es decir, iba a dar su visto bueno a la palabra predicada por ellos, dándoles el poder de hacer obras milagrosas como: echar fuera demonios, hablar nuevas lenguas, tomar en las manos serpientes y beber venenos sin que les haga daño, sanar a los enfermos mediante la imposición de las manos (Marcos 16:16-18).

Ahora, esto es lo que encontramos al inicio de la vida de la iglesia, tal como nos lo cuenta Lucas en el libro de los Hechos de los apóstoles:

Pedro sanó al cojo que se sentaba a la puerta del templo (3:1-10), resucitó a Dorcas (9:36-43), sanó a un paralítico (9:32-35), la mordedura de la serpiente en la mano de Pablo no le causó ningún daño (28:4-6).

v. 5-8 ¿Si el Salmo habla de la autoridad dada por Dios a los hombres, porqué el autor aplica este Salmo a Cristo?

Sabemos que el autor aplica este salmo a Cristo, porque lo usa como argumento para sustentar la superioridad de Cristo sobre los ángeles. La palabra *porque* al comienzo del versículo 5 vuelve a conectar la línea de pensamiento con el versículo 14 del capítulo1, es decir, prosigue demostrando que Jesús es inmensamente superior a todos los ángeles.

Ahora, el Salmo usado, en su versión griega, es el 8.

Si bien es cierto que este salmo se aplica inicialmente al hombre, también entendemos por las Sagradas Escrituras, que el hombre perdió muchos de los derechos para gobernar y señorear sobre la tierra. Como consecuencia del pecado las bestias se rebelan y atacan al hombre. La tierra que debía ser productiva ahora se vuelve hostil y requiere que el hombre se esfuerce tanto para lograr cosechar los frutos, que esto se convierte en su desgaste material, hasta regresar al polvo de la tierra. Gén. 3

Pero en Jesús, el Dios hombre, se recupera la autoridad sobre todas las cosas. Jesús ejerce el señorío porque él es Dios y un día, cuanto se dé la consumación del Reino, veremos de manera clara como él gobierna soberano y todas las cosas les son sujetas.

Calvino, el teólogo y comentarista bíblico de la reforma, al respecto dice: "*Por consiguiente, si los hombres quedan excluidos de toda la generosidad de Dios hasta no obtener el derecho a ella por medio de Cristo, se concluye que el poderío o dominio mencionado en el Salmo, se perdió para nosotros en Adán, y por lo mismo nos tiene que ser devuelto como un regalo. Ahora bien, la devolución comienza con Cristo como cabeza del cuerpo."*[1]

v. 7 ¿En qué aspectos son los hombres inferiores a los ángeles?

Esta declaración puede significar varias cosas:

Primero, "... que Dios ha hecho descender al hombre de una posición más alta a una más baja. El hombre compartía la inmortalidad con los ángeles hasta su caída en pecado."[1]

Segundo, el hombre, por cierto tiempo, ha sido puesto en un nivel o grado inferior que los ángeles, hasta cuando nuevamente sea vestido de inmortalidad.

Pero mientras sucede esta restauración, los ángeles administran el mundo presente. El cántico de Moisés en Deuteronomio 32:8 dice así, en la versión griega: "*Cuando el Altísimo dio su heredad a las naciones, cuando dividió a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos, según el número de los ángeles de Dios*".

Es posible que esto signifique que, temporalmente, mientras el hombre es sujetado a cierta inferioridad debido a su caída en el pecado, los ángeles administran el mundo presente. Al menos esto lo podemos ver en el caso del *príncipe de Persia* y el *Príncipe de Grecia*, los cuales se enfrentaron a Miguel quien era el *príncipe de Israel*. La Biblia nos habla de potestades, principados y gobernadores de las tinieblas, aunque ellos son hostiles a Dios, no obstante son ángeles también.

¿A quién están sujetas todas las cosas, bajo sus pies?

(v. 5-8) Jesús, el representante del hombre, cumple de manera perfecta el lenguaje del Salmo 8. Él recibe la autoridad para gobernar sobre todas las cosas, y él restaurará las cosas a su estado original.

(v 8b) En primera instancia, esta sujeción de todas las cosas, hace referencia a Adán, quien recibió la autoridad de señorear sobre la tierra. Pero de manera completa se da en Cristo, cuyo dominio no tiene límite (1 Cor. 15:27).

(v 8b) La creación no está sujeta al hombre caído, y el Hombre que se sentó a la diestra del Padre aún no recibe la obediencia voluntaria de todas las criaturas.

¿Cuándo fue Jesús coronado de gloria y honra?

(v.9) El nombre Jesús, trae a la mente de los lectores el concepto de Salvación. Su nombre significa el salvador, pero no es solo la designación nominal, sino su ministerio, su vida, su muerte, su coronación, su exaltación, todo esto con el fin de salvar a un pueblo para sí.

(v 9) Jesús, el nuevo hombre, ha sido puesto en un lugar de gobierno, a la diestra de Dios, donde ha sido coronado de gloria y de honra. Él reinará allí hasta que termine toda la oposición a su gobierno.

(v.9) La coronación de Jesús se dio después de cumplir con su obra expiatoria, después de sus sufrimientos. "*para que gustase la muerte*" nos deja ver una secuencia necesaria en la

obra de Cristo y su gloria: humillación, pasión y la gloria. El fin último es su coronación, pero la secuencia debe darse en su orden establecido.

(v.9) *"gustase la muerte por todos"*. Siendo que la humillación y los sufrimientos de Cristo fueron coronados por su exaltación, entonces su muerte sirve para todos. Crisóstomo decía que este pasaje enseña que los sufrimientos de Jesús sirven para todos los hombres como un ejemplo, es decir, así como un médico da el ejemplo a los enfermos de tomar él, primero, una droga amarga que curará su enfermedad, así Cristo nos da el ejemplo del sufrimiento.

Pero esta no es la enseñanza del pasaje. "Más bien quiere significar que Cristo murió por nosotros, y que tomando sobre sí lo que nos correspondía, nos redimió de la maldición de la muerte."[1]

"gustase la muerte" no significa que Cristo solo probó por encima la muerte, y que no murió. Su significado es más profundo, como dice Kistemaker: "*Jesús experimentó la muerte en el más alto grado de amargura, no como un noble mártir que aspira a un estado de santidad, sino como el Salvador sin pecado que murió para librar a los pecadores de la maldición de la muerte espiritual.*"[2]

Al respecto, la confesión Bautista de 1689 declara en su capítulo 8 párrafo 4: *"El Señor Jesús, con la mejor voluntad tomó para si estos oficios (mediador y fiador),21 y para desempeñarlos, se puso bajo la ley,22 la que cumplió perfectamente. También sufrió el castigo que nos tocaba a nosotros y que debíamos haber sufrido,23 pues él llevó nuestros pecados y fue acusado en nuestro lugar.24 Padeció dolores en su alma más allá de nuestro entendimiento y los más grandes sufrimientos en su cuerpo:25 fue crucificado y murió, y permaneció bajo el poder de la muerte, aun cuando no vio corrupción.26 Al tercer día se levantó de entre los muertos27 con el mismo cuerpo que tenía cuando sufrió,28 con el cual también ascendió al cielo29 donde se sentó a la diestra del Padre. Allí intercede por su pueblo,30 y cuando sea el fin del mundo, volverá para juzgar a los hombres y a los ángeles.31*

21Sal. 40:7,8; He. 10:5-10; Jn. 5:18 [22]Gá. 4:4; Mt. 3:15 [23] Gá 3:13; Is. 53:6; 1 P. 3:18 [24] 2 Co. 5:21 [25]Mt. 26:37,38;Lc 22:44; Mt. 27:46 [26]Hch. 13:37 [27]1 Co. 15:3,4 [28]Jn. 20:25,27 [29]Mr.16:19; Hch. 1:9-11 [30] Ro 8:34; He. 9:24 [31]Hch. 10:42;Ro. 14:9,10;Hch. 1:11;2 P. 2:4

"por todos" no significa una salvación universal o que Cristo haya muerto por todos los hombres de manera particular, la palabra *todos* hace referencia a los "*muchos hijos que son llevados a la gloria*" (2:10). La obra expiatoria de Cristo solo beneficia salvadoramente a los escogidos, a los muchos que Dios ha llamado y llamará de manera eficaz por el evangelio.

Esta es una enseñanza muy clara en las Sagradas Escrituras

Is. 53:12. ... *habiendo él llevado el pecado de* ***muchos***

Juan 10:14-15 ... *y conozco* ***mis ovejas****... pongo mi vida por las ovejas*

El concilio evangélico celebrado en Dort (Holanda) en 1618 declaró lo siguiente sobre el alcance de la expiación:

VIII.- Porque este fue el consejo absolutamente libre, la voluntad misericordiosa y el propósito de Dios Padre: que la virtud vivificadora y salvadora de la preciosa muerte de Su Hijo se extendiese a todos los predestinados para, únicamente a ellos, dotarlos de la fe justificante, y por esto mismo llevarlos infaliblemente a la salvación; es decir: Dios quiso que Cristo, por la sangre de Su cruz (con la que Él corroboró el Nuevo Pacto), salvase eficazmente, de entre todos los pueblos, tribus, linajes y lenguas, a todos aquellos, y únicamente a aquellos, que desde la eternidad fueron escogidos para salvación, y que le fueron dados por el Padre; los dotase de la fe, como asimismo de los otros dones salvadores del Espíritu Santo, que Él les adquirió por Su muerte; los limpiase por medio de Su sangre de todos sus pecados, tanto los originales o connaturales como los reales ya de antes ya de después de la fe; los guardase fielmente hasta el fin y, por último, los presentase gloriosos ante sí sin mancha ni arruga.

v. 10 ¿Significa la expresión "convenía" que Dios estaba obligado a salvar o que Cristo hizo su obra redentora solo por conveniencia?

El verbo griego usado es *éprepen*, el cual significa que "estaba en su punto", es decir, que Dios hizo lo que se ajusta a su dignidad para salvar al hombre. Está en su punto hacer todo lo que sea menester, conforme a su gracia y santidad, para restaurar las cosas que habían sido arruinadas por el pecado.

¿En qué sentido fue Jesús perfeccionado por las aflicciones? ¿Cómo puede hablarse de falta de perfección en aquel que es el resplandor de la gloria de su Padre y la imagen misma de su sustancia?

"Aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten" hace referencia a Dios el Padre, quien ejecuta la obra perfecciona sobre el Hijo.

La expresión "*convenía a aquel"* significa que Dios hace lo que es digno de sí mismo, que "esto era algo adecuado para que hiciera."[1]

La idea del pasaje es que el Padre capacitó a Jesús, a través de sus sufrimientos, para que fuera el perfecto Salvador de su pueblo. Como declara la confesión Bautista de 1689 en su capítulo 8, párrafo 5:

5. El Señor Jesucristo, por su perfecta obediencia y por el sacrificio de sí mismo que ofreció una sola vez por el Espíritu eterno de Dios, ha satisfecho plenamente a la justicia de Dios.32 El ha efectuado la reconciliación y ha comprado un herencia eterna en el reino de los cielos para todos aquellos dados a él por el Padre.33

[32] He. 9:14; Re. 10:14; Ro. 3:25,26 [33] Jn. 17:2; He.9:15

El perfeccionamiento de Jesús, del cual habla el autor en este pasaje, debe ser entendido

así: "*El Hijo perfecto de Dios se ha transformado en el Salvador perfecto de su pueblo, abriendo su camino hacia Dios, y para llegar a ser eso debió soportar sufrimiento y muerte. El camino de la perfección que su pueblo debe hollar, debe ser hollado primero por el precursor.*"[1]

Los muchos hijos que Jesús lleva a la gloria son perfeccionados también por el sufrimiento, y tenemos al mejor pastor que nos dio ejemplo sufriendo él mismo por nosotros. Él es el salvador perfecto.

Jesús es el Salvador perfecto porque:

Simpatizó con aquellos a los cuales quería salvar

Vivió las experiencias de los hombres que iba a salvar

Obedeció en todo a su Padre, el Padre de todos los que iba a Salvar

Para ser un perfecto sacerdote debía ser él mismo sin pecado, habiendo sufrido y vencido las tentaciones, y así presentar un sacrificio expiatorio por los hombres.

Jesús es el Salvador perfecto porque no solo sufrió con los hombres, sino que sufrió por ellos de manera voluntaria y vicaria.

v. 14 ¿Cómo destruyó Jesús la muerte? ¿En qué sentido? ¿Por qué y cómo el diablo ejercía el imperio de la muerte? ¿Ya no lo hace?

Cuando Jesús moría en la cruz, la muerte alcanzaba su máxima tiranía y control, pues, le quitaba la vida al dador de la vida. Pero de la misma manera que la oscuridad más terrible anuncia la inminente llegada del amanecer, la aparente victoria de la muerte se convirtió en su propia derrota, pues, el Hijo de Dios, al morir, destruyó el aguijón de la muerte.

Jesús destruyó el imperio de la muerte cuando la conquistó quitándole las llaves al hombre fuerte arrebatándole su más preciado botín. Ahora los creyentes no tendrían temor a la muerte porque el Hijo de Dios entró en sus terrenos y la despojó de todo poder. Por eso los primeros cristianos fueron valientes al enfrentar el martirio, sin temor a la muerte.

El diablo tenía el imperio de la muerte en el sentido que la muerte y el pecado están inseparablemente ligados. La muerte entró al mundo como consecuencia del pecado. Y Satanás es el que engendra toda clase de pecados en la humanidad, aliándose con la naturaleza pecaminosa del hombre, para conducirlo a la muerte. Esta es su victoria, ayudar al hombre a hundirse más y más en su miseria pecaminosa para que no sea libre del poder de la muerte.

Jesús vino para deshacer las obras del diablo (1 Jn 3:8), por lo tanto, ahora los creyentes, aunque debemos pasar por el valle de la muerte, no la vemos como un enemigo poderoso,

porque antes que nosotros el Hijo del hombre estuvo allí y la despojó de todo poder. Ahora para nosotros la muerte no es un terrible enemigo:

Salmo 116:15. *Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos*

Salmo 23:4. *Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo*

Mateo 4:16. *El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombras de muerte, luz les resplandeció.*

Rom. 8:38-39. *Por lo cual estoy seguro de que... ni la muerte... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús*

Fil. 1:21. *Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia*

1 Cor. 3:21-23 *... porque todo es vuestro... sea la vida, sea la muerte... y vosotros de Cristo y Cristo de Dios*

1 Cor. 15:55-57. *¿Dónde está oh muerte tu aguijón? ... más gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo*

3. Enseñanzas

Sobre Dios

Dios es justo, y su justicia retributiva no será pasada por alto, porque su santidad así lo exige.

El Dios del Antiguo Testamento es el mismo en el Nuevo. Su justicia retributiva no ha cambiado. En el Nuevo Testamento hay mayor juicio para los hombres, porque tenemos una revelación más clara y completa que los hombres del Antiguo Testamento.

Sobre Cristo

La santidad de Dios demanda que su justicia retribuya su ira sobre el infractor de la Ley. Pero el mensaje del evangelio es que Cristo sufrió la ira de Dios por nosotros, para que cobijados con su obra consumada, seamos libres de la ira divina.

Jesús, como representante del hombre, tuvo que identificarse en todo con la humanidad, solo así podría abrir el sendero para la restauración de la humanidad. Jesús también tuvo que hacerse un poco menor que los ángeles para ser el eficaz salvador de la humanidad (Fil. 2:8). Esto declara la confesión Bautista de 1689 en su capítulo 8 párrafo 2, respecto a la encarnación de Cristo:

El Hijo de Dios, la segunda persona de la Santa Trinidad, siendo verdadero y eterno Dios,

la brillantez de la gloria de su Padre, igual y de una sustancia con Él, quien hizo el mundo y mantiene y gobierna todas las cosas que ha hecho, habiendo llegado la plenitud del tiempo, tomó sobre si la naturaleza del hombre con todas sus propiedades esenciales y con sus debilidades comunes,9 mas sin pecado.10

9Jn. 1:14;Gá. 4:4 [10]RO. 8:3; He. 2:14,16,17; He. 4:15

Jesús gobierna supremo como Rey del universo. Todas las cosas le son sujetas (1 Co. 15:27; Ef. 1:22; Mt. 28:18).

Sobre el creyente

Aunque los verdaderos creyentes no podemos apostatar, es decir, abandonar de manera definitiva la fe en Cristo (2 Juan 9), corremos el riesgo de deslizarnos poco a poco, y perdernos de los grandes beneficios de seguir la doctrina correcta. Algunos verdaderos creyentes construirán a lo largo de sus vidas doctrinas que los llevan sin rumbo fijo, doctrinas no bíblicas que les conducirán a construir con materiales inapropiados como el heno y la hojarasca, siendo esto manifiesto en el día final, y aunque tenían lo fundamental, es decir, la fe en Cristo, por no preocuparse en construir bien, su obra se quemará por completo, y serán salvos, así como por fuego.

Aunque somos advertidos con serias penas y castigos que vendrán de la mano justa de Dios, si rechazamos la revelación traída por Cristo, no obstante Él mismo nos garantiza, que si somos de él, no vamos a caer totalmente, sino que nos ayudará en esa tentación. 2:18

Por el sacrificio de Cristo somos santificados (10:10). Él nos ha consagrado para adorar a Dios y servirles, apartados como un pueblo santo, destinados para entrar a su gloria. La santificación es el inicio de nuestra glorificación, y la gloria plena será el perfeccionamiento final de la santificación.

4. Aplicaciones

Debemos ser cuidadosos y diligentes en conocer la verdadera doctrina cristiana, tal como fue enseñada por Jesús y los apóstoles, de manera que nos mantengamos firmes en ella, no sea que pensando que conocemos a Dios, seamos hallados apóstatas o andando a la deriva.

Aunque los pastores son responsables de conocer, estudiar y enseñar la doctrina de Cristo, tal como fue enseñada por los apóstoles, no obstante, cada creyente, considerando la gran salvación que tenemos en Cristo Jesús, es responsable por conocer y aprehender la verdadera doctrina.

Hoy día estamos viendo constantes cambios doctrinales en las iglesias cristianas. Hay pastores que se apartan de la doctrina bíblica para seguir fábulas humanas, como la teología de la prosperidad, y la mayoría de los miembros siguen ese camino, lo cual deja ver que la mayoría de creyentes somos irresponsables en conocer verdaderamente la doctrina.

Todos los hombres y mujeres que en estos tiempos escuchan la predicación del Evangelio de Cristo, recibirán mayores penas que los del Antiguo Testamento, porque han recibido una revelación más clara.

Lección Dos

Jesús es superior a Moisés

3: 1 – 4:13

Resumen

Luego de mostrar por las Escrituras del Antiguo Testamento que Jesús es superior a los profetas y los ángeles, y por lo tanto superior a la Ley, pasa ahora en el capítulo Tres a demostrar la superioridad de Jesús sobre Moisés.

Veamos los distintos aspectos de la argumentación del autor:

v. 1 al 4. Jesús es superior a Moisés en obra, porque Él es un Sumo sacerdote mayor que Moisés en la casa de Dios. A pesar de que Moisés fue fiel en esta casa, Jesús es superior porque él hizo la casa e hizo todo lo que existe.

v. 5-6. Jesús es superior a Moisés en posición, porque aunque Moisés fue fiel en la casa de Dios, lo hizo como siervo, pero Jesús es el Hijo unigénito del dueño de la casa, se concluye entonces que así como en una casa el hijo del padre de familia es superior al siervo, Jesús es superior a Moisés por la posición de hijo fiel. El autor no demerita la labor de Moisés, sino que reconoce su fidelidad en la casa de Dios.

v. 3:7 al 4:13. Jesús es superior a Moisés en reposo. En estos pasajes el autor mostrará a sus lectores judeo-cristianos que el verdadero reposo espiritual prometido en el Antiguo Testamento encuentra cabal cumplimiento en la obra redentora de Cristo. Primero habla de la historia del reposo (v. 7-11) tomando una cita del Salmo 95 y 96, la cual adjudica al Espíritu Santo, reconociendo que las Sagradas Escrituras fueron inspiradas por Dios.

Esta cita contiene un llamado para que todos atendamos con fe y obediencia al llamado del Evangelio, pues, todo acto de rebeldía es muestra de un corazón endurecido a causa de la condición humana rebelde, la cual se vio reflejada en un hecho histórico: la rebeldía del pueblo de Israel en el desierto, específicamente en Meriba y Masah (significan: rebelión y prueba respectivamente). En Masha el pueblo contendió con Moisés porque le faltaba agua, y Dios ordenó a Moisés golpear la piedra para que brotara el preciado líquido (Ex. 17:7), luego, en Meriba el pueblo de Israel nuevamente contendió con Moisés a causa de la escasez de agua. Fue en esta ocasión cuando Moisés perdió los estribos y golpeó dos veces

la roca en vez de hablarle a ella, como le había instruido el Señor (Num. 20:13).

v. 9-10. presenta los resultados de la rebeldía contra la Palabra de Dios: El Señor se disgustó con su pueblo, el resultado de este disgusto consistió es que Dios nos les permitió disfrutar del reposo prometido (v. 11).

Luego al autor da paso a una exhortación invitando a los lectores a revisar sus corazones, pues, el reposo prometido está en serio peligro si nos mantenemos con un corazón incrédulo. El autor habla de la posibilidad de tener corazones rebeldes que nos lleven a apartarnos del Dios vivo, pues, la incredulidad conduce a mayor incredulidad hasta que el corazón se aparta por completo de la posibilidad de conocer al Dios salvador.

En los Versos 16 al 19 encontramos las consecuencias de la incredulidad, las mismas que sufrieron los antepasados judíos en el desierto: Provocaron a Dios (v. 16), disgustaron a Dios (v.17) y no entraron en el reposo prometido (v. 18-19).

(v. 1-10) El autor muestra la oportunidad que tenemos para entrar al reposo. Es nuestro deber aprovechar esta maravillosa oportunidad (v. 1-2), pero no basta con solo escuchar el evangelio, sino que se requiere fe de los oyentes para poder entrar al reposo.

En los versos 3 al 8 se insiste en que la oportunidad para entrar al reposo es verdadera. Algunos ya han entrado en este reposo (v. 4:3), la promesa viene desde la misma creación (v. 4-5), todavía hay cupo disponibles para entrar al reposo (v. 6), David testificó que el tiempo para entrar al reposo es hoy (v. 7).

En los Versos 9-10 el autor insiste en la urgencia de aprovechar la oportunidad para entrar al reposo. Está disponible hoy (v. 9) y el reposo nos permitirá descansar porque la obra ya está terminada (v. 10).

Por último, el autor vuelve a exhortar a los oyentes para que entren al reposo. (v. 11-13). Deben entrar a causa del peligro de la incredulidad (v. 11), deben entrar a causa de la eficacia de la Palabra de Dios (v. 12), deben entrar a causa de la claridad de la Palabra de Dios que lo escudriña todo (v. 13).

Dificultades del pasaje

(v. 1) ¿Cuál es el llamamiento celestial del cual participan estos hermanos santos? *"Por tanto, hermanos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y Sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús*".

Este llamamiento hace referencia al llamado del Evangelio. Todos los creyentes hemos participado de este llamado que nos hace Cristo a través del Espíritu Santo. El autor resalta aquí la dignidad del llamamiento: "celestial", de manera que descuidar o desatender este llamado de lo alto sería una gran ofensa para la majestad de Dios. Todo aquel que escucha

el llamado del Evangelio debiera escucharlo con atención. Esta expresión también manifiesta la dignidad que tiene el miembro de la familia, como dice: F. F. Bruce: "... *los señala como ciudadanos de un reino no circunscripto a las condiciones de la vida terrenal. Han sido apartados por Dios mismo, hechos miembros de su familia y llamados a compartir su eterno reposo.*"[1]

La iglesia es la comunidad de los llamados (este es el significado de la palabra griega usada para iglesia = *Eklessis*). (2 Tim. 1:9; Fil. 3:14; Ef. 4:4; Col. 3:15).

v. 1b ¿Por qué a Jesús se le llama apóstol? "*considerad al apóstol y Sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús*".

El término apóstol, en el idioma griego, significa "enviado". En el sentido bíblico es aquel que ha sido enviado por Dios. Pero en la Biblia tiene un significado más profundo, pues se refiere al que es enviado como un embajador, alguien que está revestido de la autoridad del que lo envió. Otra particularidad del apóstol en la Biblia es que solo debe hablar las palabras del que lo envía, no puede ir más allá de las instrucciones que recibió.

En ese sentido Jesús es un apóstol de Dios, pues fue enviado por Él para representarlo entre los hombres. El autor ya ha dicho que Jesús nos trae la revelación completa y perfecta de Dios, él mismo dijo que hablaba las palabras que escuchó de su Padre y venía a cumplir su voluntad.

Siendo que en este pasaje Jesús es comparado con Moisés, es posible que el término apóstol precisamente haga referencia al ministerio de Moisés, mientras que el término sumo sacerdote haga referencia al ministerio de Aarón.

Jesús es más grande que Moisés porque él tiene las funciones de ambos, de Aarón y Moisés, es decir, apóstol y sacerdote.

Aunque Moisés también fungió como sacerdote, al interceder por el pueblo (Ex. 32:11 ss), no obstante Aarón era el sumo sacerdote. Jesús tiene los dos oficios.

v. 2 ¿Cuál es la casa de Dios en la que Moisés fue fiel? ¿Se refiere al tabernáculo? *"El cual es fiel al que lo constituyó, como también lo fue Moisés en la casa de Dios*" (v. 2)

En las Sagradas Escrituras se le llama casa de Dios a la iglesia, a los creyentes en Cristo (1 Ped. 4:17; 1 Ped. 2:5; Heb. 10:21; 1 Tim. 3:15). Moisés ministró fielmente al pueblo de Dios en el desierto, durante los 40 años del peregrinaje a la tierra prometida.

Jesús es comparado con Moisés en el sentido que él también ha sido, o sigue siendo, fiel a su Padre. Esto se refiere a su encarnación, su ministerio de predicación, sus milagros que expresaron la misericordia de Dios, el llamar y entrenar a los apóstoles, su pasión voluntaria en la cruz, su resurrección, su exaltación y la obra mediadora e intercesora que

ejerce ante el Padre en favor de los suyos. Sobre todo esto Jesús ha sido fiel, así como Moisés lo fue en todo lo relacionado con el guiar al pueblo de Israel en medio del desierto.

Aunque como dice Calvino: "Las palabras *sobre toda su casa*, pueden aplicarse a Moisés; pero yo prefiero aplicarlas a Cristo, pues de él puede decirse que es fiel a su Padre al gobernar toda su casa, de esto se deduce, que nadie pertenece a la iglesia de Dios salvo los que reconocen a Cristo.

v.3. Si Moisés y Jesús fueron fieles en la casa de Dios, entonces ¿En qué consiste la superioridad de Jesús sobre Moisés? *"Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo*" (v. 3).

La diferencia que el autor de Hebreos establece entre Moisés y Jesús trasciende el tema de la fidelidad. Considero que el autor no quiso introducir el tema de la superior de Jesús de una forma abrupta o directa, posiblemente para que los oyentes no quedaran con la impresión que la fe cristiana desestima o desecha el trabajo que Moisés hizo en la historia del pueblo de Dios. Moisés fue un profeta especial y su ministerio ha redundando para el bienestar del pueblo del Señor de todas las épocas.

Como dice en el versículo 5: "*fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir*". Es decir, Moisés fue un profeta que Dios usó para conducir al pueblo hacia Cristo, él mismo prefigura a Cristo. La Ley dada a través de Moisés se convierte en una nodriza o niñera, o guía que nos conduce a Cristo (Gál. 3:24).

Los escritos de Moisés son tan necesarios para el creyente, que sin la Ley es imposible ver la gloria de la obra de Cristo, sin la Ley no podemos ser conscientes de la necesidad de Cristo.

Pero a pesar de la gran fidelidad de Moisés y su eminente trabajo en la casa o el reino de Dios, Jesús es superior a él porque así como el arquitecto constructor de una casa recibe mayor gloria o reconocimiento por el ingenio para construir un magnífico edificio, que la gloria que se le puede dar al edificio mismo, Jesús recibe mayor reconocimiento que la casa en la cual trabajó Moisés, porque Jesús es el ingeniero constructor.

Siendo que la casa de Dios es una metáfora la cual apunta al pueblo del Señor, entonces podemos decir que el pueblo de Dios inició en el Edén, por lo tanto solo Jesús, el eterno creador de todo, es constructor de esta casa. Moisés trabajó en ella por un tiempo, y aunque aún su ministerio sigue beneficiando al pueblo del Señor, él lo hizo como siervo, pero Jesús es el dueño de la casa, y por lo tanto más grande que los trabajadores de ella.

v. 4. Si Jesús es superior a Moisés porque él es el constructor o edificador de la casa, entonces ¿por qué ahora dice que el que hizo todas las cosas es Dios? ¿Quién hizo la casa: Dios o Jesús? *"Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios*" (v. 4).

Evidentemente el autor de Hebreos no hace una distinción entre Dios y el Hijo. Ya ha presentado en el capítulo 1 al Hijo como el creador, el que sostiene todas las cosas creadas, y ahora presenta a Jesús en el capítulo 3 como el constructor de la casa de Dios, pero a la misma vez, continuando con el mismo argumento, presenta a Dios como el constructor de todo, lo cual incluye a la casa de la que viene hablando.

Para los autores del Antiguo y del Nuevo Testamento no hay problemas en reconocer al Padre y al Mesías como Dios, no son dos dioses, sino uno solo, pero no son una persona, sino dos. Se les presenta en su unidad perfecta, pero también en sus personas y obras. Hebreos no apoya la postura de los arrianos, que niegan la divinidad de Jesús, pero tampoco apoya la posición de los modalistas que confunden la persona de Jesús con la persona del Padre.

Ahora, en el versículo 6 Jesús es el Hijo sobre su casa, sobre la casa del Padre. Él no solo la construye, sino que como Hijo, también gobierna sobre la casa de su Padre.

v.6 ¿Qué significa retener firmes hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza, para que entonces si podamos ser casa de Dios? *"Pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza*" (v. 6).

En las Sagradas Escrituras se describe a los creyentes como la casa o edificio de Dios. Es una metáfora común entre los autores del Nuevo Testamento (1 Co. 3:16; 6:19; 2 Co. 6:16; 1 Pe. 2:5), Jesús mismo habla de la iglesia como un edificio o casa que él edifica (Mt. 16:18).

De la misma manera que Moisés fue fiel en toda la casa de Dios, se requiere de los creyentes que se mantengan fieles en la confianza que han depositado en el Salvador.

Muchos de los lectores estaban siendo fuertemente atacados por los judíos, con el fin de hacerlos abandonar la fe en Cristo y regresar al sistema judaico. Si estos creyentes abandonaban esa confianza en Cristo, mostraban que eran infieles y no pertenecían al pueblo del Señor, no eran casa del Señor.

Se requiere que esta fidelidad sea *hasta el fin*. El verdadero creyente, que es parte del edificio de Dios, se caracteriza porque perseverará hasta el fin en esta confianza.

El Señor Jesús en Mateo 10, hablando de las persecuciones venideras contra los cristianos, les advierte que solo los salvos, los que verdaderamente son casa de Dios, soportarán las adversidades y lucharán enérgicamente para mantenerse firmes en la confianza. Los creyentes son probados por las persecuciones y atractivos de las filosofías mundanales, de manera que los fieles perseverarán en medio de las tormentas, es en ese contexto que Jesús dice: *y seréis aborrecidos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin este será salvo*" (Mt. 10:22).

Muchos de los judíos cristianos, lectores de la carta de Hebreos estaban a punto de deslizarse y abandonar la fe en Cristo, lo cual mostraría que no son casa de Dios. El Señor Jesús explicó bien este asunto en la parábola del sembrador. Los verdaderos creyentes son representados como la buena tierra, la que produce fruto duradero, pero los falsos creyentes son representados por la mala tierra: la del camino, la de los pedregales y la que está llena de espinos. Una persona que empieza el camino del cristianismo, y habiendo escuchado el Evangelio lo acepta con gozo, pero luego de venir las pruebas y las persecuciones abandona la fe, entonces se manifiesta que este era una tierra mala, que en él no hubo fruto real. *Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza* (Mt. 13:20-21).

v. 7-8 ¿Puede un creyente endurecer su corazón contra Dios? *"Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto*" (v. 8).

El autor cita el Salmo 95, como palabra del Espíritu Santo a través de David, para decir que esa palabra no solo aplicó al Antiguo Testamento sino que también tiene validez para los cristianos. Los escritores de la Biblia no son dispensacionalistas extremos, para ellos toda la Palabra es útil y necesaria para que el hombre de Dios (hoy) sea perfecto. El autor mismo dirá que la Palabra (toda ella) es viva y eficaz (v. 12).

El autor de Hebreos hace una distinción entre dos clases de personas, que pueden estar en las iglesias: Los que creen verdaderamente y los desobedientes o los que no perseveran.

En el 4:1 habla de los que parecen no haber alcanzado la promesa, por su incredulidad, pero luego en el 4:3 habla de los que hemos creído y ya estamos en el reposo.

Hay dos clases de lectores, indudablemente. Así como en toda iglesia hay miembros en cuyos corazones hay verdadera regeneración y aquellos que a pesar de llevar mucho tiempo escuchando la Palabra del Señor, se mantienen con un corazón incrédulo.

De todas maneras la advertencia del autor de Hebreos es muy clara: "*Si llegáis a oír la voz de Dios, escuchad lo que él tiene que deciros. No seáis como vuestros antepasados que hicieron oídos sordos a la voz de Dios. Por lo tanto, Dios os está diciendo: no os endurezcáis en vuestros corazones. Es decir, nunca dejen de hacer caso a mi voz, ya que ello ocasiona dificultades*."[1]

El autor advierte a los lectores y oyentes que la Palabra de Dios es viva y eficaz, por lo tanto nadie que la escuche puede hacer oídos sordos sin recibir las consecuencias terribles de su dureza de corazón, una frase semítica que significa "aquel que se rehúsa escuchar", como dice nuestro refrán "no hay peor sordo que el que no quiere oír".

Los verdaderos creyentes hemos escuchado el llamado del evangelio y hemos respondido

positivamente, abrazándolo y acogiéndolo, obviamente, por la gracia del Señor. Pero algunos asistentes o miembros de iglesias bíblicas locales, a pesar de llevar mucho tiempo escuchando las buenas nuevas de Salvación y las serias advertencias y consecuencias terribles que vendrán sobre los que rehúsan escuchar y atender al Evangelio, no obstante se siguen haciendo los sordos, no quieren escuchar. Desean disfrutar de algunas bendiciones de su relación con la iglesia, sin hacer caso al Evangelio.

Los creyentes estamos siendo tentados constantemente a cerrar nuestros oídos a la Palabra del Señor, por eso al autor en el versículo 13 nos manda a exhortarnos los unos a los otros. Si realmente hemos nacido de nuevo nunca vamos a apartarnos de manera definitiva de Cristo, pero si podemos menguar en la obediencia, lo cual acarreará grandes sufrimientos y derrotas en nuestro transitar. Llegaremos al cielo, pero con pocos frutos que presentar ante nuestro Soberano Salvador.

El apóstol Pablo también advierte a los miembros de la iglesia de Corinto respecto a la obediencia, tomando como ejemplo a los Israelitas que salieron de Egipto, los cuales recibieron algunas bendiciones de parte del Señor, como pasar el Mar Rojo en seco, tomar agua de la roca, comer el maná, entre otros. Pero muchos de ellos fueron desobedientes, cerraron su corazón, es decir, no quisieron oír la voz de Dios, y las consecuencias fueron terribles. 1 Co. 10:1-12:

> *Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo. Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga.*

En este pasaje de Corintios el apóstol Pablo advierte que los verdaderos creyentes, los que han nacido de nuevo, no quedarán para siempre hundidos en el pecado o la desobediencia, sino que Dios les dará la salida y los socorrerá (10:13), no obstante, somos llamados a huir de la incredulidad y la desobediencia (10:14).

En la Biblia las exhortaciones a escuchar y obedecer son constantes, y estas exhortaciones son para los creyentes:

Romanos 2:13; Santiago 4:4; 1 Samuel 15:22; Jeremías 35:13; Gálatas 3:1; Gálatas 5:7

v. 9 ¿Si la Biblia dice que Dios no tienta a nadie ni puede ser tentado, entonces porqué aquí Dios dice que fue tentado y probado por los padres de la nación Israelí? *"Donde me tentaron vuestros padres; me probaron, , y vieron mis obras cuarenta años.*"

Santiago 1:13: "*Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie.*"

Siendo Dios santo en su esencia, entonces nunca existirá la posibilidad de que el mal pueda ser una tentación para él, de él no procede nunca el mal ni el pecado.

Los versículos 8 y 9 del capítulo 3 de Hebreos hacen referencia al transitar del pueblo de Israel por en medio del desierto, durante cuarenta años.

Durante todo este tiempo el pueblo se quejó muchas veces del cuidado divino, poniendo a prueba la paciencia del Señor. No obstante, milagros tras milagros fueron obrados por el providente Dios para sostenerlos en medio de este peregrinaje.

El autor de Hebreos hace mención a dos lugares: *Meriba* (rebelión) *y Masah* (prueba).[1]

Méribа y Masah: Éxodo 17:7. El pueblo contendió con el Señor porque les faltaba el agua, entonces Dios ordenó a Moisés que golpease la piedra y brotó el agua.

Nuevamente, casi al final del viaje a través del desierto volvió a faltarles el agua y nuevamente contendieron con el Señor, allí fue cuando Moisés en vez de hablarle a la roca, conforme al mandato divino, la golpeó y perdió el privilegio de entrar a la tierra prometida. Números 20:13.

No solamente en estas dos ocasiones, sino en muchas más, el pueblo "tentó a Dios", es decir, puso a prueba su paciencia.

v. 10-11 ¿A cuál reposo no entraron los Israelitas que tentaron al Señor? *"A causa de lo cual me disgusté contra esta generación, y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo.*"

Debido a la constante rebeldía, Dios le dijo a Moisés que barrería o destruiría ese pueblo, pero Moisés intercedió por ellos y el Señor desistió de ese plan. No obstante, debido a la continua dureza de corazón y el deseo de regresar a Egipto, el Dios de Israel les dijo que: "*todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz, no verán la tierra de la cual juré a sus padres, no, ninguno de los que me han irritado la verá*" (Números 14:22-23).

Entrar a la tierra prometida, Canaán, significaba para los Israelitas descansar de este peregrinar en el cual llevaban más de 400 años, sin una tierra propia. A este reposo el

Señor no les permitiría entrar, excepto a Josué y Caleb, los cuales confiaron plenamente en sus promesas.

Como resultado de este castigo, ellos tuvieron que esperar cuarenta años para entrar a la tierra prometida, en vez de hacerlo inmediatamente, hasta que hubiesen muerto todos los que dudaron del Señor y se rebelaron contra él.

v. 12 ¿El autor está afirmando que un hermano, un creyente, puede apartarse de Dios a causa de incredulidad, después de haberle conocido? *"Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo.*"

Siendo que el autor ha demostrado la superioridad de Cristo en su gloria sobre Moisés, entonces procede a dar una conclusión lógica: Si las consecuencias de desacatar o rechazar las instrucciones de Moisés fueron terribles, mucho más terribles serán las consecuencias de rechazar el mensaje que hoy nos trae Cristo.

La pérdida para el pueblo de Israel fue grande, no pudieron entrar a la Canaán terrenal "pero la rebelión de este último tiempo impedirá las bendiciones más grandes de la nueva era."[1]

Esta carta está dirigida, en primera instancia a una iglesia compuesta por judíos convertidos al cristianismo. El autor les recuerda lo que pasó con sus padres como consecuencia de su dureza de corazón, de rechazar abiertamente la voz del Señor y no creer en su Palabra.

En el tiempo de David nuevamente se hace necesario recordar al pueblo que muchos de ellos no entrarían en el verdadero reposo, así como sus antepasados, porque tuvieron corazones incrédulos.

Nuevamente en el tiempo del primer siglo el Espíritu Santo advierte a estos judíos que han conocido la fe cristiana, que ellos no tendrán escapatoria si sus corazones son incrédulos.

Ahora, como en el resto de las exhortaciones del libro, estas palabras están dirigidas a todos los miembros de la iglesia. Somos responsables de evaluar si realmente estamos en la fe, si realmente estamos creyendo en la palabra del Señor, o nos engañamos a nosotros mismos cumpliendo con los rituales cristianos, pero manteniendo un corazón duro frente a las instrucciones de la Palabra del Señor.

En la primera Iglesia cristiana, pastoreada directamente por el Señor Jesús, durante su ministerio terreno, todos los miembros fueron llamados por Cristo, todos predicaron el Evangelio, a lo mejor todos hicieron milagros, no obstante Jesús dijo de ellos: "*Pero hay algunos de vosotros que no creen*" (Juan 6:64). Pero los que no creen no son salvos, puesto que la Biblia también afirma: "*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios"* (Juan 1:12).

Algunos miembros de las iglesias locales piensan que creen, porque por un tiempo, el cual puede ser largo, profesan las doctrinas cristianas y les gusta el evangelio, pero su corazón se mantiene, desde el principio, duro e incrédulo. Esta gente nunca ha sido salva, y si no procuran con diligencia escuchar de manera atenta la Palabra del Señor, suplicando a él tenga misericordia de sus almas, no entrarán en el reposo del cual tanto escuchan en la Biblia.

Ahora, el creer en Cristo, es mucho más que hacer una oración de conversión o arrepentimiento, es vivir conforme a los mandatos de Cristo y depositar toda confianza en él. Lo que muchos hoy día llaman creer solo los capacita para ser diablos, como dice Santiago 2:19: "*Tú crees que Dios es uno, bien haces. También los demonios creen y tiemblan."*

Los verdaderos creyentes somos llamados a mantenernos firmes en la fe. No debemos descuidarla, puesto que la incredulidad es como una pequeña semilla que cuando empieza a germinar crece y crece hasta llegar a hacer mucho daño. Aunque nunca vamos a caer de manera completa y definitiva en una incredulidad irreversible, puesto que Dios obra en nosotros para completar o perfeccionar la obra que inició en nosotros, no obstante, todos los creyentes somos responsables de evaluar constantemente nuestra fe, que si sea real, y que no demos cabida a la incredulidad en ningún aspecto.

Las Sagradas Escrituras contienen muchas exhortaciones para que nosotros permanezcamos en la fe:

2 Co. 13:5: "*Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?"* Todos los que nos consideramos creyentes debemos evaluarnos a nosotros mismos, que verdaderamente tengamos la fe en Cristo, que no nos estemos engañando a nosotros mismos, que no seamos de los réprobos, sino de los escogidos para salvación.

1 Ts. 3:2: "*y enviamos a Timoteo nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo, para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe"*. La fe de los creyentes debe ser confirmada por los pastores o ancianos, pues, los creyentes, en medio de las adversidades se ven tentados a claudicar. El verdadero creyente no retrocederá de manera definitiva como dice Hebreos 10:39, pero su fe debe ser probada. Algunos que están empezando en el caminar cristiano pueden sufrir grandes ataques de parte de los enemigos de la Iglesia, lo cual puede causar que retrocedan en la fe, esto se debe evitar a toda costa.

1Ts. 3:5. "*Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano"*. El apóstol estaba preocupado de los nuevos creyentes en Tesalónica, los cuales estaban sufriendo una cruel persecución, como probablemente sucedía con los creyentes hebreos, y él tiene el temor que la fe de estas personas haya sido muy entusiasta, pero solamente externa (ver la parábola del Sembrador). Por eso manda a Timoteo quien

verificará que la fe de estos hombres permanezca. Si permanece es porque la fe entusiasta fue obra del Espíritu Santo.

Ningún misionero o pastor quiere que el trabajo realizado en la labor evangelizadora fracase, por eso exhortamos a los creyentes a verificar si su fe es genuina o no.

v. 13 ¿Cómo nos exhortamos los unos a los otros para no endurecer nuestros corazones a causa del pecado? *"Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.*"

Los creyentes, de manera individual o aislada, tendrán que luchar con más fuerzas frente a los ataques de los enemigos de la fe, pero si estamos unidos en la común fe, hablándonos las palabras de Cristo y exhortándonos los unos a los otros, tendremos más fortaleza para no caer o desmayar.

En la Biblia se usa mucho la metáfora de una casa o construcción para referirse a la iglesia. Esta edificación está constituida por piedras vivas (1 Pedro), las cuales se sostienen unas a las otras. Todos en esta casa ejercen una función especial, y todas las partes deben demostrar preocupación por el resto.

El apóstol Pablo en Efesios 4, I Corintios 12 y Romanos 12, muestra la ayuda que cada miembro de la iglesia puede dar para el crecimiento de la misma, usando los diferentes dones que se recibieron del Espíritu Santo. No solo los pastores animan y fortalecen la fe de los creyentes, sino que todos, ejerciendo los dones recibidos, somos instrumentos para que otros no desmayen frente a las acechanzas del maligno o las adversidades o las tentaciones de la carne.

Si todos comprendiéramos la importancia de mantenernos unidos, sirviéndonos los unos a los otros, la apostasía sería frenada en el seno de la cristiandad. Como dijo Kistemaker "*podríamos decir que nosotros, como creyentes individuales, unidos por la fe, tenemos la obligación de expulsar a las fuerzas de la incredulidad del sagrado recinto de la iglesia, el cuerpo de Cristo.*"[1]

v. 14 ¿Debemos esperar hasta el final para saber si realmente participamos de Cristo? ¿En este momento no somos participes de Cristo? *"Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio*" (v. 14).

Pensemos en un caso, que puede ser común: Una persona inicia su vida cristiana. Escucha el evangelio, profesa creer en el evangelio, se bautiza, se hace miembro de una iglesia, pero en determinado tiempo se aparta de la fe, deja de confiar en Cristo para siempre y empieza a confiar en sus buenas obras o en otra religión, o ya no confía en nada para su salvación ¿Será que la fe inicial podrá salvarle? ¿Será que al final el Señor le recibirá en gloria por la fe inicial que esta persona expresó?

De ninguna manera, puesto que la fe real, la fe que es un don del Señor, permanece para siempre.

En esto se diferencian los verdaderos creyentes de los falsos.

Eso pasó con Judas (Juan 6:64), con Demas (Col. 4:14; Fil. 24; 2 Tim. 2:10), con los que cayeron en el desierto, con Saúl y otros personajes en las Sagradas Escrituras. Ellos profesaron inicialmente fe en Cristo, pero fue una fe efímera, volátil, pasajera, emocional; así como fue la fe de los corazones representados por la tierra entre los pedregales y entre los espinos (Mt. 13:20-22). Ellos profesaron fe con gran entusiasmo, pero cuando la fe fue probada, se halló falsa. No permaneció.

Esta será la prueba de fuego para todos los que se llaman creyentes, si su fe permanece en el tiempo, hasta el fin, entonces es una fe firme y la persona está ligada verdaderamente a Cristo.

El Señor probó la fe o la confianza de muchos que profesaron creer en él, en algunos se encontró una confianza inquebrantable y en otros lo contrario.

Dios probó la fe de Abraham en el Monte Moriah, pidiéndole que sacrificara a su hijo (Gn. 22:1-19), lo mismo sucedió con el santo Job.

Por ejemplo, la confianza o fe de David fue probada con el asunto de sus deseos sexuales concupiscentes. Él cayó en el pecado, y las consecuencias fueron dolorosas para él, puesto que el hijo engendrado a través del adulterio murió y sus mujeres fueron víctimas del asedio sexual de uno de sus propios hijos, pero David no quedó hundido en el pecado, sino que fue levantado y restaurado, permaneciendo fiel al Señor.

El apóstol Pedro también fue probado en su fe y confianza. El Señor le había dicho que Satanás lo quería zarandear (probar en la fe de una manera fuerte, como cuando el trigo es sacudido de una manera rápida, violenta y repetida, con el fin de limpiarlo de la paja) y el permiso le había sido dado. El apóstol cayó en el pecado, negando a su Señor, pero él no permaneció en ese estado de miseria, sino que fue conducido al arrepentimiento. Por cierto, el Señor guarda a los suyos y les ayuda a mantenerse en la fe, en medio de las más grandes turbulencias del pecado, pues, Jesús le había dicho: "*pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte...*" (Lucas 22:31).

Pero Pedro no se quedó en la prueba, como si pasó con la semilla que nació en medio de los pedregales: "*y el que fue sembrado en pedregales, este es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo, pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza.*" (Mt. 13:20-21).

Los lectores de la carta a los Hebreos se encontraban en una profunda prueba, sus hermanos

judíos los estaban amedrentando con grandes sufrimientos y les alentaban con discursos bien elaborados para que abandonaran la confianza en Cristo y la volvieran a depositar en el sistema Mosaico. Si ellos hacían eso, entonces no eran participantes de Cristo.

Si volvían su mirada hacia el sistema judaico, ya no agradaban al Señor: "*Más el justo vivirá por la fe y si retrocediere no agradará a mi alma*" (Heb. 10:38).

El tema de la fe o la confianza es crucial en Hebreos. Por cierto el capítulo 11 es un testimonio de aquellos que mantuvieron su confianza hasta el final y mostraron así que eran participantes de Cristo.

Hebreos trata el tema de la perseverancia en la fe y la confianza que hemos depositado en Cristo.

Otros pasajes en la Escritura resaltan la importancia de permanecer y crecer en la fe:

1 Cor. 16:13: "*Velad, estad firmes en la fe.*"

Ef. 4:13: "*Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.*"

Col. 1:21-23: "*Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo...*"

2 Tes. 1:3: "*Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo.*"

1 Tim. 5:8: *"Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo.*"

2 Ti. 4:7: *"He peleado la buena batalla... he guardado la fe.*"

Stg. 1:3: "*Sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.*"

Esto no significa que los cristianos no podemos estar seguros de nuestra unión con Cristo sino solo hasta el final de los tiempos. Esto sería una condición de intranquilidad, angustia e inseguridad, lo cual es opuesto a lo que el resto de las Sagradas Escrituras nos enseñan.

La Biblia nos enseña de la seguridad que tenemos en Cristo, la cual podemos disfrutar desde el momento en el cual somos regenerados.

Juan 20:31: "*Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.*" Creer verdaderamente en Cristo es

garantía de salvación. Pero esta fe debe ser real, es decir, hasta el fin.

Rom. 6:11: "*Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.*" Estamos vivos para Dios, porque la vida de Cristo nos ha sido dada, esto lo podemos disfrutar desde ahora.

Nuestra fe y confianza en Cristo será probada hasta el final, como dice 1 Ped. 1:7: "*Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo.*"

Siempre será probada nuestra confianza, pero al final, cuando entremos a las mansiones de gloria, nuestra fe será para dar alabanza, gloria y honra el Señor.

Esta es la esperanza del autor de Hebreos, que ninguno de los miembros de la iglesia se aparte de la fe, porque entonces no podrá glorificar al Señor, a quien están unidos los verdaderos creyentes.

Jesús es superior a Moisés (Continuación)

3: 1 – 4:13

Resumen

Luego de mostrar por las Escrituras del Antiguo Testamento que Jesús es superior a los profetas y a los ángeles, y por lo tanto superior a la Ley; pasa ahora en el capítulo Tres a demostrar la superioridad de Jesús sobre Moisés.

Veamos los distintos aspectos de la argumentación del autor:

v. 1 al 4. Jesús es superior a Moisés en obra, porque Él es un Sumo sacerdote mayor que Moisés en la casa de Dios. A pesar de que Moisés fue fiel en esta casa, Jesús es superior porque él hizo la casa e hizo todo lo que existe.

v. 5-6. Jesús es superior a Moisés en posición, porque aunque Moisés fue fiel en la casa de Dios, lo hizo como siervo, pero Jesús es el Hijo unigénito del dueño de la casa, se concluye entonces que así como en una casa el hijo del padre de familia es superior al siervo, Jesús es superior a Moisés, por la posición de hijo fiel. El autor no demerita la labor de Moisés, sino que reconoce su fidelidad en la casa de Dios.

v. 3:7 al 4:13. Jesús es superior a Moisés en reposo. En estos pasajes el autor mostrará a sus lectores judeo-cristianos que el verdadero reposo espiritual prometido en el Antiguo Testamento encuentra cabal cumplimiento en la obra redentora de Cristo. Primero habla de la historia del reposo (v. 7-11) tomando una cita del Salmo 95 y 96, la cual adjudica al Espíritu Santo, reconociendo que las Sagradas Escrituras fueron inspiradas por Dios.

Esta cita contiene un llamado para que todos atendamos con fe y obediencia al llamado del Evangelio, pues, todo acto de rebeldía es muestra de un corazón endurecido a causa de la condición humana rebelde, la cual se vio reflejada en un hecho histórico: la rebeldía del pueblo de Israel en el desierto, específicamente en Meriba y Masah (significan: rebelión y prueba respectivamente). En Masha el pueblo contendió con Moisés porque les faltaba agua, y Dios ordenó a Moisés golpear la piedra para que brotara el preciado líquido (Ex. 17:7), luego, en Meriba el pueblo de Israel nuevamente contendió con Moisés a causa de la escasez de agua. Fue en esta ocasión cuando Moisés perdió los estribos y golpeó dos veces la roca en vez de hablarle a ella, como le había instruido el Señor (Num. 20:13).

v. 9-10 presenta los resultados de la rebeldía contra la Palabra de Dios: El Señor se disgustó con su pueblo, el resultado de este disgusto consistió en que Dios no les permitió disfrutar del reposo prometido (v. 11).

Luego al autor da paso a una exhortación invitando a los lectores a revisar sus corazones, pues, el reposo prometido está en serio peligro si nos mantenemos con un corazón incrédulo. El autor habla de la posibilidad de tener corazones rebeldes que nos lleven a apartarnos del Dios vivo, pues, la incredulidad conduce a mayor incredulidad hasta que el corazón se aparta por completo de la posibilidad de conocer al Dios salvador.

En los Versos 16 al 19 encontramos las consecuencias de la incredulidad, las mismas que sufrieron los antepasados judíos en el desierto: Provocaron a Dios (v. 16), disgustaron a Dios (v.17) y no entraron en el reposo prometido (v. 18-19).

v. 1-10 El autor muestra la oportunidad que tenemos para entrar al reposo. Es nuestro deber aprovechar esta maravillosa oportunidad (v. 1-2), pero no basta con solo escuchar el evangelio, sino que se requiere fe de los oyentes para poder entrar al reposo.

En los versos 3 al 8 se insiste en que la oportunidad para entrar al reposo es verdadera. Algunos ya han entrado en este reposo (4:3), la promesa viene desde la misma creación (v. 4-5), todavía hay cupos disponibles para entrar al reposo (v. 6), David testificó que el tiempo para entrar al reposo es hoy (v. 7).

En los versos 9-10 el autor insiste en la urgencia de aprovechar la oportunidad para entrar al reposo. Está disponible hoy (v. 9) y el reposo nos permitirá descansar porque la obra ya está terminada (v. 10).

Por último, el autor vuelve a exhortar a los oyentes para que entren al reposo. (v. 11-13). Deben entrar a causa del peligro de la incredulidad (v. 11), deben entrar a causa de la eficacia de la Palabra de Dios (v. 12), deben entrar a causa de la claridad de la Palabra de Dios que lo escudriña todo (v. 13).

Dificultades del pasaje

v. 4:1 ¿En qué sentido los lectores cristianos no pudieron haber alcanzado la promesa de entrar al reposo? *"Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciando la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron"* (v. 1-2).

Para entender este pasaje es necesario tener en cuenta tres términos básicos usados por el autor, y en esto sigo al comentario de Simón Kistemaker:

a. Temor. El escritor de la carta es un pastor que está preocupado por todas y cada una de las personas miembros de la iglesia local. Él no quiere que ninguno de ellos sea encontrado en el pecado de incredulidad, como pasó con muchos israelitas en el desierto. Por eso dice *temamos*. Está preocupado por las personas que están bajo su cuidado y supervisión.

Cuando el autor dice *Temamos* o *tengamos cuidado* lo hace en plural, lo cual también puede indicar que es responsabilidad de todos los miembros estar vigilantes, exhortándonos los unos a los otros, orando los unos por los otros, de manera que este asunto de la salvación sea algo comunitario. Como dice Kistemaker "*Debiéramos tener presentes a aquellos miembros que pudieran estarse alejando de la verdad en doctrina o conducta, y luego orar con ellos y por ellos. Siempre estando atentos en la búsqueda de los rezagados.*"[1]

b. Promesa. Algunos eruditos bíblicos consideran que esta frase debe ser traducida "*dado que la promesa de entrar en su reposo todavía permanece*"[2] lo cual indica que la promesa de entrar al reposo no era solo para los israelitas, sino que sigue vigente hoy. Hasta que el último de los elegidos no haya entrado al reposo, no cesará esta promesa.

c. Fracaso. La promesa de entrar en el reposo fue para los Israelitas en el desierto, para los

creyentes en el tiempo de David y para nosotros hoy. No obstante, esta promesa solo se cumple en aquellos que tienen fe en la Palabra de Señor, pero se convierte en maldición para los incrédulos.

El reposo llegó a tener un concepto más amplio que la simple entrada al disfrute de la Canaán terrenal. También incluía el "*...reposo del hostigamiento de parte de los enemigos de Israel que moraban en países circundantes; en lo espiritual tenía que ver con una vida bienaventurada vivida en armonía con la Ley de Dios."*[1]

Es posible que en la iglesia local a la cual escribe el autor de Hebreos, así como en la mayoría de asambleas cristianas, algunos creyentes no habían llegado a apropiarse de la promesa del Señor. Habían sido negligentes. Aparentaban llegar a la meta del reposo, cuando realmente aún no habían llegado.

La exhortación del autor indica que en la iglesia no debieran encontrarse personas que son indolentes en buscar apropiarse de la promesa del reposo, es decir, de la vida bienaventurada vivida conforme a la Santa Ley de Dios.

Nuestros pecados se convierten en un obstáculo para disfrutar de la promesa del reposo, ya que esto muestra nuestra desobediencia y falta de acoplamiento con la santa ley del Señor.

Ahora, el versículo 2 nos aclara que la incredulidad, el no escuchar con fe el evangelio, es causal para no entrar en el reposo. Toda vez que el evangelio (buena nueva) es la Palabra que nos conduce de manera efectiva al verdadero reposo que disfrutamos en Cristo, entonces, si este no es recibido con fe, no sirve de nada el haberlo escuchado una y otra vez. Ahora, esta fe no es una fe muerta, como bien lo enseña Santiago. No es la fe histórica, es decir aquella que acepta como verdadero lo que nos cuentan los historiadores, no es la fe emocional que resulta de un momento de profundo miedo al infierno, o la fe verbal que manifiesta el que hace una oración de conversión como lo practican los modernos movimientos evangelicalistas, no, la fe que nos permita entrar en el reposo, es aquella plena confianza, que emana de un corazón regenerado, puesta en el único y suficiente salvador, Jesús, aceptando y recibiendo con total sumisión su promesa, su Palabra y su Ley.

Nadie que no obedezca a Cristo, podrá decir que tiene fe en él. Si sus mandamientos no me son agradables ni busco sujetarme a ellos, entonces no he oído la Palabra con fe. Y esta clase de personas se pueden encontrar en nuestras iglesias, de allí nuestro deber cristiano de orar por todos y exhortarnos constantemente.

v. 4:3. ¿Las obras que estaban acabadas desde la fundación del mundo son las obras de Dios o de los Israelitas? ¿En qué sentido? *"Pero lo que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: por tanto, juré en mi ira, no entrarán en mi reposo; aunque las obras suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. Porque en cierto lugar*

dijo así del séptimo día: y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día. Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo" (v. 3-5).

El versículo 4 nos da la respuesta. Se trata de las obras de Dios, en especial su obra de creación. El Señor reposó el séptimo día. Por lo tanto, él puede ofrecer un reposo, del cual ya está disfrutando. Este reposo se encuentra disponible para su pueblo, pero solo pueden entrar en él los que creen.

Solo los que han escuchado la palabra con fe, y la continúan escuchando con confianza, comparten el disfrute del reposo con Dios.

Es importante hacer notar que el autor de Hebreos no tiene dudas respecto al momento en el cual los verdaderos creyentes entrar al reposo, él dice: "*porque los que hemos creído entramos en el reposo"*, esto es algo presente y cierto.

v. 6 ¿Quiénes son los que aún faltan por entrar al reposo? *"Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia, otra vez determina un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David como se dijo: si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*" (v. 6-7).

La incredulidad impidió que muchos israelitas entraran al reposo prometido y murieron en el desierto, pero varios siglos después, en el Salterio (Sal. 95), el Señor nuevamente invita a la gente a entrar al reposo, el cual todavía seguía vigente. En la época de David, así como en el tiempo del peregrinaje por el desierto, las personas podían entrar al reposo por medio de la fe. El autor de Hebreos, inspirado por el Espíritu Santo, dice nuevamente a las personas en la época del Nuevo Testamento y a nosotros hoy "todavía la puerta está abierta para entrar al reposo". Aún el número de los que creerán y entrarán por la puerta de la fe al reposo no está completo". Todavía falta que muchos entren.

La puerta para entrar al reposo es la fe, así lo ha sido siempre.

Hab. 2:4: "*Más el justo vivirá por su fe.*"

Juan 1:12: "*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.*"

Roomanos 3:22: "*La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él*."

Romanos 3:28: "*Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.*"

Romanos 4:5: "*Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.*"

Romanos 5:1 "*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.*"

Romanos 5:2: "*Por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.*"

Gálatas 2:16: "*Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificado por la fe de Cristo, y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado.*"

Gálatas 3:7: "*Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham.*"

Los que faltan por entrar son los hombres y mujeres de la línea de la fe, los que no son incrédulos como los israelitas en el desierto, sino que escuchan con avidez la Palabra de Dios. Palabra que tiene vigencia para todas las edades, como dice Kistemaker "*...la frase "como Dios ha dicho"*, que en el original griego aparece en tiempo perfecto, significa que lo que Dios dice tiene validez permanente (Heb. 1:13; 10:9; 13:5). No importa cuántos siglos pasen, la Palabra de Dios abarca todas las edades; su mensaje es tan claro, firme y seguro hoy como lo fuera cuando lo pronunciara por vez primera. La Palabra de Dios es divinamente inspirada y, como dice Pablo: "útil para enseñar, redargüir, corregir y adiestrar en justicia" (2 Ti. 3:16)."[1]

v. 8 ¿Cuál es el reposo que Josué no les pudo dar a los Israelitas? v.8, 9, 10 ¿Cuál es el reposo que aún queda para el pueblo de Dios? v. 10 ¿De cuáles obras reposamos los creyentes? *"Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas*" (v. 8-10).

Josué logró introducir a la nueva generación de israelitas a la tierra prometida, al reposo prometido (Lea Josué 23:1; 22:4).

Pero el reposo del Señor va más allá de la mera posesión de una tierra fructífera. El verdadero y completo reposo es eterno, por lo tanto de índole espiritual o celestial. Pues, lo terreno y material es pasajero, perece, pero lo espiritual es eterno.

Col. 3:1-2: "*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios*. *Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.*"

Ahora, el Antiguo Testamento, en el Salmo 95, habla de la posibilidad de entrar al reposo en el tiempo de David, lo cual significa que el reposo verdadero o completo no era el entrar a la Canaán terrena, sino a algo mejor.

Este reposo mejor solo puede ser producido por el Evangelio, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Muchos israelitas lograron disfrutar de la Canaán material, pero no disfrutaron el reposo, de allí que David insista en llamar a los judíos al arrepentimiento, a la fe, por medio de la cual se entra al verdadero reposo. Es por la fe que reposamos del pecado y del mal. Solo por medio de la fe llegamos a confiar plenamente en la obra acaba de Cristo, y por esta obra perfecta nosotros descansamos *de nuestras obras.*

El obrar humano es pecaminoso, siempre hacemos lo opuesto a la Ley santa del Señor, pero esta Ley nos condena y no permite que disfrutemos comunión con Dios. El hombre siempre está cargado de sus pecados, pero cuando por la fe somos lavados por la sangre del cordero eterno, entonces nuestro pecado es lavado, nuestra carga es quitada y solo desde ese momento podemos descansar plenamente de nuestras obras, sabiendo que Dios nos ha aceptado como hijos adoptados por medio de Jesucristo.

Los judíos que estaban llegando al cristianismo estaban siendo tentados para abandonar la fe en Cristo, lo cual les conduciría a volver a confiar en sus obras, en la obediencia a la Ley como un camino de salvación, pero volver a confiar de esa manera en la Ley, era volver a trabajar y llenarse de cargas pesadas, como hacían los fariseos tratando de ser aceptados por Dios a través de las obras. Pero siendo que nuestras mejores obras son como trapos de inmundicia (Is. 64:6), entonces no hay posibilidad de reposar o descansar.

El autor escribe a estos creyentes judíos y les insiste en mirar cuál es el verdadero reposo. Jesucristo viene a dar un mejor reposo que el que dio Josué. Porque la obra de Cristo en la cruz es completa, perfecta y no se necesitan más obras. Ahora los creyentes podemos descansar y saber plenamente que la culpa y la condenación resultantes de nuestras malas obras fueron llevadas por Cristo y nosotros podemos saber que estamos reconciliados con Dios.

Que todos los días de mi vida

descanse de mis malas obras,

deje el Señor obrar en mí mediante su Espíritu

y comience así en esta vida

el eterno día del reposo.[1]

El autor de Hebreos habla del "*reposo sabático*" (v.10) como lo traducen algunos eruditos bíblicos. El sábado era un símbolo externo del descanso eterno y espiritual que Dios dará de manera definitiva a su pueblo. Los judíos entraron a la tierra de Canaán donde descansaron de sus enemigos y del peregrinaje. Pero ellos aún allí debían seguir trabajando. Pero el día sábado ellos descansaban de sus labores diarias, y se dedicaban todo el día a la adoración y el reposo del cuerpo.

Por cierto, este día de manera especial ellos eran animados a obedecer la santa ley del Señor, a evitar todo pecado, a no hablar sus propias palabras pecaminosas, a no pensar sus propios pensamientos pecaminosos, (Is. 58:14) debido a que este día representaba ese estado final de reposo que Dios les iba a dar, a través de la obra perfecta del Mesías.

Los cristianos también tenemos nuestro sabath, el día Domingo. Ese día es un anticipo del reposo celestial que disfrutaremos por la eternidad. El domingo (el sábado cristiano) descansamos de nuestras labores diarias y lo dedicamos por entero a la adoración, al conocimiento de Dios, a las obras de misericordia. Si queremos saber cómo será la vida en la eternidad, miremos como los santos en la Biblia guardan el Domingo. La Biblia nos dice que el primer día de la semana (Domingo) los discípulos se reunían para leer las Escrituras y exponerlas, cantar himnos, ofrendar al Señor, entre otras cosas (Hch. 20:7; 1 Cor. 16:2). Los creyentes que no guardan el Domingo como día santo, están perdiendo de disfrutar en esta vida una imagen vívida del verdadero y final reposo que disfrutaremos para siempre en la presencial del Señor.

Aunque aún continuamos pecando, no obstante el autor de Hebreos habla de que podemos disfrutar el reposo de nuestras obras en esta tierra por la fe en Cristo, pero el reposo final y perfecto lo disfrutaremos en la vida eterna, donde ya no habrá más muerte, ni dolor, ni pecado.

v. 11 ¿Podemos nosotros esforzarnos para entrar al reposo (*sabbatismos*) de Dios? ¿Cómo se hace este esfuerzo? *"Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia. Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*" (v. 11-12).

Procuremos (spoudasömen), es decir, apresurémonos (2 Ti. 4:9, estemos anhelantes y vigilantes (1 Ts. 2:17)[1]. No sea que imitemos el mal ejemplo de los israelitas en el desierto, pues, siempre nos es más fácil copiar los malos ejemplos.

La meta final del reposo aún no se ha alcanzado completamente; ya hemos empezado el camino, por el llamamiento que nos hace el evangelio, aunque por la fe ya estamos en el reposo.

Así como el Señor llamó a todos los israelitas que estaban como esclavos en Egipto para que iniciaran su peregrinar hacia la tierra prometida, donde encontrarían el reposo, el Señor llama hoy por la predicación del evangelio a los hombres para que inicien este peregrinaje a la nueva Sión, donde disfrutaremos eternamente el final reposo que Dios ha preparado para los que le aman.

El autor les recuerda a sus lectores que así como muchos de sus ancestros quedaron

postrados en el desierto y no pudieron completar con éxito la meta a la cual el Señor les llamaba, a causa de su corazón incrédulo hacia la Palabra del Señor, procuremos hoy revisar que no seamos desobedientes al llamado del Evangelio, porque entonces no entraremos al reposo.

Procurar entrar en el reposo significa que nos esforcemos por obedecer la Palabra del Señor. Si somos creyentes, entonces el Espíritu del Señor habita en nosotros y nos habilita para obedecer con amor las instrucciones del Señor.

Porque las consecuencias de la desobediencia son terribles. Los israelitas desobedientes murieron en el desierto y no entraron a la Canaán terrenal. Los que escuchan el evangelio y no lo obedecen o lo abandonan tendrán una pérdida superior, porque no podrán entrar a la Canaán celestial, a la Santa Sión donde reina el Cordero que fue inmolado.

Y es que la Palabra de Dios no puede ser desatendida o desobedecida sin recibir la justa retribución que semejante pecado merece. Cuando Dios habla, el pueblo debe escuchar con mucha atención, porque las Palabras de Dios pueden ser vida para el que las cree y las obedece, pero puede ser muerte y destrucción para el que es incrédulo.

Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz (v. 12). Ella cumple el propósito para el cual el Señor la envía. Ella tiene la capacidad de mostrar las minucias de los más recónditos pecados del hombre, y si la Palabra del Señor tiene esa capacidad de discernir y mostrar los pecados más escondidos e íntimos que el hombre tiene, entonces es un grave pecado rechazar esa luz, pues, entonces quedaríamos en la más oscura miseria espiritual y nada podrá ayudarnos para salir de ella, pues, solo la Palabra del Señor, aplicada por el Espíritu Santo tiene la capacidad de hacer manifiesta todas las cosas del hombre delante de su Santo Creador.

Un día, esa misma Palabra testificará en contra de los que no creyeron y la destrucción será grande (Juan 12:48).

En el versículo 12 se describe a la Palabra de Dios como viva y activa. En otras partes también se nos habla de esta cualidad. Esteban dice que Moisés recibió palabras vivas de parte del Señor (Hch. 7:38), Pedro dice que hemos renacido por la palabra viva (1 Ped. 1:23). Ella tiene la capacidad de producir vida en el hombre (Jn. 6:63). Pero también es activa, es decir, efectiva y poderosa. La palabra usada en el idioma griego se deriva de la palabra energía (*energës*), ella es enérgica, poderosa (Jn. 1:12; Fil. 3:21; Col. 1:29).[1] Ella no solo puede producir vida en el hombre que estaba muerto en sus delitos y pecados (Ef. 2:1-5), sino que el desobedecerla conduce a serios e inminentes peligros.

La Palabra del Señor tiene la capacidad de discernir (*kritikos*), es decir, es diestra para juzgar, "como el cirujano tiene que serlo, y capaz de decidir sobre la marcha qué decisiones adoptar. Así, la Palabra de Dios, como su mirada, ve las secretas dudas y la agazapada

incredulidad, <los pensamientos y las intenciones del corazón>. El cirujano tiene una intensa luz para ver dentro de cada oscuro rincón y un afilado bisturí para eliminar todo el pus revelado por la luz."[1]

v. 13 ¿Cuándo y quiénes tendrán que rendir cuenta? *"Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia, antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuentas*" (v. 13)

Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes todas las cosas están abiertas y desnudas... La Palabra de Dios es como un microscopio que puede poner en evidencia al más diminuto microbio de duda y pecado. Tanto el cuerpo como el alma están desnudos ante la mirada de Dios. Los ojos de Dios ven todos los hechos en lo más profundo de nuestro corazón. No hay reservas mentales delante de Dios (Robertson).

En el día postrero Dios juzgará las obras de cada hombre. Dios revisará todos los libros, toda conciencia, todos los actos de los hombres. Nadie podrá escapar de este escrutinio cósmico. Por eso los pecadores que no acudieron a Cristo pedirán a las montañas que vengan sobre ellos Ap. 6:16. Este será el juicio final donde muchos escucharán la declaración final e irrevocable del juez ¡Culpable! Y serán lanzados al infierno de fuego y azufre, pero otros, escucharán la declaración final del juez ¡Absuelto! Y entrarán al reino del Padre de nuestro salvador, el Señor Jesucristo (Apoc. 20:11-15. Mateo 25:31-46).

Enseñanzas

Sobre Cristo

Jesús es nuestro apóstol. Es el enviado que bajó del cielo. "*Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo: el Hijo del hombre que está en el cielo*" (Juan 3:13). Solo él nos revela al padre de manera clara y perfecta "*... el que me ha visto a mí, ha visto al Padre*" (Juan 14:9).

Jesús es el verdadero Josué del nuevo pacto que puede, con seguridad, introducirnos en el verdadero descanso, en la Sión celestial. Su obra acabada en la cruz (consumado es), es el camino para entrar al descanso de nuestras obras (pecados), por eso él debe ser el objeto eterno de nuestra mirada, de nuestra confianza. Sin Jesús no tenemos reposo verdadero. "Jesús guía a su pueblo ante la presencia de Dios y les concede el eterno reposo sabático."[2]

Sobre Dios

Dios no solo es el creador de todo, sino que siempre ha estado interesado en construir un pueblo de creyentes para sí, una casa o morada en medio de los hombres. Esto nos habla de su inmensa gracia, pues, ¿De qué otra forma los pecadores hombres podrán ser constituidos en pueblo santo del Señor?

Dios cumple su Palabra. Él prometió a los israelitas entrarlos a Canaán si confiaban en su Palabra. Josué y Caleb confiaron en la Palabra del Señor y ellos entraron, porque Dios cumplió lo prometido. Dios promete entrarnos a la verdadera Sión si creemos en Cristo; si estamos confiando en él, entonces tenemos la seguridad que el Señor cumplirá su propósito en nosotros.

Dios es justo. Él no hace acepción de personas. El da justas recompensas. A algunos no se les permite la entrada en el reposo de Dios porque habiendo escuchado el evangelio (la buena nueva), en vez de obedecerlo, fueron desobedientes. Dios les da el pago de su desobediencia. La incredulidad de ellos se convirtió en desobediencia, y así tanto la mano como el corazón estaban en oposición a Dios y Su palabra.

Dios tiene el control de todo y vive en un eterno presente. El "Hoy" para entrar al reposo, es el hoy de Dios, por eso esta promesa sigue vigente en la época actual, este hoy no se ha convertido en el ayer. "Dios atraviesa los siglos que van desde la vida en el desierto hasta el gobierno davídico; desde Moisés, que registra la historia de Israel en el Pentateuco, hasta David que compone sus cantos para el Salterio. Él hace que su promesa esté disponible *hoy*, que es el momento de abrazar la misericordiosa oferta de salvación."[1]

La palabra del Señor es para todas las edades. No importa cuánto tiempo pase, ella sigue siendo vigente. Su mensaje sigue siendo relevante para todas las generaciones. Ella es totalmente inspirada y útil para que el hombre de Dios, en todos los tiempos, sea perfecto y enteramente preparado para toda buena obra (2 Ti. 3:16).

Dios es omnisciente, él todo lo conoce. Por eso su palabra tiene el poder de escudriñar hasta lo más profundo e íntimo del ser humano, nada se escapa de su escrutinio.

Aplicaciones

Siendo que tenemos un llamado celestial, entonces somos llamados a tener nuestros pensamientos en aquel que gobierna los cielos, en Jesús.

Los que deseen entrar en el reino de Dios deben seguir a Cristo con resolución, porque él es el único apóstol enviado de lo alto, el único Maestro que vino directamente del cielo para hablarnos las palabras de Dios.

Aunque Jesús cumplió la Ley ceremonial establecida a través de Moisés, no obstante debemos conocerla porque ella nos muestra lo sublime de la santidad de Dios, lo terrible de nuestro pecado, y lo grandioso de la obra redentiva efectuada por Jesucristo. El verdadero evangelio puede disfrutarse solo en conexión con el conocimiento de la Ley.

En nuestro caminar cristiano seremos confrontados por las persecuciones y dificultades resultantes de identificarnos con Cristo, pero a pesar de estas adversidades, somos llamados a mantenernos firmes en la confianza, firmes en la esperanza, sin fluctuar, sino que

debemos mantenernos con férrea confianza en aquel que dijo: "*no temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino*" *(*Luc. 12:32), y "*…he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén*" (Mt. 28:20).

El apóstol Pablo se presenta como embajador de Cristo (apóstol) (2 Cor. 5:20; Ef. 6:20), a través del cual Dios llama a los hombres a reconciliarse con Él, en cierto sentido todos los creyentes somos embajadores de Cristo, y tenemos el mejor ejemplo de lo que hace un embajador espiritual: "*No puede el hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente*" (Juan: 5:19). Un seguidor fiel procurará hacer lo que aprendimos de Cristo.

Hay una manera clara de saber si realmente formamos parte de la casa de Dios: La perseverancia en la fe. Si caminamos por un tiempo pero luego abandonamos la fe por los placeres de este mundo, o las dificultades que acarrea el servir al Señor, entonces evidenciamos que no formamos parte de la casa de Dios.

Ninguno de nosotros podrá perseverar en la fe sin la gracia del Señor: "*porque Dios es el que en vosotros produce el querer como el hacer, por su buena voluntad"* (Fil. 2:13). Roguemos al señor para que nos ayude a mantenernos firmes, sin fluctuar, que cada día afirme en nosotros la fe.

El Espíritu Santo es que el que convence al mundo de pecado, de juicio y de justicia. Él nos convence a través de Su Palabra. El autor de Hebreos a dicho que lo escrito por David es la voz del Espíritu Santo para nosotros hoy. Por lo tanto, si rechazamos, descuidamos o no obedecemos el llamamiento y la exhortación que se nos da por el Evangelio y las Sagradas Escrituras, estamos afrentando al Espíritu Santo y corremos el peligro de cometer el pecado más terrible que ser humano puede hacer: "*Blasfemar contra el Espíritu Santo*", recordemos las palabras de Cristo: "*A todo aquel que dijere una palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado*" (Lucas 12:10).

¿Cuánto tiempo llevas asistiendo a la iglesia y escuchando la predicación de la Palabra del Señor? ¿Será que eres un oidor atento y de fe? o ¿Eres un oidor olvidadizo? Descuidando así la voz del Espíritu Santo. No creas que recibirás mayor misericordia por haber escuchado la Palabra, pues, tu condenación será más terrible, ya que tenías conocimiento de las consecuencias de desobedecer el llamamiento del Señor, y a pesar de ello cerraste tus oídos espirituales para no escuchar con atención. El asistir a la iglesia, cumplir con los diezmos, cantar, orar, saltar, llorar y hablar en lenguas o recibir milagros de parte del Señor no te garantizan la salvación, solo el escuchar con fe y obedecer al llamado del Evangelio.

Nosotros no tenemos la capacidad natural para escuchar y obedecer la Palabra del Señor. Nuestra naturaleza depravada y pecaminosa se resiste a escuchar, por eso debemos suplicar al Señor que en su misericordia nos dé oídos para oír: "*Pero hasta hoy Jehová no os ha*

dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír" (Deut. 29:4).

En nuestro transitar por el desierto de este mundo vamos a sufrir muchas necesidades, las cuales son una prueba para fortalecer nuestra fe y dependencia del Señor. Esos momentos difíciles debieran conducirnos a aferrarnos más a la gracia del Señor, pero muchas veces actuamos como lo hizo el pueblo antiguo del Señor y en vez de confiar plenamente en su cuidado nos quejamos y contendemos con él. No obstante, su misericordia y su paciencia no se han agotado porque tenemos un Dios sumamente misericordioso: "... *Jehová, fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad"* (Éxodo 34:6). Pero no probemos su paciencia, mejor confiemos en su sabio cuidado.

¡Qué salvación, qué alegría en los cielos por un pecador que se arrepiente, qué victoria sobre Satanás si cada día nos alentamos los unos a los otros y nos sostenemos mutuamente en la fe! (Kistemaker).[1]

Los creyentes somos constantemente tentados para volver nuestra mirada del Señor y ponerla en nuestras buenas obras, en los hombres, en la psicología, en las emociones, en los milagreros, en el Catolicismo Romano, pero recordemos las palabras del Señor: *"... Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás es apto para el reino de Dios*" (Lucas 9:62). Oremos al Señor para que seamos hallados dignos del Reino de Dios, a través de la perseverancia en la fe.

"*El cristiano, hasta no haber sido perfeccionado, se considera un principiante. Mientras nuestra fe en Cristo sea el fundamento de todo estamos a salvo y seguros como miembros de la casa de Dios*."[2]

"Nuestra salvación es de suma importancia y no debe tomarse nunca a la ligera" por eso es necesario escuchar y hacer caso a las exhortaciones que se nos hacen en el libro de Hebreos. No se trata de perder la salvación, sino de verificar si realmente somos salvos y andar como salvos.

Los Israelitas que no entraron al reposo se caracterizaron por un corazón perverso e incrédulo. A pesar de haber visto la poderosa misericordia del Señor, escogieron deliberadamente pecar, es decir, desviarse de la santa Ley del Señor, andando en sus propios deseos y apetitos. Quiera el Señor ayudarnos para no seguir ese ejemplo, sino que permanezcamos firmes hasta el fin, creciendo en el carácter de Cristo.

Sabemos que participamos de Cristo cuando hemos escuchado y aceptado de corazón el mensaje del Evangelio, de manera que los frutos de la regeneración se dejan ver en nosotros, y no andamos conforme a la carne sino conforme al Espíritu (Rom. 8:12-13).

"Si aceptamos la Palabra de Dios en fe y hacemos su voluntad obedientemente, la promesa de reposo también se cumplirá en nosotros. Tal hecho es incuestionable."[3]

El verdadero reposo que Dios ofrece a su pueblo es espiritual, y este reposo solo puede ser producido por el Evangelio de Jesucristo. Si aún no hemos puesto nuestra mirada de confianza en el Salvador, volvamos nuestros ojos a la cruz, miremos allí la ira de Dios que descenderá sobre los incrédulos, pero también miremos allí la esperanza de salvación para todo el que cree en él. Pidamos a Dios misericordia y que nos conceda un corazón creyente para que fijemos la mirada solo en él.

Para el creyente el día de reposo (el domingo) no es solo un día en el cual se deja de trabajar, sino que este día es un reposo espiritual, en el cual debiéramos cesar de nuestros pecados, pues estamos ante la presencia santa y sagrada del Dios soberano, junto con su pueblo en un servicio de adoración y alabanza, donde nos deleitamos en escuchar Su Palabra, a través de los pastores y predicadores que él ha llamado.

Esforcémonos cada día para entrar en el reposo de Dios. "No demos ya por ganado dicho reposo, sino que con esfuerzo luchemos por vivir en armonía con Dios, por hacer su voluntad y por obedecer su Ley."[1] El sello distintivo de todo creyente y la consigna de toda iglesia bíblica debiera ser "*continuemos ocupándonos en nuestra salvación con temor y temblor*" (Fil. 2:12).

Los creyentes, como comunidad local, debemos ayudarnos los unos a los otros, debemos cuidarnos espiritualmente los unos a los otros. Cuando el autor dice "*procuremos*" está hablando de que todos somos responsables de ayudarnos mutuamente, para que no luchemos con nuestras fuerzas individuales, sino que todos juntos corramos esta carrera, y ayudemos al que se queda atrás.

Caminemos con paso firme en este peregrinaje, no cedamos ante el mal, ni seamos incrédulos, porque no solo estamos haciéndonos daño, sino que se lo hacemos a otros, pues, nuestro mal testimonio muy pronto será imitado por otros, así como los judíos imitaron el mal ejemplo de los israelitas incrédulos en el desierto. Debemos caminar por el sendero de la obediencia, y así podremos exhortar a los hermanos y hermanas para que hagan lo mismo.

Jesús es el gran Sumo Sacerdote

Cristo es un sacerdote superior a Aarón

Cap. 4:14 al 7:28

Introducción

El autor de Hebreos prosigue mostrando a sus lectores la superioridad de Cristo sobre todo el sistema religioso judaico. Ya nos ha mostrado, por las escrituras del Antiguo Testamento, que Jesús es superior a los profetas, superior a los ángeles, superior a Moisés, y ahora desde el versículo 14 del capítulo 4, hasta el capítulo 7:28 nos mostrará que Jesús es superior al sumo sacerdote Aarón.

Recordemos que el oficio de sumo sacerdote era muy apreciado en todo el sistema religioso judaico, siendo Aarón el primero que ocupó este oficio, por escogencia divina. Los judíos que estaban tratando de convencer a los convertidos al cristianismo para que regresaran a su antigua fe, de seguro argumentarían que ellos tenían el sumo sacerdocio instituido por Dios a través de Moisés en cabeza de su hermano Aarón. Por lo tanto, el autor de hebreos, no quiere dejar de tocar los elementos más importantes que estos falsos maestros estaban usando en sus argumentaciones de manera equivocada, pues, había llegado el que es superior a todo, porque es el Dios encarnado.

v. 14. "*Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión*".

Jesús es superior a Aarón porque él es divino, esto indica la frase Hijo de Dios. Al ser Hijo, ya es más grande que todos, incluyendo a Aarón. El ser sumo sacerdote no es lo que hace grande a Jesús, sino el hecho de ser divino. El término *gran sumo sacerdote* resalta la superioridad de Cristo sobre todo el sistema sacerdotal.

Que traspasó los cielos. Mientras que los sacerdotes terrenales solo podían entrar una vez al año al lugar santísimo que representaba la presencia de Dios, Jesús, luego de haber resucitado derrotando a la misma muerte, ascendió a los cielos y ahora está sentado a la diestra de Dios. Allí ejerce su oficio sumo sacerdotal. Ahora este sumo sacerdote no intercede por los pecados del pueblo un día al año, en el gran día de la expiación, sino que lo hace constantemente, porque él vive en la misma presencia de Dios.

v. 14 ¿Qué significa retener nuestra profesión? *Retengamos nuestra profesión.*

(Aferrémonos firmemente a la fe que profesamos). Ya que tenemos un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, entonces esto debe ser motivo suficiente para que nos aferremos firmemente a la fe que confesamos.

v. 14 ¿Cuál es nuestra profesión? ¿Cuál es la fe que profesamos?

Es posible pensar que se trata de alguna confesión de fe ya escrita o formulada. Pero, probablemente haga referencia a "aquella creencia que se atesora internamente en el corazón y que también se profesa externamente ante los hombres."[1]

El apóstol Pablo habla de esta fe en Romanos 10:10: "*Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación."*

v.15 "*Porque no tenemos un sumo sacerdote que no puede compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado"*. ¿Siendo que Jesús es Dios, entonces en qué sentido el fue tentado en toda forma humana?

Es probable que los lectores de la carta se preguntaran, pero ¿cómo podrá compadecerse de nosotros Jesús, si él está sentado a la diestra de Dios, y está lejano a nuestra situación terrena? ¿Cómo podrá él entender las luchas que como seres humanos caídos en la desgracia del pecado estamos enfrentando?

El autor se adelanta a sus posibles racionamientos y les dice que el Sumo sacerdote que tenemos en los cielos no es ajeno a nuestras luchas, por el contrario, él mismo las vivió y ahora desde su posición exaltada conoce de manera cercana las tentaciones que nos acechan, porque él mismo las sufrió.

Aunque el autor de Hebreos ha insistido en la completa divinidad de Jesús, ahora nos muestra la otra cara de la moneda, y esta es, que Jesús es completamente humano. Él, en su encarnación y humillación, experimentó debilidades y tentaciones. Fue tentado por Satanás al inicio de su ministerio. Se enfrentó con las necesidades más sentidas del ser humano: tuvo sed, se fatigó, muchos lo abandonaron, otros lo criticaron.

Cuando dice que Jesús fue tentado en todo, "no quiere decir que Cristo sufriese todas y cada una de las clases de tentaciones que nosotros sufrimos, sino que sufrió, por decirlo así, las tres cabezas de serie de toda clase de tentación: *carne, codicia y ostentación vanidosa* (1 Juan 2:16). Desde estos tres flancos fueron tentados nuestros primeros padres y sucumbieron (Gen. 3:6; *bueno para comer, agradable a los ojos, codiciable para alcanzar sabiduría*. Desde esos tres flancos fue tentado Jesús (Lc. 4:3-12 *pan, poderío y ostentación vanidosa*) y venció."[2]

Jesús fue tocado por el sentimiento de nuestras debilidades. Él fue tentado de manera intensa. Por eso él puede compadecerse de nosotros que también somos tentados intensamente.

Jesús fue tentado por el demonio cuando tenía hambre, el cual le sugirió que convirtiera las piedras en pan. Pedro le anima a abandonar el camino de la cruz. En el huerto, en medio de su sufrimiento pide al padre que le permita no tomar la copa de la cruz. En la crucifixión los religiosos judíos le piden que demuestre su divinidad bajando milagrosamente de la cruz; sus tentaciones fueron muchas e intensas, pero el autor de hebreos dice que no pecó.

"*En Jesús no había pecado latente que pudiera ser agitado por la tentación ni hábitos de pecado que vencer, pero sí tuvo debilidades comunes a nuestra naturaleza (hambre, sed, fatiga, etc).*"[1]

Ser tentado no es pecado. Como alguien dijo: "no puedes impedir que las aves revoloteen sobre tu cabeza, pero si puedes impedir que hagan nido sobre tu cabeza". Jesús nunca permitió que la tentación llegara a su cristalización, es decir, a consumar el pecado.

Santiago dijo que las personas que son tentadas deben tenerse por dichosas si logran soportarla, es decir, sino dejan que la concupiscencia conciba y dé a luz el pecado al cual quiere conllevar la tentación. (Santiago 1:12-15).

Nosotros nunca seremos capaces de comprender la profundidad de las tentaciones que experimentó Jesús.

v. 15-16. "*Acerquémonos, pues, confiadamente al Trono de la Gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro"* ¿Cómo se manifiesta la compasión de Jesús hacia nosotros, que somos tentados?

Siendo que él salió vencedor en todas las tentaciones que tuvo que soportar, entonces brinda su ayuda para que nosotros también salgamos vencedores de todas las tentaciones que nos asedian.

Si nos acercamos al Trono de la gracia, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios, él mismo proveerá ayuda en su infinita compasión para que encontremos la salida de escape, como dice Pablo en 1 Co. 10:13:

"No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar".

Aunque el autor de Hebreos exhorta constantemente a sus lectores, en esta oportunidad cambia la exhortación por una palabra especial de ánimo y fortaleza. Él nos invita a acercarnos en oración a Dios, y esto se debe hacer con confianza.

Es posible que el verbo *acercarse* (sigamos acudiendo) apunte a la actividad religiosa que hacían los sacerdotes cuando se acercaban a Dios a través de los sacrificios (Lev. 9:7; 21:17), pero ahora el creyente no necesita llevar sacrificios especiales, sino que Jesús

presentó su sacrificio perfecto ante el Padre, abriendo así las puertas de acceso al Trono de la gracia para todos los creyentes. No obstante, el único sacrificio que un creyente puede presentar ante Dios consiste en un corazón quebrantado y contrito (Sal. 51:17).

Los creyentes somos invitados a allegarnos con nuestra debilidad, con nuestras luchas y nuestros pecados, en un espíritu humilde y quebrantado al Trono de la gracia.

v. 16 ¿Qué es el Trono de la gracia?

El Trono habla de majestad, autoridad, gobierno. Como dice Hendriksen "*Esta es una referencia explícita a la realeza del Hijo de Dios (Heb. 1:2-4), Jesús está sentado a la diestra de Dios y ha recibido autoridad plena en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18)*.

"Gracia" es la cualidad de este Trono. Siendo Jesús el sacerdote que entró a la presencia misma y permanente de Dios, entonces todos los creyentes que venimos al Trono en fe y arrepentimiento, hallamos la abundante gracia perdonadora de nuestro Redentor. Juan lo escribió así: "*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*" (1 Juan 1:9).

El Trono de la gracia es el antitipo del *propiciatorio*. Delante de él, en el gran día de la expiación, se completaba la obra de propiciación como señal y la gracia se extendía para todos. Hoy Jesús, el sumo sacerdote celestial, ha completado la obra de propiciación, no como señal sino de hecho. Es un trono donde la propiciación ha sido completada y ahora se ofrece gracia a todos los que acercan a él.

La gracia también produce **confianza**. No podemos acercarnos a Dios sin experimentar la terrible presencia de su santidad que nos señala y condena. Las experiencias de los santos al ver o percibir el trono celestial fueron terribles, quedaron espantados, con el sentimiento de una inminente destrucción. El mejor ejemplo es el del profeta Isaías (Cap. 6).

No obstante, los creyentes podemos acercarnos a ese Trono majestuoso sabiendo que el cetro de la gracia de Cristo está extendido hacia nosotros, diciéndonos "ven", lo cual nos asegura que no seremos destruidos o avergonzados al acercarnos a la majestad divina. Pero nunca el creyente debe olvidar que se acerca a la majestad, al Trono alto y sublime, y nunca podrá acercarse sin la vestimenta y las cualidades requeridas, es decir, la humildad, la fe y el quebrantamiento de corazón.

Si pretendemos llegar a este Trono con el corazón elevado y una vana confianza, este Trono no será visto como un trono de gracia, sino de terrible santidad que condena.

Las oraciones de los santos en la Biblia se caracterizan por estas cualidades necesarias: La oración del siervo de Abraham cuando buscaba esposa para Isaac "*Haz misericordia con mi Señor Abraham*" (Génesis 24:12). La oración de Jacob cuando teme el ataque de su hermano Esaú: "*...menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has*

usado para con tu siervo" (Génesis 32:10).

Dios solo atiende las oraciones de los humildes:

> *"Dios salvará al humilde de ojos"* (Job. 22:29). *"Jehová es excelso y atiende al humilde"* (Salmo 138:6). *"Porque así dijo el Alto y sublime: yo habito en la altura... y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes"* (Isa. 57:15). *"Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra"* (Isa. 66:2).

v. 16 ¿Cuál es la diferencia entre alcanzar misericordia y hallar gracia?

Misericordia es no recibir lo que merecemos. En este caso los pecadores que aún están en su miseria pueden recibir misericordias de Dios.

Salmo 145:9: *Bueno es Jehová para con todos y sus misericordias sobre todas sus obras.*

Mateo 5:45: *para que seáis hijos de vuestro padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos*

Los pecadores no arrepentidos están bajo la ira de Dios. "*El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él*" (Juan 3:36).

Pero estos pecadores no reciben de manera inmediata todo lo que merecen sus pecados, esto es misericordia.

Ahora, solamente los creyentes pueden acercarse al Trono de la Gracia, pues, para ellos hay gracia abundante. Favores inmerecidos tiene Dios para el que con humildad acude a su santo Trono.

Aplicaciones

El Evangelio nos exhorta a mantenernos firmes, pero también nos da un positivo aliento. A través de Jesús podemos recibir fortaleza para mantener nuestra confesión y resistir la tentación de volvernos atrás. Los santos perseveran porque la gracia de Dios persevera en ellos. Este es nuestro consuelo y sostén.

Cristo el Señor me ama por siempre,

Mi vida guarda él tiernamente

Vence el pecado, cuida del mal

Ya pertenezco a él.

Ya pertenezco a Cristo,

Él pertenece a mí,

No sólo por el tiempo aquí,

Mas por la eternidad.

Cristo bajó del cielo a buscarme;

Cubierto de pecado encontróme,

Me levantó de vergüenzas mil,

Ya pertenezco a él.

Gozo indecible inunda mi alma.

Ya libertado estoy y mi vida

Llena está de felicidad,

Ya pertenezco a él.

Siendo que Jesús soportó todas las pruebas y traspasó los cielos hasta la misma presencia de Dios, en Él, nosotros, su pueblo, tenemos un incentivo poderoso para perseverar en la fe y obediencia.

En medio de las más terribles tentaciones y pruebas podemos venir con confianza a nuestro sacerdote Dios-hombre, quien nos entiende en las debilidades humanas y está presto a socorrernos. Jesús experimentó el rechazo de algunos miembros de su familia que no creían en él (Juan 7:5), cuando tenía hambre fue tentado a hacer lo incorrecto, sus amigos lo empezaron a abandonar y muchos ya no querían andar con él a causa de sus creencias, cuando debía enfrentarse con el dolor es tentado a buscar otro camino, pero siempre venció la tentación, nunca cedió.

"Debemos invocar a Dios sin temor alguno, puesto que sabemos que él es propicio para con nosotros, y esto solo se puede lograr por el beneficio otorgado a nosotros a través de Cristo, porque cuando Cristo nos recibe bajo su protección y amparo, él cubre con su bondad la majestad de Dios, la cual de otra manera sería terrible."[1]

Muchos de nosotros estamos siendo tentados para abandonar la fe, porque nuestros familiares nos desprecian, los amigos se han ido, hay hermanos en la fe que nos han tratado mal, a veces puedo pensar que la vida es cristiana es muy difícil porque estoy luchando constantemente para abandonar pecados inveterados (antiguos y arraigados), pero vuelvo a caer y a veces pienso si realmente soy cristiano o no. En medio de esas luchas, escuchemos la voz que nos dice: "*acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro"* (Heb. 4:16).

Semana Dos

Lección Tres

Jesús es el gran Sumo Sacerdote

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (segunda parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Resumen

El autor está demostrando a sus lectores la superioridad de Cristo sobre el sacerdocio de Aarón, y para ello ha dicho en los versículos 14 al 16 del capítulo 4, que podemos acercarnos confiadamente al Trono de la gracia, porque tenemos un sumo sacerdote que puede compadecerse de nuestras debilidades.

Ahora en el capítulo 5 el autor presenta razones para mostrarnos que Jesús cumple, a perfección, con todas las cualidades o cualificaciones para ser un verdadero sumo sacerdote que intercede en favor de su pueblo.

Lo primero que se requiere para ser sumo sacerdote es que sea un hombre (v. 1), lo segundo, que presente ofrendas y sacrificios por los pecados (v. 1), que sea compasivo para con los pecadores (v. 2), y por último, que sea designado para ello por Dios mismo (v. 4).

Desde el versículo 6 el autor demuestra cómo Jesús supera con creces estos requisitos, de manera que él pueda ser llamado el Gran sumo sacerdote, como ninguno fue llamado.

Jesús no se nombró a sí mismo como sumo sacerdote, por el contrario, esta designación vino de Dios Su padre (v. 5). Pero, a diferencia de Aarón, Jesús no es solo hombre, él también es Dios, fue engendrado eternamente por el Padre, lo cual le convierte en un mejor sacerdote, ya que además de conocer la situación humana, por ser hombre, puede acercarse con plenitud a Dios, porque él mismo es Dios (v. 5).

En el versículo 6 el autor dice que Jesús es sumo sacerdote, no de la clase de Aarón, sino de una clase superior, donde se mezcla la realeza con el sacerdocio, es decir, de la clase de Melquisedec. Todo el capítulo 7 está dedicado a mostrar cómo el sacerdocio de Melquisedec es superior al de Aarón.

Los versículos 7 al 10 dicen cómo Jesús llevó a cabo su único sacrificio que presentó como sumo sacerdote, siendo él mismo la ofrenda presentada. Así como el sacrificio que hacía el sumo sacerdote en el Antiguo Testamento, Jesús también cumplió con todos los pasos necesarios: *Primero,* pasó por el altar de los perfumes con su oración. Oración que hizo no por sí mismo, sino por los suyos (Juan 17), después pasó por el altar de los holocaustos,

inmolándose en obediencia al Padre sufriendo la crucifixión, luego entra en el lugar santísimo, es decir, al cielo, a la diestra de Dios el Padre, por el derramamiento de su propia sangre, una vez para siempre. Pues, Aarón debía regresar cada año al lugar santísimo para presentar las ofrendas de animales, pero Cristo habiendo acabado su ofrenda exclamó "*consumado es*". De manera que él garantiza salvación eterna para todos los que le obedecen (v. 8).

En consecuencia, Dios le ha declarado el Gran Sumo Sacerdote, según el orden de Melquisedec, es decir, Rey y Sacerdote de su pueblo.

Preguntas o dificultades

¿Qué significa la frase "Todo sumo sacerdote es escogido de entre los hombres**?** v. 1 "*Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados"*

Esto no quiere decir que cualquier persona en la nación de Israel podía ser considerada como candidato para el sacerdocio, ni si quiera habla de una elección democrática. Lo que quiere decir es que, conforme a la Ley de Moisés, el sumo sacerdote debía ser escogido de entre los descendientes de Aarón, solo él y sus hijos podían tomar esta especial labor (Ex. 28-29, Lv. 8-10, y Nm. 16-18).

Ahora, el sacerdote, siendo que iba a representar a los hombres, también debía ser hombre, pues, es necesario que el mediador se identifique plenamente con el sufrimiento y las debilidades de los hombres.

El sumo sacerdote no se designa así mismo, sino que es designado por Dios.

¿Por qué el sumo sacerdote solo labora a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere? ¿Qué significa eso? v. 1

El sumo sacerdote era llamado por Dios, no para ocuparse de los asuntos civiles, sociales, culturales, políticos o económicos; su función se enfocaba solamente en los asuntos espirituales. Él estaba llamado para presentar *ofrendas y sacrificios por los pecados*.

Los sumos sacerdotes no transmitían mensajes de Dios a los hombres, pues esta es función de los profetas, sino que propiciaban el acercamiento de los hombres a Dios, presentando los sacrificios que Él exigía para aplacar su ira en contra del hombre pecador.

Jesús no es solo sumo sacerdote, sino que como el autor ha demostrado en el capítulo 1, es también profeta, y Rey.

Ahora, las ofrendas y sacrificios que el sacerdote presenta ante Dios, son traídos por los hombres pecadores para que sirvan de expiación y aplaquen la ira del Dios santo. Estas

ofrendas y sacrificios hacen referencia especial a los sacrificios que el sumo sacerdote celebraba en el gran día de la expiación (Lev. 16). Solo una vez al año el Sumo Sacerdote podía entrar al lugar santísimo para presentar estas ofrendas por el pecado, y obrar para la expiación de los pecados suyos y del pueblo.

¿Quiénes son los ignorantes y extraviados a los cuales trata con paciencia el sumo sacerdote? v. 2. "*Para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad.*"

Siendo que el sumo sacerdote debía representar a los pecadores, este debía tener consideración para con sus representados; aunque muchos de los pecados de la gente le hayan parecido repugnantes, él debía tener misericordia para con ellos, recordando siempre su propia debilidad y las tentaciones diarias que le conducían a pecar.

El Sumo sacerdote debía tener esta cualidad de paciencia y compasión, sin la cual era imposible presentar ofrendas agradables al Señor, pues, él mismo, siendo hombre pecador, era consciente de la gran debilidad humana.

Ahora, los únicos pecados que podían traerse ante el sumo sacerdote, eran los pecados por ignorancia o yerro. Los pecados cometidos a propósito para desagradar a Dios, con el pleno conocimiento de estar violando su Ley y hacerlo de manera desafiante, no podían ser traídos para su expiación, el que pecare de esta forma debía ser cortado (muerto) del pueblo (Sal. 95:7-12; Nm. 15:22-31).

Jesús es la máxima expresión de bondad y misericordia sacerdotal para con los extraviados. El sumo sacerdote en el Antiguo Testamento era un tipo de la obra mediadora de Cristo, quien vive para interceder por los pecadores que confían plenamente en él.

¿Siendo que el sumo sacerdote debía presentar ofrendas por su propio pecado, entonces el autor está diciéndonos que Jesús también presentó ofrendas por sus pecados? v. 3. "*Y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo.*"

De ninguna manera (usando el lenguaje de Pablo). Jesús se hizo hombre y como tal se sometió a las debilidades de la vida humana, incluyendo toda categoría de tentaciones, pero nunca pecó. Su vida fue impoluta.

Aunque el autor está haciendo una comparación entre el sumo sacerdote aarónico y el sumo sacerdocio de Jesús, ya hemos dicho que él superó con creces todas estas cualificaciones.

Jesús fue escogido por Dios como sacerdote, por eso él se hizo hombre, porque para cumplir a cabalidad con dicha función debía identificarse plenamente con las debilidades de los hombres. No obstante, Jesús no conoció pecado, pero esto no le hace un mediador incapaz, pues, vivió en medio de los hombres pecadores y sufrió sus mismas tentaciones. Él

conoce muy bien lo que es ser tentado, y conoció de cerca las consecuencias del pecado, no en su propia vida, sino en la de sus allegados.

Pero esto, en vez de debilitar el ministerio sacerdotal de Cristo, lo fortalece, pues, él, no necesita ofrecer ofrendas por sí mismo, sino que puede entrar, como hombre y en representación de los hombres, a la misma presencia de Dios, sin tener que recurrir a todos los pasos previos de purificación que debía hacer el sacerdote por sus propias faltas.

El sumo sacerdote aarónico debía, según Levítico 16:

1. *Ofrecer un becerro como ofrenda por su propio pecado para expiar dicho pecado y el pecado de su casa.*
2. *Entrar en el lugar santísimo con incienso*
3. *Rociar la sangre del becerro sobre el propiciatorio que cubre el arca*
4. *Echar suertes sobre dos machos cabríos traídos por el pueblo*
5. *Matar a uno de los machos cabríos como ofrenda por el pecado de la nación, y rociar su sangre dentro del Lugar Santísimo*
6. *Colocar sus manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesar los pecados del pueblo*
7. *Y enviar al macho cabrío vivo al desierto*

El sumo sacerdote hará intercesión por su pueblo orando que Dios perdone los pecados que él y ellos han cometido:

¡O Dios! He cometido iniquidad,

He transgredido, y he pecado contra tí,

Yo y mi casa.

¡O Dios! Perdona las iniquidades,

Transgresiones y pecados que

he cometido, perpetrado

y hecho contra ti,

yo y mi casa[1]

¿Por qué Cristo, siendo divino, necesitó ser llamado por Dios para el sumo sacerdocio? ¿Si Cristo es Rey, también puede ser sacerdote? v. 4-6 "*Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.*"

Jesús vino a la tierra para cumplir con una misión: la de redimir a un pueblo que Su Padre había escogido desde antes de la fundación del mundo. Para poder ser el salvador, era necesario identificarse en todo con el hombre. Jesús debía asumir todo lo que significa ser hombre. A esto le llamamos el estado de humillación. Como dice Pablo en Filipenses 2:5-8: "*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*"

Jesús obedeció en todo, por eso él dijo varias veces: *"... De cierto, de cierto os digo: No puede el hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el hijo igualmente*" (Juan 5:19).

Jesús tenía el poder de hacer todo lo que él quisiera, pues él es Dios verdadero de Dios verdadero, pero en su obediencia, en su humillación, para ser el perfecto salvador, se sometió a su Padre y vivió una vida de hombre.

"*No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre*" (Juan 5:30).

Jesús todo lo puede, porque es Dios, él puede hacer su voluntad porque es santa, no obstante vino a esta tierra a cumplir los propósitos que se habían establecido en la santísima Trinidad, donde el Padre elige a los que serán salvos, el Hijo entrega su vida como ofrenda para este rescate y el Espíritu Santo obra la regeneración para que reciban los beneficios de la obra de redención.

Entonces, fue necesario que él cumpliera con toda justicia y se sometiera voluntariamente a la Ley, para ser el Salvador perfecto.

Aunque Jesús es sacerdote de un orden distinto al sacerdocio levítico, como luego demostrará ampliamente el autor de Hebreos, no obstante él también cumple con la condición de ser llamado por Dios.

Los sumos sacerdotes ocupaban un puesto de honra en medio de la sociedad judía. Era el cargo religioso más alto. Era un oficio muy respetado. Pero ningún hombre podía asumir ese oficio por iniciativa propia, sino que debía tener el llamado de Dios.

Sabemos que Aarón fue llamado directamente por Dios (Ex. 28; Nm. 16-17). De la misma manera, Jesús, también fue llamado por Dios para este honroso oficio. Para comprobar esto, el autor cita el Salmo 2:7: "*Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi Hijo eres tú; yo te engendré hoy*".

El autor ya había citado este Salmo para comparar al Hijo con los ángeles (Gen. 1:5). El

término "*Hijo*" también habla de la divinidad de Cristo, por lo tanto, su sacerdocio es superior al de Aarón, pues, no solo es Hijo de Dios, sino que es llamado directamente por él.

Ahora, el Salmo 2 resalta de manera especial el oficio de Rey de Cristo. Pero algún lector de la carta podría preguntarse ¿Es posible que el Mesías sea Rey y a la vez sacerdote?

El autor se adelanta a esta posible pregunta y la responde diciendo: "*Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec"* (v. 6. Cita del Salmo 110:4).

Los judíos esperaban a un rey de la casa de David, el cual les libraría de la opresión foránea. Pero este rey no podría ser sacerdote, pues, los sacerdotes eran descendientes de Aarón, de la tribu de Leví, y el rey esperado era de la tribu de Judá.

Por cierto, Jesús fue conocido desde su nacimiento como Rey: Los magos le llamaron *Rey de los judíos* (Mt. 2:2). En el juicio y crucifixión también le llamaron rey de los judíos. Pero no era conocido como sacerdote.

No obstante, el autor de Hebreos presenta a Jesús, no solo como Rey, sino como sacerdote. Pero ¿Cómo podría demostrar él esto con las Sagradas Escrituras? Para ello acude al Salmo mesiánico 110 versículo 4: "*Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec"*. Este Melquisedec fue presentado por el hagiógrafo del Antiguo Testamento como "*Rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo"* (Génesis 14:18).

Él era Rey y también sacerdote. Jesús pertenece a esta misma clase. Los reyes en Israel no podían ejercer funciones sacerdotales. Recordemos el caso del Rey Uzías, quien pretendió quemar incienso delante del altar del incienso, y a pesar de la oposición de los sacerdotes quienes le advirtieron que esto era permitido únicamente a los hijos de Aarón, este rey insistió en su rebeldía recibiendo el justo juicio de Dios quedando leproso hasta el día de su muerte (2 Cro. 26:16-20).

Pero el autor de Hebreos tomará todo el capítulo 7 para explicar el orden sacerdotal al cual pertenece Jesús.

¿Con qué propósito Cristo ofreció ruegos y súplicas con gran clamor? v. 7 ¿en qué sentido Dios podía librarle de la muerte? ¿Por qué tuvo Cristo que aprender obediencia? "*Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.*"

Siendo que Jesús vino como sacerdote para ser mediador entre Dios y los hombres (1 Tim. 2:5), entonces ofreció oraciones al Señor, tanto por los pecadores como por sí mismo, siendo él, no solo el sacerdote, sino la ofrenda misma.

Aunque el autor de Hebreos no cita específicamente alguna de las palabras de Jesús, es obvio que hace referencia al terrible sufrimiento de Jesús en el Getsemaní. Los evangelistas no nos mencionan las oraciones que Jesús elevó estando en ese momento de agonía, pero por algunos Salmos mesiánicos y las palabras de Cristo en la cruz, podemos tener una imagen de cuáles fueron sus oraciones y peticiones que elevó con grande clamor:

"*... Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo... Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero sino como tú"* (Mt. 26:36-46).

Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían en la tierra (Luc. 22:44).

Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora (Juan 12:27).

En Juan 17 Jesús eleva su oración intercesora por todos los habían de creer en él. Esta es la función sacerdotal en acción.

Así que Jesús no se transformó en sacerdote cuando ascendió a los cielos, sino que durante toda su vida terrena estuvo fungiendo como tal, elevando oraciones y ruegos ante el que le podía librar de la muerte.

Pero ¿En qué sentido Dios podía librarle de la muerte?

Hay muchas cosas que nunca podremos comprender a cabalidad en relación con los profundos sufrimientos de Jesús. El Salmo 22 nos da un vistazo de estos sufrimientos. Pero nosotros, los creyentes, nunca vamos a experimentar esos sufrimientos.

Jesús, siendo la Segunda persona de la Trinidad, era consciente que debía enfrentarse con la muerte. Este fue su compromiso ante el Padre con el fin de redimir a un pueblo para sí. No obstante, Jesús, perfecto hombre, sabía que ésta no iba a ser una muerte suave, sino una terrible muerte, pues, experimentaría lo que la Biblia llama "*la muerte segunda*" (Ap. 2:11; 20:6,14).

¿Y que es esta segunda muerte? La eterna y definitiva separación de Dios. El abandono total del creador. Que Dios nunca más escuchará los clamores de los que la experimentan. Esto es más terrible que las llamas del infierno, esto es el verdadero infierno. Si bien es cierto que el infierno donde sufrirán eternamente los incrédulos está plagado de dolores sin fin, relacionados con el fuego y el gusano que nunca muere, el verdadero sufrimiento que los impíos experimentarán es saberse eternamente separados de Dios, que el misericordioso Ser habrá cerrado para siempre el cielo y nunca, nunca podrán ser escuchados por Él.

Esta es la experiencia que Jesús debía sufrir por todos los elegidos de Dios. Él mismo sufriría el infierno de la separación de Dios. El que siempre estuvo unido a su Padre, ahora sufrirá esta gran pérdida. Por eso las palabras de Cristo en la cruz, salen con gran dolor y desesperación: "*Padre mío, padre mío ¿porqué me has desamparado?* (Mt. 46)

Pero las oraciones de Jesús fueron escuchadas, como dice el autor "*fue oído a causa de su temor reverente"*(v. 7).

En el Getsemaní un ángel del cielo se le apareció y le fortaleció (Lc. 22:43). Aunque Jesús experimentó la muerte, Dios no le abandonó sino que le levantó de entre los muertos (Gál. 1:1).

¿Si Jesús es Dios perfecto, porqué tuvo que ser perfeccionado? v. 9 "*Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.*"

¿Debía Jesús aprender a obedecer? Bueno, si pensamos en él como el Hijo de Dios, el divino, entonces la respuesta será un contundente NO. El Dios verdadero de Dios verdadero no tenía que aprender obediencia, porque su Voluntad es igual a la del padre. Pero el autor está hablando de Cristo en su humillación, en su vida terrena, en los días de su carne. Este Jesús, hombre, debía ser obediente hasta llegar a la muerte y muerte de Cruz (Fil. 2:8).

¿Cuál era la obediencia que Jesús tenía que aprender? Podemos entender mal este punto sin pensamos en la clase de obediencia que aprendemos los seres humanos caídos en la desgracia del pecado. Nuestra obediencia, por lo general, consiste en abandonar nuestra rebeldía (desobediencia) y aprender a obedecer. En Jesús, el impecable, no se dio esta clase de aprendizaje.

Su obediencia, tanto activa como pasiva, consistió en someterse voluntariamente al plan de redención, en el cual él debía despojarse de su gloria, nacer como un mortal, y sufrir los martirios de la muerte en la cruz. Su obediencia fue perfecta. Y por ella trajo vida eterna a los pecadores, como dice Pablo en Romanos 5:19: "*Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.*"

¿Cómo fue hecho Jesús perfecto? Sabemos que Jesús es Dios, y como Dios él es perfecto. Nunca cambia, su perfección es inmutable. Él no conoce progresivamente. Todo lo sabe por un acto sencillo y único, desde toda la eternidad.

No obstante, Jesús, en su humanidad, "*crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres*" (Luc. 2:52).

Jesús caminó siempre por la escuela de la obediencia. Él se mantuvo firme en los planes trazados por el Padre y pactados en la Trinidad. A medida que él crecía, la carga se hacía

más pesada. Los sufrimientos eran más agudos: El rechazo de sus propios hermanos, el desprecio de los otros rabinos, el abandono de sus seguidores, la persecución de los sacerdotes que ministraban en Templo, las tentaciones de Satanás, el desprecio de las autoridades civiles y militares, las voces hirientes del pueblo pidiendo su crucifixión, el abandono de Su padre en la cruz, todo esto fue una escuela de obediencia, y Jesús la caminó a la perfección.

Como dice Kistemaker: "la perfección, por consiguiente, debe ser vista como el cumplimiento de la tarea que Jesús tenía que desempeñar".[1]

¿Por qué la salvación está expresada en términos de obedecer? ¿Acaso no es solo por gracia, sin necesidad de obras? v. 9 "*Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen*"

Primero es importante hacer notar que la salvación ofrecida por la obediencia del Hijo de Dios está expresada en términos de eternidad, "*autor de eterna salvación*". La obra de redención obrada en el camino del sufrimiento del Hijo de Dios no tuvo como fin ofrecernos una salvación que se puede perder, sino una salvación segura, para siempre, eterna. Este es el consuelo para los que andan en el camino de la obediencia.

¿Obediencia a quién? A Jesús.

La salvación se ofrece a todos los hombres a través del camino de la fe, de la fe en Jesús y su obra perfecta. Por eso el apóstol Pablo declara "*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios*" (Ef. 2:8). Incluso, la fe que es el medio para recibir esta salvación es un don de Dios.

Los pecadores no deben hacer ninguna obra para ser salvos. "*Mas al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia*" (Romanos 4:5).

Pero, ¿Cómo sabemos si realmente hemos creído en Jesús, o simplemente estamos profesando una fe falsa? Jesús responde esta pregunta diciendo: "*Si me amáis guardad mis mandamientos, el que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él*" (Juan 14:21). No somos salvos por obedecer, obedecemos porque somos salvos.

Aplicaciones

Aunque tenemos a un sumo sacerdote que traspasó lo cielos, no debemos tentar a Dios pensando que él no tomará en cuenta nuestros pecados cometidos con el pleno conocimiento de violar su Ley, pues, aunque nuestra salvación está asegurada por la obra consumada de Cristo, no obstante hay castigos o reprensiones de parte del Señor para los

que hacen esto. Ejemplos muy claros en el Nuevo Testamento son Ananías y Safira (Hch. 5:1-10) y algunos creyentes de la iglesia de Corinto (1 Cor. 11:28-31).

El Señor Jesús puede compadecerse de nosotros, porque, aunque él no tenía una naturaleza pecaminosa que lo tentara a pecar, se hizo carne, y conoció las debilidades de nuestro cuerpo, por eso pudo decir a los discípulos: "*Velad y orad para que no entrés en tentación, el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil*" (Mr. 14:38).

Gocémonos y alegrémonos por el poderoso salvador que nos ha dado Dios. Él consiguió para nosotros eterna salvación, porque caminó por la senda de la obediencia y estuvo dispuesto a soportar los tormentos más terribles de la muerte, para que nosotros no la sufriéramos. ¿Has estado tentado a pensar que perdiste la salvación? Mira los sufrimientos de Cristo, y ten por cierto que no fueron en vano.

Jesús es el gran Sumo Sacerdote

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Tercera parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Exhortaciones contra la apostasía 5:11 – 6:20

Lentos para aprender. v.11-14

La responsabilidad del maestro es enseñar con claridad y precisión la lección a sus estudiantes. Es posible que algunos alumnos tengan ciertas dificultades que les permita aprender con facilidad, algunos requieren que el profesor les repita la lección una y otra vez, hasta que por fin asimilan el tema.

El autor de Hebreos ha estado explicando temas importantes de la fe cristiana a sus lectores, pero algunos no han sido diligentes en el estudio de las Sagradas Escrituras, y entonces requieren una exhortación adicional. Como ya es costumbre en este libro, son exhortaciones parentéticas, aprovechando los distintos temas que se desarrollan.

v. 11 ¿Cuál es el tema del cual el autor tiene mucho que decir y es difícil de explicar? "*Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír*"

La respuesta es obvia. El tema que viene tratando es el del Sumo sacerdocio de Cristo. Esta es teología profunda, y requiere que los oyentes estén adiestrados en las doctrinas básicas. Pero el autor no puede continuar con su cátedra debido a la ineptitud de sus lectores.

La Iglesia cristiana es como una gran escuela donde los creyentes, desde el momento de su conversión, son adiestrados en las doctrinas bíblicas. El gran mandato de Jesús a la iglesia en Mateo 28:19-20 es específico respecto a la enseñanza, él manda a la iglesia a hacer discípulos, es decir, estudiantes de Jesús, estudiantes de la iglesia.

Hoy día mucha gente pretende ser cristiana de sentimientos, o emociones. Ellos dicen que lo más importante es sentir a Dios, experimentar a Dios, conocer a Dios de una manera subjetiva. Y hay algo de verdad en esto, si hemos sido reconciliados con Dios, si estamos en el reino amado de su Hijo Jesucristo, entonces nuestro corazón será ensanchado por el amor de Dios.

Pero la fe cristiana no es una fe de meros sentimientos o emociones. Es una fe con un contenido profundo, es una fe con una doctrina profunda. Y el mandato de Cristo es hacer discípulos, es decir, aprendices.

Los lectores de la carta de Hebreos eran discípulos, aprendices, estaban recibiendo las enseñanzas de la doctrina bíblica, pero tenían un problema serio, eran tardos para oír.

v. 11 ¿Qué significa la expresión "tardos para oír?"

Kismetaker traduce esta expresión así "*porque vosotros sois lentos para aprender.*"[1] Los lectores eran creyentes de vieja data. No sabemos cuántos años llevaban en la fe cristiana, pero había pasado el tiempo, y estaban recibiendo enseñanza tras enseñanza, habían recibido predicaciones expositivas transmitidas por sabios maestros fundamentados en la

doctrina apostólica; Dios los había bendecido con excelentes maestros de la Palabra, pero lastimosamente ellos eran lentos para aprender.

No creo que la mayoría de estos creyentes tuvieran problemas físicos o mentales que les impidieran aprender las lecciones, mas bien, ellos mismos, por su propia pereza espiritual se habían tornado pesados para recibir las doctrinas enseñadas. Había pasado el tiempo y todavía estaban aprendiendo el abecedario de la fe cristiana.

Es muy desalentador para un maestro o pastor, el dedicar años y años en la capacitación de los miembros, y notar que el progreso es muy lento, que las doctrinas no son aprendidas.

Ahora, es posible que algunos miembros comprendan racionalmente algunas doctrinas, pero el maestro no solo quiere ver asimilación en la razón, sino que estas doctrinas transformen la vida de los oyentes.

Y sabemos que la doctrina se ha aprendido cuándo esta produce profundos cambios en la vida, cuando nos lleva a obedecer los mandatos de Cristo, cuando estas nos comprometen más con el evangelio, con la iglesia, con la vida cristiana.

Este fue un problema muy común en la historia del pueblo antiguo del Señor, de Israel. Ellos recibían enseñanza tras enseñanza, pero no las comprendían, porque evidenciaban incredulidad en sus corazones y no obedecían el precepto.

v. 12 ¿Cuándo el autor dice "*Porque debiendo ya ser maestros*[1]" está indicando que todos los creyentes debemos ser profesionales en la enseñanza bíblica? "*Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.*"

No es esa la idea. Pues, el Señor ha dotado a la iglesia con dones específicos para la enseñanza. Pablo habla del don de la enseñanza: "*... de manera que teniendo diferentes dones… el que enseña en la enseñanza*" (Romanos 12:7), o en I Corintios 12:28,29 "*Y a unos puso Dios en la iglesia… lo tercero maestros… ¿son todos maestros?*" la respuesta obvia es que no todos son maestros, en un sentido profesional o, mejor, en el sentido de un don especial o una habilidad en la cual se ocupa mayormente la persona.

Los pastores o ancianos se consagran de manera especial a la enseñanza, ellos son docentes en la iglesia y se requiere de los pastores que tengan grandes habilidades y destrezas para la enseñanza:

> "*Pero es necesario que el obispo sea… apto para enseñar*" (1 Timoteo 3:2).
>
> "*Si esto **enseñas** a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido*" (1 Timoteo 4:6).

No obstante, todo creyente tiene la responsabilidad de extender el reino de Cristo anunciando o enseñando las buenas nuevas de salvación que está conociendo en el seno de la iglesia. Como dice Kistemaker: "*La iglesia cristiana debe crecer para existir.*"[1] y ¿Cómo crece la iglesia? A través del testimonio y la enseñanza que todos los miembros damos al resto de la gente.

Es lamentable cuando un cristiano tiene la oportunidad de aprender las doctrinas bíblicas, y no se dispone para ello, cuando es indolente frente al estudio. Pero también es muy triste cuando un creyente tiene la oportunidad de enseñar el evangelio a otros y no lo hace porque se siente incapacitado para ello, porque no ha sido diligente en aprender la doctrina bíblica.

Los lectores de la carta han recibido tanta enseñanza doctrinal, buena doctrina, que debieran estar en capacidad de enseñar a los nuevos creyentes, debieran estar hablando las verdades de Cristo a los incrédulos, pero no lo pueden hacer, porque ellos mismos no han aprendido la lección, y no la han aprendido no por falta de maestros capaces, sino por su propia indolencia, por su pereza y pesadez espiritual.

v.12 ¿A qué se refiere el autor con la "leche" y el "alimento sólido"?

La misma naturaleza nos enseña que hay un tiempo en el cual los bebés solo pueden alimentarse con leche, pues, su frágil organismo aún no se encuentra capacitado para procesar otra clase de alimentos. El organismo de un bebé no puede procesar de manera correcta grandes porciones de carne o de frijoles. Alimentarlo de esa manera puede ser perjudicial para su salud. Porque él aún no está preparado para ello.

Pero, en la medida que él crece, y como algo necesario para su sano desarrollo, requiere alimentos sólidos. Poco a poco los padres van incorporando en su dieta dosis apropiadas de pan, queso, carne, arroz, etc. Si el bebé crece, y llega a ser un niño, y todavía recibe solamente leche, entonces se crearán serios problemas de nutrición, los cuales le afectarán en su normal desarrollo.

De la misma manera sucede en la vida espiritual. Nosotros empezamos como bebés en Cristo, cuando nacemos de nuevo. En ese momento se nos enseñan las verdades elementales de la fe cristiana, por cierto, la carta a los Hebreos no sería el libro doctrinal para iniciar la vida cristiana; - algunos recomiendan empezar con el estudio de Marcos o Juan. El nuevo convertido es como un bebé y requiere enseñanzas doctrinales acorde con su edad espiritual.

Esto dice 1 Pedro 2:2: "*desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación.*"

Pero no todo el tiempo vamos a ser bebés espirituales. En la medida que recibimos enseñanzas vamos madurando en la fe, entonces se requiere que pasemos a otros grados en la enseñanza, de manera que cada día seamos capaces de comprender doctrinas más

profundas y complejas.

El alimento sólido, en este caso, significa la doctrina más avanzada, la que solo pueden recibir los que han obtenido madurez espiritual.

Ahora, la doctrina profunda o más avanzada, es la continuación de la misma doctrina con la cual empezamos nuestra fe, es decir, la doctrina de Cristo. Nunca habrá doctrina más apreciada y más avanzada que el conocer a Cristo. El apóstol Pablo en 1 Corintios 3 también se queja de la falta de madurez de esta iglesia, pues ellos, en vez de estar preparados para recibir doctrinas más profundas, todavía siguen tomando leche, y no pueden tomar otra cosa, porque siguen siendo bebés espirituales, especialmente en la falta de amor que les caracteriza.

El apóstol en el versículo 2 ha dicho: "*pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado*" y luego dice en el versículo 6 "*sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez",* y continúa en el 3:1 "*De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía.*"

El autor de Hebreos está enseñando a los lectores la superioridad de Cristo sobre todo el sistema religioso judaico, de manera que ellos puedan mantenerse firmes en la fe. No obstante les exhorta a abandonar su estado espiritual infantil, esforzándose en aprender las verdades profundas del misterio de Cristo, y una de estas verdades es que Jesús es el gran sumo sacerdote establecido por Dios según el orden de Melquisedec. Esto es doctrina profunda.

Algunos quieren conocer los misterios del futuro y pretender descifrar de manera minuciosa el orden de los eventos del fin, el milenio, el arrebatamiento y otras doctrinas no tan sencillas en las Escrituras, pero eso no es doctrina profunda. Esperamos al Salvador y nos deleitamos al saber que él vendrá pronto por su pueblo. El apocalipsis nos fue dado para mostrarnos la victoria que tenemos en Cristo, a pesar de la adversidad, no para tener detalles minuciosos del orden de los eventos escatológicos.

Pero la doctrina profunda que debemos aprender se relaciona con el conocimiento de Cristo, solo de él.

v. 13 ¿Cuál es la palabra de justicia en la cual debemos ser expertos? *"Y todo aquel que participa de la leche es inexperto*[1] *en la palabra de justicia; porque es niño.*"

La palabra de justicia en la cual debemos ser expertos puede hacer referencia a varias cosas:

Primero, a los oráculos de Dios, como ya lo ha dicho el autor en el versículo 12, ("*logion*"),

es decir, a la totalidad del cuerpo doctrinal, al Antiguo Testamento y los escritos apostólicos.[1]

Segundo, todo lo que Cristo enseñó acerca de la justicia de Dios en su aplicación a la humanidad.

Tercero, a lo que el autor está enseñando sobre Cristo como sumo sacerdote, quien ha sido tipificado por Melquisedec, al cual se le llama rey de justicia en el 7:2.

Así que podemos interpretar esta frase desde el concepto de la justicia de Dios revelada en Cristo Jesús, hasta la verdad moral que debemos conocer para tomar sabias decisiones entre el bien y el mal.

Los bebés no tienen la capacidad de discernir o discriminar entre lo que conviene y lo que no conviene. Un bebé puede tomarse un veneno, si lo encuentra a su disposición y es dulce o agradable al paladar. Él no sabe que esa X en el tarro significa peligro de muerte, no ingerir.

Estos creyentes eran bebés espirituales, aunque el tiempo ha pasado y debieran ya ser maduros.[2] Por eso ellos aún no tienen la capacidad de discernir el peligro que se cierne sobre ellos si deciden tomar la cicuta venenosa de los que pretendían convencerles que el judaísmo era la religión verdadera y que se apartaran de Cristo, entonces el resultado iba a ser desastroso.

Pero los adultos tienen la capacidad de discriminar entre lo que conviene y lo que no, porque el conocimiento recibido a través de la experiencia y las enseñanzas recibidas les habilitan para hacer tal discriminación.

En la vida espiritual sucede lo mismo. En la medida que crecemos en el conocimiento de Cristo, en comprender los oráculos de Dios, y crecemos en la experiencia cristiana, adquirimos un sentido moral para discriminar entre el bien y el mal.

Aplicaciones

¿Somos de la clase de discípulos que con paso firme avanzamos en la doctrina de Cristo, o de aquellos que por el afán de este mundo y los placeres terrenos (como la pereza) tornamos pesado nuestro andar cristiano y no progresamos mucho en la fe?

No critiquemos apresuradamente a los lectores originales de la carta a la Hebreos, pues nosotros también podemos ser de lento aprendizaje, pues, es posible que a pesar de estar mucho tiempo en la vida cristiana, y de estar congregándonos en iglesias bíblicas, recibiendo día tras día las enseñanzas claras de los oráculos de Dios, todavía nuestro andar es lento y no se evidencia un crecimiento en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Muchos todavía necesitamos las exhortaciones básicas que se le dan a un

recién convertido, todavía manifestamos orgullo, arrogancia, incredulidad, falta de sujeción, desobediencia, rebeldía, todavía somos hipócritas.

Algunos de nosotros, a pesar de llevar varios años en la fe, todavía ni siquiera conocemos los diez mandamientos de la Santa Ley de Dios, el sermón del monte, la oración modelo de nuestro Señor y las verdades elementales de la fe cristiana. Quiera el Señor también exhortarnos a nosotros por medio de esta palabra para que aprovechemos todas las enseñanzas que él nos da a través de los pastores y predicadores, que seamos lectores y estudiosos asiduos de la Biblia.

Jesús es el gran Sumo Sacerdote

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Cuarta parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Exhortaciones contra la apostasía 5:11 – 6:20 (Segunda parte)

Lentos para aprender. V.11-14

El autor, luego de exhortar a los lectores por su poco crecimiento en asuntos doctrinales, les reta, incluyéndose él mismo, a dar pasos adelante, a proseguir conociendo la doctrina de Cristo, y el fin es mostrarles que Jesús es el cumplimiento de todo el ritual judío. Que todas las leyes ceremoniales y las fiestas del Antiguo Testamento eran solo sombras que se cumplen en Cristo y por lo tanto ellos no pueden volver a esas cosas, pues, ya no sirven.

En los versículos 1 y 2 el autor menciona algunas doctrinas rudimentarias de la fe cristiana: el arrepentimiento, la fe en Dios, la doctrina de bautismos, la imposición de manos, la resurrección de los muertos y el juicio eterno.

En el versículo 3 el autor dice que sus lectores solo podrán crecer en el conocimiento de la

doctrina de Cristo si Dios, en su infinita gracia, les concede un corazón dispuesto para entender - así como hizo con Lidia (Hech. 16:14) a quien Dios le abrió el corazón para que estuviera atenta a la enseñanza de Pablo.

En los versículos 4 al 6 el autor nuevamente exhorta a sus lectores para que sean diligentes en atender las doctrinas de la fe cristiana, y no sigan cerrando sus oídos para escucharlas, porque la incredulidad es un camino del cual pocos pueden regresar.

En los capítulos 3 y 4 el autor les habló del pecado de la incredulidad, ahora en estos pasajes muestra de manera clara las consecuencias que se dan cuando el corazón ha sido invadido por ella: es imposible que puedan arrepentirse verdaderamente.

Los rudimentos de la doctrina de Cristo. v. 1-3. "*Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite.*"

v.1 ¿Qué significa dejar los rudimentos de la doctrina de Cristo?

El verbo dejar (*afentes*)[1] significa que es hora de avanzar hacia la madurez, debemos proseguir en el camino, no debemos quedarnos en el lugar donde iniciamos, sino que debemos proseguir la marcha.

Es hora de dejar de tomar leche para empezar a comer comida sólida, refiriéndonos con esto a avanzar en la doctrina de Cristo, pues, sino hay un desarrollo en la comprensión de la obra de Cristo, continuarán divagando entre seguir a Cristo o regresar al judaísmo.

Ahora, este "*dejar*" no significa que los nuevos creyentes no deben pasar por esta etapa. Interpretar así este pasaje sería absurdo. Pues, como el autor ya ha dicho, siguiendo el orden natural del desarrollo humano, inicialmente el bebé debe tomar leche, no se le puede dar alimento sólido. De la misma manera toda persona nacida de nueva, en su etapa inicial debe participar de la leche, de los rudimentos, como dice 1 Pedro 2:2 "*desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación*".

Pretender empezar la vida cristiana sin cimentarla en los rudimentos o la leche, sería desastroso, pues, aún no se está preparado para recibir dicha clase de alimentos.

Pero no debemos quedarnos más tiempo del necesario en los rudimentos o fundamentos de la fe.

Ahora, el autor menciona algunas doctrinas que pueden ser consideradas claves para el inicio de la fe cristiana, las cuales deben ser comprendidas, para luego dar los siguientes

pasos hacia la madurez cristiana.

v. 1-2 ¿Qué es el arrepentimiento de obras muertas?

El arrepentimiento marca el inicio de la vida cristiana. Es dar la espalda al pecado y volverse a Dios. Consiste en abandonar aquello que causa daño o que lleva a la muerte, y volverse al dador de la vida.

Hechos 2:38 presenta el inicio de la vida cristiana en los siguientes términos "*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados...*", lo mismo en 3:19.

Ahora, nosotros los creyentes somos llamados a una vida de constante crecimiento en la santificación, aunque siempre tendremos algo de lo cual arrepentirnos, no obstante ya no mostramos interés en las cosas que nos conducen a la muerte, que nos conducen a la destrucción. Hemos pasado de muerte a vida, y ahora nos deleitamos en los mandamientos de Cristo, porque le amamos.

v. 1. Siendo que somos llamados a mantenernos en la fe en Dios, ¿cómo se puede dejar el rudimento de la fe en Dios?

Aquí el autor está hablando de la fe que ponemos en Cristo para nuestra salvación, del volvernos de nuestros pecados y acudir a Cristo. Aunque él dice "*la fe en Dios*", está hablando de la fe en el evangelio, de la fe en Cristo, pues, para el autor Cristo es la manifestación plena de la divinidad.

Este creer para salvación es uno de los primeros pasos en la vida cristiana. Jesús lo dijo así "*Arrepentíos y creed en el evangelio*" (Mr. 1:15), el apóstol Pedro también predica el evangelio a una multitud de judíos y los invita para que se arrepientan y crean en el Señor Jesucristo (Hch. 2).

Luego de haber puesto nuestra fe inicial en Cristo, en el evangelio, para salvación, proseguimos conociendo a Cristo, avanzamos en la doctrina cristológica.

Aquí vuelvo a insistir en la insensatez de pensar que el autor está diciendo a los cristiano que ya no son necesarios estos rudimentos o fundamentos para los nuevo convertidos, esto es imposible. Hay que empezar por el arrepentimiento, hay que iniciar con la fe en Cristo para salvación, pues, de lo contrario no podremos avanzar en la doctrina de un Cristo en el cual no hemos creído, y para creer en él, primero debemos ser convencidos de nuestra miseria humana a causa del pecado, lo cual nos conduce al arrepentimiento.

v. 2 ¿Cuáles son las doctrinas de bautismos?

Siendo que el autor se refiere al bautismo en plural (*baptismos*)[1] es probable que no haga referencia exclusiva al bautismo cristiano, el que practicamos al inicio de la vida

eclesiástica, sino a los distintos lavamientos que celebraban los judíos: las ceremonias de purificación que introdujeron los de la comunidad de Qumrán, los lavamientos levíticos. Algunos cristianos practicaban la triple inmersión en el nombre de la Trinidad.

Lo cierto es que el autor presenta el bautismo como una doctrina fundamental, la cual forma parte del inicio de la vida cristiana. Todo creyente debe ser bautizado porque este es el mandato explícito de Cristo (Mat. 28:19), y eso fue lo que predicaron y practicaron los apóstoles: "*Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados*" (Hch. 2:38); pero nosotros proseguimos adelante, no nos quedamos en el bautismo, eso es algo que marca el inicio de la vida cristiana, el inicio de una carrera.

v.2. ¿En qué consiste la doctrina de la imposición de las manos?

Aunque el Nuevo Testamento guarda silencio frente a este tema y no podemos profundizar en este asunto por la poca información que se nos da en la Biblia, encontramos algunos episodios en los cuales se impusieron las manos: Pedro y Juan impusieron sus manos sobre los nuevos creyentes en Samaria, quienes en el momento recibieron el Espíritu Santo (Hch. 8:17);[1] Saulo recibió la salud de sus ojos luego que Ananías impuso sus manos sobre él (Hch. 9:17), también se imponen las manos sobre alguien que ha sido escogido para algún servicio especial, algo así como una ceremonia de ordenación, por ejemplo, los diáconos (Hch. 6:6), unos que iban a proclamar el evangelio (Hch. 13:3), o cuando se ordena a alguien para el pastorado (1 Ti. 4:14; 2 Ti. 1:6).

Algunos comentaristas bíblicos, como Juan Calvino, creen que la práctica de la imposición de manos a que se refiere el autor de Hebreos, está relacionada con una costumbre que supuestamente surgió a finales del siglo I dentro de la iglesia, la cual consistía en imponer las manos sobre los nuevos creyentes que eran recibidos en la membrecía luego de recibir el bautismo y ser instruido en las doctrinas básicas de la fe.[2]

¿Si nuestra esperanza cristiana se afirma con la doctrina de la resurrección de Cristo y la resurrección de los que morimos en Cristo, entonces en qué sentido debemos dejar la doctrina de la resurrección de los muertos? ¿Si Pedro nos insta a mantenernos en creciente santificación porque un día rendiremos cuentas ante el Juez de toda la tierra, entonces cómo debemos dejar la doctrina del juicio eterno?

v. 3. ¿La frase "*y esto haremos si Dios en verdad lo permite*" significa que aunque uno quiera madurar en la fe no puede hacerlo si Dios no lo permite?

El autor ha estado hablando de nuestra responsabilidad en avanzar, en crecer, en madurar comprendiendo la doctrina de Cristo. Por cierto, ya él se ha incluido entre los que están comprometidos con ir adelante, en el versículo 1 dijo "*vamos adelante*". Él no ha llegado a la meta de comprender la doctrina de Cristo, por lo tanto también requiere continuar

madurando, aunque por ser el profesor, tiene mayor conocimiento que los lectores.

Ahora, aunque el escritor toma muy en serio su labor pastoral, y se ha esforzado en preparar de la manera más clara y contundente su predicación o enseñanza, él sabe que algunos, aunque escuchen la clara Palabra del Señor predicada, tendrán un corazón incrédulo y se cerrarán para no escuchar con fe, por eso se requiere que Dios mismo sea quien abra los corazones de los oyentes. Así como hizo con Lidia, es necesaria que él haga con todos.

La condición espiritual del hombre caído es de terquedad y alejamiento de Dios. Él no puede ni quiere buscar con corazón sincero al Señor. El apóstol Pablo en Romanos 3:10 al 11 lo explica así: "*Como está escrito: no hay justo ni aún uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno*".

Siendo esa la condición espiritual del hombre, entonces se requiere una obra especial de la gracia de Dios para que el hombre, incapaz de buscar las cosas verdaderamente espirituales, sea vuelto de su incredulidad e inutilidad, es por eso que el Espíritu Santo obra el convencimiento de una manera especial. Jesús mismo dijo que: *"ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere*" (Juan 6:44).

Esto es lo que el autor está diciendo aquí, pues, a pesar de que los lectores han profesado fe en Cristo, es posible que algunos todavía no hayan creído realmente en él. Todavía sus corazones son incrédulos y ellos solamente podrán comprender estas verdades de la doctrina cristiana si el Señor *así lo permite,* si Él, por su Espíritu Santo los convence, si Él abre sus corazones para que verdaderamente puedan oír.

Ahora, sería absurdo pensar que una persona sinceramente desee creer en Cristo y Dios no le conceda el don de creer. Esto no es una enseñanza bíblica, sino mas bien la argumentación del ateo, del incrédulo, del impío. Ningún creyente que conoce las Escrituras podrá afirmar que Dios no dará la salvación a aquel que sinceramente le busca. Pero la pregunta que debemos hacer es: ¿Qué motiva a una persona a buscar sinceramente al Señor? obviamente que es el Espíritu Santo. Así que, si una persona está buscando sinceramente a Cristo, no es porque ella de su propia naturaleza e inclinación lo quiso hacer, sino que el Espíritu Santo está obrando en su corazón; por lo tanto concluimos que es absurdo pensar que Dios no dará el verdadero arrepentimiento a aquellos que sinceramente le buscan, es decir, que están siendo llevados por el Espíritu Santo al arrepentimiento.

Aplicaciones

Si apenas estás empezando la vida cristiana, procura comprender las doctrinas fundamentales que los pastores y maestros te están enseñando a través de la confesión de fe

y los catecismos. Estas enseñanzas son importantes para empezar a construir un edificio doctrinal sólido en tu vida. La doctrina sólida evitará que andes de un lado para otro, llevado por todo viendo de falsas enseñanzas. No te afanes en llegar a la madurez de un día para otro, aunque debes mantenerte en constante crecimiento, no des pasos de avanzada hasta haber comprendido las doctrinas elementales.

Si aún no comprendes las doctrinas básicas de la fe cristiana, entonces clama al Señor para que tenga misericordia de ti y te conceda un corazón dispuesto para escuchar, entender y aceptar por fe estas preciosas verdades. Solo una obra del Espíritu en tu corazón podrá traer convencimiento a tu alma.

Aunque el Señor es quien obra en el corazón de las personas para darles el convencimiento y la fe, nunca uses esta enseñanza como una excusa para tu propia perdición al resistir crecer en la gracia, al negarte a creer y recibir con sumisión la doctrina cristiana. Algunas enseñanzas doctrinales se tornan más difíciles de aceptar, no porque ellas sean difíciles per se, sino porque requieren de nosotros obediencia, humillación, sujeción, y esto nos cuesta mucho. Nunca te excuses en que no puedes recibir esas doctrinas o enseñanzas porque no las puedes entender, mas bien, no las obedeces, porque habiéndolas entendido te cuesta obedecerlas, lo cual es un grave pecado de rebeldía.

Pero siendo Jesús nuestro gran Sumo sacerdote que intercede constantemente por nosotros, acudamos a él en arrepentimiento, supliquemos su ayuda, y de seguro que encontraremos el oportuno socorro. No dejes hoy de mirar al Trono de la gracia, de donde fluye la sabia espiritual que nos dará fortaleza para entender y obedecer la doctrina de Cristo.

Lección Cuatro

Jesús es el gran Sumo Sacerdote

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Quinta parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Exhortaciones contra la apostasía 5:11 – 6:20 (Tercera parte)

Imposible ser renovados para arrepentimiento. v. 4-6

El versículo 3 es como una introducción a lo que sigue en los pasajes 4 al 6, donde el autor enseña que para mucha gente el verdadero arrepentimiento ha llegado a ser algo imposible.

En los capítulos precedentes el autor ha estado exhortando a los lectores para que no sigan el mal ejemplo de los Israelitas que salieron de Egipto y fueron destruidos por Dios a causa de su incredulidad o apostasía.

En el capítulo 2:1 advirtió del peligro de deslizarse como consecuencia de no atender, de no obedecer las cosas que hemos oído, refiriéndose al Evangelio. Si el Señor envió sus juicios sobre los israelitas que no creyeron en las palabras dichas por medio de ángeles, es decir, en la Ley promulga por Moisés, cuánto más terrible será el castigo para los que desprecian el santo Evangelio del Hijo de Dios.

En los capítulos 3 y 4 el autor vuelve a insistir en el latente pecado de apostasía que pueden cometer los que alguna vez han escuchado la Palabra del Señor, pues, así como los israelitas en el desierto, es posible escuchar muchas veces la voz de Dios y ver sus maravillas, y con todo, endurecer el corazón, no prestar atención a sus palabras, lo cual es motivo de provocación para que su ira descienda sobre los incrédulos.

Y ahora en el capítulo 5 y 6, en medio del gran sermón sobre el sumo sacerdocio de Cristo, de nuevo se repite la advertencia contra los que cometen el pecado de apostasía o incredulidad.

En los versículos 1 al 2 del capítulo 6 el autor mencionó algunas doctrinas básicas de la fe cristiana, las cuales pueden ser confundidas o tienen un parecido con algunas prácticas o creencias de los judíos. De manera que algunos lectores de la carta se pudieron haber visto tentados a regresar al judaísmo ya que existía cierta similitud entre las doctrinas básicas de la fe cristiana y la fe judaica. Los judíos también tenían el arrepentimiento, la fe en Dios, los lavamientos o bautismos, la imposición de manos, y los fariseos creían en la resurrección de los muertos y el juicio de Dios. Así que, aparentemente, no había mucha diferencia entre ser cristiano y ser judío.

Por eso al autor considera importante que ellos avancen en la doctrina de Cristo, porque si solo se quedaban con esas doctrinas básicas estaban en peligro de regresar a su antigua fe, pero hacer eso significa apostatar de Cristo, abandonar a Cristo, lo cual representaría para ellos un gran peligro. Ellos necesitan comprender que solo Cristo es el verdadero Sumo sacerdote que puede interceder por ellos, lo cual será explicado en el capítulo 7.

Es en este contexto que el autor les dice a sus lectores que es imposible para los que una vez han gustado o escuchado o disfrutado del Evangelio, y luego retroceden, abandonando la fe cristiana, y levantándose en contra de Cristo, ser renovados para al arrepentimiento. Es decir, es difícil para alguien que ha cometido el pecado de apostasía, renovar su arrepentimiento y regresar a Cristo a quien ha dejado, de manera consciente y con pleno conocimiento, por otro sistema religioso.

¿Indica la palabra "*imposible*" la total y final imposibilidad de volver a Cristo, luego de haber apostatado de la fe?

Aunque algunos comentaristas cristianos tratan de suavizar esta palabra argumentando que no se trata de una imposibilidad final, sino que más bien habla de una gran dificultad, no obstante, la verdad es que la palabra usada por el autor (*Adunaton*) "niega de plano la posibilidad de la renovación de los apóstatas de Cristo."[1]

Ahora, ¿Qué es lo que los apóstatas de Cristo no pueden hacer? El versículo 6 responde: Ser r*enovados para arrepentimiento*.

Así como es imposible que Dios mienta (Heb. 6:18), así como es imposible que la sangre de los machos cabríos quiten el pecado (Heb. 10:4), así como es imposible agradar a Dios sin la fe (Heb. 11:6), de la misma manera es imposible para los apóstatas volver al arrepentimiento. En todos estos versículos se usa la misma palabra griega *adunaton.*

Ahora, al leer los versículos 4 al 6 pueden surgir muchas preguntas: ¿Quiénes son estas personas que no pueden renovar su arrepentimiento? ¿Se trata de verdaderos creyentes?

¿Cuál es el pecado del cual no podrán ser restaurados nunca más? ¿En qué sentido puede ser Jesús crucificado nuevamente y expuesto a ignominia? ¿Qué sucede con esta gente mencionada en el pasaje? ¿En qué sentido recayeron? ¿Indica la palabra *renovados* que algún día tuvieron verdadero arrepentimiento?

Analicemos los pasajes en su contexto y respondamos cada una de estas inquietudes.

¿Cuál es el pecado del cual no podrán ser restaurados nunca más? Según lo que hemos dicho en la introducción de esta sección, el autor de hebreos viene hablando de un pecado específico, el pecado de la apostasía. Este es el pecado del cual es imposible volverse al Señor. El autor no habla de otra clase de pecados, pues, las Sagradas Escrituras son claras en mostrarnos que los verdaderos creyentes pueden arrepentirse verdaderamente de pecados muy graves como: la desobediencia (Adán y Eva fueron aceptados por Dios luego de su pecado de desobediencia y posterior arrepentimiento), la borrachera (Noé), la mentira (Abraham e Isaac quienes mintieron en el caso de sus esposas diciendo que eran sus hermanas), adulterio (David), Negar a Jesús momentáneamente (Pedro), entre otros.

Aunque es necesario apresurarnos a decir que ninguno de los santos mencionados quedó impune por su pecado. Todos ellos recibieron el justo merecido de su maldad. Ningún verdadero creyente se sentirá cómodo justificando su propio pecado arguyendo que los santos en la biblia pecaron, pues, pensar así solo es característico de los impíos. Los creyentes sienten vergüenza de sus pecados y aborrecen sus vidas cuando han ofendido la Ley santa del Señor; el verdadero santo exclamará "*miserable de mí"* y nunca buscará justificación para su maldad en los pecados de los demás.

Un creyente podrá caer en pecados muy graves, sufrirá las consecuencias de ello, pero si realmente conoció al Señor volverá arrepentido ante este, de la misma manera como lo hicieron los santos en la Biblia. El Salmo 51 es un retrato del proceso de arrepentimiento verdadero:

Busca la piedad y la misericordia del Señor (v. 1).

Porque sabe que sus pecados son una afrenta contra el Dios santo, los considera como una rebelión contra aquel que nos ama tanto (v. 2).

Sus pecados son considerados por el creyente arrepentido como una gran maldad de la cual debe ser limpiado (v. 2).

El creyente no puede estar tranquilo un minuto de su vida, luego de saber que ha pecado contra el Dios santo, hizo gran rebelión (v. 3).

Aunque haya causado daño a otros, y se ha hecho daño a sí mismo con su pecado, lo más terrible es saber que todo pecado nuestro se levanta contra Dios, cuyos ojos están mirando nuestra maldad (v. 4).

Cuando el creyente ha pecado su conciencia queda impactada por la realidad que nos aqueja a todo mortal, somos pecadores desde que estamos en el vientre de nuestra madre (v. 5).

El pecado nos deja con una sensación de horrenda suciedad, y por eso el creyente arrepentido busca la limpieza de su maldad (v. 7).

En el verdadero creyente el pecado produce tristeza, dolor, angustia, abatimiento de espíritu, lo cual le lleva al verdadero arrepentimiento (v. 8).

Su estado de humillación es tan grande que no quiere que los ojos del Señor le vean en esa situación deplorable, siente vergüenza delante de Su santa presencia (v. 9).

Se hace consciente de que aún su corazón no es perfecto, falta mucho por crecer en el amor a Dios; el pecado cometido le deja ver su falta de madurez espiritual, y por eso pide con súplicas y ruegos que el Señor le transforme cada día más y más (v. 10).

El creyente que ha pecado teme ser echado delante de la presencia del Señor a causa de su pecado, como dice el autor de Hebreos: *queda con una horrible expectación de fuego*, no porque el Señor lo vaya a arrojar al infierno, sino porque este creyente conoce la santidad de Dios, y sabe que Dios no soporta el pecado delante de su presencia.

No puede experimentar el gozo de su salvación, en medio de su pecado se siente como un miserable pecador y hasta duda de su salvación, el pecado le lleva a quitar los goces de la reconciliación con el Señor, el pecado no le quita la salvación, pero si el disfrute de la misma (v. 12).

Así que, el pecado en el creyente tiene perdón, como dice 1 Juan 1:9-10: "*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros*". Pero el autor de Hebreos nos dice que hay un pecado del cual no es posible conseguir el arrepentimiento, y ese pecado es la apostasía, la incredulidad.

Ahora, el autor de la carta no está enseñando algo contrario a la doctrina de la perseverancia de los santos o la seguridad de la salvación eterna, pues, el Espíritu Santo no se contradice a sí mismo, y en muchas partes de las Escrituras, como ya lo estudiamos en el capítulo 2, se enseña claramente las doctrinas de la perseverancia final y la seguridad eterna de nuestra salvación.

No obstante el autor de la carta está presentando un serio peligro en el cual pueden caer algunos que, incluso, pueden ser miembros de iglesias cristianas como la receptora inicial de esta carta.

Ahora pasemos a la siguiente pregunta.

¿Quiénes son estas personas que no pueden renovar su arrepentimiento? ¿Se trata de verdaderos creyentes?

Considero de gran importancia observar que el autor, siendo su costumbre identificarse con los lectores de la carta cuando da exhortaciones, usando las palabras "*es necesario que **atendamos**"* (2:1), "***Temamos***" (4:1), "***retengamo**s nuestra profesión*" (4:14), "***vamo**s adelante a la perfección*" (6:1); ahora en estos pasajes (6:4-6) no incluye a los lectores ni se incluye él mismo entre los que recaen o cometen el pecado de apostasía, sino que ahora dice "*...es imposible que **los que** una vez...*"

Ahora ¿Quiénes son estas personas que no pueden ser renovadas para el arrepentimiento? ¿Qué les ha caracterizado?

El autor responde a esto con cuatro participios: "*fueron iluminados, han gustado, han participado y han gustado*."

Algunos comentaristas creen que estos cuatro elementos hacen referencia a las experiencias de la vida cristiana como el bautismo, la santa cena, la ordenación y la proclamación, es decir, que esta gente apostata participó de estos elementos distintivos de la vida cristiana.

Analicemos cada uno de estas declaraciones:

Los que una vez fueron iluminados. (v. 4). La declaración *una vez* hace referencia a un momento especial y único en el cual esta clase de personas reciben la luz del evangelio. Muchos comentaristas cristianos creen que aquí hace referencia al bautismo, el cual se da una sola vez en la vida cristiana. El bautismo se da como una señal externa de esa luz interna que el Señor ha obrado en la persona a través del evangelio. En los primeros siglos de la cristiandad se acostumbraba a bautizar a las personas en el amanecer, simbolizando con esto que ellos dejaban la oscuridad y ahora estaban bañados por la luz de Cristo. Ahora, el verbo "*iluminado"* tiene también el significado de "*conocimiento de la verdad"*, tal y como aparece en Hebreos 10:26.

Aquellos que creen en la posibilidad de la pérdida de la salvación dirán que esta gente era salva porque habían conocido la verdad y porque habían sido bautizados, pero, ¿el ser iluminados con algo de la verdad cristiana significa que la persona ha sido regenerada? ¿El bautizarse conforme al rito cristiano significa que la persona es salva?

Veamos en las Sagradas Escrituras algunos ejemplos:

Jesús fue muy claro cuando dijo *"el que creyere y fuere bautizado, será salvo, mas el que no creyere será condenado*" (Mar. 16:16). El bautismo, para representar la verdadera limpieza del corazón debe ser precedido por el creer sincero, el creer en Cristo, porque lo único que garantiza en una persona que realmente ha sido regenerada, que realmente es salva, es la fe en Él, pues, será condenado, no por no bautizarse, sino por no creer. Así que

muchas personas pueden proceder al bautismo, pueden recibir alguna luz del Evangelio, pues, si se bautizan es porque han comprendido algo del evangelio, pero no necesariamente han sido regenerados. En Hechos 8 se narra el caso del gran avivamiento que se dio en la ciudad de Samaria luego de la primera persecución que se desató en Jerusalén. Los creyentes iban por todas partes anunciando el evangelio (8:4), dentro de ellos estaba Felipe, quien llega a Samaria, y bajo su predicación se dan masivas conversiones. Uno de los conversos es un mago que engañaba a las gentes con sus artes mágicas (8:9-12), el cual recibe alguna luz del evangelio predicado por Felipe y hace profesión pública de su fe, de su conversión, bautizándose con el resto de conversos (8:13); pero a pesar de su testimonio público de fe en el Evangelio, a pesar de haber sido bautizado en una iglesia bíblica, la condición espiritual de su alma continuaba siendo de esclavitud, como luego le dirá Pedro, en respuesta a una propuesta anticristiana que este mago había hecho, al pretender dar una "siembra económica" al apóstol con el fin de recibir una unción especial para ministrar el Espíritu Santo a los demás: "*Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tu parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizá te sea perdonado el pensamiento de tu corazón;* ***porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás***" (Hch. 8:20-23). Los cristianos hemos sido libertados del pecado, la verdad nos ha hecho libres, no estamos en prisiones de maldad. Simón había recibido alguna luz, pero no era regenerado, y la historia de la iglesia patrística confirma esto, pues, se dice que Simón continuó practicando la magia y trató de estorbar la predicación cristiana.

Gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo. ¿Qué pudiéramos pensar de alguna persona que luego de haber sido bautizada participa de la Santa Cena y en los cultos es ministrado por los distintos dones que el Señor ha dado a la iglesia? Pudiéremos afirmar que esta persona ha gustado del don celestial. Ya sea que la declaración *don celestial* haga referencia al pan de la Cena que simboliza a Jesús, el verdadero pan del cielo o don del cielo, o al Espíritu Santo que descendió del cielo, la idea es que esta clase de personas que apostatan de la fe, han recibido algunos o muchos beneficios espirituales.

Ahora, los que creen en la posibilidad de que un verdadero salvo pierda su salvación, ven aquí a un nacido de nuevo, lleno del Espíritu Santo, perdiendo su salvación. Pero, creo que afirmar eso es ir más allá de lo que el pasaje dice, pues, en las Sagradas Escrituras se nos mencionan algunas personas que, habiendo participado de la Cena del Señor y habiendo disfrutado de los dones y la presencia del Espíritu Santo, nunca fueron tenidos como salvos, eran incrédulos, no regenerados.

El Espíritu Santo puede obrar en una persona algunas cosas, sin que esto signifique que el tal ha sido regenerado, pues, el Espíritu Santo no solo obra en el converso con su gracia especial, sino que también obra en el incrédulo con su gracia común.

Uno de los casos más conocidos en la Biblia es Saúl, quien profetizó porque "*el Espíritu de Dios vino sobre él con poder"* (1 Sam. 10:10), pero la historia de este rey impío nos muestra que no era un regenerado, se complacía en desobedecer y desechar la voz del Señor, vez tras vez mostró que no se agradaba en obedecer a Dios; su pecado fue algo repetitivo, constante; lo convirtió en una práctica, de manera que mostró no tener un corazón regenerado, como dice 1 Juan 3:8: "*El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio*". No obstante, Saúl profetizó por obra del Espíritu Santo, pero esto no significa que el Espíritu le había regenerado.

En las Sagradas Escrituras también se nos menciona el caso de Balaam, el adivino hijo de Beor. Este profeta pagano conocía algo del Señor, había recibido cierta luz de la verdad y tenía algún temor de Jehová, pues, cuando los gobernantes de Moab le piden que maldiga a Israel en su paso por el desierto, él les dice que debe esperar respuesta de Dios (Números 22:8). Por cierto, Dios habla con él. Pero por el resto de las Escrituras entendemos que este Balaam era un falso profeta, un no creyente, al cual siempre el Espíritu Santo lo pone como ejemplo de falsedad dentro de la verdadera religión, de allí que Pedro diga: "*Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad...* luego Pedro dice que todos los que son como Balaam *son fuentes sin agua, para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre... ellos mismos son esclavos de corrupción*..." (1 Pedro 2:15-19). Este hombre era un réprobo, un incrédulo, pues, Cristo dice que los que son de él ya no son esclavos, sino libertos, porque la verdad nos ha hecho libres. Balaam nunca fue libre de su codicia, porque nunca fue un regenerado, nunca fue un salvo, pero el Señor lo usó para bendecir tres veces, a través de una palabra profética, a la nación de Israel.

Otro caso de personas que gustaron y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, pero que nunca fueron regenerados, que nunca fueron salvos es el caso de Judas. El estuvo entre los doce que recibieron del Señor *autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia... Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios, de gracia recibisteis, dada de gracia*" (Mateo 10:1,8). Este Judas fue uno de los setenta que regresó con gozo luego de salir en una gira misionera, y se presentó ante Cristo diciendo: "*... aún los demonios se nos sujetan en tu nombre*" (Luc. 10:17), pero el final de la respuesta de Jesús deja ver que muchos podrán ser participes de algunas obras del Espíritu Santo, sin que necesariamente el Espíritu está obrando en ellos la regeneración, pues, Cristo les dice: "*Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos*" (Luc. 10:20). Algunos de los setenta que echaron fuera demonios no eran salvos, no estaban inscritos en el libro de la vida, nunca lo fueron. Pero pudieron echar fuera demonios y sanar enfermos. Jesús dice que esto se puede hacer solo por el poder del Espíritu Santo: "*Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios...*" (Mt. 12:32).

Mucha gente que degustó o fue hecho partícipe, en cierto sentido, del Espíritu Santo, al

final recibirán una palabra de condenación, porque ellos nunca conocieron al Espíritu Santo, nunca fueron obedientes a él. Así como Saúl, Judas o algunos de los setenta, solo quisieron disfrutar de algunas obras sobrenaturales del Espíritu, pero nunca estuvieron bajo la influencia salvadora de él, no perdieron la salvación porque nunca la tuvieran, a pesar de estar tan cercanos al que puede convencer de juicio, justicia y pecado, ellos prefirieron mantenerse con sus corazones incrédulos. Por eso, al final de los tiempos, muchos vendrán a Cristo y le dirán: "... *Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?* Y entonces Jesús les dirá: "...*Nunca os conocí, apartaos de mí, hacedores de maldad*" (Mt. 7:22-23), es decir, nunca fueron salvos, si el Señor nunca los conoció es porque nunca hubo una obra de regeneración en ellos.

Muchas personas participaron del Espíritu Santo cuando en medio de la congregación de los santos se manifestaron los dones que él otorga, ellos se beneficiaron en alguna medida de la predicación de la palabra, de la profecía, el don de ciencia, hasta del don de sanación, pero a pesar de estos beneficios temporales, su corazón continuó en rebeldía contra el Salvador.

Gustaron de la buena palabra de Dios. Este gustar indica disfrute, es decir, que estas personas disfrutaron o se gozaron al recibir la predicación de la Palabra del Señor, tal como pasó en la parábola del sembrador (Mt. 13:18-23).

La mala tierra, en esta parábola, representa los corazones de los hombres que permanecen en incredulidad, es decir, los no regenerados, y la buena tierra representa el corazón del creyente, aquel que fue regenerado por el Espíritu Santo. Jesús nos habla de tres clases de mala tierra.

Primero la *de junto al camino*, esta clase de personas son las que no muestran ningún interés por las cosas espirituales, pueden escuchar un poco la predicación pero ellos se mantienen en ignorancia y desinterés por su salvación. Satanás, a quien se le llama aquí *el malo*, arrebata la poca palabra que pudo quedar sembrada en su corazón y en esta persona no pasa nada, no hay señales de conversión ni interés en iniciar la vida cristiana.

Segundo, *la de los pedregales*. Esta gente si muestra interés en la predicación de la palabra, tanto que la reciben con gozo, hay fervor. Ellos manifestarán que por fin encontraron lo que buscaban y estarán dispuestos a iniciar la vida cristiana, a cumplir con los primeros pasos de la fe, tal vez se bauticen, participen de la Santa Cena, y hasta anhelen servir en la iglesia, disfrutarán de la comunión con los santos y escucharán con atención la predicación de la Palabra del Señor. Todo estará de maravilla mientras el ser cristiano no implique sufrimientos para ellos, pues, una vez que lleguen las aflicciones o la persecución por causa de la Palabra, tropiezan, y retroceden.

Ahora, no fue que estos llegaron a ser salvos y luego perdieron la salvación por retroceder,

no. Ellos retrocedieron porque *no tenían raíz en sí*, no había obra de regeneración, no eran salvos. Todo era mero entusiasmo, meras emociones, pero al no tener una obra de conversión generada por el Espíritu Santo, para ellos es fácil regresarse del camino que habían empezado.

John Bunyan nos ilustra el caso de los que reciben la palabra con gozo y luego retroceden a través de su personaje llamado "FLEXIBLE". "Flexible", al ver la angustia de "Cristiano" por la inminente destrucción que vendrá sobre la ciudad pecaminosa donde vive, y ver cómo él emprende un peregrinaje para llegar a la ciudad de Sión, donde tendrá seguridad eterna; decide también acompañar a "Cristiano" en su viaje y emprende el peregrinaje de la vida cristiana. En el camino "Flexible" le pregunta a "Cristiano" si él está seguro que la destrucción vendrá sobre la ciudad donde ellos vivían, y si también está seguro de que al atravesar la puerta angosta encontrará la ciudad llena de luz donde estarán a salvo, a lo cual "Cristiano" responde con un rotundo sí, y lee algunos pasajes de las Sagradas Escrituras. Cuando "Flexible" escucha estos pasajes de la Biblia que hablan de las glorias de la ciudad de Sión, él dice que su corazón salta de alegría y su alma es arrebatada de entusiasmo, tanto que motiva a "Cristiano" a caminar más aprisa. Pero "Cristiano" le dice que no puede ir tan aprisa como quisiera porque todavía lleva una carga pesada en sus hombres, refiriéndose a sus pecados. Lo extraño es que "Flexible" parece no llevar ninguna carga en sus hombros. Pero muy pronto, estando en esta conversación, tanto "Cristiano" como "Flexible" caen en el Pantano del Desaliento, donde se hunden en medio del fango y les cuesta mucho salir de allí. "Flexible" entonces se enoja contra "Cristiano", y le reclama por la falsedad de sus palabras, pues, cómo es posible que él le prometa encontrar una ciudad donde habrá gozo perpetuo, si el inicio del camino es tan doloroso y difícil; luego de decir esto y enojarse contra "Cristiano" decide regresar a la ciudad de "Destrucción", de donde había salido inicialmente.

Tercero, *la de los espinos*. Esta clase de personas también escucha la predicación de la Palabra, y por algún tiempo pueden caminar en la vida cristiana, pero su corazón no regenerado sigue apegado a las cosas de este mundo, a las riquezas, a los placeres terrenos, y así como los israelitas luego de ser rescatados de la esclavitud egipcia, añoran las comidas de Egipto, anhelan los placeres del mundo, y en vez de luchar contra ellos, se devuelven del camino para dejarse atrapar nuevamente por el engaño de las riquezas. Aquí tampoco hubo regeneración, pues, el creyente verdadero anhela las riquezas que duran para siempre, es decir, las espirituales.

Creo que Judas es uno de los ejemplos más claros de aquellas personas que pueden gustar por un tiempo de la Palabra del Señor, que logran caminar bajo su luz, pero luego la abandonan, a pesar de conocerla, debido a que el mundo de pecado todavía gobernaba su corazón. También Demas, quien luego de trabajar en la obra misionera al lado de Pablo, le abandona "*amando mas a este mundo*" (2 Ti. 4:10).

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Sexta parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Exhortaciones contra la apostasía 5:11 – 6:20 (Cuarta parte)

Imposible ser renovados para arrepentimiento. v. 4-6

"*Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio.*"

El versículo 3 es como una introducción a lo que sigue en los pasajes 4 al 6, donde el autor enseña que para mucha gente el verdadero arrepentimiento ha llegado a ser algo imposible.

En los capítulos precedentes el autor ha estado exhortando a los lectores para que no sigan el mal ejemplo de los Israelitas que salieron de Egipto y fueron destruidos por Dios a causa de su incredulidad o apostasía.

En el capítulo 2:1 advirtió del peligro de deslizarse como consecuencia de no atender, de no obedecer las cosas que hemos oído, refiriéndose al Evangelio. Si el Señor envió sus juicios sobre los israelitas que no creyeron en las palabras dichas por medio de ángeles, es decir, en la Ley promulga por Moisés, cuánto más terrible será el castigo para los que desprecian el santo Evangelio del Hijo de Dios.

En los capítulos 3 y 4 el autor vuelve a insistir en el latente pecado de apostasía que pueden cometer los que alguna vez han escuchado la Palabra del Señor, pues, así como los israelitas en el desierto, es posible escuchar muchas veces la voz del Señor y es posible ver sus maravillas, y con todo endurecer el corazón, no prestar atención a sus palabras, lo cual es motivo de provocación para que su ira descienda sobre los incrédulos.

Y ahora en el capítulo 5 y 6, en medio del gran sermón sobre el sumo sacerdocio de Cristo, de nuevo se repite la advertencia contra los que cometen el pecado de apostasía o

incredulidad.

En los versículos 1 al 2 del capítulo 6 el autor mencionó algunas doctrinas básicas de la fe cristiana, las cuales pueden ser confundidas o tienen un parecido con algunas prácticas o creencias de los judíos. De manera que algunos lectores de la carta se pudieron haber visto tentados a regresar al judaísmo, ya que existía cierta similitud entre las doctrinas básicas de la fe cristiana y la fe judaica. Los judíos también tenían el arrepentimiento, la fe en Dios, los lavamientos o bautismos, la imposición de manos, y los fariseos creían en la resurrección de los muertos y el juicio de Dios. Así que aparentemente no había mucha diferencia entre el ser cristiano y el ser judío.

Por eso al autor considera importante que ellos avancen en la doctrina de Cristo, porque si solo se quedaban con esas doctrinas básicas estaban en peligro de regresar a su antigua fe, pero hacer eso significaba apostatar de Cristo, abandonar a Cristo, lo cual representaría para ellos un gran peligro. Necesitan comprender que solo Cristo es el verdadero Sumo sacerdote que puede interceder por ellos, lo cual será explicado en el capítulo 7.

Es en este contexto que el autor les dice a sus lectores que es imposible para los que una vez han gustado o escuchado o disfrutado del Evangelio, y luego retroceden, abandonando la fe cristiana y levantándose en contra de Cristo, ser renovados para al arrepentimiento; Es decir, es difícil para alguien que ha cometido el pecado de apostasía, renovar su arrepentimiento y regresar a Cristo, a quien ha dejado, de manera consciente y con pleno conocimiento, por otro sistema religioso.

Y asimismo gustaron... de los poderes (dunameis)[1] del siglo venidero. Para comprender esta frase es necesario analizar qué significa "*poderes"* y qué significa "*siglo venidero*". Estos *poderes* hacen referencia a *las señales, y prodigios y diversos milagros* que el autor mencionó en el 2:4 (*diversos poderes - dunamesin)*. En Hechos 8:13 Simón el mago está atónito al ver las señales y grandes *poderes* que se hacían. Allí se usa la palabra griega *dunameis*,[2] la cual significa literalmente poderes, pero que es traducida en la Reina Valera como milagros.

Ahora, estos milagros o poderes corresponden al siglo venidero. ¿Qué es el siglo venidero? En Mateo 12:32; Marcos 10:30; Lucas 18:30 se usa esta expresión para hacer referencia a la era futura, a la manifestación plena del reino de Dios, a la consumación de la redención, cuando entremos al estado eterno y las glorias de la salvación se dejen ver en toda su plenitud. Solo en esa era dorada, que nunca tendrá fin, conoceremos de manera plena los poderes sobrenaturales, pero ahora, como un adelanto, podemos ver algunas de estas obras maravillosas. Las obras poderosas hechas en la era apostólica y manifestadas también por Jesucristo son un adelanto del establecimiento final del reino de Dios, es decir, el siglo venidero: "*Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios*" (Mt. 12:28).

Las Sagradas Escrituras nos muestran claros ejemplos de personas que, habiendo sido beneficiadas por los poderes del siglo venidero, se levantaron en contra de Dios y fueron desechadas:

Los israelitas. Desde la liberación de Egipto, hasta la entrada a la tierra prometida, ellos vieron vez tras vez cómo el poder de Dios obraba para favorecerles. Vieron cómo el Señor castigó con las plagas al Faraón y a todo Egipto, mientras que ellos eran cuidados por el poder de Dios y esas plagas no les afectaban. Cuando estaban saliendo de Egipto el Señor obró milagrosamente abriendo camino seco en medio del mar y destruyendo a sus enemigos. Luego en el transitar por el desierto los poderes de Dios obraron a favor de todos ellos: una nube les protegía de los rayos del sol durante el día, y en la noche una columna de fuego los iluminaba y guiaba. El Señor enviaba milagrosamente un pan del cielo, de manera que tuvieron siempre alimento. Cuando la sed les acosó, el Señor obró poderosamente haciendo brotar agua de la piedra, en medio de los sequedales. Cuando se les antojó comer carne, el Señor envió milagrosamente codornices. Cuando los enemigos eran más fuerte que ellos, el Señor les ayudó derrotando a sus adversarios. Milagro tras milagro, poder tras poder, pero a pesar de haber recibido tanta luz, de haber visto la gloria del Señor, de haber escuchado su voz en el Sinaí, muchos de ellos se levantaron contra su Salvador en incredulidad, rechazaron esta luz, y luego de haberse beneficiado de tantas obras milagrosas mostraron su falta de fe y fueron desechados, como dice el Salmo 95:9-22: "*Donde me tentaron vuestros padres, me probaron y vieron mis obras. Cuarenta años estuve disgustado con la nación, y dije: pueblo es que divaga de corazón, y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi furor que no entrarían en mi reposo*".

En el tiempo de Cristo muchas personas fueron beneficiadas por los poderes del siglo venidero. Miles de personas recibieron milagros poderosos de parte del Señor: cientos de endemoniados fueron liberados; sordos, mudos, leprosos, cojos y paralíticos recibieron salud en sus cuerpos. Miles de personas fueron alimentadas milagrosamente, muchos fueron resucitados. Otros, aunque no recibieron milagros, vieron los poderosos hechos de Jesús. No obstante, la gran mayoría de ellos no quiso seguir al Salvador. Por eso Jesús les dijo: "*De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a este señaló Dios el Padre"* (Juan 6:26-27).

Hemos conocido a muchas personas que han recibido algún beneficio de los poderes del siglo venidero: salud en su cuerpo, librados de grandes problemas; no obstante, luego se apartan. Prefirieron recibir los beneficios temporales de la gracia, en vez de buscar lo eterno, lo celestial.

¿Qué pasó con estas personas que fueron iluminadas, que gustaron del don celestial, que fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, que gustaron de la buena palabra de Dios y

los poderes del Siglo venidero? Recayeron. ¿Qué significa recaer?

Los intérpretes de las Sagradas Escrituras han dado varias respuestas:

Primero, algunos creen que el autor no está afirmando la real posibilidad de que alguien pueda recaer, sino que es un caso hipotético, es decir, se trata de un hombre de paja, un hombre no real. Por eso algunos traductores prefieren anteponer a la palabra caer o recaer el condicional "Sí", es decir, "Si recaen...", pero que el autor está tratando de afirmar que no es posible para estas personas el recaer.

Segundo, otros, como Tertuliano, exageran esta afirmación al punto de decir que no puede haber arrepentimiento de los pecados cometidos después del bautismo, especialmente para los que cometen pecado de adulterio y fornicación.

Ninguna de las dos interpretaciones se ajusta al contexto del pasaje.

El autor ya hablado sobre el pecado de apostasía, como algo real en lo cual podían caer algunos de los miembros de la iglesia receptora de la carta. No se trata de una utopía o de una posibilidad remota. Es un pecado que está cercano, como dice F. F. Bruce: "*La advertencia de este pasaje era una advertencia real contra un peligro real, un peligro que aún está presente mientras un "corazón malo de incredulidad" pueda "apartarse del Dios vivo" cap. 3:12."*[1]

Siendo tan constantes las advertencias que el autor da sobre el pecado de la apostasía, se deduce entonces que algunos lectores estaban corriendo el riesgo de caer en dicho pecado. ¿Significa esto que un salvo o un regenerado puede cometer el pecado de apostasía y perderse definitivamente?

Bueno, ya hemos afirmado en estudios anteriores, basados en las Sagradas Escrituras, que un salvo no puede perderse. Tiene la seguridad eterna de la salvación. Pero ¿Cómo saber si realmente una persona es salva? La Biblia nos dice que un distintivo especial del salvo es la perseverancia hasta el fin, Jesús dijo: "*El que perseverare hasta el fin este será salvo*" (Mr. 13:13). La perseverancia en la fe cristiana es una muestra de que en esa persona hay obra de regeneración. Ahora, esto no significa que se es salvo porque que se persevera, pues, entonces la salvación sería por obras, pero las Sagradas Escrituras siempre nos muestran que la salvación es por gracia, por fe, no por obras. No obstante, también las Sagradas Escrituras nos muestran que esta fe salvadora se evidencia en obras de justicia, en perseverancia.

Pero ¿Acaso no hay contradicción entre la doctrina de la perseverancia de los santos y la advertencia del peligro de apostasía que hace el autor de Hebreos a los cristianos?

No hay tal contradicción, pues, el autor no sabe quiénes de los receptores son regenerados y quiénes no. El está dando una advertencia a una iglesia, la cual está compuesta por gente

que está conociendo cada día más del Salvador. Algunos ya le conocen de manera personal y han sido regenerados y otros aún no han sido regenerados, pero están caminando en la vida que les puede conducir a tener fe real en Cristo.

El advierte a todos porque esa es la responsabilidad de un pastor. Constantemente debe estar dando exhortaciones a los miembros de la iglesia porque algunos aún no han madurado en la fe, porque algunos no han entrado al reposo, algunos aún está en peligro de regresarse del camino que han emprendido. No son salvos, no son regenerados, pero se han acercado al evangelio.

Algunos miembros de nuestras iglesias se encuentran en el peligro de seguir los pasos de los israelitas en el desierto, como dice Kismetaker: "*Los israelitas que cayeron en el desierto habían puesto sangre sobre las jambas de sus puertas en Egipto, habían comido el cordero de la pascua; habían dejado a Egipto atrás, consagrados sus primogénitos al Señor y cruzado el mar Rojo; habían podido ver la columna de nube durante el día y la columna de fuego durante la noche; habían gustado las aguas de Mara y Elim y habían comido diariamente el maná que Dios proveía; habían oído la voz de Dios desde el Monte Sinaí cuando él les diera los diez mandamientos (Éx. 12-20). Y con todo, estos israelitas endurecieron sus corazones con incredulidad, y por su desobediencia cayeron y se apartaron del Dios vivo (He. 3:12, 18; 4:6, 11).*"[1]

Estos israelitas día tras día endurecían su corazón contra la Palabra del Señor. A pesar de haber vivido y gustado de tantas bendiciones espirituales, ellos, de manera consciente, voluntaria y deliberada, se oponían a la voz de Dios; este es el inicio de la apostasía. Esto es recaer. Que habiendo conocido muchas cosas de la Palabra de Dios y habiendo disfrutado de algunos beneficios de la vida cristiana, una persona, de manera consciente, rechace el mensaje divino.

Ahora, el pecado de apostasía no se comete de la noche a la mañana, es un proceso gradual. Inicia rechazando algunas doctrinas o mandatos y luego termina rechazando al salvador.

Un ejemplo actual son las iglesias protestantes apóstatas de hoy, entre las cuales puedo mencionar a algunas denominaciones presbiterianas, anglicanas o episcopales, luteranas, reformadas y pentecostales. Algunas de estas denominaciones en USA y Europa iniciaron como verdaderas iglesias cristianas. Conocían y vivían conforme a la doctrina bíblica. Pero poco a poco, en aras de irse acoplando a las filosofías del mundo moderno, fueron re-interpretando las Sagradas Escrituras de manera que la diferencia entre lo mundano y lo cristiano se fuera acortando. Al principio las modificaciones doctrinales fueron pocas y no de tanto peso, pero habiéndose iniciado el camino de la apostasía, es decir, rebelarse conscientemente en contra de los mandatos claros de la Palabra de Dios, luego no se tiene problemas en continuar rebelándose en contra de todos los principios escriturales. Hoy día estas iglesias están ordenando lesbianas y homosexuales al ministerio, favorecen el divorcio, no tienen problemas con el aborto, niegan la divinidad o exclusividad de Jesús

como Salvador, se unen ecuménicamente con los judíos, musulmanes, chamanes y brujos. Ellos han caído en grave estado de apostasía.

Esto es lo que significa recaer.

¿Por qué no pueden ser renovados otra vez para arrepentimiento? ¿Acaso hay algo imposible para Dios?

Es importante resaltar que en las exhortaciones anteriores el autor usa, casi siempre, el pronombre en primera y segunda persona *nosotros y vosotros*, pero aquí en el verso 6, usa pronombres en tercera persona *aquellos y ellos*. "*Porque es imposible…y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento*".

El significado mas probable de esta declaración es que es imposible que una persona sea traída nuevamente al arrepentimiento, luego de haberse apartado del Dios vivo. ¿Por qué? Porque su corazón se ha endurecido de manera que ya no puede, ni quiere volver al Dios verdadero.

¿Acaso el Señor no podrá regenerar su corazón? Bueno, si el Señor lo quiere hacer, entonces lo hará, pero, es posible que el autor también nos esté diciendo, que en el caso de un apóstata Dios no quiere traerlo al arrepentimiento nuevamente. Este pasaje guarda una estrecha relación con 1 Juan 5:16: "*Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará la vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida*" o Lucas 12:10: "*A todo aquel que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado*".

El pecado de apostasía es uno de esos pecados del cual no hay vuelta de hoja. No es posible el arrepentimiento por dos razones: la persona que ha endurecido su corazón nunca procederá al verdadero arrepentimiento, porque a este le ha acontecido lo mismo que el efecto producido por una vacuna, en el cual, a la persona se le inocula una pequeña dosis del virus o el veneno, de manera que se vuelve imposible que el virus completo o el veneno le haga daño; así sucede con alguien que habiendo conocido la verdad, habiendo recibido un poco de la luz del evangelio y disfrutado de algunos beneficios de la fe cristiana, luego se aparta, rechazando de manera voluntaria y deliberada al salvador; él ya está inmunizado para proceder al arrepentimiento.

La segunda razón es que la persona que comete pecado de apostasía se encuentra bajo la ira de Dios, su paga será la condenación eterna, así como Dios no perdonó a los israelitas apóstatas y los destruyó en el desierto de su peregrinaje; de la misma manera, estos rebeldes están destinados para recibir la justa condenación por su pecado, ¿Por qué este pecado es tan grave? Porque ellos *crucifican de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios, exponiéndole a vituperio.*

Ahora, esto no significa que ellos crucifiquen literalmente al Señor Jesucristo o que lo vuelvan a exponer a vituperio, es una metáfora, la cual indica la gravedad del pecado de apostasía. Como dice Kistemaker: "*El que ha caído de este modo declara que Jesús debiera ser eliminado. Así como los judíos querían sacar a Jesús de esta tierra y por ello lo alzaron del suelo en una cruz, del mismo modo el apóstata le niega a Jesús un lugar, lo destierra de este mundo y, metafóricamente, crucifica otra vez al Hijo de Dios. De esta manera trata a Jesús con persistente menosprecio y escarnio, y con pleno conocimiento comete el pecado para el cual ya no existen ni arrepentimiento (6:6) ni sacrificio (10:26). El pecador puede esperar el juicio de Dios que llegará a él como "un fuego devorador que consumirá a los enemigos de Dios" (10:27).*"[1]

En conclusión, la exhortación de Hebreos 6:4-6 está dirigida a las iglesias, a todos los miembros de todas las iglesias cristianas, pues, el pecado de apostasía no lo puede cometer el que no conoce nada del evangelio o el incrédulo que nunca asiste a la iglesia; no, este pecado lo comenten aquellos que como Israel han salido de Egipto, han visto los poderosos hechos del Señor, han escuchado la palabra del Señor, han sido bautizado pasando por en medio del mar, han comido el don celestial, el maná, han sido beneficiados por los dones del Espíritu; y a pesar de haber recibido tanta luz deciden de manera voluntaria y consciente rechazar a Cristo, rechazar el amor del Padre blasfemando así contra el Espíritu Santo.

Es una advertencia para todos.

Aplicaciones

Creo que las exhortaciones del autor de Hebreos son tan claras que no es necesario añadir aplicaciones. Estas exhortaciones debieran ponernos a temblar por nuestra salvación. Debiéramos revisar de manera seria y concienzuda si realmente estamos creciendo en la gracia, si los frutos del arrepentimiento verdadero están en nosotros, si todavía hay residuos de incredulidad, de manera que llevemos estos pecados a Cristo, los confesemos y supliquemos de Dios misericordia.

Si llevas algún tiempo escuchando el evangelio, pero aún te resistes a obedecer algunos mandatos de la Palabra de Dios, corre por tu vida y confiesa tu pecado, procediendo a obedecer a tu Salvador. No dejes para mañana el confesar tu pecado de incredulidad, pues, de seguir así llegará el día cuando ya no tengas oportunidad de arrepentimiento y aunque los busques con desesperación, el arrepentimiento verdadero no vendrá a ti, pues, el arrepentimiento es un don de Dios, y nunca olvides el ejemplo de Esaú quien *fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas* (Hebreos 12:16).

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Séptima parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Exhortaciones contra la apostasía 5:11 – 6:20 (Quinta parte)

Salvos Vs Reprobados

6:7-12

Resumen

Luego de exhortar a los lectores para que crezcan en su conocimiento de Cristo y afirmen así su fe de manera que no retrocedan y se vuelvan apóstatas, de lo cual no hay posibilidad de retorno a la fe cristiana, el autor pasa a darles palabras de ánimo y consuelo.

En los versículos 7 y 8 el autor usa una analogía basada en la agricultura; presenta a la tierra provechosa o bendecida como aquella que recibe la lluvia y produce los frutos que esperan los que la labran, pero hay otra clase de tierra, opuesta, que produce espinos y abrojos; no produce frutos, y el autor le llama una tierra reprobada, maldita, destinada para ser quemada.

En el versículo 9 se da una palabra de ánimo a los lectores, luego de semejante exhortación, en la cual se reconoce que, fue necesario hablar de esa manera tan fuerte por la debilidad en el crecimiento que han mostrado algunos lectores, pero el autor está convencido que ellos se encuentran entre el grupo de los salvos.

En el versículo 10 sustenta el porqué está convencido de cosas mejores para con ellos, ya que han mostrado algunos frutos de verdadera conversión: su obra, el trabajo de amor hacia el nombre de Dios y el servicio a los santos.

En el versículo 11 el autor les anima a que se conserven en esa solicitud espiritual que les ha caracterizado, de manera que llegando así hasta el fin, tengan plena certeza de la esperanza.

Y en el versículo 12 les da una razón para mantenerse trabajando en los frutos de la fe, pues, si no lo hacen se pueden volver perezosos; pero, por el contrario, ellos deben imitar a los héroes de la fe, que luego se mencionan en el capítulo 11, los cuales con paciencia esperan las promesas.

Análisis y dificultades del pasaje.

¿Qué significa y qué representa la primera y la segunda tierra mencionada? ¿Cuál es la relación que tiene con la exhortación contra la apostasía que está dando el autor? v. 7-8.

Siguiendo con la exhortación que inició en el verso 11 del capítulo 5, el autor compara a

los salvos con la tierra productiva y a los réprobos con una tierra infructuosa. Los apóstatas se comparan a esa tierra maldita que no produce fruto.

La primera tierra, la cual es benigna para con sus cultivadores, los cuales siembran la semilla, la abonan, y cuando la lluvia cae hace que la semilla brote, de manera que con el tiempo llegue a producir frutos agradables al agricultor; esta tierra identifica el proceso espiritual en el verdadero creyente. Esta persona ha recibido la semilla de la Palabra de Dios, el Espíritu Santo derrama su bendición sobre esa palabra y pronto se empiezan a producir las primeras espigas de la fe, lo cual significa que el fruto continuará creciendo hasta madurar; es una tierra bendita, y Dios envía más bendición sobre ella.

Pero la otra tierra, la que solo produce cardos y abrojos, es una tierra maldita, infructuosa, a pesar de recibir todos los cuidados del agricultor, de sembrarse la semilla, de recibir la lluvia; no produce nada bueno. Esta tierra representa al apóstata, aquel que habiendo recibido tanta enseñanza y luz del evangelio persiste en rechazar conscientemente la verdad de Cristo. La persona que responde así a la verdad cristiana está mostrando que es reprobado, y solo le espera la eterna condenación que sufrirán los rebeldes e incrédulos. *"... su fin es el ser quemada*". A esta clase de personas se les llama *reprobadas*. No fueron aceptadas por Dios. En el idioma original se usa la palabra *ádokímos* la cual significa literalmente reprobado, descalificado, inútil, de ningún valor.[1]

Hay dos clases de personas, tal como hay dos clases de tierra: Los que producen fruto y reciben la bendición de Dios, y los que no producen fruto y por lo tanto esperan la maldición de Dios. En esto se diferencian los verdaderos creyentes de los incrédulos.

En Isaías 5:1-7 encontramos a la viña que había sido cercada por el Señor, la había despedregado y plantado con las mejores vides, de manera que lo natural era esperar de ella los mejores frutos, pero la respuesta de esta tierra fue desagradable, pues, los frutos que dio eran silvestres. Por lo tanto el dueño de la vid decidió abandonarla y destruirla.

El Señor Jesús también habló de estas dos clases de personas en Juan 15. Los salvos, los que perseveran hasta el fin, son aquellos que permanecen en Su palabra, y entonces producen fruto abundante para la gloria del Señor, pero algunos pámpanos o ramas no permanecen en Cristo ni en su Palabra, por lo tanto no pueden producir frutos, y entonces serán cortados. "*El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen y los echan en el fuego, y arden*" (Juan 15:6).

También en Mateo 7:15-20 Jesús establece la analogía entre el verdadero creyente y el apóstata: el falso creyente que abandona la fe por irse detrás de lo falso. El verdadero creyente se caracteriza por producir buenos frutos, pero el falso produce malos frutos. Es una ley de la naturaleza que las vides produzcan uvas y los abrojos, abrojos. Jesús afirma con esta ilustración que los apóstatas son falsos creyentes, tienen un corazón incrédulo, son gente que nunca han nacido de nuevo, siguen siendo malos árboles, con mala raíz.

Pablo también habló de estas dos clases de personas en Romanos 11:11-24. Él dice que algunas ramas de la nación judía fueron desgajadas por su incredulidad, y en cambio, los gentiles fuimos injertados en el olivo; pero si algunos permanecen en incredulidad, entonces serán cortados.

Muchas personas que se congregan en iglesias y profesan las mismas cosas que profesa el resto de creyentes, y participan de las mismas actividades espirituales que el resto, aparentan estar verdaderamente injertados a Cristo, pero siendo que en sus corazones son incrédulos, un día Dios hará notorio su estado espiritual de rebeldía y los expondrá a la luz pública como apóstatas, a los cuales les espera la más terrible condenación.

Kistemaker explica este pasaje de la siguiente manera: "*El propósito de la ilustración del escritor es el de advertir a los destinatarios de su carta que la mera observación, el goce y la recepción de las bendiciones de Dios no pueden salvar a una persona a menos que haya habido un genuino renacimiento espiritual. Cuando el nuevo nacimiento es evidente y las bendiciones de Dios son recibidas con acción de gracias, la vida espiritual se desarrolla y produce frutos.*"[1]

¿Cuáles son las cosas mejores de las cuales el autor está persuadido respecto a los lectores? v. 9.

El autor usa la palabra *kreissona*,[2] más grandes.

Es interesante observar que el autor se dirige a los lectores con el término "amados" (*agapetoi*)[3] o "*queridos hermanos*", ya que esto solo sucede una vez en toda la epístola. Por cierto, esta declaración amorosa se da luego de la sección de todo el libro que es más dura y difícil; es como si el autor, luego de dar la más fuerte advertencia, les dijera: "*...sino os quisiera tanto como os quiero, no os hablara con tanta severidad. Crisóstomo parafrasea la idea de la siguiente manera [es mejor que os haya metido miedo con mis palabras que tuvierais que lamentar los hechos]*."[4]

Estas cosas mejores, de las cuales el autor está persuadido, pertenecen a la salvación. Es decir, el autor, aunque acaba de hablar fuertemente contra el pecado de la apostasía y sus nefastas consecuencias, él no está afirmando que algún hermano de la iglesia receptora de la carta realmente sea apóstata o tenga un corazón malo. Ellos, de manera individual, están expresando los frutos de la salvación. Los verdaderamente salvos no pueden apostatar de la fe aunque pasen por momentos de decadencia espiritual. No obstante, se hace necesario amonestarlos de vez en cuando, como dice Calvino: "*De aquí llegamos a la conclusión que no únicamente a los réprobos hay que reprender severamente y con rigor, sino también a los mismos elegidos, aún a los que tenemos por hijos de Dios.*"[5]

La nueva versión internacional traduce este pasaje así: "*aunque me expreso de esta manera, queridos amigos, estamos persuadidos de que vuestra condición espiritual es mucho mejor*

y conduce a la salvación."[1] Ahora, ¿Por qué el autor está convencido de que los lectores de la carta se encuentran en un camino de salvación y no de reprobación? La respuesta se encuentra en el versículo 10.

¿Está afirmando el autor que las obras nos conducen a la salvación, pues, él dice *porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra…?* v. 10.

El autor, con tierno cuidado pastoral les hace ver que ellos no producen los frutos de la apostasía, sino los frutos de la salvación, las mejores cosas que ya mencionó en el verso anterior. Y estos frutos son *vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún.*

Dios olvida el pecado que cometemos y confesamos con arrepentimiento, pero no olvida las obras de justicia que hacemos en su nombre. Estos hermanos posiblemente habían olvidado todas las obras de amor con las cuales habían servido a los santos, probablemente en época de persecución, pero el Señor es justo. Su justicia retribuye el pecado o la bondad humana. Los pecadores serán condenados, pero los justos y misericordiosos serán bendecidos.

Aunque ni el autor ni las Sagradas Escrituras dan la posibilidad de creer que podemos ser salvos por las buenas obras que hagamos, de todas maneras si insiste en que una cualidad de los salvos es que tienen un corazón misericordioso.

Jesús habló de esto en Mateo 25:31-40: "*Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria… pondrá a las ovejas a su derecha, y a los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me distes de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.*" Todas las obras de amor son hechas, en último término, a Jesús, y él no olvida esos frutos de la fe.

Santiago también afirma que una característica de la fe salvadora son las obras de misericordia que resultan de ella: *"Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, sino tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios*

creen, y tiemblan. ¿Más quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?" (Stg. 2:14-20).

Kismetaker, analizando este pasaje dice: "*Los lectores demostraron su amor por el prójimo cuando las dificultades y las privaciones eran evidentes, y continuaron demostrando abnegado amor. Este amor es fruto de un corazón regenerado y está siempre listo a servir al pueblo de Dios. Sus vidas son ejemplo del campo que produce una cosecha útil para el pueblo de Dios, en marcado contraste con la descripción que el escritor hiciera del campo enmalezado de espinos y abrojos.*"[1]

¿Es necesario mantenernos en la obra y el trabajo de amor para poder tener plena certeza de la esperanza? ¿De cuál esperanza? v. 11**.**

El autor continúa dando una exhortación tierna y amorosa. Les anima a seguir con la misma solicitud, con la misma diligencia que les caracterizó desde el comienzo. Calvino interpreta este pasaje diciendo que el Señor quiere que la misma diligencia y amor que han mostrado en el trabajo para con los hombres, la muestren en progresos reales de su fe. Pues, "*... hay dos partes en el cristianismo que concuerdan con las dos tablas de la ley. Por lo tanto, el que separa la una de la otra, no le queda nada sino algo mutilado y trunco.*"[2], ya que no es correcto separar las obras de justicia del conocimiento doctrinal, de la fe que aprehende las verdades del evangelio.

El autor no está diciendo que los creyentes no pueden tener la seguridad de salvación ahora, mientras caminan la senda cristiana, pues, las Sagradas Escrituras contienen preciosas y seguras promesas de la salvación que nos es dada cuando nos apropiamos por la fe de la gracia salvadora que se nos ofrece en Cristo:

"*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*" (Juan 1:12).

"*Pero estas* (las señales de Cristo) *se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre*" (Juan 20:31).

"*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues, no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo*..." (Romanos 8:14-17).

"*Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!* (Gálatas 4:6).

"*Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de*

Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Juan 3:1-2).

El autor de Hebreos está hablando de la perseverancia de los santos. Una forma de hacer firme ese llamamiento y esa vida eterna que han empezado consiste en mantenerse diligentes en las obras de la fe hasta el fin. Es más, siendo nuestra fe tan segura y firme, entonces debe producir en nosotros una práctica continua de esa fe, en los frutos que le caracterizan. Si alguien profesa tener certeza de salvación, pero los frutos de su fe son nulos, no se ven, o son cardos y espinos, entonces él tal tendrá muchas dudas en su caminar espiritual, pues ¿Cómo podrá estar seguro de la salvación, cuando los frutos dan a entender que tiene un corazón incrédulo?

La esperanza o la seguridad plena la demuestran los cristianos hasta el fin, aunque pasen por momentos de flaqueza o debilidad.

El crecimiento del creyente debe mantenerse sostenido por las tres virtudes que el autor ha mencionado en los versículos 10 al 12: el amor, la esperanza y la fe.

Es nuestra responsabilidad procurar hacer firmes nuestra vocación y elección, como dice 2 Pedro 1:10. Recordemos que: "*La esperanza plena y total rechaza todo tipo de insuficiencia y tibieza.*"[1]

La esperanza hace referencia a la salvación plena, al cumplimiento total de las promesas salvadoras del Señor, que son aprehendidas en este tiempo por medio de la fe.

¿Cómo puede un cristiano ser perezoso en los asuntos de la fe y la paciencia? v. 12.

La declaración *"a fin de que no os hagáis perezosos*" da a entender "*que no os volváis lentos (o duros de oído), como algunos lo eran ya.*"[2]

Algunos creyentes hebreos estaban arrastrando los pies, habían languidecido sus espíritus ante la persecución que sufrían de sus paisanos, y la insistencia de abandonar a Cristo para regresar al judaísmo.

Ellos corrían el riesgo de volverse torpes para escuchar las enseñanzas de Cristo, para seguir creciendo en la fe cristiana, debido al peso de la persecución. Pero el tierno pastor nuevamente los anima de una forma positiva para que persistan en continuar caminando, tomando como ejemplos dignos de imitar a aquellos héroes de la fe que le precedieron, de los cuales hablará luego en el capítulo 11.

Estos héroes de la fe, que son los santos del Antiguo Testamento y los santos de su propia época, son dignos de imitar, y de considerar su testimonio, pues, ellos, por la fe y la paciencia reciben las promesas abundantes de la salvación que nos son ofrecidas a través de Jesucristo.

Aplicaciones

¿Qué estamos haciendo con la lluvia de la Palabra que el Espíritu Santo nos envía cada día en las lecturas devocionales o en las predicaciones que escuchamos en los cultos? Recordemos que si no nos apresuramos a aprovechar esta lluvia espiritual para producir frutos agradables al Señor podemos estar produciendo otra clase de frutos, lo cual no es esperado por nuestro amado Dios, y entonces un día vendrá el dueño de la vid y dirá "... *córtala, ¿para qué inutiliza también la tierra*? (Lc. 13:7). La persona que habiendo recibido constantemente las instrucciones bíblicas a través de la lectura diaria y la predicación pastoral, persiste en no producir fruto, entonces no solo produce mal fruto, sino que se convierte en estorbo para los nuevos creyentes que están tratando de crecer en la gracia; pues, estos réprobos se convierten en un mal testimonio ante el mundo y ante los creyentes menos maduros en la fe. Es por eso que siempre debemos preocuparnos por aprovechar al máximo la Palabra de Dios, obedeciendo lo que ella nos dice, sin buscar justificación alguna para nuestra desobediencia.

Recordemos la predicación de Juan el Bautista, quien fue enviado a la nación de Israel, el pueblo que conocía la Ley y había recibido mucha luz de la Palabra divina. Juan les dijo que a causa de su poco interés en agradar al Señor, y debido a la escasa o nula respuesta que ellos daban a la Palabra de Dios, manteniéndose en incredulidad, "... *el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego*" (Luc. 3:9).

Evaluemos los frutos de nuestra fe, con el fin de saber si somos realmente creyentes o nos encontramos en el grupo de los que profesan entusiasmo por la fe cristiana, pero aún no han aceptado con plenitud las enseñanzas del evangelio de Cristo.

Los frutos de nuestra fe son muchos, pero tanto Cristo como los apóstoles y los escritores del Nuevo Testamento insisten en el amor fraterno, en la misericordia. Aún cuando el entusiasmo cristiano se enfríe momentáneamente, permanecer en esos frutos del amor será de gran ayuda para nuestra restauración. Transcribo la aplicación práctica de Barclay: "*A veces, en la vida cristiana, pasamos por momentos áridos; no sacamos gran cosa de los cultos; nuestra participación en la escuela dominical, ... o en los diversos comités, se convierte en algo rutinario, sin alegría. Ante esas circunstancias tenemos dos alternativas: podemos dejar de asistir a los cultos y de colaborar; pero si lo hacemos así estamos perdidos. O podemos continuar con determinación, y la experiencia general es que la alegría y el entusiasmo y el gozo vuelven a su debido tiempo. En los momentos áridos, lo mejor que podemos hacer, es seguir con los hábitos de la vida cristiana y de la iglesia. Si esto hacemos, podemos estar seguros de que el sol volverá a brillar."*[1]

Algo que caracteriza la vida cristiana es la esperanza. Hoy día el mundo está perdiendo el sentido de la esperanza porque todo lo quieren instantáneamente. Ya no podemos esperar media hora para preparar una comida, sino que la compramos hecha para solo calentarla

unos segundos en el horno microondas. El mundo prácticamente no quiere esperar. Pero los cristianos alimentamos la esperanza, pues, muchos goces y bendiciones de nuestra salvación no los veremos en esta vida, sino que esperamos la llegada del día bienaventurado en el cual entraremos al estado eterno. Alimentemos nuestra esperanza con las Sagradas Escrituras y no dejemos que la filosofía imperante debilite nuestro confiar en el Señor.

Semana Tres:

Lección Cinco

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Octava parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Exhortaciones contra la apostasía 5:11 – 6:20 (Sexta parte)

Aferrándonos a las promesas inmutables de Dios. 6:13-20. (Parte 1)

Resumen

El autor de Hebreos ha mostrado, a través de una ilustración, la diferencia que existe entre el incrédulo y el verdadero creyente. La tierra infértil, la que no produce fruto sino solo cardos y abrojos, representa a los réprobos, a aquellos que permanecen en incredulidad, incluyendo a los apóstatas.

Pero la otra tierra, la que Dios bendice, representa a los creyentes, aquellos que pueden tener seguridad de salvación porque perseveran hasta el fin.

Al autor ha usado tres palabras claves que designan la vida del creyente: Esperanza, fe y promesas.

Ahora en los versículos 13 al 20 el autor de la carta ilustra, con la vida de un personaje de las Sagradas Escrituras, cómo el creyente se mantiene arraigado en una vida de fe y esperanza, por la inmutabilidad de las promesas divinas. Este ejemplo está tomado de la vida de Abraham, el padre de la fe.

En el verso 13 menciona que Dios hizo una promesa a Abraham, la cual no podía dejar de cumplirse porque sobre ella pesaba el juramento más grande que se puede hacer en todo el mundo presente y en el venidero: Dios juró por sí mismo, porque no hay nadie ni nada más alto o grande que él.

En el verso 14 se nos da el contenido de la promesa juramentada que Dios dio a Abraham: será padre de una abundante multitud.

En el verso 15 el autor va al grano, respecto al tema de la fe y la esperanza, diciendo que Abraham tuvo que esperar con paciencia para ver el cumplimiento de la promesa. Por cierto, más de 25 años tuvo que esperar Abraham, luchando contra las dudas y los otros caminos que se abrían en el horizonte, alternativas para el cumplimiento de la promesa, pero él esperó y esperó en Dios, quien luego de mucho tiempo le permitió ver el inicio de la promesa realizada.

En los versos 16 al 18 el autor explica por qué el juramento que Dios hizo por sí mismo es firme garantía del cumplimiento de la promesa: Porque el juramento de confirmación le pone fin a toda controversia, pues, un juramento es algo sagrado. Por lo tanto, Dios, con el fin de mostrar que su promesa es inmutable y firme juró por él mismo, pues, es imposible que Dios mienta. Dios no miente sin que sea necesaria la mediación de ningún juramento, pero para dar más seguridad a Abraham de su promesa, juró por sí mismo como si él fuera hombre. Este juramento da consuelo y seguridad al creyente, al cual somos llamados a aferrarnos.

En los versos 19 al 20 el autor anima a los creyentes a aferrarse son seguridad y firmeza a las promesas de Dios, pues ellas son un ancla del alma; ya que Jesús, nuestro representante delante de Dios, no ha entrado a un santuario terrenal, sino que accedió al mismo Trono de Dios para interceder por nosotros por siempre, pero no conforme al sumo sacerdocio judaico, sino conforme al orden de Melquisedec.

Dificultades y análisis

v. 13-16. *“Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo., diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda*

controversia es el juramento para confirmación" ¿Cuál fue la promesa que Dios hizo a Abraham, en la cual él tuvo que mantenerse confiado y esperar con paciencia? Si Jesús dice que no juremos, entonces ¿Por qué Dios afirmó la promesa jurando por sí mismo?

Abraham ha sido llamado el padre de los creyentes (Rom. 4:11). Él es el padre de la fe, de los que creen, y su fe les es contada por justicia. Por eso, el mejor ejemplo de confianza, fe, perseverancia y paciencia en las promesas de Dios es Abraham. Él nos enseña lo que significa la lucha del creyente para perseverar en la fe.

Hagamos un recuento de las promesas hechas a Abraham y la paciencia que debió cultivar para esperar su cumplimiento.

Siendo Abraham de setenta y cinco años fue llamado por Dios para que saliera de la tierra de Ur hacia una tierra que el Señor le mostraría, donde le daría múltiples bendiciones, concediéndole el ser padre de una nación muy grande. En ese momento Abram y su esposa Sarai no tenían hijos. Al parecer Sara era estéril. No creo que haya sido fácil para Abraham, hablando desde una perspectiva humana, salir de su tierra y esperar que su descendencia se convirtiera en una gran nación, cuando, siendo ya de 65 años y su esposa también de avanzada en edad, no habían tenido un solo hijo. Pero, a pesar de esos elementos en contra, Abram sale de su tierra en señal de confianza en la promesa divina (Génesis 12:1-9).

Luego, en Siquem, Dios se le aparece y promete darles esa tierra a sus descendientes (Gén. 12:6-7).

Más tarde, cuando Abraham y Lot se separan, Dios nuevamente le hace la misma promesa (Gén. 13:14-17). Le dice que su descendencia será como el polvo de la tierra. No obstante, aunque ya ha pasado el tiempo, Abraham aún no tiene hijos. Él se mantenía creyendo en la promesa divina, aunque cada vez, humanamente hablando, las condiciones físicas hacían más difícil el cumplimiento de la misma.

Abraham, en su peregrinaje en la fe, tuvo momentos de flaqueza, como cuando pensó que su siervo, Eliezer de Damasco, sería su heredero. En ese momento de flaqueza nuevamente vino la promesa, y el Señor le dice que él tendrá un hijo. Le llevó a mirar el cielo oriental, lleno de estrellas sin fin, y le dijo que así como es imposible contar las estrellas que alumbran el firmamento, de igual manera su descendencia sería incontable, innumerable (Gén. 15:5).

Luego, Sarai había perdido las esperanzas de tener un hijo, pues, el tiempo pasaba y nada sucedía. El tiempo de la fertilidad había pasado hacía mucho tiempo, la costumbre de las mujeres había cesado, y su cuerpo cada vez estaba más viejo. Humanamente era imposible que ella quedase embarazada, o tuviese fuerzas para dar a luz un hijo. La promesa de ser padres de una nación grande, estaba cada vez más lejana de toda posibilidad de

cumplimiento. Así que Sarai le propone a su esposo que tenga un hijo con su sierva Agar, lo cual se dio, y de esta relación nació Ismael. Pero nuevamente el Señor le dice a Abraham que su promesa de llegar a ser una nación grande y bendita no se cumplirá a través de Ismael, sino de un hijo que tendrá con su esposa Sara, el cual se llamará Isaac (Gén. 17:21).

Cuando Abraham tenía cien años de edad, veinticinco años después del llamamiento que recibiera en Ur de los Caldeos, Abraham empieza a ver el inicio del cumplimiento de la promesa: por fin nace Isaac (Gén. 21:5). El primer retoño, del cual Dios formará una nación grande.

Pero la fe de este héroe volvería a ser probada, cuando en el Monte Moriah Dios le pide que sacrifique a su único hijo, a aquel que se había convertido en la alegría de sus vetustos padres. Sacrificando a Isaac prácticamente cesaba la única fuente a través de la cual Dios levantaría la gran nación que le había prometido tantas veces. Pero este hombre fue escogido como ejemplo de fe perseverante porque no dudó en hacer lo que su Señor le pedía: "*pensando que Dios es poderoso para levantar aún de entre los muertos, de donde, en sentido figurado le volvió a recibir*" (Heb. 11:19).

Es en esta ocasión en la cual el Señor nuevamente ratifica la promesa a Abraham de que sería padre de una gran nación, su descendencia sería innumerable, y en su simiente serían bendecidas todas las naciones de la tierra; pero en esta oportunidad la promesa viene acompañada de un juramento, el Señor dice: "*...por mi mismo he jurado, dice Jehová, por cuanto has hecho esto...*" (Gén. 22:16).

Es importante notar que la promesa no se había cumplido de manera completa en Isaac, él solo era el inicio del cumplimiento. Pero se requerirían muchos siglos para que se diera el cumplimiento cabal, pues, la promesa habla de la simiente en la cual serán benditas todas las naciones, y esta simiente es Cristo. Como dice Pablo: "*Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo*" (Gálatas 3:16).

Abraham murió sin haber visto el cumplimiento cabal de la promesa, pero se mantuvo siempre confiado en ella, confiado en el que le dio la promesa. Como dice Hebreos 11:13: "*Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra.*". La promesa dada a Abraham se cumpliría plenamente en el Mesías, que sería de su descendencia y por el cual el mundo entero recibiría las bendiciones de la gracia.

Indudablemente Abraham es el mejor ejemplo de la tierra productiva, de los que muestran solicitud de amor al Señor y a su pueblo hasta el fin, para plena certeza de la esperanza; de los que por la fe y la paciencia heredan las promesas.

Ahora podemos preguntarnos, ¿Por qué tuvo que jurar Dios para garantizar la promesa?

¿Acaso de él no solamente procede la verdad?

La palabra del Señor siempre es verdadera, y de él nunca procede la mentira. Si él promete algo, de seguro que lo cumple: "*Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo ¿Y no hará? Habló ¿Y no lo ejecutará?* (Num. 23:19).

Pero la promesa dada a Abraham era para un cumplimiento a largo plazo; no solo él, sino que los otros creyentes de la antigüedad tendrían que mantenerse firmes esperando su pleno cumplimiento. Dios quiso añadir a su palabra verdadera un juramento que daría firmeza a la fe y esperanza de su pueblo. Por eso dice el autor en el capítulo 11:39 y 40: "*Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados a parte de nosotros*". Todos los santos en las Escrituras se mantuvieron esperando la misma promesa, la cual solo se cumplió con la venida de Jesucristo.

"Cuando el cumplimiento de una promesa lleva tiempo, la misma requiere una certeza adicional para prevenir dudas."[1]

En los tiempos actuales, cuando queremos ratificar o asegurar que vamos a cumplir con una obligación, solemos firmar contratos o documentos legales ante una autoridad competente. Si se incumple con lo firmado, entonces hay unas consecuencias económicas o de otro tipo. En la antigüedad, muchos de los compromisos se ratificaban con juramentos. En el pueblo judío el juramento más solemne era aquel que se hacía usando el nombre de Dios. Siempre se jura por alguien mayor.

Dios mismo hace un juramento para ratificar sus promesas dadas a Abraham, pero él jura por sí mismo, pues no hay alguien más grande por quien hacerlo.

Pero aún queda una dificultad. ¿Si Jesús dice que no debemos jurar, entonces porqué Dios lo hace?

Miremos que fue lo que Jesús prohibió. Leamos Mateo 5:33-37: "*Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo, no juréis en ninguna manera; ni por el cielo porque es el trono de Dios; ni por la tierra porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puede hacer blanco o negro un solo cabello; pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es mas de esto, de mal procede."*

Los judíos del tiempo de Cristo habían tomado como práctica el jurar en el nombre de Dios o todo aquello que estuviera relacionado con Dios: El cielo, Jerusalén, el templo, entre otros. Esta práctica llegó a degradarse tanto que se había vuelto algo sencillo e insignificante jurar en el nombre de Dios. La gente ya no creía en ninguna clase de juramentos, pues, solían jurar, así ellos supieran que no podían cumplir lo prometido. Es muy similar a lo que muchos cristianos hacen hoy, se comprometen a pagar una deuda en

determinado tiempo, aunque saben perfectamente que no podrán cumplir con la obligación; hasta pueden usar el nombre de Dios o de Cristo para afirmar que si cumplirán con lo prometido, pero la verdad es que no lo harán.

Siendo que la palabra de la gente llegó a ser tan banal, y los juramentos tan insignificantes, Jesús exhorta a los judíos para que den el valor a sus palabras, de manera que no sea necesario acudir a los juramentos. Que cuando digan "sí" sea realmente un sí, o cuando digan "no", esto sea un no.

Ahora, en las Sagradas Escrituras se acostumbraba a jurar, especialmente en ciertos casos cuando se requería un grado mayor de certeza. Cuando la situación requería un apoyo adicional: "*Y si cuidadosamente aprendieren los caminos de mi pueblo, para jurar en mi nombre, diciendo: Vive Jehová, así como enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal, ellos serán prosperados en medio de mi pueblo*" (Jer. 12:16). Los santos en el antiguo testamento respaldaron algunos de sus más grandes compromisos jurando en el nombre de Dios.

De manera que Jesús no está prohibiendo totalmente los juramentos, sino que enseña que "*... la palabra del hombre debe ser incuestionablemente veraz para que, como consecuencia, los juramentos ya no sean necesarios.*"[1]

Hay ocasiones solemnes en los cuales los juramentos son necesarios. Cuando hacemos los votos de matrimonio, cuando nos graduamos de algunas profesiones en las cuales se requiere de manera especial el cumplimiento del deber para el bien de la humanidad (medicina, servicio militar, algunos cargos públicos), cuando estamos ante una corte y se requiere de nosotros afirmar que estaremos diciendo la verdad.

Por ello las confesiones de fe de Westminster y la confesión Bautista de Londres de 1689 dedican un capítulo para los juramentos y los votos lícitos:

"CAPITULO 22: DE LOS JURAMENTOS Y DE LOS VOTOS LICITOS

I. Un juramento lícito es una parte de la adoración religiosa (1) por el cual una persona, en la debida ocasión, al jurar solemnemente, pone a Dios como testigo de lo que afirma o promete, y para que le juzgue conforme a la verdad o a la falsedad de lo que jura. (2)

1. Deuteronomio 10:20. 2. Éxodo 20:7; Levítico 19:12; 2 Corintios 1:23; 2 Crónicas 6:22,23.

II. Sólo en el nombre de Dios deben jurar los hombres, y este nombre ha de usarse con todo temor santo y con reverencia. (1) Por lo tanto, jurar vana o temerariamente en ese nombre glorioso y terrible, o definitivamente jurar por cualquier otra cosa, es pecaminoso y debe aborrecerse. (2) Sin embargo, como en asuntos de peso y de importancia, un juramento está justificado por la Palabra de Dios, tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo, (3) por eso, cuando una autoridad legítima exija un juramento legal para tales asuntos, este juramento debe hacerse. (4)

1. Deuteronomio 6:13. 2. Jeremías 5:7; Santiago 5:12; Exodo 20:7; Mateo 5:34,37. 3. Hebreos 6:16; Isaías 65:16; 2 Corintios 1:23. 4. 1 Reyes 8:31; Esdras 10:5; Nehemías 13:25.

III. Todo aquel que hace un juramento debe considerar seriamente la gravedad de un acto tan solemne, y por lo tanto no afirmar sino aquello de lo cual esté plenamente persuadido de que es la verdad. (1) Ni tampoco puede algún hombre obligarse por un juramento a alguna cosa, sino a lo que es bueno y justo, y a lo que él cree que lo es, y a lo que es capaz y está dispuesto a cumplir. (2) Sin embargo, es un pecado rehusar un juramento tocante a una cosa que es buena y justa, cuando sea exigida por una autoridad legítima. (3)

1. Jeremías 4:2; Exodo 20:7. 2. Génesis 24:2,3,5,6,8,9. 3. Números 5:19,21; Nehemías 5:12; Exodo 22:7-11.

IV. Un juramento debe hacerse en el sentido claro y común de las palabras, sin equivocación o reservas mentales. (1) Tal juramento no puede obligar a pecar; pero en todo aquello que no sea pecaminoso, habiéndose hecho, es obligatorio cumplirlo aun cuando sea en el propio daño del que lo hizo, (2) ni debe violarse porque haya sido hecho a herejes o a incrédulos. (3)

1. Salmos 24:4; Jeremías 4:2. 2. Salmos 15,4; 1 Samuel 25:22, 32-34. 3. Ezequiel 17:16,18,19; Josué 9:18,19 con 2 Samuel 21:1.

V. Un voto es de naturaleza semejante a la de un juramento promisorio, y debe hacerse con el mismo cuidado religioso y cumplirse con la misma fidelidad. (1)

1. Isaías 19:21; Eclesiastés 5:4-6; Salmos 61:8; 66:13,14.

VI. El voto no debe hacerse a ninguna criatura sino solo a Dios, (1) y para que sea acepto ha de hacerse voluntariamente, en fe y conciencia del deber, como muestra de gratitud por la misericordia recibida, o bien para obtener lo que queremos; por lo que nos obligamos a cumplir más estrictamente nuestros deberes necesarios u otras cosas, en cuanto puedan ayudarnos adecuadamente al cumplimiento de ellos. (2)

1. Salmos 76:11; Jeremías 44:25,26. 2. Deuteronomio 23:21-23; Salmos 50:14; Génesis 28:20-22; 1 Samuel 1:11; Salmos 132:2-5; 66:13,14.

VII. Ningún hombre puede hacer voto para ejecutar alguna cosa prohibida en la Palabra de Dios, o que impida el cumplimiento de algún deber ordenado en ella, o una cosa que no está en su capacidad, y para cuya ejecución no tenga ninguna promesa de ayuda por parte de Dios. (1) A tales respectos, los votos monásticos de los papistas de celibato perpetuo, de pobreza y de obediencia a las reglas eclesiásticas, están tan lejos de ser grados de perfección superior, que no son sino supersticiones y trampas pecaminosas en las que ningún cristiano debe enredarse. (2)
1. Hechos 23:12,14; marcos 6:26; Números 30:5,8,12 y 13. 2. Mateo 19:11,12; 1 Corintios 7:2,9; 7:23; Efesios 4:28; 1 Pedro 4:2."

Aplicaciones

Cuando el Señor nos llamó por el Evangelio es posible que hayamos estado en la misma situación de Abraham, con pocos elementos a nuestro favor para tener esperanza. Es

posible que nuestros pecados nos hayan tenido esclavizados a tal punto que hubiésemos pensado: “Esto va a ser un fracaso. Realmente no podré mantenerme firme en las demandas del evangelio, voy a ser una vergüenza para el nombre de Cristo, no podré llegar hasta el final”. Pero miremos a nuestro padre en la fe, Abraham. Tenía muchas cosas en contra, no obstante escuchó el llamado del Señor y salió camino a Sión. A pesar de los obstáculos del camino, perseveró en su andar, mirando siempre la promesa del Señor, mirando al dador de la promesa, quien es fiel en cumplir lo que promete. Sigamos así nosotros nuestro andar cristiano. Hay muchas cosas en contra nuestra, pero no andamos mirándonos a nosotros mismos, no andamos por lo que vemos, ni por lo que sentimos, andamos por lo que creemos, mirando a Jesús y a sus grandiosas promesas. Él nos asegura que llegaremos a Sión, donde veremos el cumplimiento total de sus bendiciones.

Es posible que usted lleve algún tiempo considerable en la fe cristiana, pero los progresos espirituales no le satisfacen. Tal vez usted lleve algún tiempo luchando contra un pecado específico o alguna tendencia que usted sabe no es de gran ayuda para su vida cristiana. Es posible que usted haya perdido la esperanza y crea que el Señor no le dará la liberación completa, pero no olvides a Abraham, el padre de la fe, él se mantuvo creyendo cuando las esperanzas se podían ir perdiendo, y al final pudo ver la promesa cumplida. Nosotros los creyentes debemos mantenernos en esa misma confianza, luchando, trabajando, pero esperando en la gracia, hasta que el Señor nos conceda ese crecimiento anhelado.

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Novena parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Exhortaciones contra la apostasía 5:11 – 6:20 (Séptima parte)

Aferrándonos a las promesas inmutables de Dios. 6:13-20. (Parte 2)

La exuberante promesa de salvación

Resumen

El autor de Hebreos ha mostrado, a través de una ilustración, la diferencia que existe entre el incrédulo y el verdadero creyente. La tierra infértil, la que no produce fruto sino solo cardos y abrojos, representa a los réprobos, a aquellos que permanecen en incredulidad, incluyendo a los apóstatas.

Pero la otra tierra, la que Dios bendice, representa a los creyentes, aquellos que pueden tener seguridad porque perseveran hasta el fin.

Al autor ha usado tres palabras claves que designan la vida del creyente: Esperanza, fe y promesas.

Ahora en los versículos 13 al 20 el autor de la carta ilustra, a través de la vida de un personaje de las Sagradas Escrituras, cómo el creyente se mantiene arraigado en una vida de fe y esperanza, por la inmutabilidad de las promesas divinas. Este ejemplo está tomado de la vida de Abraham, el padre de la fe.

En el verso 13 menciona que Dios hizo una promesa a Abraham, la cual no podía dejar de cumplirse porque sobre ella pesaba el juramento más grande que se puede hacer en todo el mundo presente y en el venidero: Dios juró por sí mismo, porque no hay nadie ni nada más alto o grande que él.

En el verso 14 se nos da el contenido de la promesa juramentada que Dios dio a Abraham: será padre de una abundante multitud.

En el verso 15 el autor va al punto central, respecto al tema de la fe y la esperanza, diciendo que Abraham tuvo que esperar con paciencia para ver el cumplimiento de la promesa. Por cierto, más de 25 años tuvo que esperar Abraham, luchando contra las dudas y los otros caminos que se abrían en el horizonte, alternativas para el cumplimiento de la promesa; pero él esperó y esperó en Dios, quien luego de mucho tiempo le permitió ver el inicio de la promesa realizada.

En los versos 16 al 18 el autor explica por qué el juramento que Dios hizo por sí mismo es firme garantía del cumplimiento de la promesa: Porque el juramento de confirmación le pone fin a toda controversia, pues, un juramento es algo sagrado. Por lo tanto, Dios, con el fin de mostrar que su promesa es inmutable y firme juró por él mismo, pues, es imposible que Dios mienta. Dios no miente sin que medie ningún juramento, pero para dar más seguridad de su promesa, juró por sí mismo como si él fuera hombre. Este juramento da consuelo y seguridad al creyente, al cual somos llamados a aferrarnos.

En los versos 19 al 20 el autor anima a los creyentes a aferrarse son seguridad y firmeza a las promesas de Dios, pues ellas son un ancla del alma, ya que Jesús, nuestro representante delante de Dios, no ha entrado a un santuario terrenal, sino que entró al mismo Trono de Dios para interceder por nosotros por siempre, pero no conforme al sumo sacerdocio judaico, sino conforme al orden de Melquisedec.

Análisis y dificultades

Desde el versículo 17, y luego de haber mostrado con un ejemplo bíblico cómo el Señor jura para reconfirmar una promesa dada a Abraham, el autor conforta a los creyentes mostrándoles que Dios también los ha llamado para ser herederos de la promesa, y esto es tan real, que ha sido confirmado con un juramento.

v.17 ¿Por qué el autor aplica la promesa dada a Abraham a todos los creyentes? ¿Por qué Dios, siendo la verdad, tuvo que jurar para confirmar su promesa dada a los creyentes?

Cuando leemos Génesis 22:16-17 pareciera que Dios le hizo la promesa específicamente a Abraham: "*Y dijo: por mi mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tú único hijo; de cierto te bendeciré...*"

Abraham fue justificado (declarado justo) a causa de la fe, como dice en Romanos 4:3: "*...creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia*". La bendición prometida a Abraham está estrechamente relacionada con la fe y con la justificación. Tanto él como sus descendientes en la fe podrán gozar de la bendición de la justificación, es decir, el ser acepto ante Dios. El ser humano, por su pecado, se ha vuelto enemigo de Dios y solo puede esperar de él su ira e indignación: "*Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad*" (Rom. 1:18).

Pero Abraham, y todos los que son como él, es decir, los que creen y confían plenamente en el Señor, tienen una promesa segura de bendición, de ser perdonados y gozar la reconciliación con el Padre Santo. Pablo extiende la promesa de bendición dada a Abraham a los creyentes de todos los tiempos. En Gálatas capítulo 3 el apóstol desarrolla este tema, mostrando como los creyentes en Jesucristo, los cristianos, los nacidos de nuevo; son hechos partícipes de la promesa juramentada dada a Abraham.

En el verso 6 dice que Abraham fue justificado como consecuencia de la fe, luego en el 7 dice que "*...los que son de la fe, éstos son hijos de Abraham*", en el 9 afirma que todos los que son de la fe, los creyentes "*... son bendecidos con el creyente Abraham*". Los no creyentes se encuentran bajo la maldición de la Ley, la cual condena a todo que el que hace pecado y no cree en Cristo; pero los creyentes hemos sido redimidos de la maldición de la Ley, de la eterna separación del Padre Santo, y ahora hemos sido reconciliados con él. En el verso 14 el apóstol nos muestra el medio por el cual Dios hace que la promesa dada a Abraham se extienda a todos los creyentes: CRISTO JESÚS: "*para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu*" (Gál. 3:14).

A través de Cristo, la promesa dada a Abraham es transmitida al creyente, en consecuencia, el autor de Hebreos no tiene dificultad alguna en animar a los creyentes a confiar plenamente en que el propósito de Dios en salvarles, se cumplirá perfectamente, tomando como base la promesa juramentada que le dio a Abraham, el padre de la fe. Los creyentes en Cristo hemos recibido la misma promesa, y debemos estar tan seguros como lo estuvo Abraham del cumplimiento de ella, pues, Dios no solo lo prometió sino que acompañó la promesa con un juramento.

¿Cuál es el consejo o propósito de Dios para con nosotros los creyentes, el cual es inmutable? v.17.

El propósito de Dios es el de hacernos herederos. "...h*erederos de la promesa..."*. Este propósito forma parte de su consejo eterno, de su decreto inmutable por medio del cual se cumplen todas las cosas que él ha determinado. Como dice Kistemaker: "*El propósito de Dios de salvar a los creyentes en Jesucristo es firme, inalterable e inviolable.*"[1]

Algunos creyentes creen que Hebreos es una carta escrita para enseñarnos que el salvo, si se descuida, puede perder la salvación. Pero esta interpretación es errónea, pues, además de estar en contra de la enseñanza general de las Sagradas Escrituras, se opone a las claras enseñanzas del autor de la carta. En el capítulo 10 verso 39 el autor dirá que nosotros, los creyentes, no somos de los que retrocedemos para perdición. Es imposible para un salvo dejar de serlo, porque tenemos una promesa inmutable y eterna.

El apóstol Pablo nos explica cuál es el consejo o el propósito eterno de Dios para con nosotros los creyentes, allá en Efesios 1:4-14: "*...según nos escogió en él antes de la*

fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinados para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo... En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros, habiendo oído la Palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuistes sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria."

Los lectores originales de la carta a los hebreos pudieron quedar desesperados y angustiados al leer las serias advertencias que el autor hizo en el capítulo 6 versos 4 al 6, pero luego, pasa a decirles que él está convencido de que ellos no pertenecen al grupo de los que meramente hacen una profesión externa de fe en el evangelio, sino que ellos forman parte de ese grupo innumerable de personas que han sido incluidos en el consejo eterno de salvación, y habiendo hecho una profesión real de fe en Cristo, habiendo procedido verdaderamente al arrepentimiento, no pueden nunca perder ese estado de gracia en el cual ahora se encuentran, porque la promesa es firme, segura, inmutable.

Estos creyentes, aunque atribulados y un poco confundidos por la fuerte oposición que recibían de sus paisanos los judíos, quienes trataban de convencerlos de regresar al judaísmo, estos creyentes, a pesar de sus debilidades, no debían dudar de la poderosa salvación que habían recibido, pues, la promesa que Dios había dado respecto a los creyentes fue acompañada de un juramento, hecho por Dios mismo.

¿Por qué Dios, siendo la verdad, tuvo que jurar para confirmar su promesa dada a los creyentes? v. 17.

Aunque toda persona al llegar verdaderamente al cristianismo goza de la paz que sobrepasa todo entendimiento, no obstante, tenemos muchas luchas, pruebas y obstáculos que vencer en nuestro caminar de fe. De la misma manera que los héroes de la fe mencionados en Hebreos 11, todos los creyentes debemos transitar por el desierto de este mundo, en el cual seremos tentados a dudar de la grandiosa salvación que nos ofrece Jesucristo.

Nuestros pecados, nuestras tendencias pecaminosas, las debilidades de la carne, las vicisitudes de la vida, las creencias de otros, los problemas intra-eclesiásticos, la persecución a causa de la fe, son factores que en veces nos conducirán a dudar de nuestra salvación, a dudar del Salvador, a dudar de la fe cristiana.

Conociendo Dios nuestra debilidad humana, y no porque en él pueda haber mentira o incumplimiento a lo que promete, decidió acompañar su promesa de hacernos herederos de la salvación con un juramento. Como dice Kistemaker: "*El desea demostrar efectivamente a los herederos de la promesa que pueden confiar plenamente en su Palabra. Acomodándose a las costumbres humanas, Dios hace un juramento. El se da cuenta de la débil fe del hombre. Por consiguiente, para darle al hombre una seguridad adicional de la confiabilidad total de la palabra de Dios, Dios da esa afirmación extra*".[1]

Este pasaje nos muestra que con respecto al consejo de salvación tenemos tres partes implicadas: Primero está Dios, quien da la promesa de salvación, segundo, encontramos al creyente, al elegido, quien es el receptor de la promesa divina ,y tercero, encontramos a un intermediario, a un fiador, a alguien que responderá en caso de que la promesa llegara a incumplirse; pero siendo que Dios es el que da la promesa, y no hay nadie igual o más poderoso que Dios para que garantice el cumplimiento total de la promesa, entonces Dios mismo actúa como fiador. Es como si él dijera "Que me parta un rayo sino cumplo totalmente esta promesa".

La palabra griega que usa el autor para "*interpuso"* es *emesiteusen*, que proviene de la palabra *mesitës*, la cual significa mediador (Heb. 8:6); es decir, "actuar como mediador o patrocinador o garante, intransitivamente, comprometerse uno mismo como garantía."[2]

La seguridad de la salvación, la bendición prometida a los descendientes de Abraham por medio de la fe, es algo tan importante para Dios, que no solo prometió bendecir a las personas de todas las naciones que creyeran en la simiente de Abraham, es decir, en Jesucristo, sino que acompañó esta promesa con un juramento.

Si una enseñanza es muy clara en las Sagradas Escrituras, esta es la de la seguridad eterna de la salvación. Los que verdaderamente han puesto toda su confianza en Jesús nunca serán avergonzados, sino que el Señor cumplirá su promesa de salvación, la cual acompañó con una garantía legal, juró por sí mismo:

"*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios, y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*" (Romanos 5:1, 2, 5).

"*Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios*" (Romanos 8:15-16).

"*Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos*" (1 Juan 2:3).

"*Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él. Y el que guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que él nos ha dado*" (1 Juan 3:14, 18, 19, 24).

"*Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios"* (1 Juan 5:13).

Es interesante resaltar las palabras usadas por el autor de Hebreos cuando habla de la seguridad del consejo o del designio salvador que Dios decretó para con el pueblo escogido, ya que él dice "*Por lo cual, queriendo Dios mostrar más* ***abundantemente*** *a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo..."* La palabra griega usada para *abundantemente* es περισσοτερον, la cual proviene de la palabra *periseúo*, cuyo significado está asociado con *sobreabundar, en gran manera, incomparable, inmensurable, exceso, desbordamiento*. Otros significados que encontramos en la Biblia para esta palabra y otras de la misma familia es: *tener más que suficiente, extraordinario, inusitado, desbordante, excelente*. En el Nuevo Testamento también se usa esta palabra para hablar de la sobreabundante plenitud de la era de la salvación.[1]

La seguridad de salvación no es algo vago o ambiguo. Los creyentes podemos tener la completa seguridad de ella porque Dios se excedió en mostrar la inmutabilidad de su consejo salvador.

Aplicaciones

Somos salvos solo por gracia, por medio de la fe. No necesitamos hacer obra alguna para ser reconciliados con Dios. Si acudimos con fe al Gran Salvador, depositando en él toda la confianza, habiéndonos dado cuenta que de parte nuestra no podemos hacer nada para ser acepto ante el Padre Santo, entonces hay una obra de gracia que el Espíritu Santo ha efectuado en nosotros. Entonces, formamos parte del cuerpo glorioso de los salvos y santos. No importa el tiempo que llevemos en la fe, ya somos completamente salvos. Si nuestro crecimiento espiritual aún es lento o hemos dado pasos de avanzada, de todas maneras somos salvos. Algunos crecerán robustamente en el conocimiento de las Sagradas Escrituras y en el servicio cristiano, mientras que otros cojearán y tardarán más tiempo en alcanzar un grado maduro de fe; no obstante, son completamente salvos los unos como los otros. Hagamos firme nuestra profesión y nuestra convicción de salvación, suplicando al Rey Eterno que por su Espíritu Santo produzca en nosotros los abundantes frutos de la fe: El arrepentimiento, amor a Dios y al prójimo, amor a los hermanos, amar los mandamientos de Cristo para obedecerlos.

La salvación que nos da Cristo es abundante, así como la seguridad de ella. No hay razón para andar temerosos en el mundo, pensando que tal vez sí formamos o no formamos parte de los salvos. La promesa es segura porque la dijo el Dios que nunca miente y la afirmó con un juramento eterno e irrevocable. Nunca perderemos la salvación porque ella es un don y los dones de Dios son irrevocables. Pero algunos pueden tener una falsa seguridad de salvación, pues, es posible que en ellos no haya una obra de gracia. Por eso, con el fin de acrecentar mas en nosotros esta seguridad, el apóstol Pedro nos exhorta diciendo: "*Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Por lo cual hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas no caeréis jamás*" (2 P. 1:3-10).

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Décima primera parte)

Cap. 4:14 al 7:28

El orden del sacerdocio de Cristo:

El orden de Melquisedec

Capítulo 7:1-3

En el versículo 14 del capítulo 4, el autor de la carta, empezó a tratar el tema del Sumo sacerdocio de Cristo, quien ha traspasado los cielos para ministrar como Sacerdote en la misma presencia de Dios.

En el capítulo 5 el autor trató un poco sobre los requisitos para ser sacerdote, según la ley mosaica, y mostró cómo Cristo cumple con creces esas condiciones morales y espirituales. En los versículos 5 y 6 el autor ha iniciado dando algunos adelantos de porqué Jesús es sacerdote, siendo que por la ley mosaica no podía serlo, pues, sólo los miembros de la tribu de Leví podían aspirar a ese oficio y Jesús era descendiente, según la carne, de la tribu de Judá. Entonces el autor dice que Jesús fue declarado Sumo sacerdote, no según el orden levítico, sino según el orden de Melquisedec.

Pero el autor, en el verso 11, decide interrumpir el discurso sobre el sumo sacerdocio de Cristo, con el fin de dar una exhortación a los lectores, motivándoles a no obviar este tema doctrinal, pues, aunque es bastante difícil de entender, no obstante en esta doctrina encontramos gran consuelo para nuestra salvación y ella nos permitirá arraigarnos en la fe cristiana. El tema del sumo sacerdocio de Cristo es el alimento sólido que produce madurez espiritual, del cual se ha hablado en el 5:11-14.

Si Jesús no es para el creyente el Sumo sacerdote que intercede constantemente en el santuario celestial, entonces la inseguridad, el temor de ser rechazados por Dios como consecuencia de la imperfección que aún acompaña al creyente, podrán hacer presa de él y volverlo infructuoso. El gran tema de la fe se fundamenta precisamente en la doctrina del sumo sacerdocio de Cristo.

Podemos bosquejar el tema del capítulo 7, de la siguiente manera:

El orden del sacerdocio de Cristo. 7:1-28

1) Un orden según Melquisedec, 7:1-10

a) Historia de Melquisedec, 7:1-3

1)) Relacionado con Abraham, 7:1-2ª

2)) Semejante al Hijo de Dios, 7:2b-3

b) Reconocimiento de Melquisedec por Abraham, 7:4-10

1)) Al darle los diezmos, 7:4-7

2)) Al Leví pagarle los diezmos en Abraham, 7:8-10

2) Un orden en reemplazo de el de Aarón, 7:11-19

a) Motivo para llamar otro sacerdote, 7:11-14

1)) Un cambio de la ley, 7:11-12

2)) Un cambio de la tribu de sacerdotes, 7:13-14

b) Necesidad de llamar otro sacerdote, 7:15-19

1)) Es sacerdote con una vida indestructible, 7:15-17

2)) La debilidad de la ley, 7:18-19

3) Un orden basado en el juramento de Dios, 7:20-28

a) Cristo es el fiador de un mejor pacto, 7:20-22

b) Cristo tiene un sacerdocio inmutable, 7:23-25

c) Cristo es el sumo sacerdote que nos conviene, 7:26-28

1)) Por su carácter, 7:26

2)) Por su sacrificio, 7:27

3)) Por su perfección, 7:28

Ahora sí, iniciemos el estudio de este medular capítulo de la epístola a los Hebreos.

1) Un orden según Melquisedec, 7:1-10

a) Historia de Melquisedec, 7:1-3

1)) Relacionado con Abraham, 7:1-2ª

2)) Semejante al Hijo de Dios, 7:2b-3

1) Un orden según Melquisedec, 7:1-10

a) Historia de Melquisedec, 7:1-3

¿Quién fue Melquisedec? ¿Dónde ejerció su sacerdocio y reinado? ¿Por qué Abraham dio los diezmos a este sacerdote? ¿En qué sentido él no tenía padre y madre? ¿En qué sentido no tuvo principio ni fin de días? ¿Era un ángel, una aparición del Cristo pre-encarnado? ¿En qué sentido fue hecho semejante al Hijo de Dios? ¿Sigue siendo Melquisedec sacerdote hoy? v. 1.

Siendo que el Sumo sacerdocio de Jesús, no es del orden o la clase del sacerdocio levítico, sino de la línea o el orden de Melquisedec, el autor de Hebreos nos regresa a Génesis 14:18-20 para mostrarnos quién es Melquisedec y cuál es su relación con Jesús.

Es importante iniciar aclarando que la consideración que el autor de Hebreos hace de Melquisedec en este capítulo es una visión o reflexión del Antiguo Testamento desde y a partir de Cristo, es decir, la visión que tenemos aquí de Melquisedec es una interpretación de la Escritura en la época apostólica.

Este misterioso personaje que aparece de una forma abrupta en la historia bíblica, y asimismo desaparece de ella, sale a recibir a Abraham luego de que éste venciera en batalla a la confederación de reyes lideradas por Quedorlaomer y recuperara los bienes y las personas que éstos habían tomado de Sodoma y otras ciudades cercanas. Abraham decidió formar un ejército con sus siervos y atacar a estos malvados reyes, de manera especial porque no sólo se habían llevado los bienes de los habitantes de Sodoma, sino que también habían raptado a su sobrino Lot.

Luego de esta batalla Abraham regresa a su tierra con los bienes y las personas que habían rescatado, y en ese camino a casa, sale a su encuentro el misterioso personaje llamado Melquisedec.

El encuentro se da en el Valle de Save o el Valle de los Reyes. Éste se encuentra al sur de Jerusalén,[1] donde se unen los valles del Cedrón y del Hinom.[2]

Melquisedec es presentado como el principal rey de la región, ya que él recibió parte del botín que traía Abraham. No sabemos si este rey era Cananeo, amorreo o jebuseo, pero lo cierto es que el nombre de Dios que usó para bendecir a Abraham "(*El Elion*, "Dios Altísimo") es bien conocido como una forma de referirse al principal dios cananeo, El, en la literatura cananea"[3] El Dios Altísimo se refiere al Dios que está por encima de todos los dioses.

El nombre *Melquisedec* se deriva de dos palabras: *Melech*, que significa Rey y *tsedek* que significa "justo" y hace referencia a un lugar afamado por su justicia. Así que Melquisedec significa "Rey de justicia", como dice Heb. 7:2.[4]

Melquisedec era Rey de Salem. Este nombre se encuentra asociado con la palabra Shalom, es decir, paz. Él era Rey de paz. (Heb. 7:2). Es posible que Salem haga referencia a la ciudad que más tarde sería conocida como Jerusalén.[1]

Aunque no sabemos de quién recibió Melquisedec el conocimiento del verdadero Dios, en medio de ciudades-estado que se caracterizaban por su idolatría[2], lo cierto es que este hombre no solo conocía al verdadero Dios de los cielos, sino que le servía, y por eso es llamado "Sacerdote del Dios Altísimo". El comentarista Simón Kistemaker dice que "En el mundo gentil del tiempo de Abraham todavía quedaban restos de verdadera adoración a Dios, el "Creador de los cielos y de la tierra" (Gn. 14:19). Melquisedec servía al Dios de Abraham, y "mantenía la tradición desde los tiempos del Paraíso, cuando la humanidad reconocía solamente un solo Dios verdadero."[3]

Melquisedec bendijo a Abraham diciendo: "*Bendito sea Abram del Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano*" (Gn. 14:20). En este acto se muestra que Melquisedec es superior en honra y oficio que Abraham, pues, "*el menor es bendecido por el mayor*" (Heb. 7:7). La bendición no solo fue material, al darle pan y vino, sino espiritual. Aquí vemos un tipo del oficio de Rey pero también del oficio sacerdotal. Como Rey provee para las necesidades materiales de Abraham, quien luego de salir de la batalla viene cansado, hambriento y sediento; pero como sacerdote le da lo que Abram más apreciaba, la bendición del Dios Altísimo, el creador o dueño de todo lo que existe.

Siendo que Melquisedec, como sacerdote, bendice a Abram en nombre del Dios Altísimo creador de todas las cosas, entonces él es el más indicado para recibir el diezmo del botín que Abraham ha quitado a la confederación de reyes lideradas por Quedorlaomer. "Era común ofrecer un diezmo de los despojos a los dioses. Así, Abram reconoció a Melquisedec como sacerdote de Dios."[4]

El relato del Génesis presenta a Melquisedec como un Rey-sacerdote, como un representante de Dios, que reinaba en justicia. Estas dos características, justicia y paz, tienen connotaciones mesiánicas, como dice Isaías 9:6-7: "*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre."*. Estas características de Melquisedec, Rey y Sacerdote, un reino de justicia y paz, describen perfectamente a Jesús el Mesías, quien, según el Salmo 110:1, 4 cumple las funciones de sacerdote y rey. "*Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Juró Jehová y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec*".

En el verso 3, el autor de Hebreos dice que este Melquisedec era "*sin padre, sin madre, sin genealogía: que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de*

Dios, permanece sacerdote para siempre". ¿Qué significa la declaración que no tiene padres, ni principio de días, ni fin de vida?

Para los judíos era muy importante el conocer su genealogía, saber quiénes fueron sus ancestros y de qué tribus provienen; de manera especial los que aspiraban al sacerdocio o al servicio en el templo debían demostrar que efectivamente pertenecen a las familias sacerdotales o levíticas. Un ejemplo claro de la importancia de las genealogías para el que aspira al sacerdocio lo encontramos en Esdras 2:61-62: "*Y de los hijos de los sacerdotes: los hijos de Habaía, los hijos de Cos,..., Estos buscaron sus registros de genealogías, y no fue hallado; y fueron excluidos del sacerdocio*".

Para ejercer el sacerdocio se debía tener una genealogía comprobada. Pero en el caso de Melquisedec, las Sagradas Escrituras no mencionan su genealogía. No sabemos quién era su padre o su madre, o a qué pueblo pertenecía. Él no era un sacerdote de la clase de Aarón, porque de estos se requería que fueran descendientes de las tribus sacerdotales, pero Melquisedec no era miembro de ninguna de estas familias.

Es interesante hacer notar que las palabras usadas por el autor de Hebreos para "padre" y "madre" son *apatôr* y *amêtôr*, respectivamente. "En griego corriente se usaban en relación con niños desamparados o con gente de baja estofa. *Apatôr* era la palabra que se usaba en documentos legales, especialmente en partida de nacimiento, para *de padre desconocido* y, por tanto, ilegítimo".[1] El autor está diciendo que Melquisedec, en el registro bíblico, es de padre desconocido, es decir, Génesis no nos dice quien fue su padre.

En el Antiguo Testamento se suele mencionar los años de vida de cada uno de los patriarcas o personajes importantes, pero de Melquisedec no se nos dice nada. Por eso el autor dice que él es sin padre y sin madre, sin principio de días ni fin de vida, es decir, en las Sagradas Escrituras no se nos mencionan sus padres ni cuántos años vivió, no se nos dice cuándo murió. Esto no significa que él no conoció la muerte, de seguro que sí la conoció, pero no encontramos su registro en el libro Sagrado. De manera que el autor usa el silencio de las Escrituras para establecer una comparación entre Melquisedec y Jesús, en lo que respecta a su oficio sacerdotal.

El autor no dice que Melquisedec y Jesús sean iguales, él dice que son semejantes. El autor solo quiere dar una ilustración del sacerdocio de Jesús usando una ilustración del Antiguo Testamento. Así como Melquisedec es sacerdote sin ser de la tribu de Leví, de la misma manera El Hijo de Dios ha recibido el sacerdocio de parte de su Eterno Padre. Así como de Melquisedec no se nos dice cuándo inició su sacerdocio ni cuándo terminó, El Hijo de Dios es sacerdote para siempre, él es el único de su línea, así como lo fue Melquisedec. Es probable que el autor de la carta también esté hablando del reinado y sacerdocio escatológico de los creyentes, Melquisedec "vive solo como sacerdote; pertenece a aquel grupo de reyes sacerdotes que están ante el Trono de Dios sirviéndole día y noche en su templo."[2]

No debemos pensar que Melquisedec es una teofanía o una aparición del Cristo pre-encarnado, o un ángel que bajó en ese tiempo; el autor de Hebreos solo toma el silencio de las Escrituras para decirnos que Melquisedec es un tipo de Cristo, en el sentido de que de él no se menciona el día de su nacimiento ni su muerte, es como si fuera eterno, no obstante, el Cristo es con toda seguridad eterno, su sacerdocio no tiene fin.

Aplicaciones

Así como Melquisedec tenía un nombre que expresaba la característica principal de su reinado, es decir, la justicia; nuestro sumo sacerdote, Jesús, manifiesta de manera perfecta la justicia de Dios, por lo tanto todos sus súbditos somos justificados ante el Padre Eterno por la obra perfecta que él hizo en la Cruz. Su Espíritu Santo nos ayuda a conducirnos en este reinado en forma piadosa y justa. El Hijo de Dios derrama la justicia sobre su pueblo, como dice Zacarías 9:9 "*Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna*". Delante del Padre somos injustos e impíos debido a que aún hacemos muchas malas obras, pero por la obra e intercesión de nuestro eterno Melquisedec, de nuestro Rey de justicia, el Señor nos ve siempre como santos, justos y perfectos. Seamos agradecidos con nuestro rey justo y gocémonos en obedecerle, porque él no es un señor tirano, sino un soberano que derrama su amor sobre todo su pueblo. ¿Seremos infieles ante un rey tan benévolo?

El reinado de justicia de Melquisedec dio como fruto la paz, por eso él reinaba en Salem, ciudad de paz. El Melquisedec el nuevo pacto, nuestro eterno rey Jesús, siendo que inunda todo el reino con su justicia, derramándola sobre todos sus súbditos de manera que la da abundantemente para que vivamos en justicia delante de nuestro Santo Padre, se deduce entonces que la paz, como fruto de la justicia, se extiende por todo el reino, llenando de esperanza y solaz al pueblo del Señor. Como dice Isaías 9:6-7: "*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre*". Los hombres no podemos disfrutar de la verdadera paz, la tranquilidad interior, porque constantemente estamos violando la Ley del Señor y sabemos que somos merecedores de su ira, pero a través de Cristo, de su obra perfecta, somos reconciliados con el Padre Santo y ahora gozamos para siempre de tranquilidad y solaz, sabiendo que nuestro Melquisedec, rey de paz, intercede siempre por nosotros ante el creador, librándonos así de la ira de Dios. Jesús dijo: "*La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo*" (Juan 14:27). Si ya conoces al Salvador Jesús de manera personal y ahora has depositado toda tu confianza en él, de manera que ya no esperas ser aceptado por Dios basado en tus buenas obras, entonces la paz de Dios debe inundar tu alma, el apóstol Pablo lo expresa así: "*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con*

Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Romanos 5:1).

Lección Seis

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Décima Segunda parte)

Cap. 4:14 al 7:28

El orden del sacerdocio de Cristo: (segunda parte)

Argumentos a favor de la grandeza de Melquisedec

Capítulo 7:4-10

En los primeros tres versículos del capítulo 7 el autor de Hebreos ha tomado la historia de Melquisedec, narrada en Génesis, y ha usado de manera muy hábil lo que se dice y lo que no se menciona de él en dicho libro, con el fin de hacer una comparación entre su condición de rey-sacerdote y nuestro rey-sacerdote Jesús.

El autor nos dijo que Melquisedec es una buena figura de Cristo porque se pudiera decir de él que:

> Es sacerdote del Dios Altísimo
>
> Recibió de Abraham los diezmos, evidenciando así su superioridad sobre este patriarca
>
> Su nombre representa la esencia de su reinado: Rey de justicia y rey de paz

> El hecho de que en las Sagradas Escrituras no se nos mencionen los padres, el nacimiento o la muerte de Melquisedec, lo hace el candidato más apto para representar la eternidad del sacerdocio y el reinado del Mesías, de Jesús.

Ahora en los versículos 4 al 10 el autor pasará a explicar, - usando el tema de los diezmos entregados por Abraham a Melquisedec y la bendición proferida por éste,- la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre todo el sistema sacerdotal levítico.

Los argumentos que usará el autor son:

> Los levitas son los únicos que tienen autoridad para recibir los diezmos de la gente, pero Melquisedec recibió los diezmos de Abraham, aunque no era de la tribu de Leví.
>
> Aunque Melquisedec no era levita, recibió los diezmos, pero no de cualquier persona, sino de Abraham, el padre de la nación de Israel.
>
> Los levitas están autorizados para recibir los diezmos de la gente por una Ley que estableció el Señor (Núm. 18:20-21). Pero Melquisedec recibe los diezmos, no por una Ley que le dé la autorización, sino por la dignidad de su persona, por ser quién es.
>
> La bendición dada por Melquisedec a Abraham, muestra que el patriarca reconoció la superioridad y alta dignidad de Melquisedec.
>
> Los levitas reciben los diezmos como hombres mortales que son; pero Melquisedec lo hace porque vive para siempre
>
> Siendo que los hijos, por decirlo así, se encuentran en los lomos de sus padres cuando aún no han nacido, entonces, concluye el autor, Leví y todos los sacerdotes, siendo descendientes de Abraham, se encontraban en sus lomos cuando éste entregó los diezmos a Melquisedec, por lo tanto, los sacerdotes levíticos dieron los diezmos a Melquisedec, mostrando que el sacerdocio de éste es superior al de ellos.[1]

Análisis y dificultades

v. 4**. "*Considerad*"**. El autor invita a sus lectores a mirar con más cuidado la importancia de lo que ha dicho sobre la superioridad del sacerdocio de Melquisedec, pues, siendo que el Salmo 110 dice que el Señor de David es sacerdote del orden de Melquisedec, entonces es preciso mirar en detalle el significado del sacerdocio de este singular personaje. Los lectores judíos van a sorprenderse al entender lo que siempre había estado escrito en el Antiguo Testamento pero que no lo habían visto.

¿Cuál es la importancia de los diezmos? ¿Por qué razón el hecho de Abraham haber dado los diezmos a Melquisedec tiene tanta importancia para demostrar su superioridad?

Los diezmos, como institución de la Ley de Israel, se establecieron con el fin de sostener el ministerio de los sacerdotes y los levitas. Once tribus de Israel recibieron su porción de tierra en la Canaán prometida a Abraham y su descendencia, pero la tribu de Leví no recibió una porción de tierra, pues, su herencia era Dios mismo, debido al servicio que ellos desarrollarían en el Tabernáculo y en el templo. En retribución al servicio espiritual que esta tribu ejecutaría en beneficio de toda la nación, las personas de todas las tribus estaban obligadas a dar el diezmo de lo que ganaran para el sostenimiento de los sacerdotes y levitas.

Esto es lo que dice Números 18:20-24:

Y Jehová dijo a Aarón: De la tierra de ellos no tendrás heredad, ni entre ellos tendrás parte. Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel. Y he aquí yo he dado a los hijos de Leví todos los diezmos(B) en Israel por heredad, por su ministerio, por cuanto ellos sirven en el ministerio del tabernáculo de reunión.

Y no se acercarán más los hijos de Israel al tabernáculo de reunión, para que no lleven pecado por el cual mueran.

Mas los levitas harán el servicio del tabernáculo de reunión, y ellos llevarán su iniquidad; estatuto perpetuo para vuestros descendientes; y no poseerán heredad entre los hijos de Israel. Porque a los levitas he dado por heredad los diezmos de los hijos de Israel, que ofrecerán a Jehová en ofrenda; por lo cual les he dicho: Entre los hijos de Israel no poseerán heredad.

Toda la nación de Israel debía pagar este impuesto a Dios, el real dueño de la tierra prometida. Pero Dios recibiría estos diezmos a través de la tribu de Leví, lo cual se convertía en un honor para ellos, pues, actuaban en nombre de Dios, representaban a Dios en medio del pueblo. El hecho de recibir los diezmos, que en el fondo eran para Dios, dignificaba de manera especial a esta tribu por encima de las otras. Era una dignidad muy grande.

Los lectores judíos de la carta a los Hebreos estaban muy relacionados con estos conceptos, ellos mismos tenían gran estima hacia los sacerdotes y levitas que trabajan en el templo y le daban el reconocimiento a la dignidad que en ellos reposaba, lo cual se expresaba de manera clara al darles los diezmos.

Ahora, Abraham al entregar los diezmos a Melquisedec estaba reconociendo que este tenía una dignidad más grande que la de él.

Pero ¿Quién era Abraham? ¿Qué importancia personal tenía el que dio los diezmos a Melquisedec? El autor trata de exaltar la grandeza del patriarca, pues, cuanto más grande sea su gloria, mas crecerá la gloria de Melquisedec.
El autor designa a Abraham como *el patriarca*, esto con el objetivo de "patentizar su dignidad; pues, para él fue honorable en el más alto grado, el haber sido llamado "padre" en la congregación de Dios."[1]

Abraham, entre los judíos, era considerado como el principal patriarca, todos le reconocían como el padre de la nación, la estrella que más brillaba en su historia. Cuando un buen judío moría se consideraba que éste iba al seno de Abraham, como lo demuestra Jesús en la parábola del rico y Lázaro (Luc. 16:23). Cuando los judíos escuchan a Jesús decir que el que cree en él no verá la muerte, le reclaman argumentando que la persona más importante en la historia judía, es decir Abraham, había muerto y ahora este Jesús decía que no moriría. *"¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham?* (Juan 8:53). Los judíos se consideraban linaje de Abraham, éste era uno de sus mayores orgullos; a Jesús le reclamaron diciendo que ellos no eran esclavos sino hijos de su padre Abraham. (Juan 8:33, 39. Hch. 13:26). Es muy usual en el Antiguo Testamento que cuando Dios hablaba a los patriarcas iniciara identificándose como el Dios de Abraham (Hch. 7:32).

Por lo tanto, el personaje que dio los diezmos a Melquisedec no fue insignificante, sino el padre de la nación judía. Éste fue quien consideró de mayor dignidad que él al misterioso rey-sacerdote. "Abraham, que era más que todos los demás, era sin embargo inferior a Melquisedec; por lo tanto Melquisedec ocupaba el más elevado sitio de honor, y tiene que ser considerado superior a todos los hijos de Leví."[2] "Abraham era un hombre grande – "un príncipe de Dios" – para sus vecinos, llamado "amigo" por Dios mismo – pero en el relato de su entrevista con Melquisedec, es Melquisedec quien aparece como el más grande de los dos."[3]

v.5. "*Ciertamente los que de entre los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la Ley, es decir, de sus hermanos, aunque estos también hayan salido de los lomos de Abraham*". El argumento continúa. Los judíos se consideraban una raza muy especial por el hecho de ser descendientes del patriarca Abraham; no obstante, ellos debían reconocer la dignidad de los sacerdotes levíticos al darle los diezmos, es decir, el hecho de ser hijos de Abraham no los eximía de la responsabilidad de pagar el impuesto que se debía dar a Dios, el dueño de todo, a través de los sacerdotes, quienes actuaban como representantes de Dios y por lo tanto ellos tenían mayor dignidad que el resto de los descendientes de Abraham.

Así que en este rango, por decirlo así, en la parte inferior, encontramos al pueblo, que debía dar los diezmos a los sacerdotes levíticos; luego, por encima del pueblo, en dignidad, estaban los levitas y los sacerdotes, a quienes se les pagaban los diezmos.

No obstante, Abraham, el padre de quien proceden los israelitas y levitas, reconoció como superior a él a Melquisedec, un sacerdote de otra raza, de otra clase, un sacerdote gentil; como dice Calvino "Melquisedec, sin excepción, ocupaba el lugar más elevado, de suerte que todos son inferiores a él."[1] Entonces, la jerarquía queda así: primero, el pueblo; por encima de ellos los sacerdotes levíticos; pero por encima de ellos, Melquisedec el sacerdote-rey a quien Abraham, el padre de los levitas e israelíes, dio los diezmos.

v. 6-7 "*Pero aquel cuya genealogía no es contada de entre ellos, tomó de Abraham los diezmos, y bendijo al que tenía las promesas. Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor."*

El autor de Hebreos se esfuerza constantemente en recordar a los lectores la grandeza de Abraham, pues, entre más gloria tenga el patriarca, más la tendrá el que es superior a él, es decir, Melquisedec, y entre más gloria tenga Melquisedec, más la tendrá el Mesías, de quien David dijo en el Salmo 110 que tendría un sacerdocio del orden de Melquisedec.

Ahora, en el verso 6 el autor resalta que Abraham tiene una gloria muy grande, porque a él fue a quien Dios le dio las promesas. "Él fue el primero de la raza santa con quien Dios hizo un pacto de vida eterna."[1] A él le dice que en su simiente serán benditas las naciones. Dios le promete un pueblo que será suyo para siempre, un pueblo en el cual se manifestará la gloria de su gracia.

Pero, no obstante que Abraham, por así decirlo, es el hombre más dichoso de la tierra que ha recibido la honra más grande de recibir promesas juradas de parte del creador, no ve impedimento en someterse al sacerdocio de Melquisedec. Por lo tanto, Abraham no solo se sometió en el asunto de los diezmos, sino también recibiendo la bendición del sacerdote-rey, a pesar de haber recibido grandes promesas del Dios soberano.

Ahora, cuando el autor dice que Melquisedec "*bendijo al que tenía las promesas*", está usando un término que hace referencia a "una oración solemne, mediante la cual aquel que está investido de algún elevado y público honor, presenta ante Dios a los hombres que están ocupando los puestos de confianza bajo su ministerio."[2]

Aunque los creyentes podemos orar los unos por los otros y así darnos mutuas bendiciones, no obstante la bendición de que se habla aquí es de un mayor símbolo de autoridad. Es la bendición que le da un mayor a un menor, por ejemplo, cuando los patriarcas bendecían a sus hijos. En las Escrituras se nos dice que Isaac bendijo a Jacob, y Jacob a sus nietos Efraín y Manases (Gén. 27:27; 48:15), pero Jacob no podía bendecir de esa manera a su padre Isaac, pues, se trata de una bendición especial que requiere una autoridad mayor.
En el caso de la bendición de Melquisedec sobre Abraham, este último se somete, como el hijo al padre, y recibe la bendición del sacerdote-rey, evidenciándose así la superioridad de Melquisedec sobre el ilustre padre Abraham.

En las Escrituras podemos encontrar otro ejemplo que nos hace claro entender el porqué Melquisedec asume una posición de autoridad sobre Abraham cuando le bendice. Se trata de la bendición sacerdotal de Números 6:22-27:
Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos y diles: Así bendeciréis a

los hijos de Israel, diciéndoles:

Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.

Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré.

El Señor ordena a los sacerdotes bendecir al pueblo con unas palabras, y al final Dios dice que a quienes ellos bendijeren de esa manera, él mismo los bendecirá, lo cual indica que la bendición real no proviene del hombre sino de Dios, no obstante, los sacerdotes tenían este poder delegado para bendecir a los que estaban bajo su cuidado, y en ese sentido ellos estaban en un lugar más alto de dignidad y honra.

El Señor Jesús también bendijo a sus discípulos con esta clase de bendición que procede de alguien que tiene un lugar más alto de dignidad y honra. "*Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos los bendijo*" (Luc. 24:50). El alzar las manos era una costumbre sacerdotal para bendecir al pueblo, en la cual expresaban que realmente es Dios quien da su bendición.

En conclusión, siendo que la bendición sacerdotal era una labor divina, ésta evidenciaba un alto honor y dignidad, por lo tanto, Melquisedec, al dar la bendición a Abraham, asumió una dignidad muy encumbrada. Pero esta dignidad no la asumió de una manera presuntuosa, sino por aquel que le llamó y lo puso en esa honrosa posición. Por lo tanto, el personaje más importante en la historia del pueblo de Dios, a quien Dios le dio las promesas que cobijan a esa multitud incontable de creyentes, reconoció que, a pesar de ser superior a todos los demás creyentes, no obstante él es inferior a Melquisedec, es decir, inferior a Cristo, quien es el verdadero Melquisedec que ejerce su reinado y sacerdocio eterno a favor de los escogidos de su Padre.

v.8 "*Y aquí reciben ciertamente los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive*".

Ya hemos analizado en qué sentido se puede decir que Melquisedec vive para siempre,

pues, algunos han llegado a pensar que este hombre no conoció la muerte y está viviendo aún en algún lugar de este planeta. No es eso lo que el autor quiere decir, sino que él, tomando el silencio de las Escrituras respecto a su nacimiento y muerte, concluye que esto se da así porque el Señor tenía el propósito de presentar su sacerdocio como un tipo del sacerdocio eterno de Cristo, sin principio y sin fin, un sacerdocio superior al del orden levítico, el cual solo fue un paréntesis en la historia de la salvación, pues, se encontraba destinado a desaparecer una vez que las sombras hubiesen dado lugar a la realidad que representaban; es decir, una vez que Cristo, el sacerdote eterno representado muy fielmente en Melquisedec, haya cumplido su obra expiatoria. El orden del sacerdocio de Melquisedec es el que permanecerá para siempre, y no el levítico, pues, éste es eterno, sin principio ni fin.

La muerte de los sacerdotes levíticos, a los cuales el pueblo daba los diezmos, indicaba que ese sistema sacerdotal estaba destinado a desaparecer. Una vez que se haya cumplido la promesa dada a Abraham, es decir, una vez que su cimiente, la cual es Cristo, haya cumplido su obra redentora, el sacerdocio levítico moriría, desaparecería del escenario, para dar paso al sacerdocio que es superior al mismo Abraham, al de Melquisedec, es decir, al sacerdocio del Hijo de Dios. Por eso es que lamento mucho que algunos buenos cristianos estén orando para que en Jerusalén se vuelva a construir el templo y se recobre el sacerdocio levítico con todo el sistema sacrificial, lo cual es un absurdo en la historia de la salvación, toda vez que el templo de Jerusalén y todo el sistema religioso judaico estaba destinado a desaparecer para dar lugar al verdadero sacerdocio, al de Cristo. El templo de Jerusalén y el sistema sacerdotal cumplieron su papel en la historia de la salvación.

Algunos creen que la Iglesia es solo un paréntesis en la historia redentora, y que Israel es la verdadera nación de Dios, pero la verdad es que Hebreos nos deja ver lo absurdo de esa posición. Hay una promesa dada a Abraham, la cual incluía, en parte, a sus descendientes según la carne, pero la real bendición es ofrecida para el Israel espiritual, es decir, los creyentes, los que son del linaje de la fe, y por lo tanto hijos de Abraham. Estos no son favorecidos por un sistema sacerdotal humano, sino por el sacerdocio eterno del Hijo de Dios, quien fue fielmente representado en el sacerdote-rey Melquisedec. El sacerdocio del

Hijo de Dios es superior a cualquier otro sistema sacerdotal, no tiene comparación, ya que Cristo es superior al mismo Abraham.

v. 9-10 "*Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro*".

El autor va un poco más allá en su razonamiento y arguye que siendo Abraham el padre de Isaac, el abuelo de Jacob y el bisabuelo de Leví, entonces, cuando él dio los diezmos, lo hizo en nombre o representación federal de todos sus descendientes, lo cual, según el argumento que viene desarrollando, significa que los sacerdotes levíticos, estando aún en los lomos de su padre Abraham, se subordinaron también ante el sacerdocio de Melquisedec, reconociendo que éste es más grande y honorable que el sistema sacerdotal levítico.

Ahora, alguien puede objetar este razonamiento arguyendo que, entonces, si Leví pagó los diezmos estando aún en los lomos de su padre Abraham, lo mismo puede decirse de Judá, de cuya tribu vino Jesús, en consecuencia, entonces, Jesús dio el diezmo a Melquisedec, reconociendo así ser inferior en honra al sacerdote-rey. Pero este problema se soluciona cuando observamos en las Sagradas Escrituras que, aunque Jesús, en la carne, vino de la tribu de Judá, no obstante en él hay una superioridad y una situación especial que lo excluye de quedar sujeto en todo lo relacionado con su línea ancestral, pues, de Jesús se dice que es antes que Abraham (*Jesús les dijo: de cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy*. Jn. 8:58), el mismo David reconoce que este Mesías, a pesar de ser su descendiente en la carne, también es su Señor. (*Entonces él les dijo; ¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David? Pues el mismo David dice en el libro de los Salmos: dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. David, pues, le llama Señor; ¿Cómo entonces es su hijo?* Lc. 20:41-44). Por lo tanto, Jesús es superior a Abraham, y por ende a Melquisedec, o mejor dicho, siendo que Melquisedec es un tipo del Mesías, entonces el tipo no puede ser superior al antitipo, la imagen no puede ser superior a la realidad que representa.

Aplicaciones

En el capítulo 7 de Hebreos hemos aprendido que Melquisedec es un sacerdote superior a todo el sistema sacerdotal levítico, el cual fue autorizado por Dios mismo, pero destinado a desaparecer. Apreciado amigo, es posible que estés confiado y esperanzado en la mediación de sacerdotes humanos que dicen actuar en nombre de Dios, pero si el Señor terminó con el único sacerdocio que recibió su aprobación a través de Moisés, el gran profeta, entonces, cualquier sistema sacerdotal que actualmente se presente ante los hombres, necesariamente es falso y no cuenta con su aprobación. Hoy tenemos al sacerdote que tipificado por Melquisedec, vive y reina para siempre, el único que tiene máxima dignidad y honra, el único al cual se le puede llamar máximo pontífice, reverendo o sacerdote. Si aún buscas la mediación de otros hombres para tener comunión con el Padre, te invito para que mires y acudas hoy al que, a pesar de ser descendiente en la carne de Abraham, no obstante es antes que Abraham, es señor de Abraham, y es Rey y sacerdote sobre Abraham y todos los que se identifican con él por tener fe en Dios.

Aunque en nuestra vida cristiana siempre vamos a ser impactados por algunos personajes contemporáneos, como nuestros pastores, maestros o amigos cristianos especiales, o por personajes de la historia, como Calvino, Lutero, Spurgeon, entre otros; y para ellos tendremos un reconocimiento de gratitud especial, no obstante nuestro máximo deleite es identificarnos con nuestro Rey Sacerdote Jesús, quien es digno de la más alta gloria, del más alto reconocimiento. Gocémonos en llamarnos cristianos, por encima de cualquier otro nombre denominacional, pues, tenemos como máximo pontífice al Mesías, al Cristo que dio su vida y que ahora reina majestuoso a la diestra del Padre, intercediendo por nosotros para que un día también podamos verle cara a cara. En el Estado eterno nos gozaremos al ver a muchos personajes bíblicos, o personajes importantes en la historia de la iglesia, o a pastores y amigos creyentes que conocimos personalmente, pero el gozo más grande será cuando veamos a nuestro Melquisedec, a nuestro Jesús, rey y sacerdote vestido de gloria y majestad; ante él, todos, desde los personas más influyentes en la historia de la iglesia,

hasta los menos reconocidos, todos, caeremos postrados de rodillas, porque no resistiremos ver su gloria y majestad.

Los judíos daban el diezmo al Señor como señal de gratitud por la provisión de la tierra y su productividad, el cual tenía como objetivo suplir las necesidades de los sacerdotes y levitas, quienes se dedicaban a trabajar todo el tiempo en los asuntos del reino espiritual. Muchos judíos daban con agrado estos diezmos, pero otros, aunque no querían, debían darlo por obligación como un impuesto. Pero el hombre que fue llamado padre de la fe, Abraham, el que recibió las promesas y fue bendecido por Dios, representa al verdadero creyente que da los diezmos con gratitud, sin obligación alguna, pues, aún no se había dado la Ley de los diezmos, cuando él, con gozo y humildad, fue agradecido con Dios, dando los diezmos de todo lo que había recibido, como un acto de adoración ante el Dios Altísimo y en presencia de su sacerdote. Los creyentes del Nuevo Testamento damos nuestros diezmos, no como en el sistema judaico bajo la Ley, pues ahora no es una Ley que nos obligue, sino que los damos de la misma manera como los dio Abraham, como un acto de inmensa y profunda gratitud ante nuestro Soberano Dios, quien, en medio de la congregación, por la presencia de Cristo, nuestro Rey Sacerdote, recibe como olor fragante la adoración de nuestros corazones. Por lo tanto, cuando traigamos el diezmo a la iglesia, que es la casa de Dios, hagámoslo de la misma manera que hizo Abraham, que esto sea resultado de la gratitud que tenemos para con nuestro providente Dios que nos da las fuerzas y la inteligencia para trabajar y obtener el botín, el sustento diario, pero hagámoslo también como un acto de profunda adoración y reverencia ante el Dios Altísimo en presencia de su sacerdote eterno, Jesús, quien nos mira para darnos su eterna bendición espiritual.

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Décima Tercera parte)

Cap. 4:14 al 7:28

El orden del sacerdocio de Cristo: (Tercera parte)

Necesidad de establecer un nuevo orden

Capítulo 7:11-28

Primera parte

Nuestro autor va imparable en mostrar a sus lectores las cosas difíciles de explicar y que constituyen el alimento sólido para el cristiano. A pesar de las dificultades que podrían surgir en las mentes de los judíos creyentes respecto al tema del sacerdocio de Cristo, debido a que no se había considerado ese oficio del Mesías en los escritos de los apóstoles, no obstante, el autor es consciente que el Espíritu Santo le ha llamado para ser el portador de este conocimiento teológico profundo que será de vital importancia para establecer la fe cristiana como la única y verdadera religión que bebe su doctrina del cielo, y puede conducir a los hombres a la reconciliación con el Dios creador.

El tema principal de la carta consiste en mostrarnos la superioridad de Cristo y por lo tanto, la superioridad y exclusividad del cristianismo sobre cualquier otro sistema religioso, incluyendo al judaísmo.

Por cierto, el autor se está esforzando en decirnos que el verdadero judío, hoy, no es el que guarda los mandamientos de la Ley Mosaica con todos sus ritos, sino el que cree y sigue al verdadero judío, es decir, a Cristo. El está descalificando por completo a la religión judía, y poniendo en su lugar la fe cristiana, la cual es superior, porque a través de ella conocemos al Salvador del mundo.

La fe cristiana es superior al judaísmo, porque éste solo fue una sombra o paréntesis en la historia de la redención, a través del cual el Señor quiso mostrar al mundo la horrenda pecaminosidad del pecado, la terrible santidad de Dios, la necesidad de un sacrificio aceptable que apaciguara su ira.

A partir del verso 14 del capítulo 4, el argumento del autor va en *crescendo* y no cesa en demostrar que Cristo es superior y exclusivo frente a todo el sistema judaico, al cual deseaban regresar algunos de los lectores, abandonando así al único que puede ofrecerles salvación eterna y verdadera comunión con Dios.

El autor está usando la figura misteriosa de Melquisedec para desarrollar su tema de la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el sacerdocio y todo el sistema religioso judaico.

Ahora nos encontramos en el capítulo 7 de Hebreos, el cual constituye la médula de su argumento, el asunto difícil de tratar pero que es necesario para que maduremos en la fe y nos mantengamos firmes en ella sin fluctuar.

Hasta este momento el autor ha tocado varios puntos concordantes entre el sacerdocio de Cristo y el sacerdocio de Melquisedec: Tiene un reinado de justicia, él es el dador de justicia, el que justifica. Rey de justicia (v.2), El resultado de su reinado es la paz que sobrepasa todo entendimiento, reina en Salem (v.2), su reinado y sacerdocio no tiene principio, ni fin (v. 3), sin padre, ni madre, ni genealogía; es el Rey más grande y respetado (v. 4), es superior a todos los hombres, incluyendo al padre de la nación judía, es decir a Abraham (v. 4-10), este rey sacerdote es tan grande, que Abraham, el hombre más grande de la nación de Israel, le dio los diezmos, reconociendo así que era el sacerdote del Dios Altísimo y se humilló ante él recibiendo su bendición, a pesar de tener grandes promesas de parte de Dios.

Ahora desde el verso 11 y hasta el 22, el autor nos dirá que todo el sistema religioso judío estaba destinado a desaparecer para dar lugar a un orden mejor y perfecto, un orden que a

pesar de ser nuevo, realmente es antiguo, porque es la continuación del orden que se traía antes del establecimiento del sistema judaico; orden que está representado de manera clara por Melquisedec, quien, siendo gentil, fue declarado sacerdote por el Dios Altísimo.

Toda la epístola a los Hebreos **insiste en el establecimiento de un nuevo orden**, debido a que el antiguo era solo temporal e imperfecto: *El reposo de Dios es superior al reposo que consiguió Josué* (4:8), el *nuevo pacto es mejor y por lo tanto el primer pacto quedó obsoleto* (8:13), *y el sacerdocio de Melquisedec reemplaza al sacerdocio levítico* (7:11-12).

Podemos resumir los versos 11 al 19 en tres puntos principales:

1. El sacerdocio levítico es imperfecto. 11-12
2. El descendiente de Judá no puede ser sacerdote según el orden levítico. 13-14
3. El sacerdocio del Mesías es eterno porque está asociado a una vida indestructible. 15-19

Análisis y dificultades

v. 11 ¿Cuál es la perfección que no pudo alcanzarse a través del sacerdocio levítico y que hizo necesario un cambio de orden? ¿Cuál es la relación entre el sacerdocio y la Ley?
Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la Ley), ¿Qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón?

La palabra griega usada para *perfección* es *teleiösis*, la cual se refiere, no tanto al estado o cualidad de algo, sino al acto. En ese sentido, los sacerdotes levíticos habían servido a la nación de Israel por muchos siglos, pero ellos no pudieron alcanzar la salvación del pueblo; su mediación, sus sacrificios de animales y todos sus ritos no sirvieron para "dar a los hombres *una relación perfectamente adecuada con Dios*"[1] (Leer Hebreos 4:14-16).

Recordemos que el hombre fue creado a la imagen y semejanza de Dios, precisamente para

tener comunión con él. De todas las criaturas de la tierra solo el hombre puede tener perfecta comunión con Dios. Las capacidades racionales, morales y espirituales que le dio al crearlo le habilitaban para esta perfecta comunión. Génesis 3:8: "*Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el Huerto, al aire del día*".

Como consecuencia del pecado original, el hombre perdió su comunión con el Creador. Lo cual queda atestiguado por los querubines que con una espada encendida impedían el paso o regreso del hombre al jardín del Edén, ese lugar donde podía estar en comunión con Dios (Gén. 3:24).

Cuando Dios llama al pueblo hebreo de Egipto y lo lleva camino a Canaán, la tierra prometida, un regreso, por decirlo así, al paraíso perdido, desea establecer con ellos la misma comunión que mantuvo con el hombre en el jardín del Edén. Pero a causa del pecado ésta era imposible, porque Dios no tiene comunión con el mal. Como dice Proverbios 3:32: "*Porque Jehová abomina al perverso; más su comunión íntima es con los justos*".

Siendo la condición humana de perversidad, desobediencia y rebeldía contra el creador, entonces el Señor le da la santa Ley a los hebreos para que conozcan su santidad y vivan conforme a ella, de esa manera el Señor podría tener comunión con ellos. No obstante, el pueblo, a pesar de conocer la Ley santa del Señor, seguía violándola, por eso el Señor estableció, por medio de esa Ley, el sistema de sacrificios de animales, para que el pueblo acudiera al sacerdote y en el día de la expiación confesaran sus pecados en la cabeza del animal, de manera que el sacrificio y el derramamiento de la sangre obrara en ellos, por medio de la fe, el perdón completo de sus pecados, y así fueran purificados para mantenerse en comunión con el Dios santo que no resiste el pecado en su presencia (Hab. 1:13).

Este fracaso se dio porque la sangre de los machos cabríos que se sacrificaban el día de la expiación y los rociamientos que se preparaban con las cenizas de la vaca alazana (Núm. 19) solo podían limpiar por fuera a los contaminados (Heb. 9:13). Como dice Kistemaker:

"*Los sacerdotes no podían limpiar el alma del pecado. Internamente el peso de la culpa y la mancha del pecado permanecían*."[1] Por lo tanto, se requería de un nuevo sacerdocio, donde se pueda dar salvación perfecta a los creyentes.

Aunque las leyes levíticas representaban un sistema perfecto, pues ellas eran sombra de lo que habría de hacer el Mesías, no obstante, ese sistema era imperfecto en sí mismo. Los levitas y sacerdotes no pudieron "dar un servicio aceptable a la Divinidad, iluminando o instruyendo al pueblo, perdonando todas las ofensas, purgando las conciencias de culpabilidad, purificando el alma y preparándola para el cielo, regulando la conducta del pueblo a la ley moral."[2]

Pero, en este punto podemos preguntarnos: "¿Si la ley que estableció el sacerdocio levítico y el sistema sacrificial no podía dar perfección, entonces para qué la dio el Señor?" Para ser sombra de la perfección que vendría a través del sacerdocio eterno del Hijo de Dios. Y también "la ley fue dada para que el pecado abundase y apareciese como excesivamente pecaminoso y para que se mostrase la absoluta necesidad del sacrificio y mediación del Gran Mesías. Pero ni era perfecta en sí misma, ni podía conferir perfección, ni tampoco contenía el sacerdocio original."[3]

Siendo imperfecto el sistema levítico, entonces fue necesario que Dios levantara otro sacerdote, de otra orden. Los descendientes de Aarón ya no podrían continuar ejerciendo el sacerdocio, sino que ahora, el que fue llamado según la orden de Melquisedec podría ofrecer lo que el sistema antiguo no pudo dar.

v. 12 ¿Cuál es la relación entre la ley y el sacerdocio? ¿En qué sentido hubo cambio de ley bajo el ministerio del sacerdote-rey Jesús?

Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley.
Aunque los siguientes versículos (hasta el 23) explicarán en detalle la necesidad del cambio de Ley, debido al cambio del sacerdocio; en este momento podemos decir que el autor de la carta, en su argumento, no solo apela a la superioridad de Cristo sobre el sistema

sacerdotal, usando los nombres de sus representantes Leví y Aarón, sino que nuevamente nos presenta el ministerio de Cristo como superior a la Ley Mosaica, pues, cuando él habla del cambio de Ley está hablando de Moisés, el medio que Dios usó para darla al pueblo. "Detrás del orden levítico del sacerdocio estaba todo el sistema legal mosaico. Si caía el uno, caía el otro con él. Si Dios hacía obsoleto el sacerdocio aarónico por un nuevo orden sacerdotal, también hacía obsoleto el sistema legal del cual el sacerdocio aarónico derivaba su autoridad."[1]

Debemos tener presente que la esencia de la Ley levítica consistía precisamente en ofrendas de sacrificios, pero siendo que estas ofrendas no tenían la capacidad de brindar el perdón perfecto, de aliviar verdaderamente la conciencia y conducir al pecador a un arrepentimiento genuino y un cambio de vida; entonces Dios mismo ordenó que este sistema legal y sacerdotal diera paso a un sacerdote que ofrece una ofrenda perfecta, a través de la cual hace perfectos para siempre a los santificados. (Heb. 10:14); es decir, Dios desechó para siempre la orden levítica, y todo el sistema legal que la sustentaba.

Estas palabras debieron ser muy duras y difíciles de aceptar por los judíos que se habían convertido al cristianismo, pues, ellos amaban y tenían en gran estima el sistema sacerdotal levítico; pero, a pesar del dolor y el escozor que esto pudiera causar en dicha iglesia, era necesario llevarlos a comprender esta verdad, pues, de lo contrario ellos estarían viviendo una ambivalencia religiosa. El autor está diciendo que no es posible ser cristiano y judío a la vez, es decir, la religión judía, basada en el sistema legal Mosaico y sus fiestas religiosas, sacrificios y días especiales es incompatible con el nuevo orden establecido por Jesús, un orden, que no es totalmente nuevo, sino que viene desde la eternidad, representado en Génesis por aquel que no tenía genealogía, por Melquisedec.

Ahora, es necesario aclarar que el autor de Hebreos no está enseñando que el cristiano nada tiene que ver con los principios morales de la santa ley de Dios, pues, en este sentido ella es eterna y no puede ser abrogada. (Mt. 5:17). No obstante, Jesús cumplió la Ley "no para ponerla de lado sino para efectuar un cambio."[2]

El sacerdocio de Melquisedec no fue desechado para dar paso al sacerdocio levítico, más bien este sistema de sacrificios fue un paréntesis en la historia de la salvación, para mostrar a los creyentes lo horrendo que es el pecado; pero el sacerdocio del orden de Melquisedec es el que Dios escogió desde siempre para perfeccionar a los santos. Por eso, luego que se diera la Ley Mosaica, David, por el Espíritu Santo anuncia que se aproxima un cambio en el sacerdocio y por ende en la Ley cuando dice: "*Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec*" (Salmo 110:4). Un nuevo orden sacerdotal, entonces una nueva Ley.

Por lo tanto, todos los cristianos son llamados en esta carta a desechar cualquier intento de reconciliar la fe cristiana con la religión judía basada en la Ley de ceremonias y sacrificios, no es posible hacerlo sin ofender al sacerdocio real de Jesús. Lamento que algunas iglesias autodenominadas mesiánicas, estén tratando de vivir un cristianismo en maridaje con el sistema de fiestas judaicas, o la utilización hoy día de ciertos elementos del templo judaico, de sus danzas, entre otros. Esto es un retroceso, pero la iglesia es llamada a avanzar en su comprensión del ministerio de Cristo, la exclusividad de la fe cristiana como medio de perfeccionamiento.

Aplicaciones

La Ley de Moisés no hizo a ninguno perfecto. Los judíos buscaban acercarse a Dios a través de los sacrificios y fiestas especiales, pero no lo pudieron lograr de manera completa. Los creyentes del Nuevo Testamento, del nuevo pacto, hemos sido introducidos a una esperanza mejor, pues, en Jesucristo, quien es nuestra ofrenda, nuestro sacerdote y rey, somos capacitados para acercarnos a Dios, produciendo esto un gozo inefable al tener esa certeza inquebrantable de sabernos en una relación personal e íntima con nuestro Creador a través del Nuevo pacto. Ya no necesitamos de mediadores humanos, no necesitamos más sacerdotes, ahora podemos tener comunión real con Dios el Padre, a través del sacerdote rey que se sentó a la diestra de la majestad. ¿Estás disfrutando día a día de esta comunión perfecta con el creador? O todavía temes acercarte a Dios, pensando que no eres lo suficientemente justo o limpio para que él acepte que te acerques a Él. Si buscas acercarte a Dios confiando en tu limpieza o sentido de pureza, entonces sigues confiando en lo mismo

que confiaban los judíos, un sistema imperfecto; pero ahora tenemos la dicha de poder acercarnos a la Majestad, no confiados en nuestros sentimientos, sino en aquel que reemplazó el viejo sistema levítico, y que ahora ha traído consigo la perfecta comunión con el Padre. Ahora podemos, como Adán en el jardín del Edén, hablar con Dios en el fresco del día, o en medio de la más negra noche. No desaproveches esta grandiosa salvación que nos trajo Jesús, es perfecta y tiene como fin hacernos perfectos para gozar por siempre de aquel que dijo "*sed santos así como yo soy santo*".

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Décima Tercera parte)

Cap. 4:14 al 7:28

El orden del sacerdocio de Cristo: (Tercera parte)

Necesidad de establecer un nuevo orden

Capítulo 7:11-28

Segunda parte

Introducción

Desde la eternidad, el misericordioso Dios diseñó un perfecto plan de salvación con el fin de reconciliar a muchos hombres consigo mismo.

Su plan es perfecto y no contiene posibilidad de error alguno. Solo su sapientísima mente pudo concebir un plan tan perfecto, que, sabiendo de antemano la imperfección en la cual quedaría el hombre después de caer en el pecado, decide incluir esa imperfección en sus proyectos, encaminándolo todo para que la gloria de su gracia brille de manera super-deslumbrante.

Es así que, a sabiendas que el hombre pecaría y en su malvado actuar afectaría a toda la humanidad y al resto de la creación material; la eterna mente ordenó que este pecado sea usado para que su misericordia se dé a conocer de manera deslumbrante al preservar a este hombre y mantenerlo como corona de la creación.

Aunque en el razonar del hombre natural, del incrédulo, que no tiene al Espíritu Santo, semejante plan le parece absurdo, lo cierto es que los hombres no tenemos la capacidad natural de entender los caminos del Todopoderoso.

El pecado y la imperfección no provienen del Santo Dios, sino que este se encuentra en la criatura caída, quien, a pesar de ver la abundante misericordia del cielo, no obstante se aparta de sus caminos y es rebelde contra Él.
El hecho de que Dios decida usar la imperfección humana en sus planes perfectos, sólo nos muestra la excelsa gracia divina mostrada para con la humanidad.

Dios decidió mostrar a través de sombras imperfectas la perfecta salvación que ofrecería a través de Su Hijo. El autor de Hebreos está esforzándose por enseñarles a los judíos que todo el sistema religioso recibido a través de Moisés les fue dado de una manera temporal; que toda la gloria y hermosura de su templo, sus fiestas, sus ceremonias y sus sacrificios;

todo eso llegaría a su fin para dar paso al sacerdocio perfecto de Su Hijo.

Antes de continuar analizando este difícil tema, es importante resaltar que el autor de la carta en ningún momento está afirmando que el sacerdocio levítico, el templo y todo el sistema religioso judaico haya sido una pérdida de tiempo, no, de ninguna manera. Todo este sistema cumplió su papel en la historia de la salvación, pero su rol era temporal; pues, cuando viniera lo perfecto, es decir, el Mesías, ya no se necesitarían las sombras; y por lo tanto todo este sistema sería abolido.

En los versos 1 al 12 el autor nos ha dicho que el Antiguo Testamento había anunciado el fin del sacerdocio levítico, para dar paso al eterno sacerdocio del Mesías. Melquisedec, el misterioso personaje que sale al encuentro de Abraham, siendo un tipo del Mesías anunció con su reinado, su sacerdocio, su nombre, la ausencia bíblica de su genealogía, la no mención escritural de su muerte: que un día vendría un sacerdote, el cual, ya no de manera simbólica, sino real, no tenía inicio ni fin, y ejercería un sacerdocio eterno.

También la figura de Melquisedec es usada en el Salmo 110 para anunciar el fin del sacerdocio levítico, el cual le daría paso al sacerdote que es del orden del Melquisedec, es decir, a Jesús.

Que el sacerdocio del orden de Melquisedec es superior al levítico, y por lo tanto mejor, quedó demostrado en que Abraham, el padre de Leví, consideró superior a él a Melquisedec, al darle los diezmos y recibir de él la bendición sacerdotal.
Ahora del verso 13 en adelante el autor demostrará que Jesús, el Mesías, si tiene autoridad divina para ser sacerdote.

v. 13-14. ¿Qué significa la frase "nadie sirvió al altar"? "*Y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio*"

El argumento del autor es este: Solo los descendientes de Leví estaban autorizados por la

ley para servir en el sacerdocio, el cual estaba ligado al templo, donde ellos sacrificaban constantemente animales y presentaban otras ofrendas para apaciguar la ira de Dios contra su desobediente pueblo. Ninguna persona de otra tribu podía acercarse al altar o al lugar santo sin recibir el juicio de Dios. Incluso los reyes, que eran de la tribu de Judá, a pesar de ser los gobernantes de la nación, no podían asumir roles que sólo correspondían a la tribu de Leví. Al rey Uzías (2. Cr. 26:16-21) no le fue nada bien cuando intentó quemar incienso en el altar del Señor.

Ahora, es evidente, dice al autor, que Jesús es de la tribu de Judá, y no de la de Leví.
Los judíos creyentes ya conocían los registros que habían hecho Mateo y Lucas en el cual demostraban el linaje real de Jesús. Él era el descendiente de David, pero no sólo su descendiente, sino que era del linaje real.

Esto no debía ser desconocido por los creyentes, pues, "las Escrituras les habían enseñado claramente que el Cristo tenía que provenir de la familia de David (2 Sam. 7:12; Sal. 89:3,4; Jer. 23:5) y de la aldea de Belén (Mi. 5:2; Mr. 2:6).

Esto parece generar un dilema muy grande: por un lado, el Mesías debe ser de la tribu de Judá, y Jesús ciertamente lo es. Pero ahora el autor de Hebreos ha enseñado que Jesús también es sacerdote. Esto debió llevar a los judíos creyentes a preguntarse: Siendo así, entonces Jesús debe ser de la tribu de Leví, pues, de lo contrario, no puede ser sacerdote; pero, si es de la tribu de Leví, entonces no puede ser el Mesías, porque éste debe ser de la tribu de Judá. ¿Entonces qué? ¿De Judá o de Leví?
El autor responderá: según la carne es de la tribu de Judá, pero según su sacerdocio no es ni de Judá ni de Leví, sino que es eterno.

v. 15-17 ¿En qué sentido el sacerdocio de Melquisedec se basa en el poder de una vida indestructible?
"*Y esto es aún más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la Ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible. Pues, se da testimonio de él: Tú eres*

sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec"

El sacerdocio de Jesús, así como el de Melquisedec, nada tiene que ver con el templo, ni el altar, ni los sacrificios que allí se rendían. El Señor es Jesús es otro sacerdote como Melquisedec, el cual nada tenía que ver con Leví, es más, era superior a éste.

Este nuevo sacerdote no fue declarado como tal por la Ley de Moisés, ya que Jesús no era de la tribu de Leví, sino que el que dio la Ley mosaica, ha decidido cambiar esta ley y dar un nuevo decreto, en el cual, nombra a un nuevo sacerdote, no con el fin de inaugurar un nuevo orden sacerdotal; sino para que Jesús sea el sacerdote para siempre. Mientras Aarón y sus hijos fueron ordenados al ministerio a través de ritos externos como el ungimiento con aceite, las vestiduras especiales, el rociamiento de sangre y otras ceremonias terrenales, Jesús, el eterno sacerdote, fue ungido "por el poder oculto y celestial del Espíritu Santo."[1]
En este punto el autor nuevamente cita el Salmo 110:4.

Los sacerdotes levíticos ejercían su ministerio centrados especialmente en el sistema de sacrificios y ofrendas. Siendo que el verdadero sacrificio que quita el pecado del mundo había sido ejecutado, en Cristo, entonces ya no se requerían más sacrificios, y por ende, el sacerdocio levítico ya no se necesitaba. Ahora Dios les ha dado carta de despido y les dice: Yo seré el único sacerdote en la persona de mi Hijo.

Los sacerdotes levíticos dependían, para su ordenación, de su linaje. Debían demostrar que eran descendientes de Leví. (Neh. 7:63-64). Más Jesús no depende de ningún linaje, así como Melquisdec, quien no tenía que demostrar su genealogía para reclamar el derecho al sacerdocio; siendo Jesús de la misma orden sacerdotal, tampoco necesita acudir a su genealogía para demostrarlo, sino que la autoridad para ese oficio descansa en su vida indestructible.

El verdadero sacerdocio, es decir, la realidad que era representada en sombras por el sacerdocio levítico, debe ser para siempre, pero los hijos de Aarón morían y su sacerdocio era temporal.

Por lo tanto, solo el nuevo sacerdote, de la misma orden de Melquisedec, Jesús puede ser el verdadero sacerdote, ya que habiéndose levantado de la tumba demostró su poder sobre la muerte y ahora vive para siempre a la diestra de Dios.

Él es sacerdote, pero no en el templo de Salomón, sino en el mismo trono de Dios, lo cual no fue posible para ningún sacerdote levítico.

Ahora, alguien podrá preguntar en este punto del argumento ¿Cómo así que el sacerdocio levítico estaba destinado a desaparecer? ¿Acaso en el Antiguo testamento no se habla de los ritos, ceremonias y sacrificios que ministraban los sacerdotes como *estatuto perpetuo*? En Éxodo 12:17: "*Y guardaréis la fiesta de los panes sin levadura, porque en este mimo día saqué vuestras huestes de la tierra de Egipto; por tanto, guardaréis este mandamiento en vuestras generaciones por costumbre perpetua.*"

Creo que Juan Calvino logra explicar de manera muy clara este asunto: "*...la palabra leolam, no siempre significa eternidad, sino extensión en el tiempo, un largo tiempo*" por lo tanto cuando Moisés habla de los antiguos sacrificios como algo establecido para preservarse perpetuamente "*a esto yo respondo, que siempre que los sacrificios de la ley son mencionados, lo "perpetuo" ha de ser limitado al tiempo de la vigencia de la ley; y tal cosa no debe parecer extraña; porque con la venida de Cristo se efectuó cierta renovación en el mundo. Entonces siempre que Moisés habla de su propio ministerio, lo extiende hasta el tiempo más remoto, pero no más allá de Cristo. Debe observarse también, que lo "perpetuo" se aplica a los antiguos sacrificios no con relación a la ceremonia externa sino por causa de su significado místico. Sin embargo, en la ocasión presente, esta razón debe bastar, que Moisés y sus oficios eran para siempre, es decir, hasta la venida del reino de Cristo, cuando el mundo sería renovado*".[1]

En el caso del ministerio de Cristo la palabra *leolam*, no significa un largo período de tiempo, sino eternidad, porque él nunca muere y el sacerdote conserva su oficio mientras vive, y siendo que él es eterno, su sacerdocio también lo es.[2]

v. 18-19 ¿Por qué fue débil o inútil el mandamiento anterior? ¿Cuál es la mejor esperanza que introduce el sacerdote eterno, Jesús?

"*Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios*"

Los judíos del primer siglo oponían sus ritos y sacrificios al valor del sacrificio de Cristo. Incluso algunos creyentes, como podemos deducir de esta carta, estaban considerando que los ritos y ceremonias judaicas tenían un gran valor, aparte del sacrificio de Cristo. Pero la realidad es otra. Los sacrificios y ceremonias judías eran débiles o inútiles, pues, por sí mismas no podían aportar nada al ofrendante, ellas eran vacías y desprovistas de virtud espiritual. No tenían la capacidad de perdonar, limpiar o purificar al pecador, pues, en todo, estos sacrificios derivaban su eficacia únicamente del futuro sacrificio de Cristo. Si el Señor perdonó los pecados de su pueblo al ofrecer los sacrificios, no lo hizo por el rito mismo, sino por la fe puesta en el futuro sacrificio de Cristo. Así que una vez se efectúa el sacrificio del verdadero Cordero de Dios, no tiene sentido continuar con esos sacrificios, pues, ya no tienen valor, como nunca lo tuvieron, en el sentido de que por sí mismos, aparte o separados de Cristo, puedan hacer algo bueno por el pecador. "*En resumen, no se puede encontrar provecho alguno en las antiguas ceremonias, excepto en su relación con Cristo; pues de esta forma ellas hicieron que los judíos de tal manera se familiarizaran con la gracia de Dios, que hasta cierto punto las observaban esperando algo superior.*"[1]

Muchos judíos creyentes debían estar petrificados al escuchar al autor hablar de la Ley ceremonial como algo inútil o débil, por lo tanto, él atenúa la situación y aclara que la Ley no fue inútil del todo, sino que ella marcó el inicio o la primera fase del plan redentor, pero siendo ella algo elemental, entonces debía dar paso a lo que completaba el proceso.

Ahora, cuando el autor dice "*queda, pues, abrogado el mandamiento anterior*", la palabra *anterior* en realidad quiere decir "introductoria" o "aquello que precede."[2] La ley, el mandamiento o la reglamentación antigua, que establecía el sacerdocio levítico, fue

introductoria y por lo tanto temporal, ella daría paso a lo que es permanente. "La reglamentación era aplicable a los miembros del sacerdocio; la esperanza (anclada en Jesucristo, 6:19-20) es para todo creyente."[1]

El hecho de que las ceremonias, ritos y sacrificios que hacían los sacerdotes levíticos, sean considerados por el autor como "carnal o débil, ineficaz o inútil", no significa que los hombres y las mujeres del Antiguo Testamento no hayan disfrutado de paz espiritual y que no se hayan acercado realmente a Dios, pues, muchos pasajes de las Sagradas Escrituras hablan de ese gozo inefable que disfrutaron muchos al acercarse verdaderamente a Dios; especialmente el salterio. El Salmo 32:1-2 exclama, en época de la antigua ley: "*Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño*", el autor de este salmo pudo disfrutar de la limpieza de sus pecados y la tranquilidad de conciencia, él pudo tener comunión directa con Dios, "pero estas experiencias no tenían nada que ver con el tribunal levítico ni con el sacerdocio aarónico. Todo el aparato de adoración asociado con ese ritual y el sacerdocio estaba calculado más bien para mantener a los hombres a distancia de Dios en lugar de acercarlos."[2]

¿Cuál es la mejor esperanza que introduce el sacerdote eterno, Jesús? La Ley, y todas sus ceremonias y sacrificios, fueron como una niñera que condujeron de la mano al pueblo para que avanzaran a algo mejor, más grandioso y perfecto. Los patriarcas y los santos del antiguo testamento desearon ver lo que los judíos del primer siglo pudieron ver (Lucas 10:24). Como dice Calvino "*Ha de entenderse aquí un contraste implícito entre nosotros y los padres; porque en honor y privilegios, nosotros les aventajamos, ya que Dios nos ha comunicado un conocimiento pleno, mas a ellos se les apareció como si estuviera lejos y obscuramente.*"[3]

Es posible que el autor esté pensando en el tabernáculo o en el templo, donde los creyentes del antiguo testamento estaban restringidos en su acercamiento a Dios, pues, ellos debían permanecer lejos, en el atrio, ya que solo los levitas y sacerdotes podían ministrar cerca del santuario; por cierto, sólo el sumo sacerdote podía ingresar al santuario, y esto una vez al

año. Mientras tanto el pueblo miraba desde lejos estas cosas, no podían acercarse directamente a la presencia del Señor, representada por el santuario interior.

Pero ahora, siendo que no existe el tabernáculo ni el templo, pues, estos han sido desechados por Dios una vez se efectuó el sacrificio perfecto al que apuntaban los sacrificios del templo, los creyentes tenemos la libertad para acercarnos directamente a la presencia de Dios, por la mediación de su precioso Hijo Jesucristo, ya no miramos de lejos. Tratar de continuar con las ceremonias y ritos judíos significa aferrarse a las sombras de la Ley, despreciando la realidad plena que se revela en Jesucristo. Restaurar hoy día las ceremonias de la Ley significaría poner a Dios a una distancia muy grande de nosotros, cuando por medio de Cristo, ahora, podemos acceder a su presencia gloriosa.

El adjetivo *mejor*, usado por el autor de la carta, está enfatizando la supereminente calidad de la esperanza. Ahora, la esperanza también se encontraba presente en la antigua dispensación, no obstante, luego del sacrificio de Cristo esta esperanza ha cobrado una dimensión inmensa, pues, los creyentes estamos seguros que por medio de él tenemos garantizado el perdón de los pecados, la vida eterna y la entrada al cielo. "*La mejor esperanza* no se refiere a bienes terrenales, sino a espirituales; no a la felicidad temporal, sino a la eterna establecida sobre el sacerdocio y sacrificio de Cristo..."[1]

Aplicaciones

Las religiones exigen ciertos sacrificios u ofrendas de parte de sus fieles, con el fin de apaciguar la ira de sus dioses o para alcanzar sus favores; los fieles son considerados indignos de presentarse directamente ante la divinidad, por lo cual deben buscar la mediación de otros hombres, por lo general denominados sacerdotes, iluminados o mediadores; caracterizados estos por los mismos pecados de aquellos que acuden a su mediación. Cientos de miles de personas hoy día vagan por el mundo buscando encontrar paz espiritual y para ello hacen toda clase de sacrificios personales, económicos y de otra índole, sometiéndose a los caprichos o exigencias de un cuerpo de sacerdotes que, al igual que ellos, tampoco tienen paz en sus corazones. Ellos dicen tener la capacidad de mediar

entre Dios y los hombres, pero ni siquiera pueden estar seguros de que Dios escuche sus plegarias, porque viven practicando el pecado y realmente no le conocen. Jesucristo, el Hijo de Dios, vino a esta tierra para reconciliar a los hombres con Dios a través de su muerte substitutiva. Hoy día, todo aquel que verdaderamente confía en su poder salvador, es limpiado, perfeccionado, y santificado por la obra de Cristo. Si andas vagando en el mundo buscando la paz espiritual, es decir, si deseas saber que estás reconciliado con el Dios creador y que puedes gozar de verdadera comunión con él, entonces mira a Cristo, busca su mediación, no la de los hombres, no la de los ángeles, no la de los que se autodenominan sacerdotes; pues, ellos no pueden hacer nada por ti, pero ahora tienes al único sacerdote que verdaderamente te puede poner en contacto con el Padre Eterno, a Jesucristo, quien con amor tierno te llevará de la mano a su Padre y te concederá la paz abundante que proviene de su sangre vertida en la cruz, a través de la cual garantiza el perdón de nuestros pecados.

Hoy día todos los creyentes podemos entrar a la presencia del Padre sin necesidad de recurrir a ningún mediador o sacerdote terreno. Los pastores o ancianos no son sacerdotes o mediadores, ellos son guías espirituales levantados por Dios de entre el pueblo, para enseñar la Palabra, administrar la disciplina eclesiástica y celebrar los sacramentos. Ni siquiera los apóstoles, los verdaderos, los doce mas pablo, se ofrecieron como mediadores entre Dios y los hombres, pues, ahora no tenemos templos donde sacrifiquemos ofrendas que apacigüen la ira de Dios, y por lo tanto no requerimos de ninguna clase de sacerdotes; ahora todos podemos acercarnos al Santuario, no al terreno, sino al celestial, por la mediación de Cristo, y tenemos seguridad de que seremos aceptados por el Padre, debido a que su sangre preciosa nos ha limpiado. No te dejes engañar por aquellos farsantes que hacen de la fe un negocio y se presentan como los ungidos de Jehová, como la casta exclusiva que puede escuchar la voz de Dios de manera directa; como los que tienen capacidades de sanar las enfermedades a cambio de una siembra u ofrenda; no te dejes engañar por aquellos pastores o líderes cristianos que, olvidando la humildad que debe caracterizar al ministro servidor, se presentan como clase sacerdotal ante los demás, eso es falso y solo es resultado de mentes exaltadas en sus tontas y carnales imaginaciones. Si quieres escuchar la voz de Dios, escucha a Cristo, quien habla en las Escrituras. Si quieres recibir las bendiciones de Dios, acude a Cristo quien las puede conseguir y dar de manera

abundante para todos aquellos que confían plenamente en él.

Lección Siete

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (15 parte)

Cap. 4:14 al 7:28

El orden del sacerdocio de Cristo:

La superioridad del nuevo orden: Por el juramento y la permanencia

Capítulo 7:20-28

Introducción

En el año 70 de la era cristiana, el 10 de Agosto, el general romano Tito sitió a Jerusalén y logró derribar sus fuertes murallas. El poderoso ejército romano ingresó a la ciudad y no tuvo compasión de sus habitantes ni de sus lugares santos, literalmente destruyeron el templo y no quedó piedra sobre piedra.

Con la destrucción del templo y de la ciudad también desapareció el sacerdocio, el culto y los sacrificios instituidos por la ley de Moisés.

Pero ¿Qué sería ahora de los creyentes si no tenían un sacerdote que mediara por ellos a

través de sacrificios con el fin de apaciguar la ira de Dios? ¿Dónde adorarían ahora los creyentes si el único lugar autorizado por la Ley mosaica como templo había sido destruido? Y por cierto, en 2000 años no ha podido ser reconstruido, y en caso de que esto se diera, sería muy difícil reestablecer el culto en dicho templo, pues, luego de 20 siglos de estar expatriados, no sería tan fácil determinar quiénes son descendientes de Aarón, y por lo tanto con derecho al sacerdocio. ¿Entonces qué? ¿Qué esperanza hay de que el culto verdadero al Dios del cielo pueda darse en las épocas posteriores a la destrucción del templo de Jerusalén? ¿Qué esperanzas hay de que los creyentes encuentren a un sacerdote que los ayude a acercarse a Dios?

En el capítulo 7 el autor de la carta a los Hebreos se encuentra interesado en demostrar la infinita superioridad del Sacerdocio de Jesús sobre el sacerdocio levítico, con el fin de llegar a la conclusión de que ahora, luego de la obra efectuada por Cristo, el sacerdocio levítico ha llegado a su final, y por lo tanto también la ley que lo sustentaba. Pero Dios no ha dejado a su pueblo sin sacerdote, sino que, desde tiempos antiguos, habló de un nuevo sacerdocio, según el orden de Melquisedec, el cual sería para siempre porque lograría la perfección de los creyentes, comunicándolos verdaderamente con Dios y limpiando sus corazones de toda inmundicia.

Ya en el capítulo 7 el autor ha demostrado lo siguiente:
El sacerdocio de Melquisedec, el cual era un tipo del sacerdocio de Jesús, es superior al sacerdocio levítico porque cuando ellos aún se encontraban en los lomos de su padre Abraham, dieron los diezmos a Melquisedec, a pesar de que ellos mismos luego lo recibirían del pueblo. También es superior porque aunque ellos, en Abraham, habían recibido la promesa de bendición de parte del Señor, no obstante se humillaron ante el rey-sacerdote Melquisedec para recibir su bendición.

Siendo que el sacerdocio levítico no tuvo la capacidad de perfeccionar a los santos, es decir, no pudo ofrecer el verdadero perdón y limpieza a través de la sangre de los animales, entonces fue necesario que se introdujera un nuevo sacerdocio y una nueva ley, pues, cuando Dios a través de David en el salmo 110:4 dijo que el Mesías será un nuevo

sacerdote, es necesario entonces que la Ley cambiara, ya que ella sólo autorizaba a los miembros de la tribu de Leví para ejercer el sacerdocio, y el Mesías no sería de la tribu de Levi, sino de la tribu de Judá.

El sacerdocio de Melquisedec, que apunta a Cristo, no se constituye con base en una genealogía, sino en el poder de Dios que lo decreta, y en la vida eterna del sacerdote.

Ahora, desde el verso 20 hasta el 22 el autor demostrará la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el levítico, en que el primero fue constituido bajo juramento, mientras que el segundo solo bajo un mandamiento.
En los versos 23 al 24 demostrará la superioridad del sacerdocio de Jesús, en que él vive para siempre y por lo tanto siempre será sacerdote, mientras que los sacerdotes levíticos morían y por lo tanto fue necesario que se ordenaran muchos en la historia del templo.

Analicemos las dificultades y detalles de estos pasajes.

v. 20 ¿Qué papel cumple el conector "y" en la argumentación que continúa desde el verso 20? ¿Qué diferencia marca el hecho de haber sido ordenado al sacerdocio con o sin juramento?
"*Y esto no fue hecho sin juramento; porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec*".

No siempre los conectores lingüísticos son analizados o considerados en detalle para la comprensión de un escrito, pero estos le dan coherencia a lo que se dice, y en muchas ocasiones aportan claridad para la comprensión del tema. En este caso, el autor usa este conector con el fin de hacernos ver que desde el versículo 20 aportará una nueva prueba con el fin de demostrar la superioridad del sacerdocio de Cristo. Aquí no hay tregua alguna. Los judíos convertidos al cristianismo estaban recibiendo golpe tras golpe en sus pretensiones de considerar a la religión judaica como igual o superior al cristianismo. No hay consideración alguna. El autor aporta prueba tras prueba de que ahora sólo el

cristianismo es aceptado por Dios como la fe, la religión que expresa su perfecta voluntad.
La otra prueba de la superioridad del sacerdocio de Cristo es que éste fue constituido bajo un juramento. La prueba es tomada de la primera parte del Salmo 110:4.

Ahora, el autor dice que "*los otros*", haciendo referencia a los sacerdotes levíticos; no fueron ordenados al sacerdocio bajo juramento. Y esto marcará una diferencia fundamental entre las dos clases de sacerdocio.

¿Si los sacerdotes levíticos no fueron constituidos bajo un juramento, entonces sobre qué fundamento fueron ellos ordenados? Ellos fueron llamados al sacerdocio conforme al mandamiento o a la Ley. Dios dijo a Moisés: "*Les ceñirás el cinto a Aarón y a sus hijos, y les atarás las tiaras, y tendrán el sacerdocio por derecho perpetuo. Así consagrarás a Aarón y a sus hijos*" (Éx. 29:9). Ellos fueron ordenados conforme a un mandato de parte de Dios. En verdad que los mandatos de Dios son firmes, por lo tanto este sacerdocio gozó por mucho tiempo de autoridad. El tiempo de su ministerio fue tan extenso que el Señor usa la palabra *perpetuo,* pero ya hemos visto que *Leolan*, no siempre significa sin fin, sino que hace referencia a un tiempo muy largo; en este caso, el sacerdocio levítico duraría para siempre mientras durara la Ley que lo ordenó. Pero esta Ley llegó a su fin, y por lo tanto el sacerdocio que de ella se derivaba. Hubo un mandamiento, pero éste podía ser cambiado.
En contraste, el señor Jesús, siendo el Mesías de quien se habla en el Salmo 110, fue ordenado al sacerdocio, no por un mandamiento que pudiera cambiar, sino por un juramento que garantiza su sacerdocio para siempre.

Ahora, ya hemos visto que, aunque la Palabra de Dios es totalmente veraz, de manera que él no necesita jurar como los seres humanos para afirmar sus palabras, no obstante, en algunas ocasiones el Señor juró, a la usanza de los hombres, con el fin de hacer más firme su Palabra, con el fin de mostrar la inmutabilidad de su consejo.

Y es que Dios, al hablar del nuevo pacto y todas las promesas que le sustentan, fue muy abundante en ofrecer seguridad. Ya estudiamos que cuando el Señor dio la promesa a Abraham la acompañó con un juramento, garantizando así de una manera sobreabundante

que a través de la cimiente de Abraham, es decir, Cristo, la promesa de salvación por gracia se cumpliría de manera perfecta.

Y ahora, al establecer el sacerdocio de Cristo, a través del cual obtenemos la verdadera comunión con Dios, el Señor nuevamente hace un juramento, garantizando así, de manera sobreabundante que las bendiciones del evangelio superan cualquier otra bendición que Dios haya dado en el pasado. El sistema de sacrificios y ceremonias del Antiguo Testamento ofreció por un tiempo la oportunidad de mirar a través de la fe al Salvador, y de seguro que muchos santos en esa época se beneficiaron de semejantes ceremonias; pero el Evangelio prometido a través del Mesías, supera con creces cualquier bendición anterior. La salvación que ofrece Dios a través del sacerdote Jesús no tiene comparación con ninguna otra bendición, es una salvación superabundante y supersegura.

El Señor es inmutable en su esencia, nunca cambia, siempre es el mismo. Su consejo secreto también es inmutable, todo lo que ha determinado hacer lo hará. En esto no debemos tener ninguna duda. No obstante, en las Sagradas Escrituras encontramos algunos mandatos que el señor dio y luego él mismo los cambia, no porque haya un cambio en su esencia, sino porque así lo ha determinado él. Por ejemplo, el Señor Jesús les dijo a sus discípulos que cuando fueran en misión evangelizadora no llevaran bolsa, ni alforja, ni calzado (Luc. 10:4), pero luego les dice "*el que tiene bolsa tómela y también la alforja*" (Luc. 22:36). De la misma manera el Señor ordenó una serie de mandamientos para el establecimiento de ceremonias, sacrificios y ritos, pero, en su plan eterno ordena que este mandamiento cese, para dar paso a otra ley. Los sacerdotes levíticos fueron ordenados conforme a un mandamiento de parte del Señor, pero Dios ordenó que esta orden sacerdotal acabara.

Ahora, en el caso del sacerdocio de Cristo, Dios no dio un mandamiento, sino que hizo un juramento. Y un juramento significa que lo que Dios se encuentra estableciendo permanecerá para siempre, será algo firme, como dice el Salmo *"y no cambiará de parecer*". Es decir, no hay posibilidad alguna de que Dios declara cesante el ministerio sacerdotal de Cristo, pues, su declaración fue acompañada de un juramento. Es una realidad

doblemente afirmada, por la palabra fiel del que lo dijo y por el juramento que le acompaña.

v. 22 ¿En qué sentido es Jesús fiador de un mejor pacto? *"Por tanto Jesús es hecho fiador de un mejor pacto*".
La palabra griega usada aquí para fiador es *egguos*, la cual significa literalmente garante, lo cual hace referencia a un mediador.[1] ¿Quién es el garante, la garantía de que Dios cumplirá su propósito de establecer un nuevo y mejor sacerdocio que garantice la salvación de su pueblo? La respuesta es: Jesús, el poderoso mediador.
Ahora, ¿De qué es hecho Jesús fiador o garante? De un pacto. Pero no de cualquier pacto, sino de uno mejor. Esto implica, entonces, que había otro pacto, uno, del cual se nos dice que es mejor que el anterior.

Aunque el autor de la carta tratará más adelante, con muchos detalles, el tema del nuevo pacto, aquí es preciso decir que el pacto anterior, el cual es superado por el nuevo, hace referencia al pacto del Sinaí. En este caso el mediador o garante fue Moisés, quien actúa a favor del pueblo, transmitiéndoles el santo consejo de Dios. Y, aunque Moisés varias veces se interpuso entre la ira de Dios y el pueblo, presentando su propia vida a cambio del bienestar del pueblo, no obstante Moisés no podía garantizar el cumplimiento total del pacto, puesto que él mismo era un hombre pecador y mortal.

Por lo tanto, siendo que el mediador no podía garantizar el cumplimiento de las condiciones del pacto, el resultado fue que nada pudo perfeccionar, y se hizo necesario el establecimiento de uno nuevo y mejor.

Ahora, el nuevo pacto es superior porque hay promesas más seguras, como ya hemos visto en la promesa juramentada que Dios le dio a Abraham, en la cual asegura que a través de la cimiente de este, es decir, Cristo, él dará bendición abundante a las naciones de la tierra. Pero no solo hay promesas abundantes para el nuevo pacto, sino que hay garantías más seguras y firmes.

Ahora no hay un Moisés, sino un sacerdote quien, como fue tipificado por Melquisedec, es Rey eterno, no tiene principio ni fin, y por lo tanto puede garantizar que las promesas del pacto se cumplirán de manera perfecta y eterna.

Dios no necesita un garante que le obligue a cumplir sus promesas, así que, aunque Jesús mismo es la garantía de que Dios cumplirá sus promesas, él también actúa como fiador a favor del hombre. El problema con el antiguo pacto es que la promesa está supeditada al cumplimiento de la Ley, pero los miembros de la nación de Israel no pudieron cumplir la ley, y aunque los sacrificios se hacían con el fin de propiciar o apaciguar la ira de Dios, estos no podían limpiar realmente los pecados, por lo tanto el pueblo quebrantó el pacto.

"Palabra que vino de Jehová a Jeremías, diciendo: Oíd las palabras de este pacto, y hablad a todo varón de Judá, y a todo morador de Jerusalén. Y les dirás tú: Así dijo Jehová Dios de Israel: Maldito el varón que no obedeciere las palabras de este pacto, el cual mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciéndoles: Oíd mi voz, y cumplid mis palabras, conforme a todo lo que os mando; y me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios; para que confirme el juramento que hice a vuestros padres, que les daría la tierra que fluye leche y miel, como en este día. Y respondí y dije: ***Amén,*** *oh Jehová*" (Jer. 11:1-5).

Pero el señor había hecho provisión para un pacto mejor, el cual asegura, no sólo que Dios cumplirá su promesa, sino que los miembros o el pueblo del nuevo pacto si cumplirá con las condiciones del mismo.

Un pacto es un acuerdo entre dos personas, en las cuales hay unas promesas y unas condiciones. Esto lo vemos en los asuntos de la vida diaria. Podemos hacer un pacto de compraventa en la cual hay dos actores, uno que se compromete a vender determinado bien y la otra parte que se compromete a comprar. Uno promete entregar el bien a cambio del pago que hará el otro. Con el fin de asegurar que el pacto se cumpla, se puede buscar uno o varios fiadores, los cuales tendrán que responder con sus posesiones, en caso de que el comprador incumpla con el pacto.

En el nuevo pacto hay dos actores, Dios y el hombre. Dios promete: "*Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo… perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado*" (Jer. 31:33-

34). Y del hombre solo se pide una condición: Fe.

Pero el nuevo pacto es tan perfecto y seguro, que, no pudiendo el hombre generar fe en su corazón para creer en Cristo, puesto que su estado espiritual de muerte no se lo permite, entonces el Señor le da el don de la fe, como dice Pablo en Efesios 2:8: "*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros pues es don de Dios*".
Así que los que somos beneficiarios del nuevo pacto no solo estamos seguros de que Dios cumplirá en nosotros su propósito de salvarnos, sino que Jesús garantiza ante el Padre que nosotros cumpliremos con el requisito que él pide.

v. 23-25. "*Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos*"

Un argumento adicional para confirmar el fin del sacerdocio levítico consiste en que en esta orden sacerdotal los ministros debían ser reemplazados frecuentemente, pues, todos ellos morían. La muerte de los sacerdotes presagiaba el fin de ese sistema sacerdotal. Josefo, el gran historiador judío, contó Ochenta y tres sacerdotes desde Aarón hasta la caída del segundo templo, en el 70 D. C.[1]

Ahora, el Salmo 110:4 anuncia que vendrá un sacerdote, de otra orden, la de Melquisedec, el cual estará en ese oficio para siempre. Este es un contraste inmenso, pues, mientras los sacerdotes levíticos tenían un oficio limitado por la muerte, Jesús permanece y vive para siempre; mientras los otros eran conquistador por la muerte, Jesús mismo conquistó a la muerte.

El resultado de contar con un sacerdote inmutable, es decir, en el cual no hay cambio de sacerdotes debido a que la muerte no le pone fin, es que ahora nosotros los creyentes podemos acercarnos constantemente a Dios a través de él, encontrando siempre disponible su mediación. Y este hecho asegura que nuestra salvación es firme y eterna.

Es interesante notar que el versículo 25 puede ser traducido así "*él es capaz de salvar completamente a aquellos que se acercan a Dios*". Mientras algunas personas tratan de encontrar en la carta a los Hebreos los más poderosos argumentos para demostrar que la salvación ofrecida por Cristo es inestable e insegura, es decir, que esta se puede perder; la verdad de la carta es todo lo contrario, en ella se afirma una y otra vez la seguridad de salvación que tenemos en nuestro poderoso Salvador. Su sacerdocio eterno garantiza la salvación eterna y plena.

Su mediación constante ante el Padre asegura para nosotros el perdón completo de los pecados y la aceptación total de parte de nuestro Dios, por eso Juan escribió diciendo: "*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiaros de toda maldad*" (1 Juan 1:9). Como dice Kistamaker "Jesús es un Salvador que hace su trabajo de un modo completo, acabado y perfecto. El libera al hombre de la maldición del pecado y logra restaurar la relación entre Dios y el hombre; mediante Jesús, el hombre es reunido con su Dios (Juan 17:21)."[1]

Los sacerdotes levíticos no pudieron completar la salvación del pueblo porque ellos tenían fin de vida, pero los creyentes en el nuevo pacto cuentan con un sacerdote que no conoce fin y por lo tanto tienen la seguridad que éste mediador obrará a su favor para completar la salvación. Por eso no tememos perder la salvación, debido a que el sacerdote con el que contamos ahora no es débil, no es incapaz, es un sacerdote inmutable que hace bien su oficio. Él, a diferencia de los sacerdotes judaicos, no necesita vivir para sí mismo, ni requiere interceder por sí mismo, sino que ahora vive exclusivamente para interceder por su pueblo, es decir, por aquellos que se acercan al Padre a través del Hijo.

Si alguien trata de buscar a Dios a través de cualquier otro medio, diferente a Jesucristo, éste no tiene garantizado que el Señor le escuchará, es mas, ni siquiera encontrará su favor, pues, debido a nuestra condición de pecadores no podemos siquiera ser escuchados por Dios; pues, nuestro pecado ha creado una barrera inmensa entre el santo creador y la criatura. Es por eso que nadie puede acercarse a Dios de manera directa, pues, solo intentar

hablar, y la ira santa de Dios lo consumiría. (Recordemos la experiencia de Isaías en el capítulo 6 de su libro).

Acercarse a Dios a través de nuestros propios medios o buscando la intercesión de otra persona, llámese éste sacerdote, pastor, santo, iluminado, apóstol, la virgen, entre otros, es como tratar de atravesar el vasto océano, desde América hasta Australia en una balsa, sin remos, con un viento huracanado en contra y una legión de tiburones al asecho. De seguro que no llegará a su destino final.

El autor de la carta les está diciendo a sus lectores judeo-cristianos: no sean torpes. Si tratan de combinar el cristianismo con el judaísmo, o si regresan al sistema religioso del que salieron, están perdiendo la maravillosa oportunidad de contar con un sacerdote inmutable, eterno, que no tiene necesidad de interceder por sí mismo, sino que se place en interceder constantemente por su pueblo; un sacerdote que no solo murió él mismo para salvar a los que confían en él, lo cual no hizo ningún otro sacerdote, sino que además desarrolla su ministerio a la diestra del Padre, es decir, él es el más cercano a Dios; no sólo porque está sentado a su lado, sino porque él mismo es Dios. Pero no es un Dios que vive alejado de la criatura, sino que conoce la necesidad del hombre, porque además de ser Dios es totalmente hombre, nació, vivió y conoció las penurias de todos nosotros; incluso, sufrió las más terribles tentaciones, de manera que puede socorrernos en las circunstancias más difíciles de nuestra vida. Él transitó los valles de sombra y de muerte, convirtiendo así nuestra muerte, de algo oscuro y tenebroso a un paseo agradable y hermoso, porque el que transitó sus oscuros valles, resucitó glorioso de ella y ahora, en la hora de la muerte, gozamos de su presencia radiante, convirtiendo a nuestro paso lo oscuro en luz y lo desagradable en victoria.
¿Por qué querer cambiar de un sacerdocio así? ¿Dónde podremos encontrar algo mejor?

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (16 parte)

Cap. 4:14 al 7:28

El orden del sacerdocio de Cristo:

La superioridad del nuevo orden: Por la excelencia del sacrificio y su perfección

Capítulo 7:20-28

Introducción

El profeta Zacarías (3:1) recibió una visión un tanto extraña. Él vio una escena que se desarrollaba delante de la presencia de Dios. Allí estaban parados Josué, el sumo sacerdote, y a su lado Satanás, quien estaba listo para acusarle. ¿Y por qué le acusaba Satanás? Porque Josué, siendo el Sumo sacerdote, tenía pecado, y esto es ilustrado por sus ropas viles. Él había cometido vileza ¿Cómo podía él estar en la presencia de Dios, en el lugar santo, intercediendo por el pueblo, cuando él mismo estaba cubierto de suciedad a causa de su pecado?

Pero esta no era la situación exclusiva del sumo sacerdote Josué, sino que el resto de sacerdotes levíticos vivió la misma experiencia, de manera constante. Y así como Dios tuvo que perdonar a Josué, perdonó al resto de sumo sacerdotes. Ninguno de ellos fue digno para estar en la presencia de Dios a favor del pueblo. Su propio pecado necesitaba primero del perdón divino, para que luego pudieran pedir por los pecados del pueblo.

El contraste que el autor de la carta a los Hebreos hace en estos finales versículos del capítulo 7, entre la superioridad del sacerdocio de Jesús y el sacerdocio levítico, es que Jesús ofrece una mediación perfecta a favor de los creyentes, porque él mismo no necesita perdón, sus vestidos no son viles, y por lo tanto tiene acceso directo al Padre para

interceder, no por él mismo, sino por nosotros. Y no solo él es un sacerdote santo, sino que también ofreció una ofrenda perfecta, de tal calidad que sólo bastó una ofrenda para apaciguar perpetuamente la ira de Dios y consiguió así su favor para con nosotros.
El versículo 28 se convierte en la declaración culmen de todo el argumento que se trae desde el 4:14: "El mandamiento solo pudo constituir sumos sacerdotes débiles, mas el juramento instituyó al Hijo, quien ha sido hecho perfecto para siempre".
Abordemos el estudio de estos versos finales.

v. 26. "*Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos;"*
Los versos 26 al 28 son una conclusión de todo el sermón que el autor ha dado en el capítulo 7. Estos versos dejan ver la profunda reverencia que produjo en el escritor la contemplación de la majestad de Jesús. Y no es para menos, pues, el autor no está interesado en solamente ganar una batalla ideológica con el fin de derribar el judaísmo, sino que su propósito último es presentar de manera exaltada a Jesús, el autor y consumador de nuestra fe. Las discusiones religiosas que solo se concentran en derribar los argumentos del contendor, pero que no llevan a presentar de manera gloriosa al Gran Salvador, son infructuosas y no glorifican a Dios.

Aquí se nos presenta un hermoso cuadro de Jesús: Lo primero que el autor resalta de nuestro Melquisedec es que él nos convenía como sumo sacerdote. Cuando dice que él *nos convenía* está refiriéndose a su poder para ayudar y salvar (2:17). Kistemaker traduce esta frase: "*Así es el sumo sacerdote que suple nuestra necesidad.*"[1] Él es capaz de cumplir a perfección con el propósito por el cual vino al mundo.

Veamos cada una de las cualidades de este sumo sacerdote que está presto para suplir de manera abundante y perfecta la gran necesidad del ser humano:
a. Santo. (*Hosios*). La palabra usual para santo, en griego, es *hagios*, la cual significa apartado de manera legal; pero la palabra usada en este verso para santo es *Hosios*[2] la cual tiene el sentido de "consagrado internamente para Dios". Jesús no sólo es apartado para Dios, sino que internamente está consagrado a su Padre. Nuestro sumo sacerdote es

piadoso. Él es Dios, y por lo tanto separado del pecado. Su vida terrena fue intachable y él no heredó la naturaleza pecaminosa humana, siendo inmaculado en su nacimiento. Nuestro sumo sacerdote fue tentado en todo, según las debilidades humanas, pero nunca cometió pecado. (Heb. 4:15). Se deleitó en obedecer la perfecta voluntad de su Padre, y la Ley del Señor gobernó su vida. No quiso hacer su voluntad, aunque era santa, sino que vivió para glorificar al Padre (Juan 17:4). *Hagios* describe a una persona que siempre cumple fielmente su deber para con el Altísimo.[1]

La santidad era requerida para el oficio sacerdotal, pero siendo que los sacerdotes eran pecadores entonces "... no había perfección en el sacerdocio levítico; ni era legítimo en sí verdaderamente, a menos que estuviese subordinado al de Cristo; y sin duda, los ornamentos exteriores del sumo pontífice señalaban este defecto; pues ¿para qué se empleaban esas espléndidas y costosas vestiduras con las cuales Dios ordenó que se ataviasen al desempeñar los ritos sagrados? ¿Qué no eran sólo símbolos de una santidad y excelencia que sobrepasaba a todas las virtudes humanas? Ahora bien, estos símbolos fueron introducidos porque la realidad no existía. Entonces, es indiscutible que únicamente Cristo es el sacerdote plenamente calificado."[2]

b. Inocente. (*akakos*). Él es sin malicia ni culpa. La palabra griega *kakías* significa maldad, por lo tanto *a kakos* "describe al que está tan libre de todo mal que no queda en Él sino solo bondad."[3] "Él es "sin mal – santo por dentro y por fuera; que no injuria a nadie, sino que vive para el bien de los demás".[4] La santidad habla de su carácter interno, mientras que la inocencia, de su conducta externa. Los sumos sacerdotes no eran sin culpa, ellos debían ofrecer sacrificios para limpiar su maldad, pero el sacerdote eterno no tiene necesidad de esos sacrificios debido a que él es sin culpa. Jesús es inocente porque Él está "tan limpio, que su presencia es como un antiséptico; y en su corazón no hay nada más que el amor misericordioso de Dios."[5]

c. Sin mancha. (*amiantos*). Puro, sin mácula. "No se trata meramente de una pureza ritual (Lv. 21:10-15), sino de una verdadera pureza ética."[6] Nuestro sumo sacerdote no tiene contaminación alguna, a pesar de haber vivido entre los pecadores. Él es como el médico que ayuda a los enfermos en medio de una epidemia, pero es inmune a ella, no se contamina con la enfermedad. Las víctimas que se ofrecían a Dios en sacrificio debían ser

sin defecto alguno, de manera infinitamente superior Jesús no tiene defecto que puedan impedirle acercarse a Dios. Su sacrificio fue acepto y por lo tanto estaba habilitado para entrar en la misma presencia de Dios.

d. Apartado de los pecadores. Aunque él vivió en medio de pecadores, comió con los pecadores y fue llamado amigo de pecadores, identificándose empáticamente con el género humano; en lo que respecta al pecado y la maldad, él es apartado, el otro, el santo. "La diferencia entre Él y cualquier hombre radica, no en que no fuera completamente humano, sino en que es el Único en el Que se encuentra perfecta la humanidad."[1] Jesús estuvo muy cercano a los pecadores pero alejado del pecado, por el contrario los fariseos se alejaban de los pecadores pero internamente eran como ellos. Es probable que esta declaración (apartado de los pecadores) también haga referencia a la exaltación de Cristo.

e. Hecho más sublime que los cielos. Jesús ha sido encumbrado por encima de los cielos, es decir, su posición actual es la más excelsa posible. El gobierna junto al Padre, por eso se dice que está sentado a su diestra (Heb. 1:3). Siendo que nuestro sumo sacerdote se humilló a si mismo bajando a las partes más bajas, es decir, a la tierra, entonces su exaltación ha sido tan alta que nuevamente regresó a su elevada gloria.

v. 27. "*Que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo*"

Las comparaciones entre el sumo sacerdocio de Jesús y el aarónico continúan. El propósito es mostrar que el sistema sacerdotal antiguo ha sido definitivamente reemplazado por uno nuevo, pero muchísimo mejor. Por cierto, en la lengua original este versículo inicia con la palabra *proteron* (primero) el cual es un adverbio regular para comparación entre dos.[2]

El argumento que se expone en este versículo contrasta la pureza personal entre los sacerdotes aarónicos y Jesús, y también compara la efectividad de los sacrificios ofrecidos en los dos sistemas.

En el orden aarónico los sacrificios eran continuos, año tras año el sumo sacerdote debía ingresar al santuario para ofrecer sacrificios. Pero uno de los primeros sacrificios tenía como fin buscar la purificación personal del sacerdote. Esto es lo que dice Levítico 16:6:

"*Y hará traer Aarón el becerro de la expiación que es suyo, y hará la reconciliación por sí y por su casa*". Ahora, no sólo se debía ofrecer sacrificios por los pecados del sacerdote en el día de la expiación, sino que en las otras épocas del año también había provisión para los pecados diarios del sacerdote "*Si el sacerdote ungido pecare según el pecado del pueblo, ofrecerá a Jehová, por su pecado que habrá cometido, un becerro sin defecto para expiación*" (Lev. 4:3).

El momento más claro, mencionado en las Sagradas Escrituras, en el cual el sumo sacerdote debía ofrecer sacrificios por sus propios pecados, se da en el gran día de la expiación: "El primer acto del ritual era el sacrificio por los pecados del sumo sacerdote. Se lavaba las manos y los pies; se quitaba la ropa lujosa y se vestía de lino blanco purísimo. Entonces le traían el becerro que él mismo había comprado con su propio dinero. Ponía las dos manos en la cabeza del becerro para transferirle sus pecados, y hacía la siguiente confesión: Ah, Señor Dios, he cometido iniquidad; he cometido transgresión; he pecado, yo y mi casa. Oh Señor, te suplico que cubras las iniquidades, transgresiones y pecados que he cometido, cometiendo transgresión y pecado delante de ti, yo y mi casa."[1]

Aunque no encontramos en la Ley un mandato que ordene a los sacerdotes sacrificar diariamente para el perdón de sus pecados, es posible que este sacrificio de Levítico 4, el cual buscaba la limpieza de los pecados ocasionales, se realizara constantemente, debido a que cualquier pecado por yerro del sumo sacerdote, no solo ofendía a Dios, sino que afectaba a todo el pueblo debido a la alta posición espiritual que ellos ocupaban, por lo tanto, estos sacerdotes debían procurar la limpieza diaria. Filón dice que "*el sumo sacerdote... día a día ofrece oraciones y sacrificios y pide bendiciones... para que todas las edades y todas las partes de la nación, como un solo cuerpo, puedan estar unidas armoniosamente en una sola y misma comunión, teniendo a la paz y el buen orden como su meta.*"[2]

Pero nuestro sumo sacerdote celestial no requiere de estos constantes sacrificios porque, como ya se dijo en el verso 26, él es santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y ahora está en la misma presencia del santo Dios. Siendo que en él no hay

pecado, entonces no requiere sacrificios para sí mismo.

Continuando con la comparación entre los dos sacerdocios, el autor de la carta afirma una verdad que encuentra apoyo en el resto de las Escrituras Sagradas: el sacrificio que nuestro sacerdote presenta ante Dios es tan perfecto que no requiere repetición, ni diaria ni anual, porque el sacrificio ofrecido fue suficiente para apaciguar la ira de Dios contra los pecadores que se beneficiarían de él, puesto que la sangre derramada tenía el poder de limpiar los pecados, quitar la culpa y salvar para siempre a los muchos que creerían en Jesús; por lo tanto, siendo que el sacrificio de Jesús es perfecto y para siempre, queda descartado cualquier otro sistema sacerdotal, puesto que no se hace necesario presentar más sacrificios. Es por eso que el Nuevo Testamento no autoriza que los pastores u obispos ejerzan una función sacerdotal; los ministros del culto hoy día tienen la responsabilidad de enseñar el evangelio, es decir, predicar las Sagradas Escrituras al pueblo, mas no se constituyen como un sistema sacerdotal, porque ya no hay más sacrificios que presentar para apaciguar la ira de Dios y recibir su perdón; como dice William MacDonald "!Qué insensatez, entonces, que los hombres establezcan sistemas sacerdotales modelados en base del Antiguo Testamento y que se entremetan en las funciones de nuestro Gran Sumo Sacerdote!."[1]

Ahora, la sangre que derramaban los sacerdotes para satisfacer la demanda divina, era prestada, es decir, de los animales; ellos no pudieron presentarse a sí mismos como ofrendas a Dios, pero el Sacerdote eterno no se presentó con sangre prestada sino que estuvo dispuesto a dar la propia. A él nadie le quitó la vida, sino que él la entregó de su propia voluntad. Jesús dijo en Juan 10:17-18: "*Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo.*"

Este sacrificio voluntario del Siervo-sacerdote fue profetizado por Isaías cuando dijo: "*Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado...*" (Is. 53:10). Jesús mismo, durante su ministerio terreno, habló de su entrega voluntaria en sacrificio para dar perdón completo de los pecados a los crean en él: "*Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para*

dar su vida en rescate por muchos" (Mar. 10:45). "*Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, y bebieron de ella todos. Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada*" (Mar. 14:24-25).

v.28. "*Porque la Ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la Ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre*".

Este versículo es un resumen de todo el capítulo 7. Los argumentos presentados tenían el propósito de mostrar que el sacerdocio levítico y el sumo sacerdocio aarónico cumplieron un papel importante en la historia de la salvación, pero la imperfección fue la característica común en todos los sacerdotes y sus sacrificios. Ya se ha demostrado que:

El sacerdocio instituido por la ley era inferior al orden sacerdotal de Melquisedec, que representa al sacerdocio de Jesús. Si Dios había decidido cambiar el sacerdocio y la ley que los sustentaba es porque este sistema debía dar paso a otro, que por cierto, es mejor. El orden levítico fue constituido por un mandamiento, pero el nuevo orden sacerdotal fue puesto por un juramento inmutable y eterno. Los sacrificios y la mediación efectuada por los sacerdotes levíticos no pudieron completar la salvación, no perfeccionaron. Los sumos sacerdotes aarónicos eran imperfectos y pecadores, necesitando ellos ofrecer sacrificios constantes para obtener su propia limpieza. Además, los sacrificios que ofrecían a favor del pueblo se volvían a repetir año tras año, mostrando así su imperfección.

Por lo tanto, la conclusión final es que a Dios le plació constituir como Sacerdote perfecto y eterno a su Hijo. Ningún hombre podía mediar de manera perfecta entre Dios y los seres humanos caídos en desgracia, porque todos estaban manchados por el pecado; sólo el Hijo, es decir, la segunda persona de la Trinidad podía cumplir de manera perfecta este deber, para lo cual se requirió que se encarnara y tomara los atributos humanos. En Hebreos el término Hijo hace referencia a la segunda persona de la Trinidad en su condición eterna, mientras que Jesús hace referencia a su vida terrena.

Cuando el autor dice que el Hijo ha sido hecho perfecto para siempre, alude al hecho de que "Jesús ha ocupado un lugar que es más alto que los cielos. Antes de venir a la tierra, Cristo estaba en el cielo. Pero después de haber completado su obra expiatoria y haber ascendido al cielo, él fue exaltado "por encima de los cielos". La idea expresada por el

escritor es formulada a manera de comparación: Cristo no está en el cielo, sino en un lugar que es más alto que los cielos."[1]

Por lo tanto, el proceso ha sido acabado: "Imperfectos y pecadores como somos, nos es necesario un sumo sacerdote permanente que sea sin pecado y perfectamente dotado por designación divina y experiencia humana (2:17s; 5;1-10) para suplir a nuestras necesidades, habiendo efectuado la ofrenda perfecta de sí mismo como sacrificio."[2]

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Jesús, el mediador de un nuevo Pacto

Hebreos 8:1 al 10:18

La superioridad del santuario celestial

Introducción

Aunque la totalidad de las Sagradas Escrituras nos hablan de Cristo, y junto con Lutero podemos afirmar que en cada pasaje de la revelación sagrada encontramos a Jesús; no obstante, la carta a los Hebreos, de una manera magistral, se enfoca en presentarnos la gloria del Mesías, su superioridad sobre el sistema religioso mosaico, su obra perfecta en la cruz, su labor mediadora e intercesora, entre otros.

En el capítulo 7 el autor se esforzó en enseñar a sus lectores, y a nosotros en este siglo, las profundidades doctrinales de la excelencia incomparable del sacerdocio de Cristo, basándose en el Salmo 110:4. Usando este pasaje y la lacónica narración histórica del encuentro de Abraham con el rey-sacerdote Melquisedec en Génesis 14:17-20, el autor demostró que Jesús tiene todas las credenciales para ser sacerdote, pero no según la línea de Aarón, sino de un orden superior, el orden de Melquisedec.

Ahora en los capítulos 8, 9 y 10 el autor nos explica la tarea del Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, enfatizando de manera especial su realeza. Para ello se basa, no en el versículo 4 del Salmo 110, el cual ya expuso, sino en el verso 1 del mismo Salmo: "*Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*". El autor nos explicará en los capítulos 8 al 10 qué es lo que Jesús hace como ministro celestial, cuál es el lugar donde ejecuta su ministerio, cómo ejerce su ministerio, qué hace por nosotros los creyentes.

Abordemos con pasión y devoción el estudio del capítulo 8, confiados en que el Espíritu Santo nos lleve a entender de manera cabal estos pasajes, permitiéndonos así ver la refulgente gloria de Cristo que destella desde el mismo Santuario Celestial donde Dios reina majestuoso en su Trono de Gloria.

v. 1-2. "*Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.*"

El tema sobre el sumo-sacerdocio de Cristo ha sido desarrollado por el autor, a sabiendas de que es complicado y difícil de entender. Es probable que algunos lectores se hayan perdido en medio de los argumentos, por lo cual el autor quiere hacer un resumen de lo que ha estado enseñando, por eso él dice: "*el punto principal de lo que venimos diciendo...*", es decir, el autor va a dar con el meollo del asunto que ha venido tratando en los últimos capítulos. La palabra griega traducida aquí como punto principal también significa *meollo*, *suma* o *resumen*.[1]

Ahora ¿Cuál es el resumen de lo que el autor ha venido enseñando? Que nuestro sumo

sacerdote se sentó a la diestra de Dios y sirve en el verdadero tabernáculo. Por lo tanto esto prueba: "(1) Que es superior a todos los sumos sacerdotes que jamás hayan existido. (2) Que el sacrificio ofrecido por el pecado era suficiente y eficaz y como tal aceptado por Dios. (3) Que Él tiene todo poder en los cielos y que es potente para salvar y defender hasta lo último a los que por Él se allegan a Dios. (4) Que Él no se ausentó del Lugar Santísimo después de haber ofrecido el sacrificio como lo hacían los sumos sacerdotes judíos; sino que permanece allí, ante el Trono de Dios como Sacerdote continuo..."[1]

Es importante resaltar la palabra con la cual inicia el capítulo 8 "*tenemos tal sumo sacerdote"*. Esta es una nota de triunfo para el cristiano. "Es una respuesta a aquellos judíos que escarnecían a los primitivos cristianos diciéndoles: <nosotros tenemos el tabernáculo; tenemos el sacerdocio; tenemos las ofrendas; tenemos las ceremonias; tenemos el templo; tenemos hermosas vestiduras sacerdotales>. La confiada respuesta del creyente es: <Sí, vosotros tenéis las sombras, pero nosotros tenemos su cumplimiento. Vosotros tenéis las ceremonias pero nosotros tenemos a Cristo. Vosotros tenéis las ilustraciones, pero nosotros tenemos a la Persona."[2]
¿Qué significa estar sentado a la diestra de la Majestad? ¿Qué es la Majestad en los cielos? ¿En cuál santuario sirve nuestro sumo sacerdote? ¿Por qué el autor presenta a Jesús sirviendo en el santuario, pero a la misma vez lo presenta en el Trono? ¿Es el santuario el mismo Trono?

El verbo "sentarse" hace referencia a la autoridad, dignidad u honor de la persona. Por ejemplo, el Rey se sentaba en su trono para recibir a los súbditos, el maestro se sentaba para enseñar a sus discípulos. De manera que Jesús, nuestro Sumo sacerdote, no solo ministra intercediendo por nosotros en una clara función sacerdotal, sino que también reina como soberano, garantizando así que él no solo tiene poder para salvar por medio de su ofrenda perfecta, sino que gobierna soberano encaminando todas las cosas para el bien de su pueblo, como dice Pablo en efesios 1:19-23: "*Y cual la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que*

se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo".

También el apóstol Juan pudo ver al Cristo resucitado sentado en su trono, gobernando soberano, majestuoso y con poder en medio de una corte celestial: "*Y al instante yo estaba en el espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestido de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios*" (Apo. 4:2-5).

Ahora, es posible que cuando el escritor de la carta dice que Jesús se sentó en el Trono celestial, esté pensando en su ascensión luego de la resurrección. Jesús se había despojado de su gloria para venir a la tierra y cumplir con su sacrificio, como dice Filipenses 2:6-7: "*el cual siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y estando en esta condición de hombre se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*". Esto es a lo que llamamos el estado de humillación. Pero él no quedó en esa condición, sino que luego de haberse entregado voluntariamente en sacrificio expiatorio para redimir a los escogidos de Dios, se levantó triunfal de la tumba: "*por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre*" (Fil. 2:8). A esto le llamamos el estado de exaltación o ensalzamiento.

El apóstol Pablo presenta estos dos estados de Cristo también en Efesios 4:8 al 10: "*Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo*".

También el 1 Timoteo 3:16 el apóstol Pablo habla de la exaltación de Cristo: "*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria*".

La declaración "*Majestad en los cielos"* es una forma típicamente hebraica para referirse a Dios. La palabra griega usada para majestad es μεγαλωσυνης,[1] su raíz *mega* significa grande, y otras derivaciones dan la idea de obra poderosa, grandeza, sublimidad. En Deuteronomio 11:2 la palabra *megaleía* se usa para hablar de las obras poderosas de Dios.[2]

Jesús es Rey que gobierna sobre todas las cosas, a la diestra del Padre, pero también es sacerdote que intercede por su pueblo. Pero ¿En qué momento Jesús pasa del Trono al Santuario, del gobierno a la intercesión? Bueno, realmente el Trono de Dios es su santuario. Donde Dios mora es lugar santo. Cuando el Señor se le apareció a Moisés en el Monte le mandó a quitarse el calzado de sus pies, pues, el lugar donde Dios estaba presente es un lugar santo (Éxodo 3:5); era santo no por sí mismo, sino porque el verdadero Santo estaba allí presente. La iglesia es Santa porque Dios hace su morada en ella (Ef. 2:22; 5:27). El cielo es el santuario de Dios, porque él tiene allí su presencia majestuosa. De manera que Jesús, es rey y sacerdote en el mismo Trono del Padre, el cual también es su santuario, allí él intercede por su pueblo y gobierna sobre todas las cosas, desde allí fluyen la justicia y la misericordia.

Ahora, es importante analizar dos elementos claves del versículo 2, los cuales resaltan la dignidad y superioridad del oficio sacerdotal de Cristo: *Ministro del santuario, verdadero tabernáculo*.

Ya el autor de la carta ha demostrado que Jesús es sacerdote, no conforme a la Ley mosaica, sino por un juramento inmutable dado por Dios mismo. Pero su sacerdocio no sólo es diferente al de Aarón por el juramento sino también porque Jesús no ministra en el santuario terrenal sino en el celestial.

La palabra griega usada aquí para ministrar es *leitourgos*.[1] Esta palabra y sus raíces dan la idea de servir, oficiar, (*Leitos,* "público", y *ergon,* "trabajo"). Antiguamente se usaba para denotar el sentido de "hacer cosas para la comunidad política, o el desempeño de una tarea en favor de la sociedad..."[2] En la Sagradas Escrituras se usa muchas veces para designar el servicio que se rinde a Dios a través del culto. *Leitourgos* denota a la persona que ejecuta el servicio. Jesús es el ministro o el que sirve en el santuario. Él ministra en favor de su pueblo, en favor de los escogidos del Padre.

El santuario donde ministra o sirve Jesús no es el terreno, sino uno inmensamente superior, pues, este es celestial. Los sacerdotes judaicos solo podían entrar al santuario o lugar santo terreno, en un tabernáculo material, donde Dios había prometido llevar su presencia. Pero nuestro sacerdote no ministra desde la tierra, sino que él subió a los cielos, traspasándolos y llegando hasta la misma presencia del Padre. Dios debía bajar y mirar las ofrendas y sacrificios que ofrecían los sacerdotes levíticos, pero ahora encontramos a un único sacerdote que llevó su ofrenda directamente hasta la morada del Padre en los cielos. Y allí de manera permanente esta ofrenda es vista por Dios y a través de ella acepta como hijos suyos a todos los que han sido beneficiados por el santo sacrificio del Hijo de Dios.

Ahora, este santuario donde ministra Jesús no fe hecho por el hombre. En esto también Jesús y su sacerdocio son superiores al sistema sacerdotal judaico. Los hebreos tuvieron que construir el tabernáculo conforme al modelo que el Señor le indicó a Moisés, y éste era transportado de un lado para otro en medio del desierto. Pero ese tabernáculo era solo una sombra del verdadero, como nos dirá luego en el verso 5 del capítulo 8. Jesús ahora ejerce su sacerdocio en el verdadero tabernáculo, aquel que no fue construido por el hombre sino por Dios mismo.

El tabernáculo o tienda (literalmente) es el lugar donde Dios se encuentra con el hombre y el hombre se encuentra con Dios. "El tabernáculo celestial es en contraste con el terrenal lo que los espirituales son en contraste con lo material. El tabernáculo terrenal era rico en su apelación material a los sentidos, pero pobre en su capacidad para cambiar o satisfacer el

alma en su relación personal con Dios. El tabernáculo celestial, en contraste, está desprovisto del exhibicionismo y materialidad terrenales, pero consumado en sustancia espiritual. El hombre puede fabricar el exterior y visible, haciéndolo muy impresionante y estético; pero Dios levanta – o provee – el espiritual".[1]

¿Por qué construyó Dios un tabernáculo celestial? Pues, precisamente porque él había diseñado, desde la eternidad, un perfecto plan de salvación, a través del cual aseguraría una salvación eterna para su pueblo escogido, mediante un salvador eterno que presenta una ofrenda eterna en un tabernáculo eterno. El tabernáculo construido por Moisés y el pueblo hebreo era material y terreno, por lo tanto era temporal. Pero si Dios había construido un tabernáculo celestial, del cual por cierto se tomó la muestra para el tabernáculo terrenal (Éxodo 25:9), es porque él había determinado que el ministerio o servicio en el tabernáculo terminaría, para dar paso a un sacerdocio eterno en un tabernáculo eterno. Esto no significa que el tabernáculo construido por Moisés fuera falso, ya que pudiéramos llegar a la conclusión que cuando al autor de la carta usa la palabra verdadero tabernáculo, tiene como fin contrastarlo u oponerlo al falso tabernáculo, pero esta no es la idea del autor. Aquí *verdadero* se opone a lo que solo tuvo el papel de un tipo o sombra. Como dice Calvino "Luego el antiguo tabernáculo no fue producto de la inventiva del hombre, sino el símbolo del tabernáculo celestial. Sin embargo, como una sombra difiere de la substancia y la señal de lo significado..."[2]

Aplicaciones

Los hombres de todas las épocas siempre han querido tener sus santuarios para servir a sus dioses. Los griegos, los egipcios y los romanos, construyeron templos o lugares santos, allí le rendían servicio a su multiplicidad de deidades. Los judíos construyeron un templo para rendir servicio al Dios verdadero, los Samaritanos tenían el santuario en el Monte Gerizim, los musulmanes construyeron mezquitas en distintas ciudades para servir a Alá, lo mismo hicieron los Chinos, los Hindúes y nuestros pueblos indígenas. Aún quedan vestigios de los grandes santuarios construidos por los Aztecas, los Mayas y los Incas. La iglesia Católica Romana construye sus locales de culto de tal manera que funcionen como santuarios, no

solo para el culto, sino también con el fin de rendir sacrificios constantes para Dios, especialmente a través de lo que ellos llaman la Santa Misa, que es, según ellos creen, una repetición incruenta del sacrificio de Cristo. Es por eso que ellos tienen en sus santuarios un lugar llamado el Altar. El autor de Hebreos nos ha enseñado que Dios no reconoce como legítimo ningún santuario terreno, pues, el único sacerdote aceptado por él para ser el perfecto mediador es Jesús, y él rinde su servicio en un templo celestial. Ningún templo terreno es aceptado por Dios como santuario válido. Solo la Iglesia, es decir, la comunidad universal de los salvos, constituye un templo espiritual donde el Espíritu Santo hace su morada (Ef. 2:21-22: "*en quien todo el edificio, bien coordinado va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu*"). Los cristianos hoy día no tenemos templos, pues, para tener templos se requiere tener un santuario y un altar, pero ahora nosotros podemos allegarnos con confianza al Santuario Celestial donde oficia el sacerdote eterno, Jesús. Los sitios de culto que los cristianos tenemos hoy día no deben ser llamados templos, ni iglesias, pues, la iglesia es la comunidad o asamblea de los salvos, es decir, las personas; no un lugar físico o un edificio. Los cristianos no tenemos altares en nuestros sitios de culto, pues, ya el sacrificio de valor eterno que nos asegura la remisión de nuestros pecados fue hecho una vez y para siempre. Ahora nuestro corazón es un altar donde constantemente rendimos a Dios sacrificios de alabanzas. Ahora el altar ha sido reemplazado por el púlpito, pues, la centralidad del culto no se encuentra en los sacrificios, como lo fue en el Antiguo Testamento, sino que la lectura y predicación de la Palabra es el momento más solemne de la devoción comunitaria cristiana. Ya el sacrificio eterno fue obrado por Jesús, y ahora, en nuestros cultos, en el espacio que era para el sacrificio, los ministros enseñan a la comunidad el significado y los beneficios de la obra efectuada por nuestro Mesías. Apreciado hermano y amigo, no busques santuarios terrenos, pues, todos ellos han sido rechazados por Dios. Ahora el Señor tiene un santuario celestial, espiritual y eterno. Allí oficia para siempre el único y verdadero sacerdote que puede acercarnos con confianza al Padre, asegurando para nosotros eterna salvación. A este santuario llegamos por medio de la fe. Recuerda las Palabras de Jesús a la mujer samarinata: "*Vosotros adoráis lo que no sabéis... mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le*

adoren" (Juan 4:22-23). Ni el Monte Gerizin, ni el templo de Jerusalén, ni ningún otro santuario puede ser el sitio para encontrar la comunión verdadera con Dios. Los cristianos ahora podemos disfrutar individual y colectivamente de la presencia del Padre a través de la mediación del Hijo. Como iglesias locales nos reunimos constantemente para conocer y adorar juntos a Dios, pero solo a través de la mediación de Cristo. Estas reuniones pueden ser en un gran edificio, en campo abierto, en un coliseo, en un hotel, en una humilde casa o cualquier otro lugar, porque lo que hace santa a la asamblea reunida no es el sitio, sino la presencia de la Majestad Divina. No confíes en ninguna otra mediación, solo en la de Cristo.

Los creyentes no solo contamos con el inmenso e infinito beneficio de tener un sacerdote que intercede por nosotros en el mismo tabernáculo o tienda celestial, que fue construida no por manos humanas sino por el poder sin límites de Dios, sino que, gracias al perfecto sacrificio de Cristo y su obra mediadora, un día, nosotros abandonaremos este tabernáculo terreno, al cual llamamos cuerpo, y Dios nos dará un nuevo tabernáculo hecho por él mismo, tal como dijo Pablo en 2 Corintios 5:1-2: "*Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial*". Acudamos constantemente a aquel que está ministrando en el tabernáculo celestial, buscando su ayuda y fortaleza para que en esta vida andemos como es digno del santo llamamiento que nos hiciera el Señor, de manera que un día nuestro tabernáculo terreno sea revestido de lo celestial, entonces, ya no habrá más muerte ni dolor, porque lo celestial y espiritual es duradero, sin fin, ni medida. Anhelemos con gozo y expectación el regreso poderoso de nuestro Salvador quien nos introducirá a las moradas eternas del Padre.

Apreciados hermanos, muchos temores y angustian nos sobrecogen en nuestro diario caminar, pues, a cada momento tememos que la salvación ofrecida por nuestro misericordioso salvador se nos vaya de las manos, como consecuencia de nuestras debilidades y pecados. Muchas angustias y dudas nos empantanan cuando vemos que la vida cristiana de santidad y obediencia no es tan sencilla y tenemos muchos enemigos que quieren impedir que lleguemos a la recta final, pero el autor a los Hebreos nos recuerda que

la salvación obrada por Jesús no es débil, sino que está basada en los hechos poderosos del Soberano Dios. Jesús no solo garantizó nuestra salvación eterna por su muerte en Cruz, sino que él también asegura que llegaremos a la Santa Ciudad celestial, porque él ahora Reina soberano al lado de la Majestad de los cielos, y tiene el poder para hacer que todas las cosas obren para nuestro bien, y seamos así conducidos con seguridad a las moradas eternas. Teniendo a este rey majestuoso en los cielos, vivamos para su gloria, deleitémonos en obedecerle como los súbditos mas sumisos y anhelemos el día glorioso cuando le veremos tal como él es, reinando majestuoso en gloria y poder.

Lección Ocho

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Jesús, el mediador de un nuevo Pacto

Hebreos 8:1 al 10:18

La superioridad del santuario celestial 2

Hebreos 8:1-5

Introducción

En el mundo filosófico, y en la historia del pensamiento humano, el nombre de Platón ha brillado como uno de los pensadores más importantes e influyentes en el desarrollo de la filosofía occidental. Uno de sus más valiosos aportes fue el mito o la alegoría de la caverna. En esta alegoría, él compara las cosas que el hombre común ve en el mundo, como sombras imperfectas de una realidad ideal que sólo pueden alcanzar a ver los que logran ascender en su conocimiento metafísico. Para Platón, las cosas materiales que vemos en el mundo no son las realidades en sí, sino sólo copias o sombras de una realidad pura que se encuentra en el mundo de las ideas.

El autor de la carta a los Hebreos está escribiendo a judíos que han sido muy influenciados por el helenismo de la época. Son personas que conocen muy bien el pensamiento del platonismo y en aras de hacer más comprensible el tema que viene desarrollando respecto a la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el sistema sacerdotal judaico, procede a usar

un lenguaje parecido al de Platón, no con el fin de refrendar la filosofía platónica con la cual el cristianismo presenta muchas divergencias, sino con el propósito de hacer lo más claro y comprensible posible, para los lectores, su argumento.

Continuemos con el estudio del capítulo 8 de Hebreos, enfocándonos, ahora, en los versículos 3 al 6, y estudiemos con el autor cómo es el santuario, donde Jesús ministra a favor de su pueblo, el cual es superior al santuario terrenal.

v. 3. "*Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer*"
En los versículos 1 y 2 el autor de la epístola nos dijo que Jesús es un Sumo Sacerdote tan excelente que se sentó a la diestra del Trono de Dios, es decir, gobierna al lado de la Majestad en los cielos, y a la vez sirve o intercede por su pueblo en el tabernáculo celestial, porque, siendo Sumo sacerdote, dice en el versículo 3, tiene como labor o tarea el presentar ofrendas y sacrificios ante Dios.

Todo el libro del Levítico se encuentra inundado de mandamientos en los cuales el Señor ordena a su pueblo que presente una cierta variedad de ofrendas y sacrificios, a través de los cuales su ira sea apaciguada y el pecador encuentre perdón para sus faltas. De manera especial el Sumo Sacerdote debía presentar ofrendas por el pecado del pueblo en el gran día de la expiación, tal como aparece en Levítico 16.

Siendo que Jesús es Sumo Sacerdote, según el orden de Melquisedec, entonces una de sus funciones en el santuario celestial consiste en presentar ofrendas. Pero ¿Está Jesús ofreciendo constantes ofrendas ante el Padre? La respuesta se encuentra en la segunda parte del versículo 3: "*por lo cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer*". "*Éste*" reemplaza el nombre de Jesús.

La palabra en griego, que traducimos como *ofrecer*, describe un único suceso, mientras que la palabra griega que traducimos al comienzo del versículo 3 como *presentar* se refiere a un hecho continuo, es decir, los Sumo Sacerdotes judíos ofrecían continuamente sacrificios,

mientras que nuestro Sumo Sacerdote celestial ofrece una sola vez y para siempre "*algo"* en el santuario eterno. ¿Qué es este algo que ofreció el Hijo de Dios como sacerdote? En el capítulo 8 no dará respuesta de qué es este *algo*, sino que en el 9:14 nos dirá que es su propia vida, su sangre preciosa; ésta fue ofrecida como única ofrenda por el sacerdote eterno.

La ofrenda que Jesús ofreció al Padre en el santuario celestial tiene valor eterno, como luego veremos en el capítulo 9, pero mientras tanto digamos que los creyentes somos aceptados ante el Padre porque delante de él siempre está la ofrenda perfecta que fue ofrecida por nuestro sacerdote. El Padre nunca desechará ninguna solicitud que su Hijo haga a favor del creyente, y Jesús no está pidiendo nada para él; su corazón misericordioso vive para interceder por su pueblo, eso lo demostró en su oración sacerdotal de Juan 17:9ss: "*Padre… porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo; más éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad. Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado…*"

Este es un poderoso consuelo para el que verdaderamente ha confiado en el Salvador. Muchos judíos creyentes estaban siendo atacados por las falsas enseñanzas de sus hermanos en la carne, quienes les advertían de los tremendos privilegios que estaban perdiendo al abandonar el judaísmo, pero el autor de la carta les muestra que es todo lo contrario; la fe cristiana ofrece un poderoso Salvador, que presenta una ofrenda eterna, para una segura salvación eterna.

v. 4. "*Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún*

sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley"

Mientras Jesús estuvo en la tierra no podía ejercer el sacerdocio, pues, la Ley no le autorizaba para ello por no ser de la tribu de Levi, como ya lo hemos estudiado en el capítulo 7, pues, Jesús era de la tribu de Judá, a la cual no le estaba permitido el servicio en el altar. A Jesús no se le hubiese permitido ministrar como sacerdote en el templo de Jerusalén. ¿Significa esto que Jesús no ejerció ninguna función sacerdotal? William Macdonald responde: "El argumento en el versículo 4 es que no *era apto en la tierra como sacerdote levítico y que no podía servir en el templo en Jerusalén.* Pero eso no significa que no podía llevar a cabo funciones como *sacerdote según el orden de Melquisedec*. A fin de cuentas, su oración en Juan 17 es una oración sumo sacerdotal, y su ofrenda de sí mismo como el gran y perfecto sacrificio en el Calvario fue ciertamente un acto sacerdotal (véase 2:17).[1]

¿Entonces cuál es el lugar donde puede ministrar nuestro sacerdote? La respuesta es obvia: En el cielo. Él no está en la tierra. Aquí sólo vino a presentar su ofrenda una vez para siempre en la cruz del calvario, pero su ministerio sacerdotal perpetuo lo ejecuta en la misma presencia de Dios.

Ahora, los sacerdotes terrenos solo pueden presentar ofrendas continuas, ya que ninguna de ellas es suficiente para garantizar el eterno perdón de los pecados, puesto que todo el sistema sacerdotal y de sacrificios prescritos por la ley sólo son sombras de la realidad celestial.

v. 5. "*Los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.*"

En este punto, y continuando con los contrastes entre el sistema sacerdotal antiguo y el nuevo, el autor resalta la superioridad del tabernáculo en el cual sirve el sacerdote Jesús. Hay en los cielos un tabernáculo perfecto y hay en la tierra una copia. Ahora, no significa

esto que la copia no sirva o sea imperfectamente pecaminosa. El cristianismo no se identifica con el neoplatonismo en su visión dual del mundo. No creemos que el mundo material sea pecaminoso en sí mismo, contrastado con el espiritual o de las ideas, perfecto y puro. La creación espiritual y la material, originalmente, fueron muy buenas. Génesis 1:31 dice: "*Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera*". No obstante, cuando el hombre se reveló contra Dios, la creación material fue sujetada al pecado, y ahora es maldita, esperando el día de la completa redención de los hijos de Dios. Lo mismo sucedió con una parte de la creación espiritual. Los ángeles que pecaron ahora están bajo maldición.

Pero, respecto al tabernáculo, el terreno es sólo una copia y una sombra del santuario celestial. La conclusión obvia de este argumento es que el original es superior a la copia, la realidad es superior a la sombra. Los sacerdotes levíticos sirven en un tabernáculo construido por los hombres, el cual es copia y sombra, pero Jesús sirve en el tabernáculo original, el celestial.

Las palabras griegas *copia y sombra*, son distintas pero complementan la idea que desea transmitir el autor. "El término *copia* denota sustancia, y el sustantivo *sombra* puede ser entendido como un "reflejo… del original celestial". Percibimos la imagen mental del original celestial proyectando su sombra sobre la tierra. Pero esta sombra tiene forma y sustancia."[1]

Aunque no sabemos las especificaciones del tabernáculo celestial, pues, las Sagradas Escrituras nos dan pocos detalles del cielo, lo cierto es que Moisés vio un tabernáculo de parte de Dios y trató de construir uno terreno conforme a las especificaciones recibidas:

Respecto al candelero y las lamparillas que estarían en el tabernáculo, el Señor le dice a Moisés: "*Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte*" (Ex. 25:40). Hubo un modelo original, celestial, para estos elementos.

"*Y alzarás el tabernáculo conforme al modelo que te fue mostrado en el monte*" (Ex. 26:30).

Respecto al altar hueco: "*Lo harás hueco, de tablas; de la manera que te fue mostrado en*

el monte, así lo harás" (Ex. 27:8).

"*Y esta era la hechura del candelero, de oro labrado a martillo; desde su pie hasta sus flores era labrado a martillo; conforme al modelo que Jehová mostró a Moisés, así hizo el candelero*" (Núm. 8:4).

Moisés vio un modelo del santuario celestial. Nosotros tenemos el consuelo de saber que nuestro redentor traspasó los cielos para ministrar en la misma presencia de Dios, en medio del tabernáculo original y verdadero.

"El tabernáculo nunca fue dado con el designio de ser el santuario definitivo. Era sólo una figura y sombra… Este modelo era un tipo de una realidad más alta, espiritual, de cosas celestiales. ¿Por qué destaca el escritor esto de una manera tan enérgica? Sencillamente para traer a las mentes de cualquiera que pudiese sentirse tentado de volver al judaísmo, que estaban abandonando la sustancia por las sombras, cuando deberían estar pasando de las sombras a la sustancia."[1]

Aplicaciones

Jesús, nuestro Salvador, se encuentra hoy sentado a la diestra del Padre, ministrando en el santuario celestial. Él dijo a sus discípulos que era necesario irse de la tierra, con el fin de preparar moradas para ellos, pero él regresaría por su pueblo para que todos estemos con él donde él está, es decir, en los cielos. (Jn. 14:3). Los creyentes estaremos junto con él en el trono, y seremos un reino de sacerdotes para servir al Dios y Padre. (Ap. 1:6). El Señor quiera que desde ya estemos andando en esta tierra como esos reyes y sacerdotes, sirviendo constantemente a nuestro Dios, viviendo en su Santa presencia, de manera que, alejados del pecado, le glorifiquemos en todo.

Como seres humanos, que andamos por lo sensible, es decir, por lo que se puede ver, sentir, oír y tocar, somos continuamente tentados a cambiar la verdadera fe en el Evangelio bíblico, por otra clase de evangelio o religión. Nos es difícil ver por la fe al Cristo resucitado que está sentado a la diestra del Padre, y en cambio queremos ver o sentir algo, que nos asegure la presencia real de Jesús. Pero cuando estamos enfocados en lo que

podemos ver o sentir o tocar, estamos tratando de regresar a un sistema de religión basado en las sombras, pues, las realidades espirituales que son eternas y de gran valor, no son las que podemos ver o sentir, sino aquellas que nos son reveladas en las Sagradas Escrituras y que se aceptan por fe. El judío estaba acostumbrado a ver muchos ornamentos, animales y otras cosas que apuntaban o eran sombra de realidades eternas. Hoy día, siendo que Cristo, aquel a quien apuntaban todas estas sombras ya vino e hizo su obra perfecta, ya los creyentes no necesitamos ver, sentir o palpar ninguna cosa espiritual para estar seguros de que estamos en él. Es sólo por la fe que lo miramos, es sólo por la fe que lo escuchamos en Su palabra, en sólo por la fe que lo sentimos. En cuantos errores y desviaciones han caído aquellos que pretenden incrementar o fortalecer su fe esperando escuchar la voz audible de Dios, o tener una visión de Cristo, o experimentar algo sobrenatural. Cuando hacemos esto, estamos diciéndole a Jesús que él no nos es suficiente, que queremos continuar con las sombras, con lo que podemos ver; que no nos gusta el andar por la fe. Pero la vida cristiana es una vida de fe, no de sensualismo. El apóstol Pablo dijo en 2 Corintios 5:7: "*Porque por fe andamos, no por vista*". Hubo un tiempo en el cual fue necesario que el Señor usara cosas tangibles, físicas y visibles para mostrar a los hombres las sombras de las realidades eternas; hubo un tiempo cuando los profetas, el Señor Jesús y los apóstoles hicieron muchísimos milagros, con el fin de señalar hacia las realidades eternas; pero luego que el Evangelio fue expuesto con total claridad al escribirse por completo las Sagradas Escrituras, ya no se requerían esas cosas visibles, sino que los creyentes nos deleitamos en mirar las realidades celestiales a través de los ojos de la fe. Apreciado hermano, cultiva tu vista espiritual, pide el colirio espiritual para que puedas ver (Apo. 3:18), y así podrás andar por fe, confiado, no en las cosas que se ven, sino en las que no se ven, como dijo Pablo en 2 Corintios 4:18: "*no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas*".

Conclusión

Indiscutiblemente los cristianos somos las personas más dichosas de este mundo. No sólo hemos sido trasladados de la oscuridad de este mundo depravado a la luz de la verdad, sino que tenemos la seguridad más sólida de que nunca caeremos de este estado de redención, pues, Dios a través de Cristo garantiza la preservación de su pueblo: Como rey gobierna sobre todo el mundo, espiritual y material, para que todas las cosas trabajen en nuestro favor; como Profeta nos da la revelación completa y perfecta de Dios, de manera que nunca dejaremos de conocerle; como sacerdote realiza una obra de intercesión y mediación asegurando para nosotros siempre el favor divino.

Bibliografía

Barclay, William. Comentario al Nuevo Testamento. Barcelona. 1999.

Berkhof, Luis. Teología Sistemática. TELL. Jenison. 1988.

Bruce, F. F. La epístola a los Hebreos. Libros Desafío. Grand Rapids. 2002.

Bullinger – Lacueva. Diccionario de Figuras de Dicción en la Biblia. CLIE. Barcelona. 1985

Calvino, Juan. Epístola a los Hebreos. Libros Desafío. Grand Rapids. 1977.

Catecismo de Heidelberg, respuesta 103, ed. Juan de publicaciones de las Iglesias Reformadas. Buenos Aires. 1967.

Clarke, Adam. Comentario de la Santa Biblia. Tomo III. Casa Nazarena de publicaciones. Kansas City. 2008.

Grudem, Wayne. Teología Sistemática. Editorial Vida. Miami, 2007.

Harris, Thoro. Himnario Bautista. Casa Bautista de Publicaciones. El Paso. 1997.

Henry, Matthew. Comentario bíblico. CLIE. Barcelona. 1999.

Isedet. Clave lingüística del Nuevo Testamento Griego. Ed. La Aurora. Buenos Aires. 1986.

MacDonald, William. Comentario Bíblico de William MacDonald. Terrasa. 2004.

Keil & Delitzsch. Comentario al Texto hebreo del A. T. CLIE. Barcelona. 2008.

Kistemaker, Simón. Comentario al Nuevo Testamento: Hebreos. Libros Desafío. Grand Rapids. 1991.

Kittel, Gherard. Diccionario teológico del Nuevo Testamento. Libros Desafío. Grand Rapids. 2002.

Robertson, A. T. Comentario al texto griego del Nuevo Testamento. CLIE. Barcelona. 2003.

Tylor, Richard. Comentario bíblico Beacon Tomo 10. Casa Nazarena. Kansas City. 1992.

Walton, John. Comentario del contexto cultural de la Biblia. Antiguo Testamento. Editorial Mundo Hispano. El Paso. 2004.

Biografía del autor

Julio César Benítez nació en un pequeño pueblo del departamento de Sucre (Las Llanadas de Corozal), en la costa Atlántica de Colombia. Desde pequeño conoció los caminos del Señor, guiado por su madre, en una pequeña iglesia evangélica fundada por la Latin American Mission. Luego viajó a Barranquilla donde hizo sus estudios universitarios y muchos cursos bíblicos por correspondencia, pues, su pasión era el estudio de las Escrituras.

A los 18 de edad empezó a predicar en varias iglesias de la AIEC (misión fundada por la Latin American Mission) en Barranquilla y otros lugares de la costa, pero, habiendo quedado sin empleo tuvo que viajar a Bogotá, donde conoció al misionero Eugenio Line, a través del cual afinó las doctrinas de la gracia, especialmente por la lectura de buena literatura reformada. Aunque desde temprana edad se inquietó por algunas de las doctrinas de la gracia, por el estudio personal de la Biblia y las revistas de la *hora de la reforma* que recibía su madre por correo, viviendo en Bogotá pudo aclarar dudas y afianzar dichas doctrinas.

Teniendo sus convicciones bien formadas se unió a la Iglesia Bautista Reformada "Gracia Soberana", pastoreada por el hermano Guillermo Gómez, además, en el año 2002 inició, junto el hermano Javier Muñoz, el Instituto Bíblico Reformado de Colombia, que, en convenio con el MINTS capacita, desde entonces, a muchos pastores y hermanos de toda Colombia en la modalidad semipresencial y de otras naciones de habla castellana a través de la modalidad virtual.

En el año 2007 viajó con su esposa (Ana) y sus dos hijos (Daniela y Juan Sebastián) a la ciudad de Medellín, con el fin de atender el creciente grupo de estudiantes del MINTS. El Señor no sólo le permitió atender el programa teológico sino apoyar la naciente iglesia Bautista Reformada "La Gracia de Dios", en la cual, junto con el hermano Sergio Ruiz, fue ordenado pastor mediante ceremonia solemne en el 2010.

Ha escrito varios libros: *Efesios: las riquezas de su gracia, La Iglesia y su fundamento apostólico, Judas: la contienda por la fe, Jesús: nuestro Sumo Sacerdote, El Conflicto Espiritual, La victoria de la fe perseverante.*